

Momias

LA DERROTA DE LA MUERTE EN EL ANTIGUO EGIPTO



JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ

TIEMPO DE HISTORIA



CRÍTICA

Índice

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción

Cronología

Mapa de Egipto

1. Las primeras momias egipcias en Europa
2. Los orígenes de una costumbre ancestral
3. El proceso de la momificación
4. Los rituales de enterramiento
5. Amuletos, estelas, sarcófagos...
6. Tumbas de ricos y pobres
7. Las tumbas de los reyes
8. Las momias de las pirámides
9. Los despojos de los creadores del imperio
10. Las momias reales de Tanis
11. La paleopatología
12. La arqueología de la muerte
13. Las momias de animales
14. Las momias en otras culturas
15. La maldición de la momia

Conclusión

Bibliografía

Lista de figuras

Lista de fotografías

Fotografías

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Para Candela,
que para eso están los padrinos

Agradecimientos

Quisiera comenzar este apartado agradeciendo a las siguientes personas su aportación a la documentación gráfica que acompaña el texto: a Covadonga Alcaide, por las fotos de los sarcófagos; a Nacho Ares, por las fotos del *ushebty* y las de las momias, animales y humanas; a José Manuel Galán/Proyecto Djehuty, por su permiso para reproducir la «Dama blanca»; a Laura di Nobile, por las fotos de los sarcófagos y máscaras de Tanis; a Bernardo Arriaza y su página web (www.momiaschinchorro.com), por las fotos de las momias Chinchorro; a F. Cervera Arqueología y al hospital veterinario Los madroños por la foto y la radiografía del halcón; a Renée Friedman/ Hieracómpolis Expedition, por la foto de «Paddy», una de las primeras momias egipcias; a Rafael González Antón, director del Museo Arqueológico de Tenerife, por la foto de la momia guanche llamada de San Andrés; a Jaromir Malek y el Griffith Institute de Oxford, por la foto del desvendado de la momia de Tutankhamon; al Museo Nacional de Dinamarca, por la foto de Lennart Larsen del Hombre de Tollund; al Museum of Fine Arts de Boston, por la foto de la propietaria de la mastaba G 2220 de Guiza; a Richard Parkinson, por su dibujo de la tumba de Ipy; a Johan Reinhard por la foto de la doncella mayor de Llullaillaco; a Ann Macy Roth, por su dibujo de la presentación de ofrendas; a Carlos Spottorno por la foto de la «Dama blanca», extensible a Salima Ikram, por permitirme utilizarla cediéndome una diminuta parte de su preferencia de publicación; a Eugen Strouhal y Miroslav Verner/Czech Institute of Egyptology, por las fotos de las momias encontradas en la pirámide de Neferefre y el cementerio de la familia de Djedkare Izezi, y al primero de ellos, además, por la foto de la momia encontrada en la pirámide de Djoser y la de la decoración de la tumba de Senedjem; a SGI y John J. Taylor, por la imagen del TAC realizado a la momia de Nesperennub; a Fred Wendorf, por la foto de los masacrados de

Djebel Sahaba; a Jacobo Storch, por la foto de las «momias» de Pompeya; y a la York University y The Trustees of the British Museum, por la foto de Nigel Macbeth de uno de los «hombres de arena» de Sutton Hoo.

En cuanto al cuerpo del texto, tengo la fortuna de contar con amigas estupendas, que no sólo me aguantan, sino también me hacen las veces de correctoras y críticas cuando se lo pido, como ha sucedido de nuevo con este libro: Isabel Olbés buscó un hueco para dedicárselo entre sus clases y sus alumnos; Gemma Menéndez lo halló mientras cumplía con sus obligaciones para con el Proyecto Djehuty y su tesis doctoral, al igual que hizo Margarita Conde, que terminó de leérselo mientras bregaba con los primeros meses de edad de su hija; Cristina Carracedo fue leyendo en los poquitos ratos que le dejaban libres sus hijas y su trabajo; Begoña Gugel consiguió leerlo mientras continuaba investigando para su tesis doctoral y cumplía con su labor en el Museo Arqueológico Nacional; Ana Navajas pudo hacerlo sin dejar de escribir sus artículos y continuar su investigación posdoctoral en Oxford; por su parte, mi hermana Olga encontró tiempo sin dejar de atender con su habitual diligencia a los clientes de la empresa para la que trabaja. Gracias a su atenta lectura del manuscrito y a su habilidad para atrapar erratas e indicarme despistes e inconsistencias en la redacción, el texto ha mejorado, pero quede claro que sigo siendo el único responsable del resultado final. Mi agradecimiento también a Ana Cisneros, cuyo trabajo y buen hacer como editora sólo son equiparables al número de sonrisas que es capaz de derrochar por minuto. ¡Un millón de gracias a todas!

Introducción

Fascinado por el texto, el arqueólogo comienza a leer en voz alta el papiro que tiene entre las manos, sin darse cuenta de que al fondo de la sala, dentro del ataúd donde la ha encontrado, la vida parece recorrer de nuevo el cuerpo inerte de la momia... Aunque pura ficción, la escena es un perfecto reflejo de lo que sucede cuando se estudian las momias con todos los recursos de la ciencia moderna: dejan de ser meros amasijos de tela, huesos y carne reseca para convertirse en testigos vivos de la civilización faraónica. Nos hablan entonces de cuando siendo niños siempre andaban con hambre, o del terrible accidente que les costó una pierna mientras construían el templo, o de lo bien que les fue al final de su vida, cuando el faraón les regaló un precioso sarcófago y unos amuletos de oro.

Las momias son un elemento tan característico del antiguo Egipto como puedan serlo las propias pirámides. Más incluso, pues éstas apenas pasan del centenar y las momias se cuentan por millones. Las hay de todos los tamaños, todas las épocas y todos los estilos. Unas veces se trata de meros caparazones de tela enyesada sobre cuerpos sin tratar, y otras de perfectos envoltorios de vendas de lino, que ocultan en su interior un cadáver desecado con natrón.¹ Todos podían ser momificados, personas y animales. Los primeros, para revivir en la otra vida y dotar a las partes inmateriales del ser humano de un punto de referencia en este mundo. Los segundos, para acompañar a sus amos en el más allá, o como ofrendas funerarias, ofrendas votivas para los dioses o incluso como dioses encarnados.

La tradición de preservar los cuerpos de forma artificial comenzó en Egipto antes de que empezara a formarse el Estado en el valle del Nilo y continuó hasta bien entrada la época romana. El entorno desértico en el cual enterraban a sus muertos era perfecto para desecarlos de forma natural; pero en realidad los egipcios comenzaron a momificar sus difuntos por motivos

ideológicos, no para imitar a la naturaleza. Con el tiempo, la momificación se convirtió en un elemento imprescindible, junto con la propia tumba y las ofrendas funerarias, del modo de entender la muerte de los egipcios.

Transformadas en plena Edad Media en un remedio milagroso contra todos los males, comenzó entonces un fluido tráfico que incorporó las momias egipcias al imaginario europeo. Llegaron al continente por centenares de miles y, cuando sus virtudes sanadoras quedaron arrinconadas en los libros de alquimia, comenzaron a utilizarse como abono y luego como curiosidad con la que deleitar al público en conferencias y fiestas selectas. El resultado de semejante difusión es que no hay museo en el mundo que no conserve y exponga con orgullo unos cuantos ejemplares.

En las páginas siguientes se ofrece una visión general sobre el mundo de las momias egipcias que esperamos permita al lector satisfacer su curiosidad al respecto, así como comprender un poco mejor qué se oculta tras esas polvorientas tiras de lino. En el capítulo 1 se indaga en los motivos que llevaron a las momias a convertirse en una medicina y cómo lentamente han llegado a ser consideradas una fuente imprescindible para el conocimiento del antiguo Egipto. Las páginas del capítulo 2 están dedicadas a comprender las razones que llevaron a los egipcios a querer preservar la integridad física de los cadáveres de sus seres queridos y cómo la momificación se convirtió en un elemento básico de sus creencias funerarias. El capítulo 3 trata de la descomposición de los cadáveres y de los medios utilizados en el valle del Nilo para atajarla. En el capítulo 4 se describen los rituales que rodeaban tanto el embalsamamiento como la inhumación de los egipcios y en el capítulo 5 se hace lo propio con todos los elementos del ajuar funerario. El capítulo 6 y el capítulo 7 están dedicados, respectivamente, al estudio de las tumbas de la gente corriente y de los faraones. Los capítulos 8, 9 y 10 tratan de las momias de los reyes egipcios que han llegado hasta nosotros, ya se hayan encontrado dentro de las pirámides, en el Valle de los Reyes o en cementerios olvidados del Delta. El capítulo 11 profundiza en las momias como fuente de información biológica sobre los egipcios: sus enfermedades, su aspecto físico, sus hábitos alimentarios, etc., mientras el capítulo 12 indaga en el tipo de información complementaria (capacidad económica, modo de vida, aspectos sociales) que nos ofrece un enterramiento. Las momias de

animales, las más numerosas de todas, son el motivo de ser del capítulo 13. En el capítulo 14 abandonamos las Dos Tierras para ir a recorrer el mundo y echar un vistazo somero a las momias de algunas otras culturas. Por último, el capítulo 15 demuestra que no hay que tenerle ningún miedo a la maldición de los faraones.

Adelante, amigo lector, levanta la tapa del sarcófago y habla con las momias, te sorprenderás de todos los secretos que te pueden revelar; llevan miles de años esperando una oportunidad como ésta para contarle al mundo cómo era vivir a orillas del Nilo.

Cronología¹

Período Predinástico (4000-2920)

Dinastía 0, reyes anteriores al Estado unificado (c. 3000-2920)

Período Dinástico Temprano (2950-2650 a. C.)

I dinastía, tinita (2950-2775)

II dinastía, tinita (2775-2650)

Reino Antiguo (2650-2125 a. C.)

III dinastía, pirámides escalonadas (2649-2575)

IV dinastía, grandes pirámides de caras lisas (2575-2450)

V dinastía, pirámides y templos solares (2450-2325)

VI dinastía, pirámides estandarizadas (2325-2175)

VII/VIII dinastía, numerosos reyes efímeros (2175-2125)

Primer Período Intermedio (2125-1975 a. C.)

IX dinastía, heracleopolitana (2125-2080)

X dinastía, heracleopolitana (2080-1975)

XI dinastía, tebana (2080-1975)

Reino Medio (1975-1640 a. C.)

XI dinastía, todo Egipto (1975-1940)

XII dinastía, pirámides de ladrillo (1938-1755)

XIII dinastía, unos setenta reyes efímeros (1755-1630)

XIV dinastía, reyes menores, quizá coetánea a las dinastías XIII y XV

Segundo Período Intermedio (1630-1520 a. C.)

XV dinastía, hyksos (1630-1520)

XVI dinastía, reyes hyksos menores, coetáneos a la XV dinastía

XVII dinastía, reyes tebanos (1630-1540)

Reino Nuevo (1539-1075 a. C.)

XVIII dinastía, período imperial (1539-1292)

XIX dinastía, Ramsés II y sus sucesores (1292-1190)

XX dinastía, faraones ramésidas (1190-1075)

Tercer Período Intermedio (1075-715 a. C.)

XXI dinastía (1075-945)

XXII dinastía (945-715)

XXIII dinastía, varios reyes coetáneos (830-715)

XXIV dinastía, saíta (730-715)

XXV dinastía, Nubia y Tebas (770-715)

Baja Época (715-332 a. C.)

XXV dinastía, Nubia y Egipto (715-657)

XXVI dinastía (664-525)

XXVII dinastía, persa (525-404)

XXVIII dinastía (404-399)

XXIX dinastía (399-380)

XXX dinastía (380-343)

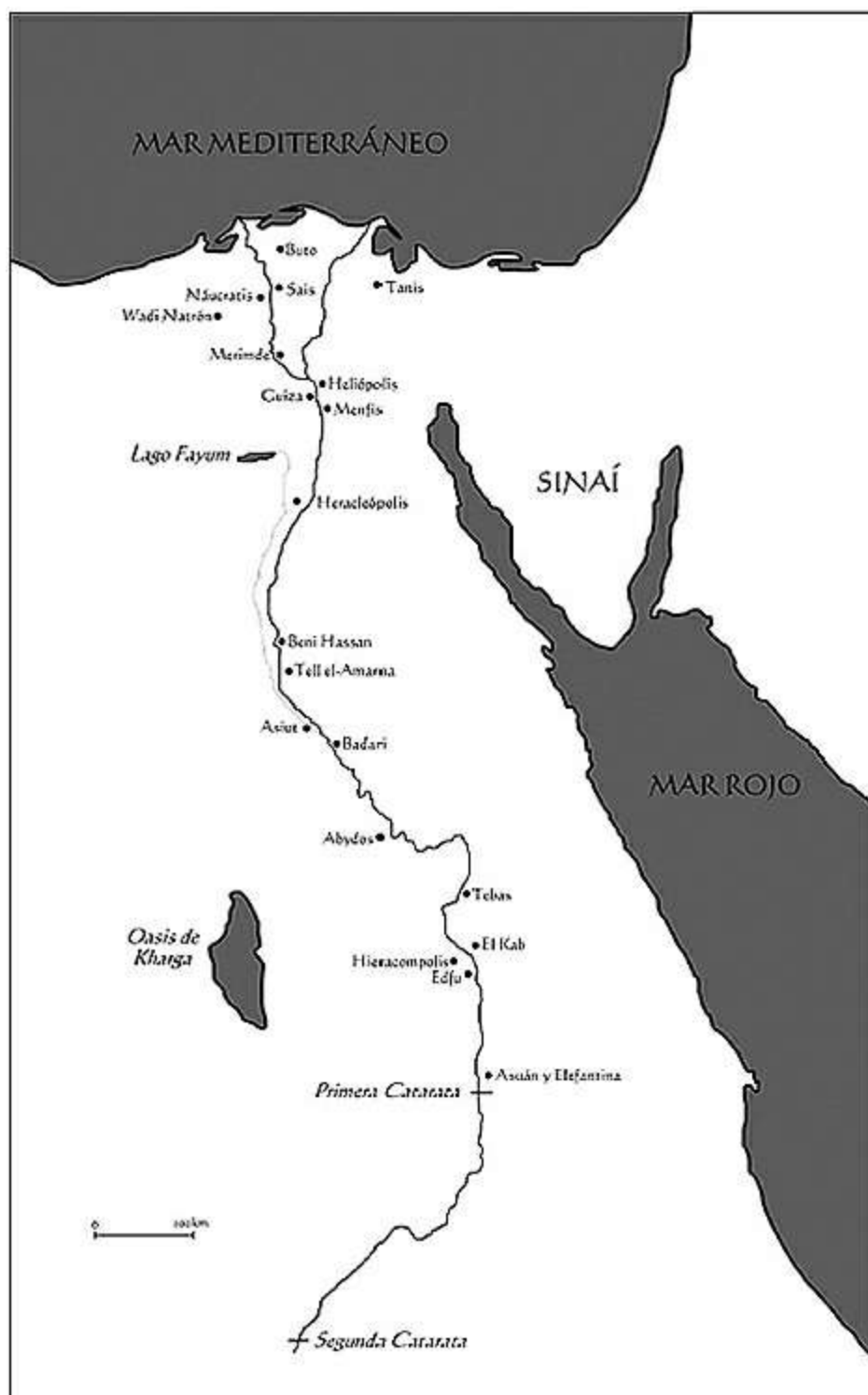
XXXI dinastía, segundo período persa (343-332)

Período helenístico (332-30 a. C.)

Los macedonios (332-305)

Dinastía ptolemaica (305-30)

Período romano (30 a. C.-395 d. C.)



Las primeras momias egipcias en Europa

¿Cuándo empezó a saberse en Europa de la existencia de las momias egipcias? Sin duda, la costumbre faraónica de la momificación fue conocida por los pueblos vecinos de Egipto desde el momento mismo en que entraron en contacto con la cultura del valle del Nilo. Los enterramientos no eran algo secreto en Egipto —más bien al contrario— y menos aún el proceso preservador sufrido por los difuntos. Grecia fue la primera de las actuales naciones europeas en entablar una relación continuada con Egipto y, según fue aumentando el grado de contacto entre ambas culturas, más curiosos se mostraron los griegos al respecto de las momias egipcias. En el siglo VII a. C. los faraones egipcios empezaron a recurrir de forma habitual a mercenarios helenos para reformar las fuerzas egipcias en combate. Tanto fue así, que aquéllos terminaron asentándose en el propio Egipto; concretamente en el Delta, en ciudades como Náucratis, fundada para ellos. Es entonces cuando podemos considerar que las momias egipcias llegaron a Europa por primera vez, sobre todo por la presencia en la ciudad de numerosos mercaderes. No resulta nada extraño pensar que alguno se llevara como recuerdo a la Grecia continental una pequeña momia de animal para sorprender a sus vecinos y amigos. Más complicado parece pensar un suceso semejante con una momia humana, pero ¿quién sabe?

Es Heródoto (484-425 a. C.) el primero que nos ofrece, en el siglo V a. C., una descripción del modo de proceder de los embalsamadores egipcios, un claro indicio del interés que tales prácticas despertaban ya entre sus lectores. Pocos siglos después, durante la época de los Ptolomeos, la cultura macedónica del grupo gobernante y la cultura faraónica del pueblo egipcio coexistieron en el valle del Nilo durante centenares de años, sin mezclarse, como el agua y el aceite. Las momias siguieron siendo entonces parte vital

del devenir funerario de los egipcios; más que antes incluso, pues ahora la momificación se había abaratado y estaba al alcance de las personas con menos posibles. Todo el mundo helenístico, heredero del desmembrado imperio de Alejandro Magno (356-323 a. C.), conocía las momias egipcias. Cuando Julio César (100-44 a. C.) y Marco Antonio (83-30 a. C.) convirtieron Egipto en una provincia del Imperio romano, la existencia de estas momias terminó por alcanzar el corazón de Europa. De hecho, como demuestran los retratos de El Fayum (Fig. 1.1), no fueron pocos los romanos asentados en el valle del Nilo que terminaron adoptando la práctica funeraria egipcia. Las momias habían pasado a ser un referente cultural más del mundo latino, exótico por su procedencia, pero inequívoco de la amplitud del imperio.



FIGURA 1.1. Retrato de mujer romana anónima. Saqqara (325-350 d. C.).

Las circunstancias que, siglos después, terminarían por desposeer a las momias egipcias de su nombre autóctono (*sah* 𓂏𓏏) comenzaron a gestarse también en la época romana. Durante este proceso acabaron por adquirir el nombre que hoy es universalmente empleado para referirse a ellas —con sus variantes nacionales, claro está—. El responsable, inocente, del comienzo del bautizo no fue otro sino Plinio el Viejo (23-78 d. C.); veamos cómo. En una de sus obras glosó las notables virtudes terapéuticas de un producto exótico recogido en las llanuras de la lejana Persia, donde afloraba de forma natural. Se trataba de una sustancia gomosa y negra de penetrante olor, que hoy

conocemos como betún y los persas llamaban *mumia*. El tratado médico de Dioscórides (40-90 d. C.) y el de Avicena (980-1037 d. C.) también se hacen lenguas de esta sustancia, remedio eficaz, tanto inhalada como ingerida, para tratar abscesos, erupciones, fracturas, epilepsias, vértigos... una auténtica maravilla. No es de extrañar que su uso se difundiera rápidamente por Europa. Comenzó entonces un próspero negocio de importación-exportación de una medicina que, hoy día, empleamos para asfaltar las calles.

Convertida en la aspirina de la época, la demanda de *mumia* aumentó tanto que terminó por agotar los recursos persas.¹ Negociantes al fin, los mercaderes orientales no tardaron en encontrar un sustituto al preciado y escaso producto. Como veremos en el capítulo 3, durante el proceso de la momificación el cuerpo era embadurnado entre otras sustancias con resinas y aceites que, al secarse, endurecerse y oxidarse terminaban adquiriendo un color y consistencia casi idénticos a los del betún natural. Los avisados mercaderes egipcios consideraron que esta resina seca encontrada en las momias era la sustancia perfecta para sustituir al betún original. Estamos a años vista de la aparición de la egiptología como ciencia, de modo que a nadie le preocupaba todavía el destino de unos restos humanos y animales viejos y polvorientos. Además, como en Egipto existían millones de momias de todo tipo, eran fáciles de conseguir y el suministro quedaba asegurado por mucho tiempo.

Siempre atentos a los últimos avances de la farmacopea, los médicos occidentales consideraron que el cambio del betún por la resina seca de la momificación había sido para mejor. Según su versada opinión, los músculos y la carne humana adheridos ocasionalmente a la nueva variedad de *mumia* poseían características particulares que mejoraban las propiedades terapéuticas de la misma. En 1581, en Fráncfort del Meno se vendían tres variedades de momia: 1) *Mumia arabus*, *Mumia sepulchorum*, *Mumia factitia*, *pissasphaltum*, seu *picibitumen factitium*; 2) *Mummia Arabus vulgaris*; y 3) *Mumia Grecorum*, *pissasphaltum*, *picibitumen*. El evidente aspecto antropófago de la práctica no debe sorprendernos demasiado, porque hoy día se sigue haciendo algo semejante: los médicos han utilizado la glándula pituitaria de cadáveres para preparar remedios contra las deficiencias en la producción de la hormona del crecimiento. No obstante, no

todos los galenos de la época estaban a favor de la *mumia* como panacea médica. El francés Ambroise Paré (1509-1590) dejó clara su opinión contraria en su *Discours de la momie* (1582):

Pero el efecto de esta malévola droga es tal que no sólo no mejora nada a los enfermos, como he visto numerosas veces por propia experiencia en aquellos a los que se les hace tomarla, sino que les causa un gran dolor en el estómago, con apestosidad en la boca, grandes vomitamientos, que son origen de conmociones en la sangre y más la hace salir de los vasos que la detiene.²

Dado que incluso los reyes la utilizaban (Francisco I de Francia [1499-1547] viajaba siempre con una pequeña reserva personal por si un acaso de enfermedad o herida, que tomaba mezclada con polvo de ruibarbo), la demanda de *mumia* en Europa era brutal y los saqueadores de tumbas se las veían y deseaban para abastecer al mercado. En vez de ensuciarse las manos buscando necrópolis antiguas, los menos escrupulosos de los mercaderes de Alejandría recurrieron, ya desde el 1200 d. C., a la momificación de asesinos ajusticiados y personas fallecidas sin identificar. Adecuadamente tratados, estos cuerpos daban el pego a los menos conocedores de la mercancía. Guy de la Fontaine (1517-1590), médico del rey de Navarra, descubrió la superchería en 1564, cuando tras ver la colección de momias del principal vendedor de la ciudad le preguntó por los procedimientos de momificación de los antiguos egipcios. Riéndose de su ingenuidad, éste le confesó entonces que eran momias falsas, unas treinta o cuarenta, que él mismo había estado haciendo en los últimos cuatro años a partir de los cuerpos de esclavos y otras personas. Sólo en el siglo XVIII se consiguió detener este tipo de falsificación, justo cuando en Europa comenzaba la decadencia de la *mumia* como remedio de botica. Pese a ello, poco dados al cambio y mucho a copiarse unos a otros, algunos sesudos tratados de medicina de la época siguieron nombrándola. Terminada la demanda también lo hizo el tráfico y la *mumia* desapareció de los botiquines europeos; pero no sin antes dejar como herencia su nombre a los millones de seres muertos —hombres y animales— cuyo proceso de descomposición se ha detenido, ya sea por causas naturales o artificiales. Tanto éxito tuvo la sustitución del betún por la resina de embalsamar reseca que el continente —los cuerpos desecados (Fig. 1.2)— terminó por adquirir el nombre del contenido —la sustancia resinosa.

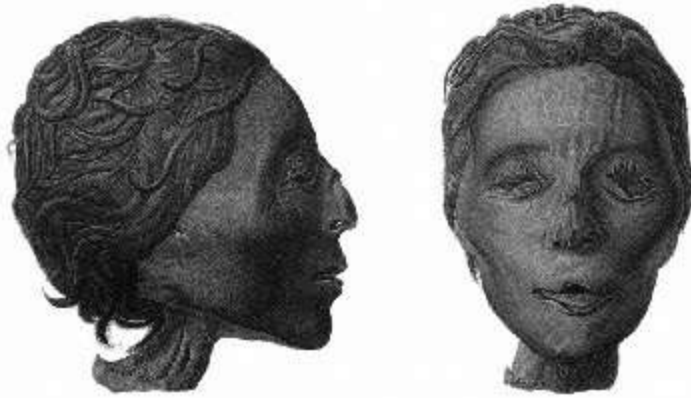


FIGURA 1.2. Momia de mujer encontrada por los miembros de la expedición napoleónica a Egipto.

Con todo, el uso de las momias egipcias como medicina no ha sido ni el único ni el más degradante de los sufridos por ellas. Los pintores del siglo XVIII, por ejemplo, les descubrieron otra utilidad. Triturado y mezclado en las justas proporciones con los aglutinantes adecuados, un trozo de momia se transformaba en una excelente pintura de color marrón. Entre las virtudes del «marrón de momia» se contaban su tono brillante y, en especial, su capacidad para secarse sobre el lienzo sin agrietarse.

Otro uso bastante especial de las momias fue el de materia prima para la fabricación de papel. La cosa sucedió, cómo no, en Estados Unidos. Primero se trató de una mera especulación teórica por parte del Dr. Isaiah Deck (1819-1862), quien en 1855 publicó un artículo en el *Sycaruse Standard* en el que llegaba a la conclusión de que importar momias desde Egipto para aprovecharlas como materia prima sería muy rentable económicamente. Una momia está enfajada, como término medio, por unos 16 kilos de vendas de lino. Importada desde Egipto, esa tela alcanzaba un precio de 6 centavos por kilo, es decir, la mitad que idéntico material fabricado en Estados Unidos. Eso sin contar con las valiosas resinas y aceites aromáticos que acompañaban al cuerpo, recuperables tras un proceso de purificación no muy caro. Deck no fue más allá en su lucubración, pues no llegó a sugerir en su artículo el uso de las vendas para fabricar papel. Un año después, sin embargo, llegó a los periódicos la noticia de que alguien en Nueva York las estaba utilizando justo para eso. Aquí quedó la

cosa hasta el estallido de la guerra de Secesión, que tantos estragos humanos y económicos causó en el país. La tela era necesaria para vendas y uniformes, de modo que los imprescindibles trapos para la fabricación de papel no tardaron en escasear.³ Lógicamente, su precio subió. Tanto que en 1863 dos avispados industriales —Augustus Stanwood y William Tower— importaron desde Egipto varios cargamentos de momias destinadas a servir como materia prima para la pasta de papel. El resultado fue un basto papel de estraza, vendido a fruterías y tiendas de ultramarinos para envolver sus mercancías.

Siendo chocante como es, la reutilización del lino de las momias con fines industriales no lo es tanto como la noticia de que, durante un decenio largo, los ferrocarriles egipcios calentaron sus calderas usando momias como combustible. Bien pensado, la idea no resulta tan descabellada. En una momia puede haber hasta 24 kilos de material altamente inflamable: tela, huesos, papiros, resinas, aceites... Es innegable que su poder calórico es muy alto. Con todo, se trata de un dato que merece ser considerado con la mayor de las reservas. Es cierto que la fuente es uno de los más incisivos reporteros norteamericanos de la época, bien conocido por su capacidad para analizar con agudeza y acierto el mundo en que vivía, pero también, y sobre todo, por ser uno de los más guasones y ácidos miembros del gremio: Mark Twain (1835-1910). En su obra *Inocentes en el extranjero* (1903), relato de sus sufrimientos como turista, nos habla de los ferrocarriles egipcios, de los cuales tuvo conocimiento de primera mano durante su estancia en el valle del Nilo (cap. LVIII):

No hablaré de los ferrocarriles, pues son como cualquier otro ferrocarril. Sólo diré que el combustible que utilizan para la locomotora está compuesto por momias de tres mil años de antigüedad, adquiridas con ese propósito a tanto la tonelada o en el cementerio y que, en ocasiones, uno escucha al profano ingeniero decir malhumorado en voz alta: «J---r con estos plebeyos, no se queman nada... pásame un rey».

De cualquier modo, según comenzaron a hacerse más populares los viajes turísticos a la tierra del Nilo, el destino más habitual de las momias fue el de terminar como mero *souvenir*. Un europeo recién llegado a Egipto, ansioso por disfrutar de todo el sabor del misterioso país de los faraones, estaba más que dispuesto a conseguir algo realmente exótico que llevarse a casa. Sabedores de esta predisposición, los guías no tardaban en ofrecerle la

posibilidad de una interesantísima caza del tesoro, destinada a encontrar unas cuantas momias. En ocasiones las tumbas profanadas eran monumentos antiguos, pero eran las menos. La mayor parte de los «tesoros» de momias descubiertos por los turistas eran agujeros preparados al efecto, rellenos de momias de todo pelaje. Igual que ir de caza mayor, bastaba con situarse en el lugar indicado por los monteros y esperar para cobrar la pieza. Uno de los turistas más conocidos en recibir semejante tratamiento fue el hijo de la reina Victoria y futuro rey de la Gran Bretaña, Eduardo VII (1841-1910). El por entonces príncipe de Gales tuvo la increíble «fortuna» de encontrar un importante conjunto de momias de tremendo valor, le aseguraron (Fig. 1.3). Regresó a casa tan encantado con la experiencia que incluso sufragó de su bolsillo la publicación de una noticia del acontecimiento.



FIGURA 1.3. Descubrimiento de una momia en una excavación cerca de Tebas en presencia de su alteza el príncipe de Gales, 18 de marzo de 1862.

Las anécdotas al respecto de las momias-recuerdo son innumerables, sobre todo desde que a mediados del siglo XIX la creación del Servicio de Antigüedades y el comienzo de la protección oficial del patrimonio egipcio convirtieran su exportación en un delito. Fue sin duda el deseo de sentir la adrenalina corriendo por sus venas, el origen del fallido intento de dos

turistas —las señoritas Brocklehurst— por convertirse en contrabandistas de momias. Habiendo viajado por el Nilo en su casa flotante, regresaban a El Cairo completamente decididas a escamotear su botín ante los ojos de los aduaneros. Sólo dos circunstancias pudieron al fin disuadirlas: la cercanía de la aduana y la tremenda peste, cada vez más penetrante, emitida por el cuerpo en descomposición. La liberadora llegada de la noche les permitió deshacerse de las pruebas de su casi delito.

Otro turista, más firme o afortunado a la hora de sortear la aduana cairota, llegado a Europa se libró por los pelos de un mal encuentro con la justicia. Tras conseguir sacar de Egipto dos momias y embarcarlas en un tren camino a casa, se quedó estupefacto cuando la policía se dirigió a él muy escamada. Convenientemente asustado por la presencia de la autoridad, fue sometido a un decidido interrogatorio. La cosa comenzó cuando, en una revisión rutinaria, las momias fueron descubiertas en el vagón de equipajes. Dado el macabro contenido de sus maletas, creyeron ver en nuestro turista a un sanguinario asesino que intentaba deshacerse de los cuerpos del crimen, nunca mejor dicho. Suponemos que los amuletos egipcios de los supuestos asesinados terminaron por convencer a los policías de la inocencia del escamoteador de momias, pero ¡vaya susto! Con cadáveres sí que trató nuestro siguiente turista, encantado con la ganga conseguida en Asuán, una momia auténtica nada menos. El problema fue que, una vez analizada, la supuesta antigüedad faraónica resultó ser el cuerpo de un ingeniero inglés fallecido apenas unos años antes. Los egipcios le habían dado al turista gato por liebre. No es de extrañar: en el caso de las momias, en ellos es una costumbre inveterada, llevan haciéndolo miles de años.

La probidad de la mayor parte de los artesanos de las momias fue pareja a la falta de escrúpulos de algunos embalsamadores, en especial de época ptolemaica y romana. Por ejemplo, en algunos casos el problema de unas piernas demasiado largas para el sarcófago se solucionó partiendo los tobillos del difunto; se consiguió así la reducción de la momia en unos centímetros, que permitieron apañar el encargo. Si, después de ser extraídos, los órganos internos del cadáver se perdían o estropeaban antes de ser convenientemente momificados, la solución era sencilla, reemplazarlos por réplicas: los intestinos por cuerda, el hígado por una piel de vaca y los demás órganos por

trozos de cuero y trapos. Un caso mucho más sangrante es el de la supuesta momia de un niño de época grecorromana que, al ser desvendada por William Mathew Flinders Petrie (1853-1942), resultó ser un fémur (para simular la longitud adecuada) unido a una tibia y un cráneo viejo relleno de barro (para conseguir la forma precisa de la cabeza y el torso). Lo más chocante es que el conjunto fue cuidadosamente vendado, introducido en un ataúd y luego enterrado. ¿Una falsificación para ganar tiempo y dinero o un cuerpo desaparecido por un desgraciado accidente? Imposible saberlo.

Con todo, las momias falsificadas en mayor número fueron las de animales. En época ptolemaica y romana, la costumbre de ofrendarlas a los dioses se volvió universal (véase el capítulo 13). Tanto que se han encontrado multitud de necrópolis con millones de animales momificados: ibis para el dios Thot, cocodrilos para el dios Sobek, toros para el dios Apis... Se ha llegado a sugerir, incluso, que junto a los templos los sacerdotes mantenían criaderos de animales destinados al sacrificio y a ser vendidos a los fieles. La momificación de estos animales se convirtió en un proceso casi industrial, destinado a satisfacer una elevada demanda. Esta circunstancia espoleó la picaresca de algunos, que se dedicaron a vender cualquier material susceptible de pasar por el animal deseado una vez tratado: trapos, huesos, ladrillos, trozos de cerámica, etc. (Foto 1). No es de extrañar que el cuerpo del ingeniero inglés acabara siendo vendido transformado en una «legítima» momia faraónica. Muchos son los museos que cuentan con este tipo de falsificación en sus vitrinas. Como vemos, las momias egipcias nunca han dejado de ser un producto del que se podían conseguir importantes beneficios, no siempre legítimos.

En realidad, el sistema más sencillo de obtener ganancia de las momias era saquearlas. El robo de momias ha sido una constante en Egipto desde que los cuerpos comenzaron a enterrarse con ajuar funerario, es decir, desde antes de la aparición del Estado. La cantidad de riqueza inhumada era tan grande como la tentación de conseguirla mediante unas pocas horas de trabajo. Petrie nos habla en sus memorias de excavación de tumbas predinásticas halladas intactas por sus hombres; pero que demostraron haber sido saqueadas apenas unos días después de haberse realizado el enterramiento original, millares de años atrás. Acompañadas por valiosos amuletos de materiales preciosos y un

importante ajuar, las momias suponían una tentación demasiado grande. Tentación que aumentaba cuando la tensión económica soportada por la sociedad era mayor, como sucedió a finales de la XX dinastía. Los reinados de Ramsés IX y Ramsés XI debieron de ser especialmente propicios para ello, puesto que nos han proporcionado los sumarios de dos importantes juicios habidos contra los responsables del robo de tumbas en las necrópolis de Tebas.

Por aquellas fechas el saqueo estaba completamente institucionalizado. Existían varios grupos establecidos de ladrones, en algunos casos apoyados por funcionarios de categoría, que saqueaban a placer las tumbas. En realidad, todo el mundo conocía los turbios negocios despachados por la noche en la necrópolis, pero a nadie le preocupaba demasiado. A algunos porque al final recibían una parte del robo y a otros porque la gente implicada contaba con apoyos que hacían peligrosa la delación. De hecho, todo el asunto estalló por los celos entre dos altos funcionarios. Uno de ellos decidió acusar al otro de connivencia en los robos con la intención de hacerlo desaparecer como contrincante político. Destapado el caso, las autoridades actuaron. No tardaron en encontrar a los culpables —a parte de ellos al menos— y los interrogatorios dieron su fruto. Los diligentes escribas tomaron nota de todo y ésta es la transcripción de la confesión de un tal Imenpanefer sobre su participación en los hechos:

En el año 13.º del faraón, vida, salud, fuerza, nuestro señor, partimos para saquear los monumentos funerarios según nuestro modo de hacer, al que nos entregábamos con mucha regularidad [...]. Después, pasados algunos días, los cuidadores de Tebas se enteraron de que habíamos cometido saqueos en el Occidente. Se hicieron con nosotros y me encerraron en el lugar del gobernador de Tebas. Tomé los veinte *deben*⁴ de oro que me habían tocado como parte. Se los di al escriba del distrito de Tameniu, Khemopet: me liberó. Me reuní con mis cómplices y ellos me dieron una parte. Hasta el día de hoy me seguí dedicando a la práctica de saquear las tumbas de los dignatarios y de las personas de la región que reposan en el occidente de Tebas, junto con los demás saqueadores que me acompañan, una gran cantidad de gentes de la región, que se dedicaban también al saqueo y que se encuentran agrupadas en equipos.

*Papiro Amherst-Leopold II.*⁵

No está mal para una sociedad de hace tres mil años: robos, saqueos, funcionarios corruptos, sobornos, juicios escandalosos, celos profesionales... Las momias eran una fuente de riqueza y todos lo sabían. El ladrón detenido

por la policía no tuvo más que ofrecer su parte del botín al carcelero para ser liberado y poder continuar con el saqueo. Las momias no sólo beneficiaban a los ladrones, sino también a los encargados de protegerlas, pero ¿quién vigilaba al vigilante? En realidad los saqueadores no eran desechos de la sociedad, sino personas de clase media baja, que buscaban en ellas un sobresueldo para conseguir un mejor pasar. Su temor a ser sorprendidos no era demasiado grande, pues caso de ser atrapados tenían la seguridad de poder librarse sin demasiados problemas. Pese a sus propias creencias funerarias —con seguridad la idea de ver su propia momia profanada los molestaba enormemente—, no mostraban ningún respeto por los cuerpos momificados. Así describe el informe final de la Administración la técnica de los ladrones para hacerse rápidamente con el botín:

Se constató que los saqueadores las habían profanado todas, que habían arrancado a sus poseedores de sus ataúdes y sarcófagos y los habían abandonado en el desierto tras haber saqueado los elementos del ajuar que se les había dado, así como el oro, la plata y los adornos que se encontraban en sus ataúdes.

*Papiro Abbott.*⁶

Triste destino el de las momias, cuando no eran destruidas en busca de objetos preciosos, eran vendidas a ávidos turistas deseosos de llevarse a casa un pedacito de la mágica tierra que estaban visitando. La mayoría de las momias compradas como «recuerdo» ha sido «exportada» en época moderna. Un caso extremo sería el de la posible momia de Ramsés I. Se trata de un *souvenir* ignorado por todos durante años, considerado uno de los muchos cachivaches traídos a casa por el abuelo en uno de sus viajes. La historia de su identificación y regreso a Egipto merece la pena.

Al suceder como soberano de las Dos Tierras a su compañero de armas (el general Horemheb), poco podía sospechar Ramsés I que su destino final sería el de entretener a los visitantes en un museo. Desgraciadamente, durante cerca de siglo y medio no se trató de un museo de historia, destinado a lucir las glorias nacionales y permitir al público tener un contacto, siquiera mínimo, con los grandes faraones egipcios, sino de un abigarrado gabinete de «curiosidades», entre las cuales se contaban también un esqueleto de ballena, un cerdo con cinco patas y un ternero con dos cabezas. Peculiar compañía, no

cabe duda. Por fortuna para su estima personal de faraón todopoderoso, las salas del museo guardaban varias momias egipcias más, que le hicieron las veces de séquito, contribuyendo sin duda a hacer más llevadera su suerte.

Fue precisamente en la sede de esta pintoresca institución, el Niagara Falls Museum —el más antiguo de Canadá, fundado en 1827—, donde allá por la década de 1980 el egiptólogo alemán Arne Eggebrecht (1935-2004) vio la momia por primera vez. Siendo un reputado especialista en la historia del Reino Nuevo egipcio, no pudo dejar de notar en ella una serie de particularidades que la convertían en algo digno de un estudio más profundo.

En primer lugar estaba su aspecto físico (Fig. 1.4), que de inmediato recuerda a las momias de Seti I (Fig. 3.1) y Ramsés II (Figs. 1.5 y 15.3), respectivamente, su hijo y su nieto, con su nariz ganchuda. Este tipo de semejanza no es, desde luego, una base firme para apoyar la identificación, pero sí permite despertar las sospechas del especialista. Los historiadores del arte hablan del «ojo del experto» y no es la única ciencia histórica donde existe. Colegas de Eggebrecht, como los egiptólogos Bob Brier (Universidad de Long Island), Aidan Dodson (Universidad de Bristol), Salima Ikram (Universidad Americana de El Cairo) y Peter Lacovara (conservador del Museo Michael C. Carlos de la Universidad de Emory, Atlanta), coincidieron en su apreciación.



FIGURA 1.4. La posible momia de Ramsés I mientras estuvo expuesta en el Museo de El Cairo.



FIGURA 1.5. La nariz ganchuda de los ramésidas. Fotogrametría del perfil de Ramsés II.

Pese a haber levantado las sospechas de la comunidad científica, la momia tuvo que esperar más de un decenio antes de ser sometida a un estudio exhaustivo. La oportunidad sólo se presentó en 1999, cuando el museo que la cobijaba cerró sus puertas al público y la Universidad de Emory (Atlanta) pudo comprar toda su colección egipcia —incluida la momia— por dos millones de dólares. Entre los más de 145 objetos adquiridos había vasos canopos, amuletos, joyas, esculturas de bronce, objetos de cerámica, cestas, un relieve y un grupo de diez sarcófagos con sus correspondientes momias. La cronología general de la colección va desde la XXI dinastía (1069 a. C.) hasta la época romana (30 a. C.) y, no obstante la aparente calidad de los sarcófagos, nunca había sido estudiada ni publicada en ninguna revista científica. De todos estos objetos, el que se investigó más a fondo fue la posible momia real. Además de someterla a un completo estudio radiográfico, se le realizó un TAC, se tomaron pequeñas muestras biológicas para intentar desentrañar su ADN y se realizaron estudios radiocarbónicos de cronología absoluta. Las fechas del C^{14} la sitúan entre el 1570 y el 1070 a. C., en perfecta correspondencia con la cronología de las dinastías XVII a XIX. Desgraciadamente, ninguno de estos estudios ha demostrado de forma irrefutable que se trate de la momia de Ramsés I.

Pese a lo anterior, además de su parecido físico, la momia presenta unas características concretas que permiten a los especialistas fundamentar su opinión. Una de ellas es el tipo de momificación, muy cuidada, en la cual se

puso mucho empeño en proteger el cuerpo y en la que destacan el meticuloso vendaje de la cara y la gran cantidad de resina empleada —un producto muy caro—. En opinión de Ikram —una reputada especialista en este campo—, las características técnicas de la momia la sitúan cronológicamente entre finales de la XVIII dinastía y comienzos de la XIX, justo la época de Ramsés I. Si a esto le sumamos los brazos cruzados sobre el pecho, una postura de embalsamamiento que en el Reino Nuevo estaba reservada exclusivamente a la realeza, parece indudable que como mínimo nos encontramos ante los restos de un miembro de la familia real egipcia de esa época.

Como veremos en el capítulo 9, la mayoría de las momias de soberanos del Reino Nuevo fueron encontradas a finales del siglo XIX, todas juntas en una tumba de Deir el-Bahari. En ella también apareció el ataúd vacío de Ramsés I. A lo que parece, la momia que contenía fue escamoteada de su escondrijo al poco de ser éste descubierto por una familia de ladrones, para ser vendida de inmediato a un turista en busca de un recuerdo de calidad. El comprador fue un coleccionista de momias quien, tras sacarla del país, se la vendió a su vez a un médico canadiense. Algún tiempo después, la momia pasó a formar parte de los fondos del Niagara Falls Museum, y así es como un faraón de Egipto acabó sus días en el Canadá. Tras varios milenios de tranquila espera sin la visita de los profanadores de tumbas, Ramsés I terminó por sufrir la ignominia del saqueo apenas unos años antes de que el mundo académico contemplara asombrado a sus compañeros de refugio.

Nuestra momia, devuelta a Egipto en octubre del 2003 con gran alarde publicitario, podría ser en realidad la de alguno de los varios faraones del período cuyo cuerpo aún no se ha encontrado. Como está datada entre finales de la XVII y comienzos de la XIX dinastía, los únicos candidatos posibles con los que identificarla son Horemheb, Ramsés I y Ramsés VII; por desgracia, la edad calculada a la momia por los antropólogos físicos, unos 45 años, tampoco es de mucha ayuda a la hora de descartar a algún candidato, porque los tres soberanos llegaron al trono lejana ya su juventud.

El estudio de la momia canadiense, dirigido por Lacovara, no ha permitido llegar a una conclusión satisfactoria respecto a su identidad. No obstante, nadie duda de que la momia pertenece a un soberano egipcio. La directora del museo, Bonnie Speed, resume así el resultado de la

investigación: «Estamos seguros al 100 por 100 de que la momia es real y en un 95 por 100 de que se trata de Ramsés I». Una vez quedó establecida fehacientemente esta circunstancia, el museo decidió devolver la momia a Egipto. El hijo pródigo había regresado a casa. En la actualidad está expuesto, dentro de su sarcófago, en el Museo de Luxor. Es el mejor ejemplo del cambio experimentado en la mentalidad occidental respecto a las momias: de mero «recuerdo» turístico han devenido en valiosos documentos del pasado. El proceso ha sido largo y comenzó casi al mismo tiempo que el polvo de momia era consumido con fruición y los cuerpos embalsamados se usaban para los más diversos menesteres. Ya entonces, personalidades aisladas dedicaban parte de su tiempo a estudiar, con visos científicos, estos curiosos restos del lejano pasado faraónico.

El primer estudioso de las momias del que se tiene constancia es el francés Benoit de Maillet (1656-1738). Fue cónsul de Luis XIV en El Cairo y como tal estaba bien al tanto del tráfico de momias. Entre sus obligaciones principales se encontraba la de ocuparse del bienestar de los viajeros franceses que por la ciudad pasaban. En septiembre de 1698 decidió lucirse ante uno de estos grupos desvendando una momia para ellos. No tomó ninguna nota del proceso ni de las características del cuerpo; pero sí de algunos de los amuletos aparecidos entre las vendas de lino (Fig. 1.6). El mismo énfasis en los objetos y desinterés por la momia demostró unos años después el también galo Frédéric Caillaud (1789-1869). En su caso se trataba de la momia de un niño de época romana, llamado Petamenofis. Aparte de la fecha de su nacimiento, escrita en la etiqueta que acompañaba al cuerpo, poco más mereció la atención de Caillaud; sólo nos dice que fue enterrado con una rama de olivo de metal en la cabeza y placas de oro sobre los ojos y la boca.

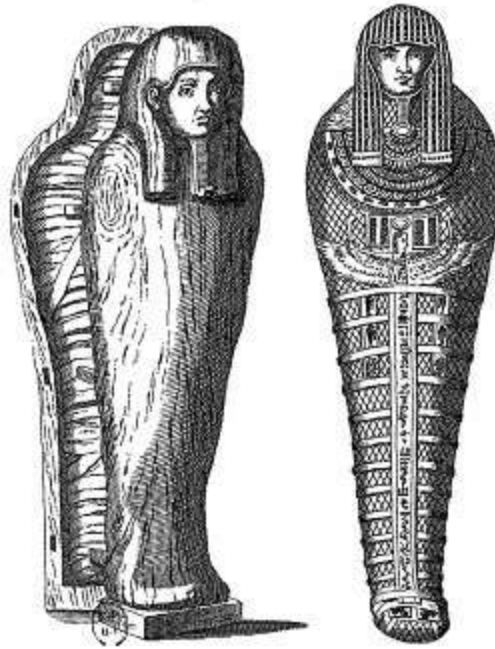


FIGURA 1.6. Momia estudiada por De Maillet.

El paso intermedio hacia un estudio realmente «científico» de las momias lo dio un boticario germano, Christian Hertzog, quien en 1718 desvendó un cuerpo y después publicó un informe sobre el proceso. Décadas después, un médico y anatomista alemán, Johan Friedrich Blumenbach (1752-1840), estuvo en Londres un par de meses del año 1792 desvendando todas las momias que le dejaron y descubriendo que algunas eran falsas. Mucho más comedido fue el médico personal del duque de Cumberland, el doctor August Granville (1783-1872), quien en 1825 estudió la momia de una egipcia de la XXVI dinastía llamada Irtyersenu. El resultado de la autopsia fue publicado ese mismo año por la Royal Society. Tres años después, en 1828, se pidió a la Biblioteca y Sociedad Filosófica de Leeds que estudiara una momia propiedad de un banquero. El trabajo le fue encargado al historiador William Osburn (1793-1867), quien contó con la ayuda de químicos y anatomistas. Se trataba de los restos de un sacerdote de la XX dinastía llamado Nesamón, quien volvería a ponerse en manos de los doctores más de siglo y medio después, en 1989.

La práctica del desvendado de momias continuó extendiéndose y a mediados del siglo XIX se había convertido en todo un evento en Londres. El principal instigador de los mismos no podía ser otro que Giovanni Battista Belzoni (1778-1823). Este aventurero de múltiples habilidades había trabajado con gran éxito para Henry Salt (1780-1827) —el cónsul británico en El Cairo—, consiguiéndole muchas de las piezas que compusieron sus importantes colecciones egipcias.⁷ Su antigua profesión de forzudo de circo —el «Sansón Patagón» era su nombre artístico— nos habla del gusto de Belzoni por el espectáculo, que en este caso consistió en el desvendado público de unas cuantas momias. Como ayudante escénico contó con su amigo el cirujano Thomas Pettigrew (1791-1865), quien no tardó en imitar su ejemplo de forma independiente.

Los primeros intentos de Pettigrew tuvieron lugar de forma privada, con una momia conseguida en una subasta. No se limitó a ver qué amuletos había bajo las vendas, sino que tomó notas de todo. Ya con alguna experiencia, decidió dar conferencias sobre la cuestión. El plato fuerte de las mismas tenía lugar tras la charla y consistía en desvendar una momia para exponer ante los asistentes el magro cuerpo de un egipcio. La primera conferencia tuvo lugar en el Hospital de Charing Cross, el 6 de abril de 1833. En total, fueron una docena las conferencias con momia que impartió, todas con gran éxito de crítica y público. Con los datos así reunidos, Pettigrew publicó uno de los primeros volúmenes científicos sobre el tema: *History of Egyptian mummies* (1834). En él no sólo hacía hincapié en los aspectos anatómicos de las momias, sino que también buceaba en las fuentes antiguas sobre la cuestión, amén de estar ilustrado con cuidadosos dibujos de restos momificados. La novedad era tal que la moda prendió en Londres y poco después los muy ricos celebraban reuniones con té y momias egipcias, desvendadas para entretener a los invitados (Fig. 15.2). Quedaba mucho trabajo por hacer, pero Pettigrew había indicado la dirección correcta. Su influencia más inmediata fue sobre el médico británico John Davidson (1797-1836), quien en 1833 desvendó dos momias de la Royal Institution, publicando meses después un informe sobre las mismas.

Todavía en la década de 1880, los miramientos con las momias eran escasos, aun los tenidos con ellas por el propio jefe del Servicio de Antigüedades Egipcias, Gaston Maspero (1846-1919). Como no tardaron en sufrir personalmente los faraones del glorioso Reino Nuevo —recién descubiertos en el *cachette* de Deir el-Bahari, de donde fuera escamoteado Ramsés I—, el cuerpo reseco de las momias seguía siendo poco más que una curiosidad para los egiptólogos. La de Tutmosis III fue la primera de las momias reales en pasar por las manos de Maspero. En 1881 éste rajó sus vendas de la cabeza a los pies para exponer el cuerpo del gran conquistador egipcio ante una audiencia de curiosos. El estado del cadáver era lastimoso, sólo las vendas mantenían unidos los pedazos (Fig. 1.7). Visto el panorama, la envoltura de la momia fue recosida y el «paquete» dejado reposar tranquilo. Pocos años más tarde, la momia de Ramsés II (Figs. 1.5 y 15.3) sufrió la misma suerte, esta vez ante una audiencia de altas personalidades egipcias. Los resultados fueron algo más alentadores, pero la mala conservación posterior de la momia obligaría —en 1976— a trasladarla a París para un tratamiento de choque que evitara su desaparición definitiva.



FIGURA 1.7. La momia de Tutmosis III tras ser cortadas sus vendas por Maspero.

Con el descubrimiento fortuito de los rayos X en 1895, a manos del alemán Wilhelm Conrad Roentgen (1845-1923), se empezó a disponer de los medios necesarios para no tener que librar a las momias de sus vendas a la hora de estudiarlas. Obviamente, sólo unas pocas y privilegiadas gozaron de tal trato de favor, pues por aquel entonces el procedimiento era casi una curiosidad científica. El placer del hallazgo siguió ganándole la partida al deber de la conservación. Las radiografías eran un proceso delicado y caro, empleado únicamente en casos especiales. Incluso cuando eran radiografiadas, no fueron pocas las momias desvendadas después, como le sucedió a la de Tutankhamon.

Pese al nuevo invento, todavía faltaba bastante para que la inmensa cantidad de información contenida en las momias fuera evidente para todos. Las momias de los faraones Djer (I dinastía, descubierta en 1900) y Khasekhemuy (II dinastía, descubierta en 1897) sufrieron en sus carnes tal ignorancia. Encontrada por Émile Amélineau (1850-1915), de la segunda sólo sabemos la ínfima descripción ofrecida por éste en la memoria de excavación; como sucio revoltijo de huesos y tela que era, terminó en la basura (sobre este suceso véase el capítulo 7). La primera tuvo más suerte, pero sólo al principio. Excavada por Petrie —en realidad se trataba sólo de un antebrazo—, fue fotografiada (Fig. 8.1), dibujada y cuidadosamente descrita antes de ser enviada al Museo de El Cairo. Allí la realidad se impuso terca: el «conservador» —en este caso Emile Brugsch (1842-1930)—⁸ se quedó con las preciosas pulseras que adornaban la muñeca y tiró a la basura los huesos y vendas como algo carente de valor.

Pese a todo, los rayos X sí supusieron el comienzo de un cambio. En marzo de 1896, apenas cuatro meses después de su descubrimiento, Walter König (1859-1936) lo aplicó por primera vez a unas momias egipcias, concretamente un niño y un gato del Museo Senckenberg de Fráncfort (Fig. 1.8). Ese mismo año, Thurstan Hollan radiografió la momia de un pájaro en Liverpool; Petrie hizo lo propio en 1897 (Fig. 1.9) y algo después también Grafton Elliot Smith (1871-1937). Este neuropatólogo australiano sería uno de los impulsores del desarrollo del estudio paleopatológico de las momias egipcias. En 1904 utilizó los rayos X para estudiar las hepísis de los huesos de la momia de Tutmosis IV y así averiguar su edad. El traslado del cuerpo

hasta el hospital donde tuvo lugar el estudio, realizado en un ajadado taxi cairota, debió de ser digno de verse. Fue una más de las aproximadamente 30.000 momias egipcias que Smith llegaría a examinar en toda su vida. Resultado de toda esta experiencia, y de su colaboración con un tardío llegado a la egiptología y las momias, Warren Royal Dawson (1888-1968), fue un libro convertido hoy en todo un clásico de la materia: *Egyptian mummies* (1924).



FIGURA 1.8. Primera radiografía de una momia egipcia, un gato, realizada en 1896 por König.

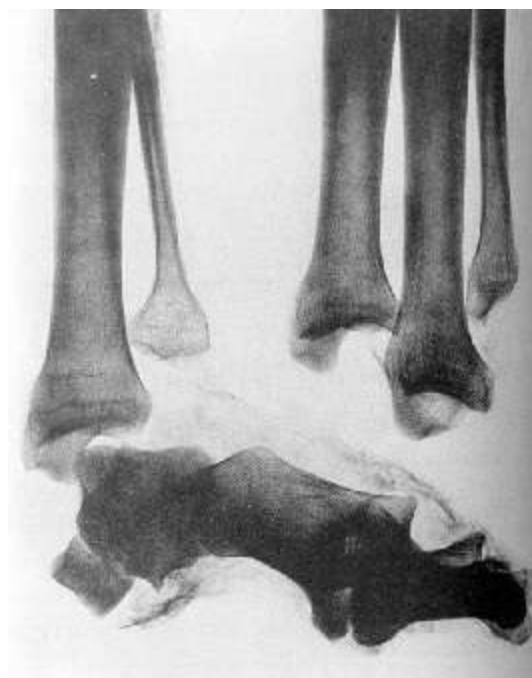


FIGURA 1.9. Tercera radiografía de una momia egipcia, realizada por Petrie en 1898.

En 1908, Margaret Murray (1863-1963) inauguró a la vez la creación de grupos de trabajo interdisciplinarios y la tradición del Museo de Manchester en el estudio científico de las momias egipcias. El equipo lo componían una egiptóloga —ella, que había sido alumna de Petrie—, un médico, tres químicos y dos expertos en tejidos. Dedicaron sus conocimientos conjuntos a estudiar científicamente cuatro momias: las entonces recién descubiertas de Nakhtankh, Khnumnakht⁹ —en una tumba intacta en Rifeh— y otras dos pertenecientes a la colección del museo. Las bases del estudio exhaustivo de las momias estaban sentadas, y desde entonces, las técnicas no destructivas no han hecho sino mejorar. Aun así, el segundo cuarto del siglo XX no supuso, en cuanto al estudio de las momias egipcias se refiere, el avance esperable tras los esperanzadores comienzos del primer cuarto. Sólo a partir del final de la segunda guerra mundial comenzó de nuevo a cobrar impulso el estudio paleopatológico de las momias, esta vez de forma continuada. Tanto que en la actualidad ni siquiera es necesario sacar a las momias de sus ataúdes para estudiarlas. Sin abrirlos siquiera, la tomografía axial computerizada (los famosos TAC) (Foto 23) permite obtener un

conocimiento infinitamente más exhaustivo y profundo del que consiguiera Maspero con sus tijeras, dejando al aire el maltrecho cuerpo de Tutmosis III (Fig. 1.7).

Los orígenes de una costumbre ancestral

La muerte es la única certeza que poseen los seres humanos y, arqueológicamente hablando, la adquisición de esta conciencia se remonta a unos 100.000 años atrás, con la aparición de los primeros indicios de rituales funerarios y enterramientos en el Paleolítico. En dos yacimientos de Etiopía, Herto y Hobo, se han encontrado cráneos con restos de descarnado, un indicio de que los difuntos sufrían un tratamiento especial. Más evidentes son los casos de las cuevas de Skhul y Qafzeh (Israel), donde se han excavado cuerpos espolvoreados con ocre y acompañados por cornamentas de gamo y mandíbulas de jabalí. Esta preocupación por disponer del cadáver de un miembro del grupo de una forma concreta sugiere la presencia, al menos ocasional por estas fechas, de algún tipo de ritual funerario. La inhumación no se convirtió en una práctica generalizada para casi todos los grupos humanos del planeta hasta hace 35.000 años. Los habitantes del valle del Nilo no fueron una excepción. El enterramiento egipcio más antiguo es el cuerpo de un niño encontrado en Taramsa y fechado 55.000 años antes de nuestra era;¹ a partir de ese momento la inhumación fue la práctica funeraria por excelencia en el valle del Nilo.

Los arqueólogos siempre se quejan de que conocen cómo se hicieron las cosas, pero que en la mayor parte de las ocasiones se les escapa el porqué de las mismas. En el caso egipcio esto no deja de ser cierto para los momentos más tempranos de la cultura faraónica; sin embargo, la abundante documentación posterior nos informa ampliamente de los motivos ideológicos ocultos tras las momias egipcias.

A pesar de su imagen inmovilista, la ideología funeraria egipcia fue evolucionando con el paso del tiempo, si bien su núcleo ideológico siguió siendo el mismo a lo largo de tres milenios. Los egipcios se enfrentaban

intelectualmente al mundo utilizando la «multiplicidad de aproximaciones». Al contrario que la civilización occidental, completamente lineal, donde si A es mayor que B y B es mayor que C, entonces A es mayor que C siempre y en todas las ocasiones, para los egipcios las cosas eran ciertas en un momento dado y no como consecuencia de una relación inmutable de causa-efecto. Para ellos, en un caso A podía ser mayor que B y B ser mayor que C y, al mismo tiempo y en otro caso distinto, C ser mayor que A. Como además los egipcios se mostraron siempre reacios a deshacerse de ningún tipo de logro ideológico, durante el Reino Nuevo seguían siendo válidos conceptos aparecidos durante el Predinástico. Esto nos permite extrapolar a todo el período faraónico una generalización de la ideología existente tras la conservación de los cadáveres, que en realidad refleja sobre todo las creencias del Reino Nuevo, cuando la documentación es mayor.

Sin caer en el determinismo geográfico, podemos afirmar que la geografía del valle del Nilo se filtró sin remedio en los cimientos sobre los cuales se construyó la ideología faraónica. El inmediato desierto (una sabana que terminó de secarse a finales del Reino Antiguo), el poderoso Sol y la periódica inundación del Nilo se incorporaron sin remedio al modo egipcio de entender el mundo y la muerte.

Cada año, a comienzos del verano, las aguas del monzón caídas en las montañas de Etiopía alcanzaban el Nilo y hacían que éste se desbordara en una lenta crecida de varios meses de duración. Llegada en un momento en que la tierra estaba sedienta y el país a punto de sucumbir al inclemente poder de Ra, la inundación anegaba Egipto con un manto líquido repleto de vida. Al retirarse al cabo de largas semanas, la inundación dejaba tras de sí una capa de fértil tierra negra cuyos primeros efectos se dejaban notar en la vida que regresaba a las pequeñas colinas que sobresalían de las aguas. Este ciclo vida-muerte-renacimiento ligado a las aguas del Nilo, los montículos y la dirección norte-sur de su corriente es el primer elemento presente en las creencias funerarias egipcias. De ahí la existencia del Nun (las aguas del caos), la colina primigenia (donde apareció el dios creador) y que el sur se convirtiera en el punto cardinal de referencia para los egipcios (allí donde nacía el río) (Fig. 2.1).

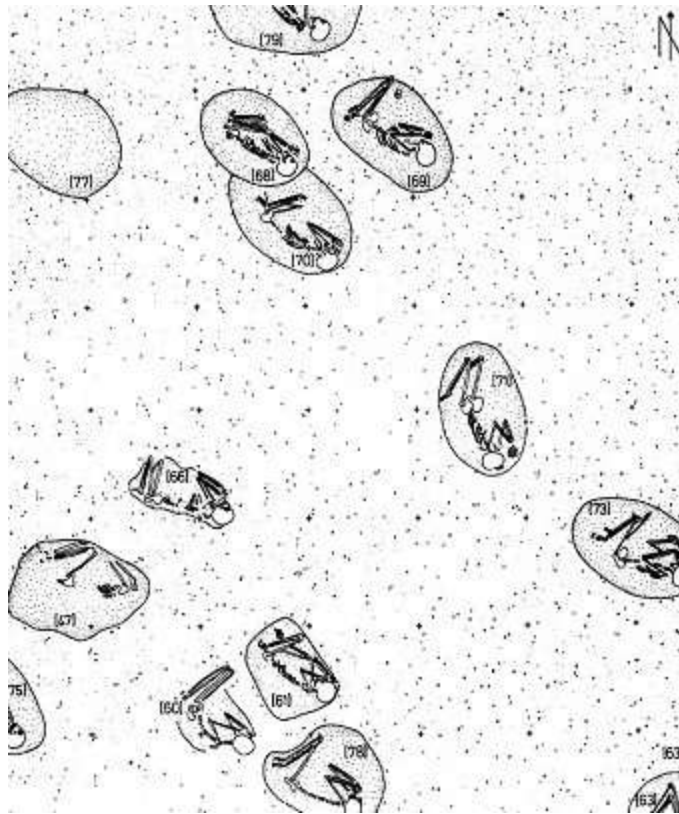


FIGURA 2.1. La influencia de la geografía en las creencias funerarias.
Orientación preferencial hacia el sur (nacimiento del Nilo) y mirando al este
(lugar del amanecer) en el cementerio predinástico de Merimde.

El Sol es el mismo para todos, pero su fuerza no se deja sentir con la misma intensidad por toda la geografía terrestre. En Egipto su presencia es constante, hirviente, inevitable... sobre todo en la parte sur del país. No es de extrañar que Ra se convirtiera en la deidad principal de los egipcios. Pese a su calidad de dador de vida, el mismo Sol envejecía y moría, enfrentándose a diario a las fuerzas del caos durante las horas en las cuales desaparecía por el oeste; dejando que la noche se apoderara del valle del Nilo, antes de renacer por el este con vigor renovado tras haber derrotado a las fuerzas del mal. El ciclo amanecer/renacimiento/este–anochecer/muerte/oeste es un segundo elemento del modo egipcio de enfrentarse a la pérdida de la vida. Es el origen de la existencia de dos mundos, el de los vivos y el de los muertos, así como de la creencia del renacimiento en el segundo tras fallecer en el primero. También lo es de la necesidad de situar la tumba y el mundo de los muertos en el horizonte oeste, por donde desaparecía a diario el sol.

Desde siempre, los egipcios habían enterrado a sus muertos en la arena de los desiertos que flanquean el Nilo, en especial en la orilla oeste. Allí, lejos de las zonas cultivadas y de los villorrios donde había transcurrido su vida, los difuntos podían reposar en paz. Al menos hasta que los habitantes de los poblados vecinos saqueaban la tumba; pues robar el ajuar que acompaña los enterramientos es una inveterada costumbre egipcia, nacida casi al mismo tiempo que la de inhumar a los muertos. Además de redistribuir la riqueza enterrada, el saqueo de las tumbas demostró a los egipcios que los cadáveres inhumados en el desierto siguiendo el ritual adecuado no desaparecían. Si se conservaban intactos, ello hacía suponer que lo mismo acontecía con la persona; pero transformada en algo diferente y habitando en algún lugar ajeno a este mundo: el más allá. La relación oeste-tumba-cuerpo intacto es el tercer elemento básico de la ideología funeraria egipcia, pero no el último. Explica la necesidad de construir una tumba y conservar en ella el cuerpo del difunto.

Una vez llegados a la conclusión de que las personas sobrevivían a la muerte, los egipcios tuvieron que ingeniárselas para explicar el proceso del óbito, que volvía completamente inerte a una persona. Estudiando el problema a fondo, la conclusión inevitable era que el ser humano debía de estar compuesto por varios elementos: una parte física y una parte intangible, donde residía todo aquello que convertía a una persona en lo que era. En total, cinco elementos formaban el ser humano y lo individualizaban frente al grupo: el nombre, la sombra, el cuerpo, el *ka* y el *ba*; los tres últimos eran imprescindibles para la ideología funeraria.

El nombre definía a la persona como ser humano y la contenía en esencia. Apelativos como «amado de Ra», «la bella entre las bellas» o «el nubio» expresan los deseos o circunstancias de una persona. En el caso de los faraones la importancia del nombre cobraba más relevancia, motivo por el cual su titulación completa constaba de un total de cinco nombres: el de «Horus», el de «las dos señoras», el de «Horus de oro», el de «el junco y la abeja» y el de «hijo de Ra». Unos lo relacionaban con un dios: Khnum, Amón, Seth, Montu..., otros definían su cualidad regia: «toro poderoso», y otros más servían como declaración de intenciones políticas, como, por ejemplo, «Aquel que une las Dos Tierras», adoptado por Montuhotep II tras

vencer a los heracleopolitanos. Como los egipcios consideraban que las cosas escritas cobraban vida al ser leídas, el nombre de una persona grabado en su tumba bastaba para asegurar la vida eterna del individuo. Ello explica las innumerables veces que aparecen mencionados en la decoración de las tumbas los dueños de las mismas, así como las razones que llevaban a borrar de todos los monumentos donde pudieran aparecer el apelativo y la imagen de la persona caída en desgracia: al hacerlo se borraba la memoria de su existencia.²

La sombra, producto del cuerpo por intermedio de la energía del dios sol Ra, era inherente a todos los seres humanos. Como tal, estaba formada tanto por la esencia del cuerpo como por la del individuo que se encarnaba en él. Era considerada una entidad física en sí misma y continuaba existiendo tras el fallecimiento del cuerpo.

El cuerpo era el contenedor físico, único e intransferible, de la persona. Se trata del caparazón que le permitía llevar una existencia terrenal y el punto de encuentro de las partes no físicas del individuo, tanto en esta vida como en la otra. En él encontraban cobijo todos los elementos de la persona y conservarlo era imprescindible para asegurar la supervivencia eterna, porque sin él los elementos no físicos terminaban vagando perdidos por el mundo de los vivos al carecer de un lugar de retorno donde confluír y habitar. Era obligación de los hijos encargarse de este menester y los más devotos realizaban todos los esfuerzos por que así fuera y el cadáver no se perdiera. Se sabe de algunos egipcios fallecidos en el extranjero cuyos hijos organizaron expediciones para recuperar el cuerpo de su progenitor. El caso de Sabni es bien conocido. Su padre estaba en Nubia cumpliendo una misión para un faraón de finales de la VI dinastía cuando su grupo fue atacado y él resultó muerto, quedando su cadáver abandonado *in situ* sobre su montura, allí donde las flechas del enemigo lo habían abatido. Llegadas las noticias hasta su hijo, éste no tardó en organizar una expedición de rescate, cuyo éxito narra ufano y satisfecho en la fachada de su tumba en Elefantina:

Escribí cartas para informar que había partido para traer a mi padre Mekhu del país de Utjetj en Uauat. Vencí a esos países extranjeros [...] en el país extranjero cuyo nombre es Aatemetjer [...]. Este «amigo único» fue encontrado sobre un asno. Hice que fuera traído por las tropas de mi heredad personal, tras haberle hecho un ataúd.

*Autobiografía de Sabni.*³

No sólo el cuerpo tenía que ser recuperado y conservado, sino que además era necesario que reposara en el valle del Nilo. Sinuhe, que pasó largos años en Retenu ganándose el respeto y aprecio de todos, al sentir aproximarse la hora de su muerte, llora con amargura al temer que su cuerpo pueda terminar inhumado en tierra extranjera:

«Oh dios que has predestinado esta huida, ¡sé clemente y ponme en camino hacia la Residencia! ¡Quizá permitirás que vea otra vez el lugar donde permanece mi corazón! ¿Qué es más importante que el hecho de que mi cadáver se una con la tierra en que nací?» Así llora Sinuhe cuando llegada la senectud siente la necesidad de que su cuerpo repose en Egipto.

*Sinuhe.*⁴

El siguiente componente del cuerpo, el *ba*, estaba formado por todos aquellos elementos no físicos que hacían de cada persona un ser único. Tiende a ser traducido por la palabra «alma», pero las expresiones «personalidad» o «carácter» pueden ser una aproximación igual de válida al concepto. El *ba* es una entidad aparte del cuerpo y los egipcios se la imaginaban como un pájaro con cabeza humana, la del difunto, por supuesto. Cada noche, el *ba* salía de la tumba hacia el mundo del más allá, donde se reunía con Osiris para así poder revivir al difunto a la mañana siguiente (Fig. 2.2):

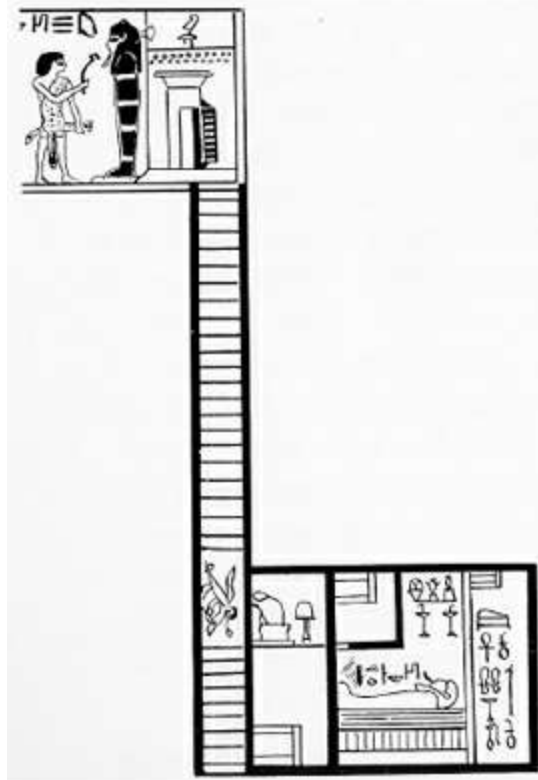


FIGURA 2.2. El *ba* regresando a la tumba.

Modo en que una persona envía su *ba*:

Ve, ve, *ba* mío, de modo que aquella persona, dondequiera que esté, pueda verte en tu apariencia viva, de modo que puede estar de pie y sentada junto a ti en su presencia [...]. El dios del grano, que vive tras la muerte, es aquel que te recibirá en la puerta de la que emerges cuando dejas el fluido de mi carne y el sudor de mi corazón.

Textos de los sarcófagos, II 98a-101a.⁵

La falsa puerta, imprescindible en todas las tumbas que se precien (Fig. 2.3), es el instrumento mediante el cual se ponían en comunicación el mundo de los vivos y el de los muertos. Es un punto de contacto entre ambas esferas.



FIGURA 2.3. Estela falsa puerta de Sheshi. Guiza, IV dinastía.

No sólo por el más allá se desplaza el *ba*: durante el día rondaba por las cercanías de la tumba y continuaba interactuando con los vivos. Los egipcios pensaban que los difuntos tenían la obligación moral de actuar en beneficio de aquellos familiares que seguían vivos y se encargaban de conservar vivo su culto funerario. Mantenían con sus antepasados muertos el mismo tipo de relación que el rey —como intermediario de la sociedad egipcia— mantenía con los dioses: «Os adoramos y alimentamos por medio de las ofrendas a cambio de que mantengáis el equilibrio del mundo». Cuando una persona consideraba que sus familiares fallecidos no estaban cumpliendo con su parte del trato, se ponían en contacto con ellos mediante una carta y les explicaban cuáles eran los agravios sufridos, exigiéndoles que los repararan:

Es una hermana la que se dirige a su hermano, el «amigo único» Nefersefekhi:

Mucha atención —es beneficioso prestar atención a uno que se preocupa por ti— en relación con aquello que está siendo hecho contra mi hija muy injustamente, si bien no hay nada que hiciera contra él. No he consumido sus posesiones, tampoco ha tenido que darle nada a mi hija. Es para que intercedas en beneficio de un superviviente por lo cual se realizan ofrendas de invocación a un espíritu. De modo que castiga a quien está haciendo lo que es penoso para mí, porque voy a triunfar sobre cualquier difunto que esté haciendo esto contra mi hija.

Al mismo tiempo que entidad independiente, el *ba* no puede ser separado de su contenedor físico, el cadáver del difunto. Es más, tiene que poder reunirse con él sin posibilidad de equivocación, de ahí el embalsamamiento del cuerpo, el nombre del difunto por toda la tumba y las estatuas del dueño de la tumba identificadas claramente con su nombre. El *ba* ha de tener un puerto de acogida tras sus correrías fuera de la tumba. Un clásico de la literatura egipcia, *Khonsuemheb y el espíritu*, nos cuenta qué sucedía si se destruía la tumba de un hombre y su momia se volvía anónima.

Khonsuemheb era un sacerdote que entró en contacto con un pobre espíritu que, derrumbada su tumba e interrumpidas sus ofrendas funerarias, se quejaba amargamente de su desgraciado destino porque: «No deseo vagar como la corriente del Nilo». Él, que en su época había sido un personaje relevante, para quien se construyó una tumba y se instituyó un culto funerario, se encontraba ahora deambulando sin rumbo por el mundo de los vivos. Su *ba* necesitaba que le señalaran de nuevo dónde se encontraba su «campamento base» —la tumba y la momia—, para poder dirigirse a él y reposar. Sólo después de que Khonsuemheb localizara y reconstruyera la tumba y reanudara su culto funerario, pudo el espíritu descansar en paz.

El último de los componentes del ser humano era el *ka*, un concepto que quizá pueda definirse como la «energía vital» que permite existir al ser humano y lo distingue de una entidad muerta. El *ka* es algo universal, originado por el creador en el momento mismo de la aparición del mundo. Los dioses lo transmiten al faraón y éste a su vez es el encargado de hacer lo propio a la humanidad:

El rey es *ka*. Su boca es abundancia. Aquel que va a existir es aquel a quien él ha hecho ser. Es el que une cada miembro, el engendrador que hace ser a las personas.

Estela de Sehetep-ib-re.⁷

Luego serán los progenitores de una persona quienes le transmitan el *ka* a cada uno de sus vástagos. Este *ka* es una copia inmaterial de la persona, como se puede observar en las escenas de nacimiento del rey que aparecen en

muchos templos, donde el dios Khnum aparece sentado delante de su torno de alfarero dando forma al rey y su *ka* (Fig. 2.4), que no es sino una copia exacta de sí mismo, su «doble» por así decir.



FIGURA 2.4. El dios Khnum da forma en su torno de alfarero al rey Amenhotep III y su *ka*.

Como la energía se gasta, los egipcios reconocían que el *ka* tenía algún tipo de conexión con la comida, que necesitaba para seguir existiendo. Mientras el cuerpo estaba vivo, era el intermediario entre el *ka* y los alimentos; una vez fallecido, sólo las ofrendas permitían que el *ka* se alimentara y continuara existiendo. Como es lógico, en ninguna tumba podía faltar entonces una mesa de ofrendas (Fig. 5.12) donde depositarlas y donde se especificaba, como sucedía con el resto de las fórmulas de ofrendas repartidas por las paredes de la tumba, que se realizaban «para el *ka* del (nombre del difunto)».

El momento más traumático de la existencia del ser humano se producía cuando, por las circunstancias que fueran, el cuerpo fallecía y el *ka* se separaba de él. De una persona muerta, los egipcios decían que había ido «a reunirse con su *ka*». La separación desencadenaba un proceso durante el cual los componentes del ser humano se reorganizaban de nuevo para permitir al individuo renacer en el otro mundo. Para que tal sucediera se necesitaba conseguir que el *ba* y el *ka* del difunto se volvieran a reunir en el más allá y el requisito imprescindible para ello era contar con el cadáver de la persona recién fallecida. Esta necesidad es la que explica la existencia de las momias.

Una vez asegurada la conservación del cadáver, el primer paso consistía en liberar al *ba* del cuerpo mediante el adecuado ritual funerario (véase el capítulo 5), y el segundo, en que el *ba* sorteara en solitario los peligros del otro mundo. Una vez reunidos su *ka* y su *ba*, lo cual lo convertía en un *akh* inmortal, el difunto pasaba a compartir el otro mundo con los dioses, con los *maa-heru* «justos de voz» —personas que habían pasado el juicio de los muertos— y con los muertos, que eran aquellos seres humanos difuntos que no habían logrado transformarse.

Parece que hasta el Reino Antiguo, como intermediario que era entre los dioses y la humanidad, sólo el rey poseyó la capacidad para transformarse en *akh*. Sus súbditos alcanzaban la vida eterna a través de él.⁸ No obstante, la existencia de tumbas de todas las clases sociales y el ajuar funerario enterrado junto a los difuntos, por mínimo que sea, permiten pensar que en realidad se trataba de una creencia generalizada y que todos los egipcios tenían la esperanza de convertirse en *akh*.

Siendo la suya una sociedad agraria, los egipcios estudiaron con atención el cielo nocturno, pues los movimientos de las estrellas son un perfecto calendario que les indicaba las fechas en las cuales se produciría la llegada de la inundación y así poder estar preparados para la temporada agrícola. La capacidad de las estrellas para señalar el paso del tiempo se debe a su mecánico y regular desplazamiento por el horizonte nocturno; por lo tanto, la existencia en el firmamento de un grupo de estrellas inmóviles era algo extraordinario. Los egipcios terminaron por considerar que estas estrellas eran el lugar donde vivían los dioses y los *akh*. Como dicen los *Textos de las pirámides*, la esperanza de todo egipcio era ir «al cielo [...] entre los dioses y los *akh*. Él verá cómo te conviertes en un *akh*, de forma que él pueda convertirse en un *akh* del mismo modo».⁹ Hoy día llamamos a este grupo de objetos nocturnos estrellas circumpolares; los egipcios las conocían como «las inmortales»: «He vuelto junto a aquellos dioses en el norte del cielo, las estrellas inmortales, por lo cual no moriré».¹⁰

Como hemos visto, desde la época tinita y hasta finales del Reino Antiguo, la ideología capaz de proporcionar un tránsito seguro al otro mundo fue una prerrogativa regia. Durante el Primer Período Intermedio el acceso al más allá comenzó a universalizarse ideológicamente, coincidiendo con el

cada vez mayor auge del dios Osiris como divinidad funeraria. Hasta entonces el rey había sido el único en disponer de los *Textos de las pirámides*,¹¹ que gracias a la magia de la escritura le aseguraban protección para la tumba y su contenido, los adecuados rituales funerarios y una transición segura entre este mundo y el otro. A finales de la VI dinastía ya hubo algunos personajes importantes que incluyeron fragmentos de estos textos en sus ataúdes. Fue el comienzo de un proceso que terminaría por poner al alcance de todos los egipcios los textos funerarios, encargados de asegurarles su identificación con Osiris una vez fallecidos, gracias a lo cual podían renacer en el más allá al convertirse en un *akh*:

Oh Atum, éste es tu hijo Osiris, el cual has hecho que sea restablecido para que pueda vivir. Si él vive, este rey vive; si no muere, este rey no muere; si no es destruido, este rey no es destruido; si no se lamenta, este rey no se lamenta; si se lamenta, este rey se lamenta.

*Textos de las pirámides.*¹²

Los egipcios no nos han dejado ningún relato completo y homogéneo del mito de Osiris como sí hizo Plutarco, sino menciones dispersas a los diversos episodios que lo componen. No obstante, la historia es bien conocida. Osiris era hermano de Isis (su esposa), de Seth y de Neftis; los cuatro eran hijos de Geb y Nut, vástagos a su vez de Shu y Tefnut, nacidos de Atum. Los nueve juntos forman la Enéada heliopolitana. En un momento dado, Seth asesinó a Osiris, lo descuartizó y lanzó los pedazos de su cuerpo al Nilo. Afligidas, Isis y Neftis recogieron los trozos de su hermano muerto y reconstruyeron su cuerpo. Decidida a no dejarse vencer por la perfidia de Seth, Isis utilizó sus poderes mágicos sobre el cuerpo momificado de su esposo, consiguiendo que Osiris reviviera lo suficiente como para concebir un hijo (Foto 2). El hijo de esta unión será Horus, quien al hacerse adulto luchó contra su tío Seth para vengar la muerte de su padre, convertido en rey del más allá. Finalmente, el tribunal de los dioses le dio la razón y pudo sentarse en el trono de Egipto. En este mito quedan recogidos los aspectos fundamentales de las creencias funerarias egipcias: la necesidad de conservar intacto el cuerpo del difunto, de embalsamar el cuerpo de los muertos, de celebrar rituales funerarios, así como la seguridad de renacer en el más allá.

Durante el Reino Medio los *Textos de las pirámides* pasaron a escribirse en las paredes interiores de los ataúdes de los nobles¹³ y, pese a que en su mayoría no son textos nuevos, sino adaptaciones procedentes de una fuente común, se los conoce como los *Textos de los sarcófagos*.¹⁴ Las paredes del ataúd se convirtieron en un remedo de la cámara funeraria del rey y en ellas se escribieron, principalmente, encantamientos destinados a ayudar al difunto a acceder al otro mundo y vencer sus dificultades. En los encantamientos creados en esta época apareció un género nuevo, el de las «guías del más allá». En ellas se describen tanto la geografía del otro mundo como los seres que la habitan y se proporcionan a la vez las claves para sortearlos sin problemas. Estos encantamientos serán el germen de los «libros del más allá»: El *Libro del Amduat* (conocido por los egipcios como el *Libro de la habitación oculta*), el *Libro de las doce cuevas*, el *Libro de las puertas*, el *Enigmático libro del otro mundo*, el *Libro de las Cavernas*, el *Libro de la Tierra*, el *Libro de Nut*, el *Libro del día* y el *Libro de la noche*. Aparecidos durante el Reino Nuevo, todos ellos describen la geografía (Fig. 2.5) y el recorrido del Sol por el más allá durante las doce horas de la noche. Navegando en su barca, el dios derrota a la serpiente Apofis antes de reunirse con Osiris y renacer por el este al amanecer siguiente.

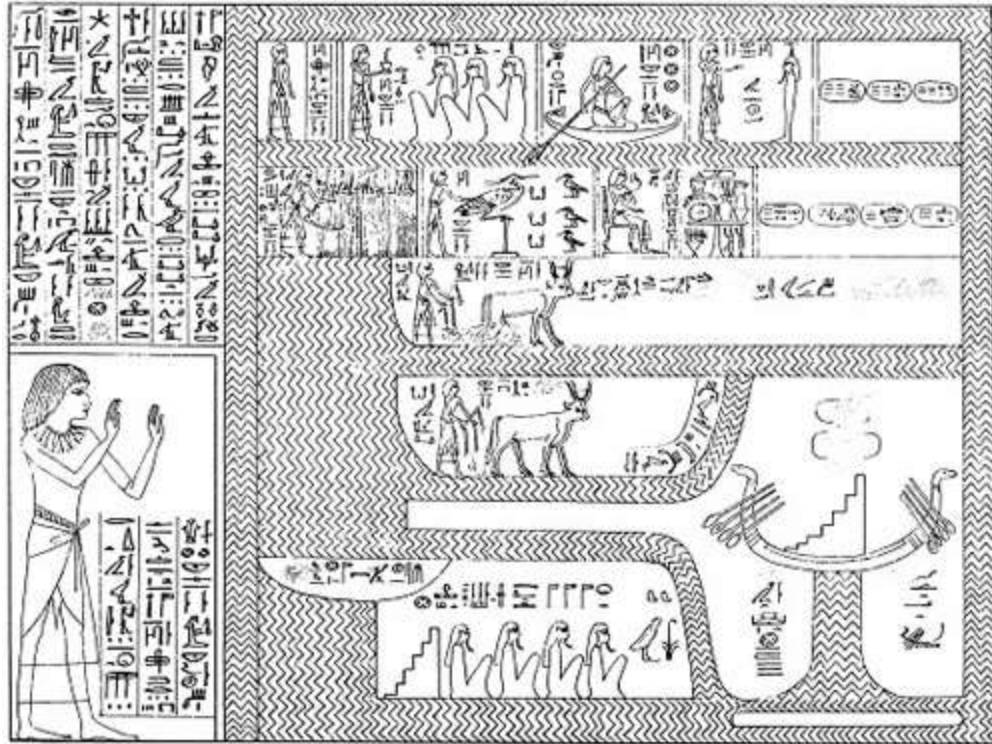


FIGURA 2.5. Los campos de Iaru vistos según el *Libro de los muertos*.

Estos libros, alejados un tanto de la tradición de los *Textos de las pirámides* y de los *Textos de los sarcófagos*, se encuentran sobre todo en las tumbas del Valle de los Reyes. El más antiguo es el *Libro del Amduat*, que apareció a comienzos de la XVIII dinastía en la tumba de Tutmosis I. Es el texto funerario real por excelencia, pues lo encontramos en quince de las veinticuatro tumbas que se conocen en el Valle. Las tumbas de Tutmosis III y Amenhotep II (Fig. 9.6) contienen el texto completo. El último texto funerario en ser redactado fue el *Libro de la Tierra*, a finales de la XX dinastía, que sólo se escribió en las tumbas de Ramsés V/VI, Ramsés VII y Ramsés IX.

Pocos son los hipogeos reales que contienen en su interior, grabados o pintados en los muros de sus distintas estancias (Foto 3), el texto completo de uno de estos «libros». Los faraones del Reino Nuevo prefirieron hacer una selección de las partes que más les interesaban y ofrecerse un popurrí selecto; de hecho, en casi la mitad de las tumbas podemos encontrar fragmentos de más de uno de ellos. En este aspecto destaca la tumba de Ramsés V/VI,

donde se pueden leer textos pertenecientes a seis libros funerarios: el *Libro del Amduat*, el *Libro de las puertas*, el *Libro de los muertos*, el *Libro de las cavernas*, el *Libro de los cielos* y el *Libro de la Tierra*.

El *Libro de los muertos* sí continúa la tradición iniciada en los *Textos de las pirámides* y, a partir del reinado de Tutmosis III, se convirtió en el «manual» de acceso al otro mundo del que todos pudieron disponer. Se conocen innumerables copias de todos los períodos desde el Reino Nuevo en adelante, pues llegó a ser un elemento tan imprescindible como la momia del difunto para tener un enterramiento correcto.¹⁵ Al contrario que el resto de textos funerarios contemporáneos, el *Libro de los muertos*, conocido por los egipcios como *Libro de salir al día*, no ofrece prolijas descripciones del mundo de las sombras. En sus 192 «capítulos» el texto se centra en proporcionar al difunto «consejos», «trucos» e «instrucciones» para vencer al más allá y conseguir salir incólume del juicio de Osiris, convertido en el elemento central del renacimiento y el acceso al otro mundo. Por ahora no se conoce ningún ejemplar que contenga todos los capítulos, para los cuales hasta la época saíta tampoco existió un orden canónico.



FIGURA 2.6. El juicio de Osiris.

El juicio de Osiris tenía lugar en una sala delante de este dios y otras cuarenta y dos deidades (Fig. 2.6). El difunto era conducido allí por Anubis. El dios de los muertos estaba sentado bajo un baldaquino colocado sobre un estrado y delante de él había una balanza de platillos. Junto a ella, papiro y cálamo en mano, estaba Thot, el dios de la sabiduría y la escritura, presto a tomar nota del resultado del juicio. Tras su azaroso viaje por el más allá, el difunto estaba un poco desconcertado, pero tranquilo, pues su copia del *Libro*

de los muertos le serviría de guía durante el proceso legal. En esta tesitura recurría al capítulo 125, conocido como la «confesión negativa», declarándose inocente ante el tribunal que lo juzgaba, afirmando no haber cometido ningún «pecado»:

Lo que debe decirse cuando se accede a la sala de las dos Maat; separar a (nombre del difunto) de todos los pecados que ha cometido; ver los rostros de los dioses.

[...]

No he realizado iniquidades contra los muertos. No he maltratado a las personas. No he cometido pecados en el Lugar de la Verdad. No he intentado saber lo que no debe ser sabido. No he hecho el mal [...]. No he blasfemado. No he empobrecido al pobre en sus bienes. No he dicho lo que es abominable para los dioses. No he perjudicado a un esclavo ante su amo. No he causado aflicción. No he hecho llorar. No he matado. No he ordenado matar. No he causado mal a nadie. No he reducido las ofrendas alimentarias de los templos. No he mancillado los panes de los dioses [...]. No he sido un pederasta. No he fornicado en los lugares santos del dios de mi ciudad. No he robado al celemín. No he disminuido la *arura*.¹⁶ No he hecho trampas con los terrenos. No le he añadido peso a la balanza. No he falseado las pesas de la balanza. No he quitado la leche de la boca de los niños pequeños [...]. No he retenido el agua durante su estación. No he puesto un dique al agua que corre. [...] No me he opuesto a un dios en su salida en procesión.

¡Soy puro, soy puro, soy puro, soy puro!

Libro de los muertos, 125.¹⁷

Dicho esto, llegaba el momento de la verdad. En un platillo de la balanza se colocaba el corazón¹⁸ del difunto y en el otro la pluma que era la imagen de Maat, la diosa de la justicia y la verdad. Si el difunto se había comportado en vida tal cual acaba de declarar ante los dioses, es decir, como un dechado de virtudes, los dos platillos de la balanza permanecían en equilibrio. Acababa de quedar demostrado que era un *maa-heru* o «justo de voz», y entonces se le concedía paso libre para entrar en el mundo de los muertos, reunirse con su *ka* y convertirse en un *akh*. Había conseguido la vida eterna. Los desgraciados que no conseguían pasar el juicio de Osiris y su balanza sufrían un destino terrible. Expectante, a espaldas de Thot había una criatura espantosa cuyo nombre lo dice todo: Ammit —«la devoradora»—, conocida también como «la grande de muerte» y «la comedora de corazones». Era un monstruo de aspecto terrible, con cabeza de cocodrilo, cuerpo, melena y patas delanteras de león (en ocasiones de leopardo) y cuartos traseros de hipopótamo. Su ominosa presencia junto a la balanza hacía que el corazón de los difuntos se encogiera de miedo; pero gracias a las instrucciones del *Libro de los muertos* todos tenían la seguridad de no

terminar devorados.¹⁹ Si pese a todo Ammit terminaba saboreando el corazón de un difunto, el destino de éste era convertirse en uno de esos muertos que deambulaban desesperanzados por el más allá.

Como hemos visto, la preocupación de los egipcios por preservar los cuerpos de los difuntos se explica porque, para poder alcanzar el más allá y convertirse en un *akh* inmortal, el ser humano ha de conservarse completo. Es cierto que está formado por cinco elementos distintos y autónomos; pero se trata de un entidad indivisible, en la cual cada parte necesita de las demás. La interacción entre los diversos componentes de la persona no cesa tras la muerte del cuerpo físico; en realidad, la parte inanimada del mismo continúa relacionada con el mundo de los vivos, sobre el cual puede influir. Si se pierde o destruye el cuerpo del difunto no sólo le será imposible renacer en el más allá, sino que su existencia cesará por completo: el individuo habrá dejado de existir definitivamente.

Resulta obvio que en ciertos casos era imposible recuperar el cuerpo sin vida de un difunto; mas la ideología egipcia supo arreglar tal tesitura y buscar un hueco a los desgraciados fallecidos en circunstancias tan penosas. Este caso particular de acceso al otro mundo sin cadáver es el de las personas ahogadas en el río. En la mayor parte de las ocasiones, recuperar estos cadáveres era una empresa imposible, pues la corriente y los cocodrilos daban buena cuenta de ellos. La solución fue considerarlos un tipo especial de difunto, a los que Horus se encargaba de conducir sanos y salvos hasta el otro mundo, pese a carecer de tumba, de momia y no haberse beneficiado de los correspondientes rituales funerarios:

Dejad que vuestras cabezas vayan hacia delante, oh ahogados. Que vuestros brazos se muevan, oh vosotros que estáis bajo el agua. Estirad vuestras piernas, oh vosotros que nadáis. Dejad que el aliento sea para las ventanas de vuestras narices, vosotros que os acucilláis dentro del agua. Vosotros que domináis vuestras aguas, debéis estar contentos de vuestra frescura, tenéis que moveros hacia la inundación primigenia [...]. No debéis perecer.

Novena hora del *Libro de las puertas de Ramsés VI*.²⁰

Sin duda, el hecho de desaparecer dentro del agua que mantenía vivo al país era el elemento básico que explica este tratamiento especial, que en modo alguno suponía una renuncia al juicio de Osiris. En el resto de casos en los cuales el cuerpo desaparecía no se tenían tantos miramientos. No

olvidemos que como castigo máximo, el rey Nebka ordenó quemar y esparcir las cenizas de la adúltera mujer del sacerdote Webaofer, como se narra en *El rey Khufu y los magos*.

El único modo de asegurarse un renacimiento tranquilo en el más allá era organizar las cosas para ser embalsamado e inhumado en una tumba duradera, donde apareciera innumerables veces el nombre del difunto, repleta de textos que señalaran el camino y, a ser posible, acompañado de un par de estatuas donde figurara bien visible: «Soy una imagen del difunto (nombre del fallecido)». Cuantos menos riesgos se corrieran, mejor.

3

El proceso de la momificación

La momificación es uno de los varios procesos mediante los cuales la descomposición de un cuerpo humano se ve interrumpida, resultando de ello la conservación del mismo. Los egipcios llegaron a ser unos maestros en este arte y, en muchos casos, la momia se conserva tan bien que resulta turbador observarla. Uno siente que se está inmiscuyendo en el sueño de alguien, y la sensación de incomodidad, de intrusismo, puede llegar a ser abrumadora. Mirar el rostro de un faraón fallecido hace cuatro mil años no deja indiferente a nadie (Fig. 3.1); por eso la exposición de las momias reales del Museo de El Cairo siempre está repleta de visitantes y las vitrinas de la sala de momias egipcias del Museo Británico presentan una mancha continua a media altura, justo donde los niños apoyan las manos en el cristal para librarse de los reflejos y contemplar atónitos los cuerpos resacos. Explicarles el proceso de creación de lo que están viendo puede resultarles asqueroso... o fascinante.



Figura 3.1. Cabeza de la momia de Seti I. Reino Nuevo. Museo de El Cairo.

El cuerpo humano es un complejo sistema formado por un 7 por 100 de tejidos duros mineralizados —huesos y dientes— que sirven de soporte al 93 por 100 restante —tejidos blandos y agua—. Mientras el sistema está vivo, los procesos de alimentación y excreción mantienen los tejidos en equilibrio y en perfecta lozanía. Cuando el ciclo se interrumpe, comienzan una serie de procesos destinados a convertir todos los componentes del cuerpo en elementos más sencillos, que pasan al ambiente, donde serán aprovechados por otros organismos vivos. Como el cuerpo humano es en su mayoría agua y la descomposición de las células produce sobre todo líquidos y gases, al poco tiempo de fallecer los cadáveres se licúan, literalmente. Esta licuefacción del cuerpo se conoce como descomposición cadavérica, y el resultado es un líquido oscuro y maloliente que se filtra al terreno bajo el cadáver cuando éste es enterrado sin ataúd. Los arqueólogos cuidadosos saben sacar provecho del mismo, aunque se haya secado cientos de años atrás.

Un estupendo ejemplo del uso de los líquidos de la descomposición cadavérica en arqueología lo podemos ver en las excavaciones de Sutton Hoo.¹ Si bien el yacimiento fue descubierto y estudiado en 1938-1939, a mediados de la década de 1980 Martin Carver llevó a cabo varias campañas más, con la intención de intentar comprender el yacimiento con mayor profundidad. Se descubrió así un nuevo enterramiento de barco, pero como había sido saqueado, no se podía saber a ciencia cierta si hubo o no un cuerpo inhumado en él. Aquí es donde vino en su ayuda la descomposición cadavérica.

El análisis de una gran cantidad de muestras de la arena del fondo de la cámara funeraria (tomadas con escasa separación entre sí) permitió descubrir la presencia en el extremo occidental de la tumba de una elevada concentración de cationes (aluminio, lantano, estroncio y bario), que quedaban allí donde había habido un cuerpo. Gracias al terreno empapado por la descomposición cadavérica se supo que sí hubo un enterramiento en la tumba. Más llamativo fue el caso de una serie de tumbas sin túmulo situadas en la zona este del cementerio. Allí tampoco había cuerpos, pero sí unas sospechosas manchas de perfil vagamente antropomorfo dibujadas en la arena, embebida siglos atrás con los líquidos de la putrefacción. Utilizando

un producto químico en aerosol, los arqueólogos fueron consolidando las distintas manchas del terreno, que terminaron adquiriendo la forma tridimensional de un cuerpo humano. Sus excavadores los bautizaron como «hombres de arena» (Fig. 3.2) y su aspecto se asemeja al de los conocidos muertos de yeso de Pompeya² (Fig. 3.3).



FIGURA 3.2. Uno de los «hombres de arena» de la excavación de Sutton Hoo (Gran Bretaña).



FIGURA 3.3. Víctimas de la catástrofe de Pompeya convertidas en «estatuas» de yeso.

Respecto a la autólisis, ésta comienza al morir el cuerpo y liberar las células una serie de enzimas digestivas que destruyen las células desde dentro. Seguidamente entran en acción las enzimas producidas por las bacterias, tanto las que viven en simbiosis con nosotros, como las que invaden golosas el cuerpo sin vida. Las primeras son inofensivas mientras nuestro sistema inmune las mantiene a raya; pero una vez interrumpida la acción del mismo no tardan en dar muestras de su voracidad. Las segundas migran al desprotegido cuerpo desde el entorno inmediato del cadáver y unen sus fuerzas a las primeras. En realidad, incluso los animales que se alimentan de carne muerta³ aportan su porcentaje de bacterias.

Las bacterias encargadas de la descomposición de los cadáveres necesitan dos cosas para vivir: agua y oxígeno, cuando alguna de ellas falta, el proceso se hace más lento y puede llegar a detenerse por completo.⁴ Tal circunstancia se produce con: frío intenso, el cual ralentiza la actividad enzimática y bacteriana; sequedad intensa, la cual deshidrata el cuerpo con rapidez, reduciendo así la actividad bacteriana; bajo el agua o en turberas, donde la casi ausencia de oxígeno y la presencia de taninos favorece la conservación de las proteínas, la piel, el cabello y las uñas, además de

impedir el crecimiento bacteriano; y, por último, en entornos estériles, donde la ausencia de oxígeno o las altas concentraciones de metales o minerales venenosos impiden el crecimiento de los microorganismos.

Una momia es un cuerpo —humano o animal— que, de forma natural o artificial, ha conseguido evitar todos los fenómenos de descomposición cadavérica que sobrevienen tras la muerte y conserva una apariencia física perfectamente reconocible. La escasa humedad del ambiente y las cualidades secantes de la arena del desierto egipcio fueron las responsables de la aparición de las primeras momias del valle del Nilo. En este caso se trata de «momias naturales intencionadas», en las cuales la participación humana en el proceso se limita a depositar los cuerpos en entornos que favorecen la transformación. Cuando el proceso tiene lugar sin intervención humana de ningún tipo se llaman «momias espontáneas o naturales», mientras que si son producto de la actividad humana nos encontramos ante «momias artificiales».

Las momias naturales fueron algo que los egipcios conocieron desde siempre; pero si por algo es famosa la civilización faraónica es por sus momias artificiales. En un momento dado, en el antiguo Egipto se salvó la distancia entre unas y otras, dando comienzo un proceso que alcanzó su desarrollo máximo en el Tercer Período Intermedio. Para entonces, la técnica de momificación se había refinado lo bastante como para constar de una serie de pasos bien estructurados y específicos, que aseguraban siempre un resultado óptimo. Hasta hace pocos años, los datos disponibles sugerían que los egipcios comenzaron a practicar la momificación un poco por obligación.

La arqueología demuestra que, como resultado de los procesos que terminaron en la unificación del país, las clases altas fueron invirtiendo cada vez más recursos en sus enterramientos. Además de enterrar ajuares de mayor riqueza, revistieron las paredes de sus tumbas con adobes y depositaron los cuerpos dentro de ataúdes de madera. El resultado fue la pérdida de contacto con la arena y el aislamiento del cadáver de todos aquellos elementos que lo momificaban de forma natural. Dentro del ataúd, las bacterias tenían campo libre y la descomposición cadavérica tenía lugar. Si bien limitada por las altas temperaturas, la putrefacción de los cuerpos inhumados de este modo no tardó en ser advertida por los egipcios, que habrían decidido intervenir en el proceso para intentar interrumpirlo y preservar los cuerpos, descubriendo así

la momificación. No deja de ser irónico, pero quienes disfrutaban de mayores privilegios en vida fueron los que más peligro corrieron de ver truncadas sus esperanzas de sobrevivir a la muerte.

No obstante lo anterior, recientes excavaciones en Hieracómpolis dirigidas por Renée Friedman han sacado a la luz una necrópolis que ha puesto en duda esta teoría. Allí se han descubierto cuerpos en los cuales se observan indudables intentos de momificación artificial, anteriores al período de los enterramientos en ataúdes y tumbas de ladrillo. De hecho, es posible que ya en época badariense se enterraran cuerpos vendados con lino empapado en sustancias resinosas, como sostiene J. Jones, lo que situaría aún más atrás en el tiempo el comienzo de la momificación.

En muchas de las tumbas del cementerio HK43 de Hieracómpolis se derramó resina sobre los cuerpos, pero en tres de ellas (la B16, la B85 y la B71) se han encontrado intentos de momificación más elaborados, al igual que en la Tumba 25 del cementerio HK6. Se trata de puñados de lino⁵ embebidos en resina y colocados en partes concretas del cuerpo para acolcharlo; después se cubrían con estrechas vendas de tela y por último con una estera. El mejor ejemplo es el de la tumba B85, perteneciente a una mujer de unos 35 años de edad a la que el equipo de egiptólogos bautizó como «Paddy» (Foto 4). Tenía las manos y los antebrazos protegidos como acabamos de describir y lo mismo sucedía con la base del cráneo, el cuello, la frente y la mandíbula. Los ojos, la nariz, la boca y el rostro se dejaron sin acolchar, sólo se cubrieron con un par de esteras. Las partes protegidas parecen estar relacionadas con la alimentación o la capacidad para alimentarse, lo cual sugiere un intento por preservarlas para que pudieran realizar esta misma función en el más allá. En un principio se creyó que sólo las mujeres sufrían este tratamiento, pues todas las momias eran femeninas; pero en la campaña del 2004 se encontró una nueva pieza del rompecabezas. Se trata de los restos humanos de la tumba B412, perteneciente a un hombre fallecido entre los 35 y los 50 años de edad, que apareció cubierto por grandes cantidades de tela. En su mayoría eran vestidos, pero otros eran puñados de tejido embebidos en resina, similares a los de las momias

femeninas. Lo más interesante es que llevaba los dedos de una mano envueltos de uno en uno en tiras de tela. No está claro si se trata de un intento de momificación o simplemente de una venda que cubría una herida.

En cualquier caso, las pruebas son innegables: a mediados del período predinástico ya se estaban realizando en Egipto probaturas con la momificación. En principio, esto no tendría otra consecuencia que adelantar la fecha de las primeras momias faraónicas; pero las peculiaridades observadas en las tumbas del cementerio HK43 demuestran algo más, que en Egipto la momificación no nació en un intento por preservar el cuerpo de forma artificial, sino de una necesidad ideológica: transformar el cuerpo en un objeto-imagen que permitiera la realización de rituales conmemorativos y se convirtiera en el principal medio para construir la identidad social del individuo y, por extensión, de su grupo. No fue la única técnica que se ensayó para conseguirlo, pues en otros lugares de Egipto los cuerpos eran desmembrados antes de ser enterrados. Esta técnica, en principio completamente opuesta a la momificación, pretendía conseguir el mismo objetivo; sin embargo, en un momento dado, la elite egipcia terminó por decantarse por la momificación, que se continuaría practicando hasta la época romana.

Después de estas primeras momias, nos encontramos con un vacío. Parece como si tras los intentos de Hieracómpolis se hubiera perdido el interés en la momificación o se hubiera decidido proteger el cuerpo recurriendo a otros medios, como los ataúdes. Sólo durante las dinastías tinitas aparecen de nuevo cuerpos con restos de momificación. En el cementerio de Tarkhan, de la I dinastía, se han encontrado cuerpos colocados de lado dentro de ataúdes de barro, madera, cestería (Fig. 5.1) o piedra, envueltos en lino y sin rastros de evisceración, aunque regados con una sustancia resinosa que al endurecerse conservaba la forma del cuerpo. De la misma época data el brazo del faraón Djer (Fig. 8.1), que apareció vendado y sufrió un desgraciado destino en el Museo de El Cairo, como ya vimos en el capítulo 1.

Una momia de la II dinastía (descubierta en 1911 en Saqqara por James Quibell [1862-1935]) nos sirve de fuente de información sobre la momificación en esta época. Se trata del cuerpo de una mujer que

posiblemente fuera tratado con natrón y al que no se le extrajeron las vísceras. Dieciséis capas de vendas de lino envuelven el cadáver, cuyos miembros se vendaron por separado del cuerpo. Los genitales se moldearon cuidadosamente con la última capa de vendas.



FIGURA 3.4. Cabeza de la momia de Ranefer, comienzos de la IV dinastía.
Meidum.

Durante todo el Reino Antiguo se siguió utilizando el mismo procedimiento que durante la II dinastía, si bien con algunas modificaciones que indican intentos por mejorar la técnica. El objetivo de estas primeras momificaciones era convertir el cadáver en una estatua del difunto, para lo cual era vendado y empapado con resina. A continuación se apretaba la tela húmeda contra al cuerpo para modelar los rasgos del difunto, tanto los del rostro como los del cuerpo. Un ejemplo perfecto de esta técnica es la momia de Ranefer (Fig. 3.4), de comienzos de la IV dinastía y encontrada en Meidum por Petrie. El cuidado puesto en la reproducción del cuerpo es tal que el pene mostraba con claridad que había sido circuncidado.⁶ El cuerpo yacía, como pasó a ser habitual, sobre el costado izquierdo. Por si esto fuera poco, la transformación del cadáver en estatua del difunto se completó con el uso de colores sobre las vendas ya secas: negro para el pelo, rojo para la boca y verde para los ojos y las cejas. Este mismo tipo de proceso podía tener

lugar empapando las vendas no en resina, sino en yeso, como demuestra la momia de Waty/Nefer. En este caso el rostro estaba adornado con un pequeño bigote y una peluca, además de contar con una falsa barba. Una evolución de este sistema la encontramos en las tumbas de Guiza de la V y VI dinastías, donde, una vez situada la momia dentro del ataúd, se les aplicó por encima una capa de enlucido. Los intentos por preservar la identidad sexual de las momias del Reino Antiguo también se aprecian claramente en la dueña de la mastaba G 2220. Para darle forma al cuerpo, cubierto por un vestido, se colocaron en los lugares adecuados puñados de lino empapados en resina. En concreto, los pechos se destacaron mediante el entrecruzado de las vendas y fueron rematados con dos trozos de tela a modo de botón para representar los pezones (Fig. 3.5).



FIGURA 3.5. Pecho de la momia encontrada por G. Reisner en la mastaba G 2220 de Guiza. (Foto © 2010 Boston Museum of Fine Arts).

El énfasis puesto en el vendado de la momia durante el Reino Antiguo explica que las vendas de la época suelen ser más anchas que las del resto de períodos.⁷ La mandíbula inferior se vendaba por separado y en muchos casos se evitaba la deformación de la boca introduciendo en ella un trozo de lino. Las vendas eran sujetas en su sitio utilizando resina a modo de pegamento.

La principal novedad del Reino Antiguo en cuanto a la preparación de las momias consistió en los primeros intentos de evisceración del cadáver. Por su trabajo con los cuerpos del ganado sacrificado, los carniceros egipcios sabían que un cuerpo sin vísceras se descomponía con mayor lentitud; no es de extrañar que en algún momento los embalsamadores decidieran comprobar si lo mismo sucedía en un cuerpo humano. Como resulta lógico, el primer ejemplo de este avance lo encontramos en un miembro de la familia real: Hetepheres, la madre de Khufu. En su tumba se encontró un importante ajuar funerario acompañando a un sarcófago, sellado y vacío, así como el primer cofre para canopos del que se tiene noticia, guardado en un nicho en la pared. Se trata de una caja de alabastro dividida en cuatro compartimentos, uno de los cuales contenía los maltrechos restos de una parte de las vísceras de la reina. En el fondo de los otros tres compartimentos había unos decímetros cúbicos resecos del producto conservante.⁸ Si bien es probable que a partir de entonces la momificación de los reyes incluyera su evisceración, los restos de los soberanos del Reino Antiguo que se han conservado son tan escasos (véase el capítulo 8) que resulta difícil afirmarlo. En cualquier caso, esa evisceración casi con seguridad no incluyó la extracción del cerebro, encontrada sólo en contadísimas momias de la época.

Respecto al sistema utilizado para desecar el cuerpo, parece que durante este período las personas con menos posibles se desecaban al sol sin eviscerar y luego se vendaban. Los restos hallados en algunos cementerios de la época, como Deshasha o Beni Hassan, así parecen demostrarlo. Seguramente, el natrón sólo se utilizaba en las personas más ricas. La última innovación en la técnica de momificación introducida durante el Reino Antiguo apareció hacia finales de la VI dinastía, cuando se vendaron los miembros del cuerpo por separado —con los brazos estirados en los costados— antes de que una última capa de vendas los uniera definitivamente al cuerpo. Este modo de hacer se conservaría hasta el final de la momificación en Egipto y es el que da a las momias egipcias su conocido aspecto tubular.

Las cosas no cambiaron mucho durante el Primer Período Intermedio. No obstante, por entonces las vendas dejaron de utilizarse para convertir el cuerpo del difunto en una estatua y a cambio comenzaron a utilizarse las máscaras de cartonaje, como en la momia de Pepiseneb, de la IX dinastía. Al

mismo tiempo se fue extendiendo el uso de la evisceración, del natrón y de la momificación de los órganos internos en vasos canopos. Las pocas momias conocidas del período impiden ser más precisos al respecto. Durante el Reino Medio estas tendencias continuaron, pero los métodos de evisceración y conservación de los cuerpos no terminaron de uniformarse, por lo que se conocen ejemplos de diversos procedimientos. Durante esta época también se pasó, lentamente, de colocar el cuerpo sobre un costado a depositarlo boca arriba, apoyado sobre la espalda. Es indudable que la momificación mediante el enterramiento en la arena seguía en uso. Los sesenta soldados de Montuhotep muertos en la batalla final contra los heracleopolitanos y enterrados en una tumba cercana a la de su soberano nos demuestran que así fue.⁹ Los cadáveres fueron recogidos en el campo de batalla, como demuestran sus abundantes heridas por arma blanca, sus cráneos aplastados y las puntas de flechas que aparecen clavadas en sus huesos. Para evitar su total descomposición —en algunos casos las momias presentan signos de haber comenzado a ser devoradas por las aves carroñeras— sufrieron una momificación de choque. El camino hacia el sur era largo. Sin eviscerar, los cuerpos se enterraron en una fosa común en la ardiente arena del desierto. Una vez transcurrido un tiempo prudencial, fueron exhumados y envueltos en lino sin limpiarles del todo la sustancia que los había preservado: todas presentan restos de arena sobre la piel. Realizada esta primera «cura de urgencia», ya estaban listos para reposar en un lugar de privilegio.

El tratamiento recibido por los soldados era, seguramente, idéntico al que recurría la gente con menos recursos. Con todo, cuando trabajaban con tiempo y en condiciones adecuadas, los embalsamadores de la XI dinastía evisceraban a sus «pacientes» mediante la clásica incisión en el lateral izquierdo del vientre. La momia de Wah fue preparada así, aunque en su interior se dejaron los pulmones y el corazón. No fue lo único que se dejaron dentro los embalsamadores, porque entre las vendas de la momia quedaron atrapados un ratón, una lagartija y un grillo.¹⁰ Encontrado intacto en 1935, este cuerpo presenta otra peculiaridad: tiene las manos cruzadas sobre el pecho, cuando la casi totalidad de las momias de la época tienen las manos en los costados. Es uno de los primeros ejemplos de un gesto que en el Reino Nuevo sería prerrogativa regia.

Pese a contar ya con procedimientos contrastados con los cuales se lograba una momificación más que efectiva, no por ello dejaron los embalsamadores egipcios de intentar perfeccionar el sistema. La familia real fue de nuevo la primera en beneficiarse de las técnicas experimentales. Las seis «esposas reales» enterradas en el complejo funerario de Montuhotep II en Deir el-Bahari (Foto 17) presentan indicios de lo que se ha interpretado como un procedimiento de evisceración rectal. No tienen incisión lateral, mientras que el ano y la vagina de algunas de ellas están dados de sí, sobresaliendo del primero de los orificios pequeños restos de tejido orgánico, en especial intestinos. Según algunos investigadores, se trataría del resultado de la inyección por vía anal de un líquido destinado a disolver los órganos internos.

La momia de Senebtisi, hallada prácticamente intacta, es un perfecto ejemplo de embalsamamiento de la XII dinastía. El cuerpo de esta mujer, de unos cincuenta años y escasa estatura (1,40 m), yacía sobre el costado izquierdo, mirando al este y con la cabeza apuntando al norte. Se conocen media docena de momias de la época a las cuales se les extrajo el cerebro a través de un orificio en la nariz, entre ellas dos de las reinas de Amenemhat III,¹¹ pero no fue el caso de Senebtisi. La incisión lateral que sirvió para eviscerar a la difunta fue cerrada con resina y cubierta después con una tela empapada en la misma sustancia. El corazón fue extraído, tratado, envuelto en lino y devuelto al interior del cuerpo, tras lo cual se añadieron algunos paquetes de tela como relleno para darle forma al cadáver. El cuerpo fue vendado en espiral, con piezas de tela sobre los brazos a modo de protección y relleno. El toque final consistió en una gruesa capa (2 cm en los pies y 5 cm en la cabeza) de una sustancia resinosa derramada sobre la momia poco antes de cerrarse el sarcófago. En esta época la resina se vertía con generosidad sobre las momias e incluso algunos elementos del ajuar funerario, como los vasos canopos.

La inestabilidad política del Segundo Período Intermedio, cuando los hyksos se instalaron en el Delta y gobernaron la parte norte del país, puede haber sido la razón de que se conozcan tan pocas momias fechadas entonces. Lo más notable de las momias tebanas de esta época es que presentan ya una clara diferencia entre las pertenecientes a la familia real y el resto. Los brazos

seguían colocándose pegados a los costados; pero en muchas ocasiones las manos de las mujeres reposaban sobre los muslos y las de los hombres sobre los genitales. Las extremidades se vendaban por separado —dedos incluidos— y en espiral. Las telas que a modo de sudario cubrían la momia eran mantenidas en su lugar mediante 6 u 8 tiras horizontales de lino. No parecen haberse introducido modificaciones en la técnica de evisceración.

A pesar de que llegaron a descubrirse hasta cinco momias reales de la XVII dinastía, su estado de conservación era tan malo que se deshicieron nada más exponerlas a la luz. La única que se conserva, perteneciente a Seqenenre Taa II, es uno de los ejemplos más escalofrantes de cuerpo momificado. Pese a su estado fragmentario, se sabe que fue eviscerada y embalsamada con cierta prisa. Se piensa que este faraón murió luchando contra los hyksos, y su cabeza presenta varias heridas terribles: una puñalada detrás de la oreja, la mejilla y la nariz hundidas a golpes de maza y un hachazo en la frente, todas ellas acompañadas por lo que parece ser una mueca de dolor, que no es sino los labios retraídos por la sequedad (Fig. 3.6). La herida de la oreja es algo más antigua que las demás y estaba comenzando a sanar cuando el soberano recibió el hachazo definitivo en la frente, que recientes análisis consideran pudo ser producido por una hoja de tipo palestino. Quizá el faraón sufriera la puñalada en un primer combate contra los hyksos y, todavía sin haberse repuesto del todo, participara en un segundo combate contra los invasores, donde sufrió las heridas definitivas que le quitaron la vida.



FIGURA 3.6. Cabeza de la momia de Seqenenre Taa II. Las flechas señalan las heridas causadas por traumatismo de arma blanca.

Con la llegada del Reino Nuevo comienza la edad de oro de la momificación egipcia. El proceso se uniformiza casi por completo y se realiza siguiendo varios pasos bien definidos (Fig. 4.1).

El *primer paso* consistía en trasladar el cuerpo del difunto hasta una estructura temporal llamada *seh-netjer* —«cabina divina»—, cuando se trataba de una persona de la realeza, e *ibu en hab* —«tienda de purificación»—, cuando se trataba de una persona común. Era una especie de jaima, donde el cuerpo era desnudado y lavado. Es posible que esta labor fuera realizada por los propios familiares del muerto, que habían de actuar con una cierta rapidez, pues con los calores egipcios la descomposición no tardaría en manifestarse.

La verdadera momificación comenzaba con el *segundo paso*, que consistía en llevar el cuerpo limpio hasta el taller de los embalsamadores, conocido como *wabet wat* —«lugar puro»— o *per nefer* —«lugar bello»—. Allí era colocado sobre una mesa de operaciones y comenzaba la momificación con la remoción del cerebro a través de un orificio realizado en el hueso etmoides de la nariz. En este *tercer paso* se utilizaba una varilla con un gancho para convertir en pulpa la masa cerebral; luego el cuerpo se colocaba de lado y el líquido resultante se vaciaba por la nariz. En ocasiones más raras, la vía de acceso eran el foramen magnun o la cuenca del ojo. El *cuarto paso* implicaba la evisceración del cadáver a través de una incisión lateral en la parte izquierda del abdomen. Hasta el reinado de Tutmosis III, la incisión fue muy lateral y perpendicular a las costillas. A partir del reinado de este faraón la incisión fue diagonal, en paralelo al hueso de la cadera. Logrado el acceso, los embalsamadores metían la mano por la abertura y extraían del cuerpo (en este orden) los intestinos, el estómago y el hígado.¹² Luego, tras rajar el diafragma con un cuchillo, podían extraer los pulmones y completar el proceso. El corazón, como sede de la razón que era, se dejaba en el interior del cuerpo.

Una vez vacía, el *quinto paso* consistía en limpiar la cavidad creada en el cadáver. Primero agua y luego vino de palma se usaban para desinfectar la zona. Durante el *sexto paso*, los órganos extraídos se desecaban con natrón y se envolvían por separado antes de ser introducidos en los vasos canopos. En realidad eran tratados como pequeñas momias, y a partir de la XX dinastía comenzaron a guardarse de nuevo dentro del abdomen. El *séptimo paso* consistía en la introducción de material de relleno en el cuerpo para que no perdiera la forma y al mismo tiempo se fuera deshidratando por dentro: paquetes de natrón para secarlo, lino para absorber los líquidos, resina para desinfectar y mirra para dar buen olor. La intención no era momificar el interior del cuerpo, porque entonces se hubiera puesto demasiado rígido y después hubiera sido imposible sacar o introducir nada por la incisión lateral. Seguidamente daba comienzo la desecación general del cuerpo, que era cubierto por completo con natrón sólido,¹³ después de haber colocado las manos y brazos del cadáver en la posición deseada. Este *octavo paso* duraba 40 días.¹⁴ El experimento de Bob Brier demostró que para poder desecar un

cuerpo de 80 kilos se necesitaban cerca de 300 kilos de natrón. La cantidad es elevada, y sólo los muy pudientes habrían podido permitírselo. Por otra parte, para conseguir un óptimo resultado habría sido necesario o bien airear, o bien cambiar el natrón de debajo del cuerpo, que es el que absorbía la mayor cantidad de líquidos.

Convertido el cuerpo en una momia, el *noveno paso* era sacarlo del natrón, limpiarlo y vaciarlo de su relleno, que se enterraba en las cercanías de la tumba. El *décimo paso* estaba pensado para devolverle al cadáver un aspecto natural; algo necesario, pues en el proceso perdía cerca del 50 por 100 de su peso. La cavidad craneana se rellenaba con resina, y el cuerpo, con saquitos de natrón, arena y cebollas, muy fragantes. Por lo general, la incisión lateral se cerraba con resina o una tela empapada en este material; pero los más ricos podían taparla con una plaquita de metal (preferiblemente de oro). La primera sutura con hilo que se conoce se conserva en la momia de Tutmosis III y desde entonces se alternaron ambos sistemas. Sólo a partir de la XX dinastía se convirtió la sutura en el sistema preferido por los embalsamadores. El proceso de relleno fue especialmente cuidadoso a partir de la XIX dinastía, como demuestra la nariz de Ramsés II, rellena con telas para que no perdiera su inconfundible forma aguileña (Figs. 1.5 y 15.3).

Con una momia ya entre sus manos, los embalsamadores comenzaban ahora la parte final de su trabajo. El paso *undécimo* implicaba obturar los orificios de la cabeza y colocar sobre los ojos del difunto una tela con unos ojos dibujados. Los cuerpos también se maquillaban ligeramente: mechones añadidos a un cabello escaso, *henna* en las uñas, una línea negra en la frente para marcar el cabello o las cejas, etc. Un cuidado especial se prestaba a los genitales masculinos, vitales para lograr un renacimiento en el más allá; en unas ocasiones eran vendados para que destacaran —casi como un exvoto fálico—,¹⁵ mientras en otras se vendaban pegados al muslo —como los toreros— para evitar que fueran visibles y nadie los robara. El *duodécimo* paso consistía en darle a la piel un buen aspecto y olor, ungiendo el cuerpo con aceites aromáticos. Luego el cuerpo era impermeabilizado derramando sobre él resina líquida, era el *decimotercer* paso.

El vendado de la momia era el *decimocuarto* y último paso del embalsamamiento. Utilizando vendas de entre 4 y 6 cm de anchura en una espiral tan suave que casi parece horizontal, primero se vendaba la cabeza, luego el tronco y una pierna, a continuación la otra pierna y se terminaba con cada brazo. Durante el Reino Nuevo, la posición invariable de los brazos para hombres y mujeres fue a los costados, con las manos sobre los genitales; en el caso de la realeza se colocaban cruzados sobre el pecho. En ocasiones, el cuerpo vendado era cubierto por un sudario, atado mediante una larga tira vertical, sujeta luego mediante cuatro o cinco tiras horizontales. El sudario podía estar inscrito con textos funerarios del *Libro de los muertos*. Por otra parte, cuanto más rico era el difunto, más vendas y de mejor calidad se utilizaban en él, lo mismo que sucedía con los amuletos entreverados en las capas de tela.

Estos catorce pasos, que bien pueden ser algunos más o algunos menos, según decidamos agrupar cada una de las acciones realizadas sobre el cadáver, garantizaban una perfecta conservación del cuerpo.¹⁶ Evidentemente, no siempre el difunto poseía bastantes bienes como para permitirse tales dispendios y muchas fueron las momias donde alguno de ellos no se realizó o se practicó con menos atención.¹⁷ Con toda seguridad las momias de los soberanos de Reino Nuevo gozaron del tratamiento completo; pero en bastantes casos su lamentable estado de conservación no permite verificarlo.

El arte de la momificación llegó a su culmen en el Tercer Período Intermedio, sobre todo durante la XXI dinastía, cuando los embalsamadores pusieron todos sus esfuerzos en conseguir del cuerpo desecado el aspecto más natural posible. El proceso general era idéntico al del Reino Nuevo; pero además, como si fueran modernos cirujanos plásticos, realizaban en la piel hasta diecisiete incisiones subcutáneas, que luego rellenaban con serrín, arena y barro (Fig. 3.7). En el *Papiro mágico Rhind* aparecen mencionadas distribuidas como sigue: cuatro en la cabeza, cuatro en el tórax, dos en los brazos, dos en las piernas, una en el abdomen y una en la espalda; pero casi nunca se practicaban más allá de la mitad. Gracias a ellas el cuerpo no perdía

En ocasiones el trabajo de los embalsamadores de la XXI dinastía no ha resistido el paso del tiempo todo lo bien que se esperaba, y esto ha dado lugar a interpretaciones chuscas por parte de algunos historiadores. Los egiptólogos victorianos que vieron la momia de la «esposa del dios Amón» Maatkare — encontrada en el *cachette* de Deir el-Bahari (véase el capítulo 9)— no dudaron en atacar con saña su «virtud». Para desempeñar este cargo una mujer tenía que permanecer virgen, y ahí estaba su momia, con un feto momificado a sus pies y un sospechoso abultamiento en el vientre, señal inequívoca de su preñez. Tiempo después, los rayos X vinieron a reivindicar su buen nombre: el «feto» resultó ser la momia de una mascota, y el volumen

En ocasiones el trabajo de los embalsamadores de la XXI dinastía no ha resistido el paso del tiempo todo lo bien que se esperaba, y esto ha dado lugar a interpretaciones chuscas por parte de algunos historiadores. Los egiptólogos victorianos que vieron la momia de la «esposa del dios Amón» Maatkare — encontrada en el *cachette* de Deir el-Bahari (véase el capítulo 9)— no dudaron en atacar con saña su «virtud». Para desempeñar este cargo una mujer tenía que permanecer virgen, y ahí estaba su momia, con un feto momificado a sus pies y un sospechoso abultamiento en el vientre, señal inequívoca de su preñez. Tiempo después, los rayos X vinieron a reivindicar su buen nombre: el «feto» resultó ser la momia de una mascota, y el volumen

de su vientre, consecuencia de un exceso de celo por parte de los embalsamadores, que pusieron demasiado relleno, acumulado luego por acción de la gravedad.

En esta época, la incisión lateral pasó a ser vertical en la mayor parte de las ocasiones y solía suturarse, para cubrirse luego con una placa de metal o cera con un ojo *wadjet* grabado en ella. Antes, en el abdomen se habían metido pequeños sacos con las vísceras, cada uno acompañado de una figura de fayenza del hijo de Horus¹⁹ encargado de proteger cada órgano concreto. Era un modo de completar mágicamente el cuerpo del difunto. Lista la momia para ser vendada, se le daban ya los últimos retoques al cadáver. Los cuerpos masculinos se pintaban de color ocre rojo y los femeninos de color amarillo, como aparecen siempre hombres y mujeres en los relieves y las estatuas (Foto 6). A la tradición de los ojos pintados en pedacitos de tela se le añadió la de ojos falsos de cristal o piedra insertos bajo los párpados, que dan a la cara una gran viveza.

El vendado se realizaba como en el Reino Nuevo, pero con algunas modificaciones. Sobre las piernas, el torso y la cabeza ya vendadas en ocasiones se colocaba una última capa de tiras de lino para realizar una especie de vendado decorativo en forma de X. Un elemento introducido definitivamente en la momificación fue el sudario (*suhet*), realizado con una tela de lino más fuerte que las vendas y decorado en rojo y negro. La decoración podía ser una figura de Osiris o un texto vertical con los títulos del personaje. El sudario se cosía por la espalda de la momia para dejarlo bien ajustado (Foto 5).

Tras los esfuerzos finales de la XXI dinastía, la técnica de la momificación comenzó en Egipto un lento proceso de degradación. A partir de la XXII dinastía, el relleno de los cuerpos dejó de ser tan concienzudo. Sólo en los casos de las personas más pudientes se observan detalles de calidad. Por supuesto, las caras ya no se pintaban tan a menudo como antes, si bien los ojos artificiales siguieron de moda. Las vísceras dejaron de guardarse en los vasos canopos para ser depositadas encima de los muslos, posición que se modificó entre la XXVI y la XXX dinastía, cuando pasaron a colocarse entre los muslos o más abajo, entre las piernas.²⁰ En la época saíta, continuando con la generalizada degradación del arte del embalsamamiento,

el cerebro no siempre se extraía. El último paso de la momificación en este período consistía en inundar el cuerpo con resina, lo cual permitía mostrarse mucho menos escrupuloso en el proceso de desecación. Los brazos se colocaban junto a los costados, con las manos, tanto en hombres como en mujeres, delante del pubis o entre los muslos.

Durante la Baja Época, las incisiones laterales se hicieron escasísimas y se prefería extraer las vísceras a través del ano mediante un gancho. Como no se utilizaba una solución disolvente, con este sistema gran parte de los órganos quedaba dentro del cadáver. El interior se rellenaba, sin muchos miramientos, por el mismo orificio por donde se había realizado la extracción. El cerebro se sacaba por la nariz y luego se solía rellenar la cavidad craneal con resina. Pese a este aparente desinterés, los embalsamadores de las últimas dinastías faraónicas mostraron bastante cuidado a la hora de no perder los dedos durante la desecación y de proteger los genitales del difunto. El vendado era descuidado y mientras se llevaba a cabo se derramaban sobre el cuerpo grandes cantidades de resina. También se utilizó una cantidad mucho menor de vendas, si bien se mantuvo la decoración en X. Las vendas se sujetaban mediante tiras horizontales blancas o rosas a la altura de las muñecas, las caderas, las rodillas y los tobillos. De hecho, el vendado de la cara se volvió mucho más elaborado y en ocasiones se superponían vendas blancas y rojas. La posición de brazos y manos se volvió caótica, pudiéndose encontrar casi cualquier combinación posible.

En las momias de la época grecorromana, lo importante no era que el cuerpo se conservara lo más completo posible, sino su aspecto externo. Cuando el procedimiento tenía lugar, lo que en muchas ocasiones no sucedía, el cráneo y las vísceras seguían extrayéndose como antaño. Una característica típica de la época es el uso de grandes cantidades de resina líquida, tanto dentro como fuera del cuerpo. Con todo, hubo embalsamadores que siguieron realizando su trabajo con atención, sobre todo en Nubia.

Las vendas de las momias tardías se utilizaban para crear un diseño romboidal en torno al cuerpo, como si se tratara de una cesta (Fig. 13.4). En algunos casos se alternan vendas blancas y rojas para crear composiciones

más coloristas. Los sudarios también fueron utilizados en ocasiones como base de una decoración pintada: con textos funerarios, imágenes de los libros del más allá, del difunto o de las diosas Isis y Neftis.

Uno de los detalles más notables de las momias romanas es la presencia en algunas de ellas de lo que se conoce como «retratos de El Fayum» (Fig. 1.1). Se trata de una tabla pintada al encausto con un retrato idealizado del difunto, representado siempre con unos enormes ojos abiertos llenos de vida. En total se conocen unos dos mil ejemplares y su distribución temporal va desde el año 50 hasta el año 350 d. C.; pese a su nombre, han aparecido a todo lo largo del valle del Nilo. Es probable que se trate de una evolución de la clásica tradición romana de las máscaras funerarias de los antepasados mezclada con los típicos cartonajes egipcios.

Hablar de los embalsamadores, los encargados de realizar la tarea que hemos descrito en estas páginas, es complicado, porque apenas existen datos sobre ellos. Su labor debía de ser bastante penosa. No obstante, la momificación era la duplicación terrenal del proceso sufrido por el dios Osiris a manos de su esposa Isis, por lo cual sus principales actores rituales tenían un tanto de sacerdotes. En principio el embalsamamiento estaba dirigido por un *hery seshet* o «jefe de los secretos» (identificado con el dios Anubis mientras realizaba su labor directiva), al que acompañaban un *khetemu netjer* o «porta-sellos del dios» y un *hery hebet* o «sacerdote lector». Los que realmente estaban en contacto directo con los cadáveres eran los *wt* o «embalsamadores».

Al ser un proceso místico y técnico, durante los reinos Antiguo y Medio la momificación fue un presente de calidad ofrecido por el rey a sus subordinados. Esto implica la existencia de un único grupo de embalsamadores reales (numeroso) que se encargaba de los cuerpos en la capital y, en determinados casos, el rey enviaba a provincias para realizar su labor, como vemos en este texto del Reino Antiguo:

Cuando este Iry regresó de la Residencia trajo un decreto que confería los cargos de *haty-a*, portador del sello del rey del Bajo Egipto, compañero único y sacerdote lector a este Mekhu. También trajo [...] dos embalsamadores, un sacerdote lector superior, uno que se encuentra en su tarea anual, al inspector del *wabet*, plañideras y todo el equipo del *per-nefer*.

Inscripción de Sabni.²¹

Con el paso del tiempo, al generalizarse la momificación aumentó el número de talleres, muchos de los cuales quedaron fuera de la jurisdicción real. No obstante, ser embalsamado en los talleres de la Residencia (el palacio real) siempre significó la seguridad de un tratamiento de la mejor calidad.

Los rituales de enterramiento

Los egipcios pensaban que, al fallecer, el ser humano sufría una especie de ruptura, una separación de sus elementos constitutivos que sólo la magia de los rituales y las ceremonias funerarias podía recomponer. Gracias a ella, tras pasar el juicio de Osiris, el *ba* se unía con el *ka* y el ser humano renacía en el más allá, donde gozaba de una vida eterna en el mundo de los muertos. El primero de los rituales funerarios destinados a asegurar el renacimiento del difunto tenía lugar durante el largo proceso de convertir su cuerpo en una momia (Fig. 4.1). En muchos casos, el difunto lo dejaba todo bien especificado meses o años antes de fallecer:



FIGURA 4.1. Escenas de momificación en la tumba de Tjay (TT 23). Tebas, XVIII dinastía.

Además, he encargado por contrato al sacerdote lector Tjebut, hijo de Antef, hijo de Nysu-Montu, hijo de Antef, realizar el ritual en el taller del embalsamamiento y leer el ritual para mi majestad durante la fiesta del mes y la fiesta del decimoquinto día, para que mi nombre sea bello y para que mi recuerdo persista hasta hoy.

*Estela BM 1164.*¹

Este carácter ritual explica que el embalsamador jefe, el «jefe de los secretos», lleve puesta su aparatosa máscara de Anubis mientras se realiza el proceso (Fig. 4.2). Por debajo de las exclamaciones y los comentarios de los operarios, papiro en mano, el «sacerdote lector» va leyendo en voz las palabras mágicas que acompañan a cada uno de los pasos del embalsamamiento.

Que sea embalsamada en el lugar del embalsamamiento, que se ponga manos a la obra en ella el saber hacer del embalsamador y el arte del sacerdote lector.²



FIGURA 4.2. El embalsamador jefe Anubis se inclina sobre la momia de Senedjem (TT 1). Deir el-Medina, XIX dinastía.

Gracias a la presencia de estos textos recitados, el embalsamamiento siempre es perfecto. La magia de la palabra escrita se encarga de que así sea. Poco importa si los embalsamadores cometen algún error o apresuran los procedimientos agobiados por la fecha de entrega. El ritual cuyas etapas desgrana el «sacerdote lector» consigue el efecto mágico deseado; siempre sin mácula desde el punto de vista de la efectividad ideológica.

Por referencias de segunda mano sabemos de la existencia de documentos en los que se detallan, tanto los pasos a dar durante el embalsamamiento como los textos que habían de ser recitados durante cada

uno de ellos. Desgraciadamente, no se conserva ninguno de época faraónica. En cambio, sí hay algunos muy tardíos, de época romana. Entre ellos se encuentran los *Papiros mágicos Rhind*, encontrados en una tumba intacta de Tebas. Uno de ellos pertenecía a Montu-Sehef, y en él se comenta que el cuerpo ha reposado durante treinta días en el «lugar de limpieza» y que durante los primeros treinta y seis días de la momificación tuvieron lugar ocho ceremonias distintas. En el otro papiro de la tumba, destinado a Taami, esposa del anterior, se hacen comentarios semejantes; pero en ninguno de los dos se mencionan los procedimientos quirúrgicos implicados en el embalsamamiento. Tampoco se dice nada de ellos en los *Papiros de Hawara*, que no son sino los archivos de una familia de embalsamadores de los siglos II-I a. C. Los ejemplos que se han conservado más completos de este ritual son dos textos hieráticos de los siglos I-II d. C. copiados de una misma fuente: el *Papiro Boulaq III* y el *Papiro Louvre 5158*. Los arcaísmos encontrados en ellos han hecho pensar que en realidad su origen ha de remontarse al menos a la XVIII dinastía.

Sabiendo que los egipcios recogían por escrito sus conocimientos en matemáticas, religión, medicina, etc., parece lógico pensar que en algún momento en el que ésta alcanzó su punto álgido técnicamente hicieran lo propio con los diversos aspectos de la momificación, no fiándola exclusivamente a la transmisión oral de maestro a aprendiz. A pesar de que éste fuera el método principal de transmisión del conocimiento.

El ritual del embalsamamiento, tal cual aparece en estos papiros, se dividía en una docena de pasos: 1) ungir la cabeza por primera vez; 2) perfumar el cuerpo a excepción de la cabeza; 3) introducir las entrañas en un vaso; 4) ablandar el cuerpo masajeándolo con aceites y colocar el sudario y las vendas; 5) nota técnica; 6) colocar las fundas en los dedos de las manos y los pies; 7) ungir la cabeza por segunda vez; 8) ungir la cabeza por última vez; 9) envolver las manos por primera vez; 10) envolver las manos y los dedos definitivamente; 11) envolver las piernas; y 12) oración final. Cada uno de los textos donde se describen estos pasos está dividido en dos partes; en la primera se indica a los embalsamadores qué hacer con el cuerpo,

mientras que la segunda contiene los rituales que han de leerse mientras sucede lo anterior. Un ejemplo de este tipo de texto ritual son las primeras frases que deben pronunciarse mientras se vendan las piernas del difunto:

¡Oh Osiris (nombre del difunto)! ¡Por ti viene el precioso aceite para regenerar tu capacidad de andar! ¡Para ti viene el aceite mineral que ennegrece, para que tus orejas estén listas en cualquier país, que el espacio por el que marchas sobre la tierra sea vasto, que tus pasos sean grandes en los templos!

*Papiro Bulaq III y Papiro Louvre 5158.*³

En realidad, este ritual de embalsamamiento de época de los césares es una versión muy resumida del proceso en cuanto a sus aspectos técnicos. Siguiendo estas parcas instrucciones sería imposible conseguir una momia como la de Ramsés II. No obstante, se ajustan perfectamente a las momias que conocemos de la época romana, en las cuales no se trataba tanto de conservar el cuerpo (en ocasiones vendado sin eviscerar) como de conseguir un bonito paquete en forma de momia. En este ritual, las dos únicas menciones a la técnica de embalsamar propiamente dicha aparecen en el paso 3.º y en el 5.º. El primero de ellos se titula «Introducir las entrañas en un vaso»:

Ahora bien, después de esto, se extraen las entrañas una segunda vez y se introducen en un vaso de fayenza que contenga el ungüento de los Hijos de Horus, para que este ungüento del dios impregne el cuerpo divino, puesto que las entrañas son regeneradas por el humor que sale del cuerpo divino.

[---] con ellos el rostro de este dios para que pueda verlos.

Recitarás sobre ella la misma fórmula por segunda vez, dejando reposar las entrañas en un receptáculo, hasta que las vayas a necesitar de nuevo.

*Papiro Bulaq III y Papiro Louvre 5158.*⁴

El título del segundo es «Nota técnica» y hace honor al mismo:

Ahora bien, después de eso, tras masajear su espalda con el aceite derramado sobre un pedazo de tela, según la costumbre que tenía en tierra, ten cuidado de no colocarlo sobre el pecho o sobre el vientre, rellenos como están de productos medicinales, puesto que si no los dioses que se encuentran en el interior de su abdomen serán expulsados del lugar que deben ocupar. Colocarás el rostro elevado, como estaba hasta entonces.

*Papiro Bulaq III y Papiro Louvre 5158.*⁵

La nota técnica refleja a la perfección que los embalsamadores no conocían su oficio como antaño. Era necesario recordarles pequeñas minucias, como la de no volcar el cuerpo del lado de la incisión, para que no se salieran los paquetes de vísceras colocados con tanto cuidado en su interior.

Terminado el embalsamamiento, tenía lugar el entierro propiamente dicho. Era toda una ceremonia y, según la importancia del difunto, podían llegar a participar en ella muchas personas. No sólo la familia inmediata, sino también amigos, trabajadores y deudos. Si el personaje había ocupado un puesto importante en la Administración, tampoco faltarían los curiosos, encantados de disfrutar del espectáculo de los ricos y poderosos luciendo sus mejores galas y, cómo no, con la visión del rico ajuar funerario destinado a la tumba. Entre ellos no faltarían, ojo avizor, quienes a buen seguro intentarían saquear la tumba en cuanto se presentara la ocasión. Todas las riquezas del muerto pasaban ante sus ojos y podían tomar cumplida nota de ellas.

Las referencias a la procesión funeraria en la decoración de las tumbas son innumerables; se trata casi de un elemento imprescindible de las mismas. Las etapas básicas del entierro fueron siempre iguales: duelo en casa del difunto, procesión del ataúd desde casa del difunto hasta la orilla del río, cruce del Nilo, traslado desde la orilla hasta la necrópolis, ceremonias delante de la tumba e inhumación del difunto. Así nos lo cuenta un texto precioso, la carta dirigida por Senuseret I a Sinuhe. Con la intención de ponerle los dientes largos al famoso exiliado y convencerlo de que regresara a Egipto, el faraón le describe la lujosa ceremonia funeraria que le tiene destinada a su regreso:

Piensa en el día del entierro, en el partir hacia el estado de bienaventurado. Se te asignará «una noche» con ungüentos y bandas de momia que provienen de las manos de Tait. Se te hará un cortejo fúnebre el día del entierro: el sarcófago interior de oro, la cabeza [máscara] de lapislázuli, el cielo sobre ti, tú colocado en el ataúd; los bueyes te arrastrarán y los cantantes avanzarán delante de ti. Se ejecutará la danza *muu*, se leerá en voz alta la lista de las ofrendas funerarias y se matarán animales en la entrada de tu capilla. Tus pilares, contruidos con piedra blanca, estarán en medio de las tumbas de los príncipes. No morirás en tierra extranjera, los asiáticos no te meterán en tu tumba, no serás colocado en una piel de morueco y no se hará tu túmulo. Durante mucho tiempo has recorrido la tierra, piensa en la enfermedad y vuelve a Egipto.

Sinuhe.⁶

Durante el Reino Nuevo se celebraron muchos más pasos intermedios que durante el Reino Antiguo y el Reino Medio (la época de Sinuhe). No se conoce ninguna tumba donde aparezcan representadas todas las escenas que componían un entierro completo; la que más se acerca es la tumba del visir Rekhmire (TT 100). Tampoco se conoce ningún papiro o inscripción donde se enumeren una a una, por lo que es difícil saber a ciencia cierta cuándo y dónde se celebraban. Con toda probabilidad cada funeral fue un caso único. Eran las posibilidades económicas del difunto y los deseos de sus deudos los que tenían la última palabra sobre qué etapas se celebraban de verdad y cuáles se dejaban para ser representadas luego en las paredes de la tumba, y así completar el ritual simbólicamente.

Los relieves parecen indicar que, con anterioridad al comienzo de la procesión funeraria propiamente dicha, se producía un duelo en casa del difunto, quizá para generar el estado de ánimo adecuado para la ceremonia. Las mujeres lloraban dentro del domicilio del muerto, «arrancándose» los cabellos, «rasgándose» las vestiduras, en ocasiones con el pecho al descubierto y arrojándose polvo sobre la cabeza. Entre ellas no sólo se contaban miembros de la familia, sino también plañideras profesionales (Foto 6). En el Reino Nuevo una cinta blanca o azul claro servía para diferenciar a las mujeres de la familia de aquellas que no lo eran. Los hombres, por el contrario, expresaban su dolor en el exterior de la casa, de una forma no mucho más circunspecta.

Terminado el duelo comenzaba la procesión funeraria; una escena que en la tumba de Ankhmahor (Reino Antiguo) se titula «Salir de la casa de la heredad hacia el bello oeste». Un gran cortejo partía de la vivienda con un orden bastante preciso. Encabezaban la procesión un montón de ofrendas funerarias en forma de alimentos y coronas de flores, transportadas por sirvientes y familiares. Tras ellas venía el cofre con los cuatro vasos canopos para las vísceras del difunto, al cual seguía los pasos todo el ajuar funerario, destinado a acompañar al muerto dentro de la tumba: muebles, *shabtis*, ungüentos, afeites, etc. A continuación venían las estatuas *ka* del difunto (destinadas al *serdab* de la tumba) y el ataúd.

El ataúd era sacado de la casa a hombros de amigos de la familia o bien colocado sobre un trineo y arrastrado por éstos. Delante y detrás de él iban dos compungidas plañideras, identificadas con las diosas Isis y Neftis, encargadas del renacimiento de ese Osiris en el cual se pensaba se había convertido el difunto. El papel de la primera de ellas, como no podía ser de otro modo, le correspondía a la mujer del muerto, que era conocida entonces como la «milano mayor»; la otra, que representaba a Neftis, era llamada la «milano menor». Detrás venían varios personajes relevantes en el desarrollo de la ceremonia: primero el «portador del sello del dios», con cetro, bastón y una banda de tela colgando del hombro, cuyas tareas serían asumidas a partir del Reino Medio por el sacerdote *sem*; le seguía el «embalsamador de Anubis», quien había dirigido la momificación y vendado la momia; y, por último, el «sacerdote lector», con una banda de tela cruzada sobre el pecho y en la mano el rollo de papiro con las palabras del ceremonial, no en vano era conocido como «Aquel que realiza el ritual». La cola de la procesión la formaban las vociferantes plañideras, con sus descompuestas vestimentas, sus despeinados cabellos⁷ y sus gritos desgarradores, quienes dejaban tras de sí un eco de polvo, tristeza y algarabía que se iba perdiendo en el horizonte según se aproximaba la procesión a la ribera del Nilo.

Al llegar a la orilla, el sacerdote *sem*, como director general de la ceremonia que era, debía mostrar sus dotes organizativas y tener listo el transporte para todo el mundo. No le sería difícil conseguirlo, pues con seguridad todos los participantes que disponían de una embarcación la prestarían gustosos para la ceremonia. El sarcófago se embarcaba en la nave «almirante», el barco *uret*, y allí era colocado dentro de un santuario adornado con flores y símbolos de resurrección. Las dos «milanos» se colocaban a proa y popa. Entonces, bien a vela, bien remolcado por barcos de remos, el barco «fúnebre» comenzaba la travesía que, como se dice en la tumba de Hetepherakhty (Reino Antiguo), consiste en «navegar mientras el ritual es llevado a cabo por el “sacerdote lector”». Rodea al barco «fúnebre» una flotilla, sobre cuyas cubiertas hombres y mujeres lloran al difunto. El ajuar, las estatuas, el buey para el sacrificio, el banquete funerario y los vasos canopos cruzaban del mismo modo en otras embarcaciones (Fig. 4.3).

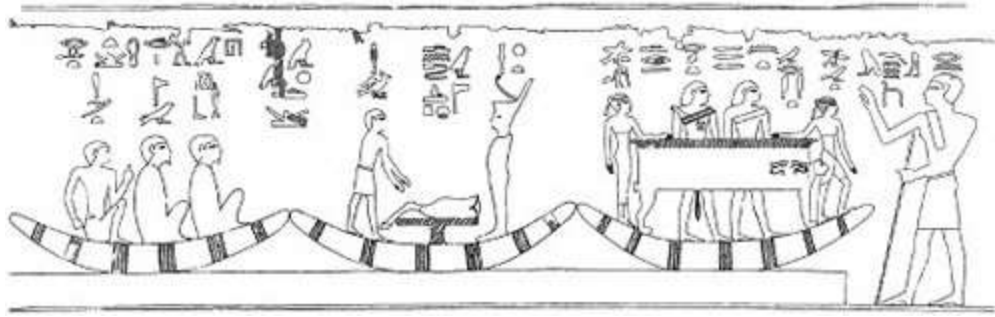


FIGURA 4.3. El ajuar funerario cruza el Nilo. Tumba de Antefoker (TT 60).
Tebas, XII dinastía.

Tras acostar las embarcaciones en la otra orilla y desembarcar cortejo y objetos, el sarcófago era conducido a una cabina que en ocasiones se identifica con la estructura donde tuvo lugar el embalsamamiento del muerto. Si esto era así, la momia del difunto sólo se incorporaba a la procesión en este punto. No obstante, no parece muy lógico pensar que el lugar del embalsamamiento estuviera aquí situado, pues así se obligaba a trasladar el cadáver hasta la orilla occidental antes del funeral. Dado que el ritual funerario incluía esta travesía como un importante elemento ideológico (remedo del viaje del difunto hasta el otro mundo), para el muerto resultaría más sencillo alcanzar la otra vida si realmente cruzaba el río una vez momificado. Se ha sugerido que, si el domicilio del difunto se encontraba en la ribera opuesta del Nilo, para satisfacer las necesidades del ritual la procesión funeraria necesitaría cruzar luego un canal de riego que simulara ser el Nilo.

Sea como fuere, lo cierto es que una vez cruzado el río, la procesión funeraria comenzaba su andadura por la orilla occidental, deteniéndose en dos ocasiones para que el sarcófago con la momia del difunto recibiera varios rituales purificadores.⁸ Durante la segunda parada se realizaban también varias cortas procesiones rituales, las cuales representaban peregrinaciones que el difunto debía realizar a varias ciudades sagradas de Egipto. Durante el Reino Antiguo se trataba sólo de las ciudades de Sais (lugar de culto de la diosa Neith) y Buto (lugar de culto de la diosa cobra Wadjet), situadas en el Delta; pero durante el Reino Nuevo se incorporaron a este circuito las ciudades de Heliópolis (lugar de culto del dios Ra) y Abydos (lugar de culto del dios Osiris).

La llamada peregrinación a Abydos se convirtió en una parte importante del tránsito del difunto hacia el más allá. Su función no está muy clara, pero parece tratarse de una copia de un antiguo ritual de la realeza, durante el cual la momia del faraón era conducida a esta ciudad. Ello permitía al soberano rendir tributo al dios en el cual se iba a convertir, a la vez que presentaba sus despojos reales a la curiosidad de sus súbditos, quienes comprobaban el fallecimiento del soberano con sus propios ojos. En el caso de los particulares se desconoce casi todo sobre las peregrinaciones, tanto a esta ciudad como a las demás. No se sabe si tenían lugar en vida o si bien las realizaba una estatua o la propia momia del difunto. También se ignora si era necesario viajar físicamente hasta las ciudades correspondientes, o si bastaba con acercarse a un punto concreto de la necrópolis, identificado simbólicamente con el lugar donde fue inhumado el dios de los muertos.⁹

Seguidamente la procesión se recomponía y, sobre un trineo arrastrado por bueyes o servidores, el ataúd del difunto se encaminaba hacia la tumba. Para facilitar el desplazamiento reduciendo la fricción, a la vez que se realizaba una libación por el difunto, delante del trineo se derramaban agua y leche. Detrás, los participantes en la procesión cantaban y bailaban seguidos por la misteriosa figura del *tekenu*, arrastrada sobre un trineo (Fig. 4.4).

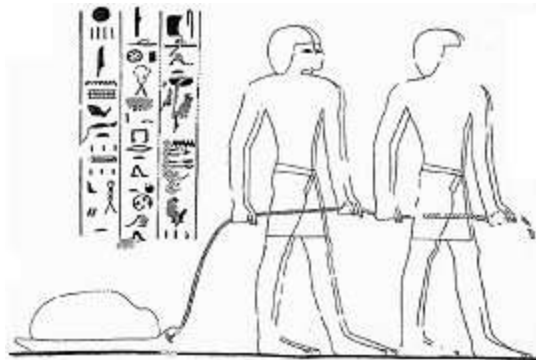


FIGURA 4.4. El *tekenu* de la procesión funeraria de Amenemhet.

Aparecido por primera vez durante el Reino Medio, no se sabe a ciencia cierta qué era o qué función cumplía el *tekenu* en el ritual funerario. A primera vista, tal cual aparece en los relieves se trata de un bulto que puede corresponder al de una persona completamente envuelta en una piel de animal. En algunas ocasiones se aprecia la cabeza de la persona o sobresale

un pie por la parte posterior del sudario, pero en otras es un paquete sin rasgos distintivos. Se ha sugerido que el *tekenu* (identificado a veces con la placenta del difunto) sería una reminiscencia de los antiguos sacrificios humanos realizados para los faraones de las dos primeras dinastías. Ahora un sacerdote hacía las veces de servidor sacrificado, siendo trasladado envuelto hasta la tumba, donde era liberado. Varias personas tiran de las cuerdas del trineo del *tekenu*, al que sigue un cofre con el material necesario para realizar la «apertura de la boca».

En un momento dado del traslado hacia la tumba, el sacerdote que encabezaba la procesión pedía permiso en voz alta para penetrar en la necrópolis y realizar el enterramiento. Un grupo de bailarines *muu* tocados con su distintivo gorro¹⁰ se acercaba entonces y concedía este permiso con una danza (Fig. 4.5). La palabra *muu* significa «aquellos que pertenecen al agua» y parece que una de las funciones de estos bailarines era la de servir como guardianes de la necrópolis.

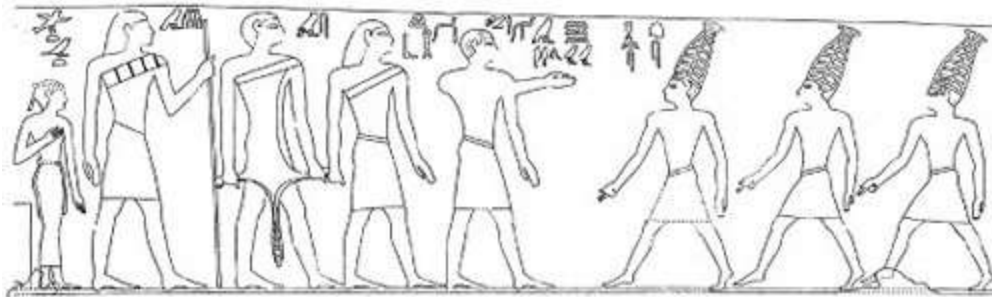


FIGURA 4.5. Bailarines *muu* ante los sacerdotes de la procesión funeraria. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía.

Durante el Reino Antiguo el ritual de ofrendas se hubiera celebrado nada más llegar a la tumba; durante el Reino Nuevo las cosas eran un poco más elaboradas. Los mismos bailarines *muu* que habían concedido acceso a la necrópolis recibían ahora al difunto delante de la tumba, celebrando un baile que caracterizaba la segunda de sus funciones: actuar como los barqueros que conducirían al difunto desde este mundo hasta el otro. A continuación se realizaban varios rituales más. En uno de ellos el sacerdote *ka* tiraba del ataúd vacío hacia el oeste, la tierra de los muertos, mientras el embalsamador hacía lo propio hacia el este, la tierra de los vivos.¹¹ El *tekenu* sufría un ritual

semejante. Una vez terminado, la momia era sacada del ataúd y colocada en posición vertical delante de la entrada de la tumba. Todo estaba listo para el comienzo de los dos rituales imprescindibles para el futuro bienestar del difunto: la «apertura de la boca» y la «invocación de ofrendas».

Durante la ceremonia de la «apertura de la boca» (Fig. 4.6), el oficiante tocaba con un instrumento adecuado los diversos orificios del cuerpo embalsamado del difunto: ojos, nariz, boca y oídos. Gracias a este toque mágico la momia «renacía», pues recuperaba el uso de sus sentidos.¹² Al disponer de éstos, la momia podía respirar, ver y escuchar; pero lo que es más importante, también comer y beber. Ahora estaba en condiciones de poder disfrutar de las ofrendas que le serían presentadas por los encargados de mantener vivo su culto funerario.



FIGURA 4.6. La ceremonia de la apertura de la boca. Tumba de Ptahemheb (TT 193), XIX dinastía. Necrópolis de Asasif.

La «apertura de la boca» era tan importante para el difunto que la obligación de celebrarla recaía en su hijo primogénito, quien actuaba en ella como sacerdote *sem*. Gracias a la piel de leopardo que llevan sobre la ropa y a la trenza de la juventud, típica de los niños, es fácil reconocerlos en los relieves y pinturas de las tumbas. Si bien es cierto que no tardaron en aparecer personas especializadas en realizar la «apertura de la boca», la ideología seguía considerando a los vástagos del difunto como los únicos cualificados para la tarea: mientras la celebraba, el oficiante se transformaba

en su hijo. Esto explica por qué el general Ay aparece representado en las paredes de la tumba de Tutankhamon vestido como un sacerdote *sem* y con la corona azul en vez de la trenza de la juventud, mientras toca con la azuela la boca de la momia real. Así quedaba inmortalizado como heredero del difunto soberano y legitimaba su ascenso al trono de Egipto. Al haber actuado como un hijo verdadero, ocupándose del enterramiento y realizando la «apertura de la boca», se convertía en su heredero con todas las de la ley.

El origen de este ritual se remonta al menos a comienzos de la IV dinastía. Encontramos menciones a un ritual de animación de la estatua en los anales de Khufu de la *Piedra de Palermo*: «Dar a luz y abrir la boca de estatuas del Horus Khnum-Khufu y de todos los dioses»,¹³ y en las inscripciones de la tumba de Metjen, donde se comenta que la ceremonia se repetía cuatro veces. La «apertura de la boca», llamada entonces «ritual de ofrendas», aparece descrita por primera vez en los textos de la pirámide de Unas:

Tu boca está en disposición de funcionar, pues he abierto tu boca para ti, he abierto tus ojos para ti. Oh rey, he abierto tu boca para ti con la azuela de hierro que separa abriendo la boca de los dioses. Oh Horus, abre la boca de este rey. Oh Horus, abre la boca de este rey. Horus ha abierto la boca de este rey; Horus ha abierto la boca de este rey, con lo cual abre la boca de su padre, con lo cual abre la boca de Osiris, con el hierro surgido de Seth, con la azuela de hierro que abre la boca de los dioses. La boca del rey se ha abierto con ella y él va y habla con la Gran Eneada en la Mansión del Príncipe que se encuentra en Iunu y se hace con la corona *Ureret* delante de Horus, Señor de los miembros del *pat*.

*Textos de las pirámides.*¹⁴

Durante el Reino Medio parece haberse desarrollado una segunda versión del ritual de la «apertura de la boca», donde los dioses Horus y Ptah eran los encargados de abrir la boca del difunto; la encontramos recogida en los *Textos de los sarcófagos* I, 65. Esta tradición continuó durante el Reino Nuevo transformada en el capítulo 23 del *Libro de los muertos*. Al mismo tiempo fue evolucionando la versión derivada de los *Textos de las pirámides*, que era conocida en el Reino Nuevo con el título de *La realización de la «apertura de la boca» para la estatua en el Hut-nebu*. Ahora el acto de dar vida a las momias y estatuas constaba de cinco elementos independientes, pero relacionados entre sí: un ritual de estatua, un ritual de ofrendas, un ritual de embalsamamiento, un ritual de enterramiento, un ritual de sacrificio de

animales y un ritual templario, todos ellos combinados en un único y prolijo ritual compuesto por 75 acciones diferentes.¹⁵ Ninguna tumba contiene representadas todas estas acciones en sus paredes, la que cuenta con un número más elevado es la de Rekhmire (TT 100), donde se pueden ver 51 de ellas.

En la «apertura de la boca» se empleaban unos instrumentos muy concretos (Fig. 4.7). El primero en utilizarse durante la ceremonia fue el llamado cuchillo de hoja de «cola de pez» o cuchillo *peshef-kef*.¹⁶ Su peculiar hoja no parece tener una función evidente, pero se ha sugerido que quizá fuera utilizado para cortar el cordón umbilical tras el nacimiento. En los *Textos de las pirámides* se menciona que la boca de la momia del faraón se abría con las llamadas cuchillas *netjeruy*. Fabricadas con hierro meteorítico,¹⁷ el origen celeste del material sin duda dotaba a estas hojas de un importante poder mágico. Al proceder del lugar donde habitaban los dioses, su efectividad quedaba asegurada. En otras ocasiones, la «apertura de la boca» se realizaba con la pata de un toro, quizá con la intención de traspasar al difunto el poderío del animal, y también con una azuela de hierro (Fig. 4.6). Este último es el instrumento que casi siempre aparece representado en las imágenes de la ceremonia fechadas en el Reino Nuevo. Para poder repetir la ceremonia tantas veces como fuera necesario durante la eternidad, en las tumbas se solía dejar como ofrenda una «caja de herramientas» en miniatura con los instrumentos que acabamos de mencionar. Se trata de una losa de piedra que tiene tallados en su superficie huecos para dos hojas *netjerwy*, un cuchillo *peshef-kef*, dos botellas-*hates* (una blanca y otra negra) y cuatro vasos-*henet* (la mitad en piedra blanca y la otra en piedra de color) (Fig. 4.7).

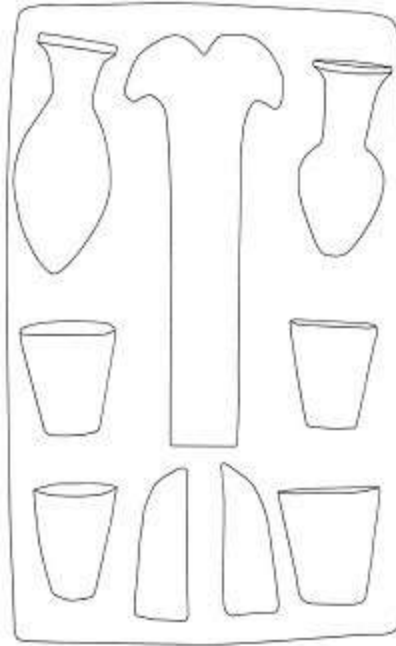


FIGURA 4.7. Ofrenda en miniatura con las herramientas para realizar la «apertura de la boca». Reino Antiguo.

Una vez la momia recuperaba su capacidad para alimentarse, era el momento de llevar a cabo un segundo ritual, llamado por los egipcios «Venir al escuchar la voz». El objeto del mismo era hacerle saber al difunto que estaba a punto de realizarse el ritual de las ofrendas y se requería su presencia para alimentarse de ellas. Era el momento en que se sacrificaba el buey que había participado en la procesión funeraria y se le presentaba la pata delantera derecha a la momia (ofrenda *khepes*). Tras ser adecuadamente consumida por el *ka* del difunto, la pata y el resto del animal pasaban a formar parte de las vituallas que no tardarían en consumirse durante el banquete funerario.

Tras esta invocación de ofrendas, la primera de una serie eterna, se introducían en la tumba el difunto y todo el ajuar funerario traído en procesión. No debía de ser tarea sencilla hacer descender la momia y el ataúd por el pozo que conducía a la cámara funeraria, pero tras algunos sudores todo quedaba en su sitio. Tras cerrarse y sellarse la entrada a la tumba, los sacerdotes recitaban los conjuros adecuados, destinados a mantener intacto su contenido para la eternidad. El ritual funerario había concluido y en ocasiones

un texto en el interior de la tumba recogía sus etapas fundamentales, inmortalizándolas en piedra, listas para ser repetidas cuantas veces se leyera el texto:

Bajar hasta la casa de eternidad en completa paz, que su honor pueda estar junto a Anubis, el Primero de los Occidentales, después de que una invocación de ofrendas se haya hecho para él en el tejado de la tumba, tras haber atravesado el lago, después de que haya sido beatificado por el sacerdote lector, por el bien de su muy grande honor con el rey y Osiris.

Cruzar el firmamento en completa paz, subir la montaña de la necrópolis, que le cojan la mano sus padres y su *ka* y todo jefe venerado, haciendo una invocación de ofrendas para él en el tejado de su casa de eternidad, cuando ha alcanzado una buena y provecta edad en presencia de Osiris.

Falsa puerta de Ptahhotep.¹⁸

Ahora comenzaba el banquete funerario, en el cual tomaban parte todos aquellos que habían participado en la procesión. Dependiendo de las posibilidades de cada uno, se trataría de una celebración más o menos espléndida, pero siempre llena de alegría y ganas de vivir. Las tumbas de los nobles del Reino Nuevo en Tebas nos muestran imágenes repletas de hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas, adornados con conos de perfume sobre la cabeza¹⁹ mientras escuchan la música y se deleitan con las cabriolas de las bailarinas. Púberes sirvientas, vestidas sólo con un estrecho cinturón, sirven bebida sin cesar. En los relieves y pinturas, hombres y mujeres aparecen segregados por sexos; pero seguramente participando del banquete en la misma habitación (¿el patio de la tumba, la casa del difunto?). La intención no era sólo celebrar al muerto y su marcha al otro mundo, sino también generar la tensión sexual que aquél necesitaba para renacer en el más allá. Eran momentos de felicidad y desinhibición:

¡Tráeme dieciocho copas de vino!
Mira, quiero emborracharme.
¡El interior de mi cuerpo
está seco como la paja!

Tumba de Pahery.²⁰

Todos tienen obligación de divertirse, nadie puede escapar al jolgorio. Si bien la familia está apenada por la pérdida de un ser querido, también se alegran, pues saben que en realidad no ha desaparecido, gracias al funeral ha conseguido la vida eterna.

Horas después, satisfechos por haber colaborado en la transformación del difunto en un *akh*, los participantes en el funeral se retiran a sus casas. El lugar se va quedando silencioso mientras se limpian y recogen los restos del festín para enterrarlos de forma ritual.²¹

Al igual que le sucedía estando vivo, el difunto necesitaba alimentarse diariamente para poder subsistir en el más allá. Si no recibía sus vituallas de forma regular, convertirse en *akh* no le habría servido de nada. Al igual que la tarea de enterrarlo, la de presentarle a diario las ofrendas recaía teóricamente en el primogénito del muerto, que actuaba entonces como *hem-ka* o «servidor del *ka*». Realmente, en la mayoría de las ocasiones el «servidor del *ka*» era una persona contratada para realizar la tarea. Es más, muchas veces se trataba de una persona que había estado trabajando para el difunto cuando éste vivía. Como la muerte no interrumpía la existencia de un ser humano, en realidad el «servidor del *ka*» no hacía sino continuar con la relación patrono-empleado mantenida hasta entonces. Ser elegido para encargarse del culto funerario de alguien era una responsabilidad más que bien recibida. Después de ser presentadas sobre la mesa de ofrendas ante la falsa puerta de la tumba, donde su esencia alimentaba el *ka* del difunto, todas las vituallas eran recogidas por el «servidor del *ka*», pues constituían su salario. Si el difunto era una persona de posibles, el «servidor del *ka*» conseguía una más que adecuada remuneración por sus servicios.

Las ofrendas del culto funerario procedían de una «fundación piadosa». Antes de fallecer, el difunto dejaba estipulado que determinados ingresos de determinadas de sus propiedades agrícolas y ganaderas estarían destinados a su culto funerario.²² Un contrato legalmente reconocido formalizaba la cesión. Podía tratarse de una única unidad de producción, pero lo normal es que las ofrendas procedieran de varias fuentes distintas. En la decoración de las tumbas suele haber un panel en forma de cuadrícula donde se detallan estos bienes (Fig. 4.8) y otro donde los distintos orígenes de los bienes aparecen representados en forma de portadoras de ofrendas, acompañadas del nombre de la heredad que las ha producido.²³



FIGURA 4.8. Estela de ofrendas. Guiza, IV dinastía.

La obligación del «servidor del *ka*» era realizar a diario la invocación de ofrendas (Fig. 4.9), se colocaba delante de la falsa puerta de la tumba con un brazo extendido y recitaba la ofrenda tal cual estaba escrita en ella. El texto siempre era idéntico en cuanto a su estructura: «Una ofrenda que el rey concede, que el dios concede, consistente en mil hogazas de pan, mil jarras de cerveza, mil bueyes, mil aves, mil piezas de tela, mil vasos de alabastro y un millar de todas las cosas buenas de las que vive el dios, para el *ka* de (nombre del difunto)». Es la conocida fórmula *hetep di nesu* (Foto 7). Después de pronunciarla, el sacerdote se arrodillaba frente a la mesa de ofrendas (Fig. 5.12) y colocaba en ella las ofrendas físicas. Resulta más que posible que aquéllas no llegaran nunca o casi nunca a ser expuestas sobre la mesa de ofrendas (sólo en ocasiones especiales), pasando directamente a la despesa del «servidor del *ka*». Trasladarlas a la tumba y desde ahí a casa era una tarea pesada y reiterativa. Es fácil comprender que el encargado del culto funerario simplificara sus tareas aprovechándose de que al *ka* del difunto le bastaba con la lectura de la invocación de ofrendas y una pequeña libación.



FIGURA 4.9. Invocación de ofrendas para la princesa Watetkhethor. Mastaba de Mereruka. Saqqara. VI dinastía.

Tras la lectura de la fórmula de ofrendas y la exposición de las mismas, el «servidor del *ka*» se arrodillaba con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho y el derecho flexionado y alzado junto a la cabeza, con ambos puños cerrados. Este gesto ritual se conoce como *sahet* o «hacer que se convierta en *akh*», que no es sino el objetivo final del ritual. Por último, tras leer un rollo de papiro con algunos textos adecuados, el sacerdote salía de la tumba caminando hacia atrás mientras limpiaba sus pasos con una escoba. La ofrenda diaria había terminado. En el caso de los cultos funerarios más ricos, es posible que intervinieran varios sacerdotes, cada uno encargado de una tarea concreta.²⁴

El «servidor del *ka*» no era el único cualificado para realizar ofrendas al difunto. Las tumbas egipcias estaban pensadas de tal modo que cualquiera pudiera entrar en ellas y leer la fórmula *hetep di nesu* en beneficio del muerto allí enterrado. Muchas tumbas contienen también una «llamada a los vivos», un texto en el exterior que comienza con una frase de este tipo: «Oh tú que pasas por delante de mi tumba...», donde se pide al paseante que penetre en la mastaba o hipogeo para leer la fórmula de ofrendas, lo cual le reportará no sólo la satisfacción de una buena acción, sino también el beneplácito del difunto y los dioses, quienes harán innumerables cosas buenas para él. Y es que, al contrario que nuestros cementerios, las necrópolis egipcias eran lugares en plena ebullición, siempre repletos de gente. No sólo se celebraban sin cesar los ruidosos funerales que ya conocemos, sino también las ceremonias diarias de las ofrendas, a los cuales hay que sumar la algarabía generada por quienes construían las tumbas. En el antiguo Egipto un cementerio era algo vivo.

Además de por la obligación de las ofrendas diarias, las necrópolis eran visitadas en determinados días de fiesta, cuando todo el mundo se trasladaba a ellas para pasar la jornada y honrar a sus muertos. En algunas tumbas, el difunto incorporó un texto donde especificaba cuáles eran las fechas concretas. No quería dejar nada al azar y de paso le recordaba a su «servidor del *ka*» cuáles eran sus obligaciones:

Una ofrenda que dan el rey y Osiris Khentiamentiu, señor de Abydos, para que la ofrenda le sea concedida en su tumba que se encuentra en la necrópolis en la fiesta del Comienzo del Año, la fiesta Thot, la fiesta *Oaug*, la fiesta de cada Primer Año, la fiesta de Sokaris, la fiesta del mes «del calor», la fiesta del mes «del corte (?)», la fiesta de la procesión de Min, en cada fiesta de mes y de medio mes, en el primer día de cada mes, cada día por el día durante la duración de la eternidad, puesto que yo era alguien amado de su padre, alabado por su madre.

Dintel de la VI dinastía (Saqqara).²⁵

En Tebas, asimismo, tenía lugar una fiesta donde la visita a los cementerios era costumbre: la «bella fiesta del valle». Su origen parece remontarse al Reino Medio, y durante la misma los sacerdotes partían en procesión desde Karnak. Llevaban consigo la estatua de Amón-Ra y las estatuas de los antecesores del faraón. Con ellas cruzaban el río y se dirigían a un antiguo santuario dedicado a Hathor situado en el circo de Deir el-Bahari. Durante el Reino Nuevo, cuando abandonaban el santuario de la diosa se dedicaban a recorrer en procesión los templos de millones de años²⁶ de la orilla occidental. Tras terminar el recorrido en Medinet Habu se encaminaban a la orilla del río, desde donde cruzaban hasta el templo de Luxor, para luego regresar al templo de Karnak. La tradición señalaba que en este momento del año las familias debían ponerse sus mejores galas y dirigirse a las tumbas de los antepasados para celebrar allí una fiesta. Muy probablemente, en este tipo de celebraciones especiales se prescindía de los «servidores del *ka*» contratados, y era el hijo primogénito del difunto quien celebraba la invocación de ofrendas. Nadie mejor que la persona adecuada para que un ritual alcanzara toda su potencia.

Amuletos, estelas, sarcófagos...

Los egipcios tenían la esperanza de llevar en la otra vida una existencia igual o más placentera que la experimentada en este mundo. Por ese motivo, cuando organizaban su tránsito hacia el más allá, incluían en su «equipaje» tantos objetos útiles como pudieran permitirse. En primer lugar se preocupaban de proteger la momia, centro neurálgico del proceso, con una máscara, un ataúd y un sarcófago. Como seguridad añadida, entre las vendas de la momia los embalsamadores introducían amuletos de todo tipo y un escarabeo de corazón, destinado a evitar sorpresas en el juicio de Osiris. En la tumba, colocados alrededor del difunto se encontraban el cofre de los vasos canopos, un juego de *ushebtis* y los muebles y demás objetos personales. Para que el difunto pudiera disfrutar de todo esto en el otro mundo, era conveniente contar además con una estela de falsa puerta y una mesa de ofrendas. Al menos, éste era el ajuar que los más privilegiados llevaban consigo, el resto trataba de completarlo según sus posibilidades.

El origen de las máscaras funerarias egipcias parece bastante evidente. Como ya hemos visto, durante el Reino Antiguo los cadáveres eran envueltos en vendas impregnadas de yeso que se ajustaban al cuerpo. Al secarse quedaba una especie de «cáscara» del difunto sobre la cual se pintaban los rasgos del rostro: bigote, ojos, labios, nariz, etc. Cuando la momificación evolucionó, los cuerpos comenzaron a envolverse en vendas sin enyesar y sin individualizar los miembros. Como los egipcios eran por completo reacios a deshacerse de nada que en un momento dado hubiera tenido una utilidad ideológica, la solución adoptada para seguir contando con un elemento que reprodujera el rostro del difunto fueron las máscaras funerarias. Como si

fueran un casco de buzo, cubrían toda la cabeza del cuerpo momificado. Su uso ya estaba generalizado al menos desde la VIII dinastía; pero se trataba de un elemento que sólo los más pudientes, y no todos, se permitían.

El material más habitual para este complemento funerario fue el cartonaje, que no es sino el mismo empleado en las primeras momias: vendas de lino empapadas en yeso y luego decoradas y pintadas. Los faraones podían emplear materiales mucho más lujosos, como el oro, cuyo mejor ejemplo son las máscaras de Tutankhamon. Limitada en principio sólo a la cabeza, en algunos casos los extremos frontal y posterior de la máscara se alargaron hasta llegar a cubrir gran parte del cuerpo.

Las máscaras funerarias dieron lugar a su vez a dos tipos distintos de cubiertas para la momia. Por un lado, a finales del Reino Medio serían el origen de los ataúdes antropomorfos. En realidad, hasta finales de la XVII dinastía, los ataúdes antropomorfos eclipsaron en cierto modo a las máscaras funerarias, pero éstas volvieron a resurgir a comienzos del Reino Nuevo. Por el otro lado, a comienzos del Reino Medio apareció la costumbre de proteger la momia dentro del ataúd con una estructura de bandas de cartonaje. De forma similar a las tiras de cartón que evitan sufrimientos a los pasteles comprados en una confitería, varias bandas de cartonaje dispuestas en cuadrícula a lo largo y ancho del cuerpo envolvían la momia en una especie de «jaula». El desenlace lógico fue terminar uniendo en un único elemento la máscara y la «jaula» de cartonaje. Así nació la tabla de momia, que no es sino una delgada lámina de madera colocada sobre el cadáver embalsamado como si fuera una segunda tapa bajo la del ataúd. En ellas se representa el cuerpo del difunto como si la tabla fuera transparente y se le pudiera ver: las mujeres van vestidas con trajes largos y los hombres con faldellín o vestido largo. El cartonaje era mucho más barato que la madera, de modo que las máscaras siguieron utilizándose, pero modificadas. Pasaron de ser cascos dentro de los cuales se introducía la cabeza del difunto a ser meras caretas colocadas sobre el rostro de la momia.

Desde mediados de la XIX dinastía y hasta la XXII dinastía, las tablas de momia pasaron a estar decoradas con una abigarrada serie de viñetas, alas, figuras de dioses, etc., que seguía la moda de los sarcófagos contemporáneos. Después apareció un nuevo tipo de cubierta de momia. Sobre una estructura

de adobe con las dimensiones y la forma aproximada de la momia en cuestión, se aplicaba una gruesa capa de enlucido y encima de ella varias capas de tiras de lino engomadas. La parte posterior quedaba abierta y, una vez seco todo el conjunto, por ella se extraía el núcleo cortado en pedazos. Seguidamente, a la cubierta se le aplicaba una capa de yeso y la momia se colocaba en el interior. La parte trasera se «cosía» con cuerdas de lado a lado para cerrarla, mientras la planta de los pies quedaba cubierta con una pieza de madera independiente y cosida a la cubierta. Esta moda continuó hasta la XXIII dinastía, cuando fue reemplazada por una red de cuentas que formaba un dibujo de rombos y se colocaba directamente sobre el sudario de la momia. La costumbre se perpetuó, así parece, hasta mediados de la época ptolemaica, cuando volvieron a aparecer las máscaras funerarias.

Además de todas estas máscaras y cubiertas, las momias egipcias eran entreveradas por los embalsamadores con numerosos amuletos, dispuestos sobre el cuerpo entre las diferentes capas de vendas. Para hacernos una idea de cuántos podían llegar a colocarse, baste recordar que la momia de Tutankhamon fue protegida con algo más de cien amuletos de todo tipo: diosas buitre, escarabeos, ojos *udjat*, diosas cobra, anillos de oro, cetros, nudos *tyet*, pilares *djed*, etc.

De todos los amuletos que se colocaban sobre la momia, había uno que cobró una gran importancia a partir del Reino Nuevo, si bien los primeros ejemplos conocidos son de finales del Reino Medio. Se trata del escarabeo de corazón.

Como sede de la inteligencia y los sentimientos del ser humano, el corazón nunca era extraído del cadáver del difunto y se procuraba proporcionarle cuanta mayor protección mejor. El amuleto elegido para ello fue el escarabeo: una representación tridimensional y estilizada del *Scarabeus sacer* o escarabajo pelotero. La característica más notable de este animal es que empuja con sus patas traseras una pelota de estiércol en la cual introduce sus huevos, que en un momento dado nacen dentro de ella y salen a la luz rompiéndola. Los egipcios contemplaron fascinados este acontecimiento e identificaron la pelota de estiércol con el disco solar, que contiene en su interior la capacidad de renacer cada mañana, y al escarabajo con Khepri, dios del amanecer, que empuja sin descanso el disco solar por el firmamento.

Amén de su capacidad regeneradora, el escarabeo tenía otro significado. En egipcio su imagen se utilizaba para escribir el verbo *kheper* «convertirse en», «cambiar», «transformarse», «tener lugar». Lógico entonces que lo eligieran para escribir en la panza plana del coleóptero noticias que se quería transmitir o recordar, como el casamiento de Amenhotep III. En el contexto funerario, todas estas capacidades del escarabeo se utilizaron para salvaguardar de cualquier mal al corazón y, a la vez, asegurarse de que «tuviera lugar» la «transformación» del difunto en un *akh*. Pese a sus afirmaciones en contrario, los egipcios no las tenían todas consigo con eso de no haber cometido actos contra el dios mientras estaban vivos, por lo cual utilizaban el escarabeo para escribir en él un texto en el que lo conminaban a no dejarlos por mentirosos cuando lo pesaran en el juicio de Osiris:

Oh corazón mío el cual tengo gracias a mi madre; oh corazón mío que tuve sobre la tierra, no te alces contra mí como testigo en presencia del señor de las cosas; no hables contra mí respecto a lo que he hecho, no saques a relucir ninguna cosa contra mí en presencia del gran dios del oeste...

Libro de los muertos, 30.¹

Así aleccionado, el corazón, casi un ente independiente, nunca osaba poner en entredicho las afirmaciones contenidas en la «Confesión negativa». El difunto podía estar seguro de que al ser colocado en el platillo de la balanza tendría exactamente el mismo peso que la pluma *maat*. Los escarabeos de corazón parecen haber sido típicos de la gente con recursos.



FIGURA 5.1. Ataúd-cesta de Tarkhan, I dinastía. Museo Británico.

Convertida en un precioso y duradero paquete, la momia era ahora introducida en dos tipos diferentes de contenedor: primero, el ataúd y, luego, el sarcófago. En general, cuando en un contexto egiptológico se hace referencia a los recipientes donde los egipcios depositaban a los muertos, en español casi siempre se utiliza la palabra sarcófago, considerándola sinónimo de ataúd.² Al hacerlo nos olvidamos de que se refieren a dos realidades muy semejantes, pero distintas. Ambos objetos sirven para guardar el cadáver de una persona, pero con matices. El ataúd es una caja donde se introduce un cadáver para enterrarlo, mientras que el sarcófago es un elemento monumental construido sobre el suelo y destinado al mismo menester. Los primeros suelen ser de madera, si bien se conocen ejemplos en otros materiales: metales preciosos, cuero, cañas, etc. Los segundos, por su parte, suelen ser de piedra. En realidad, en el ámbito de lo egipcio antiguo, ni el material ni la decoración influyen a la hora de decidir qué es cada cosa. Se podría decir que el ataúd contiene el cadáver y el sarcófago contiene al ataúd.



FIGURA 5.2. Enterramiento predinástico con ataúd cerámico. Hammamiya.
Museo Petrie de Londres.

Los primeros ataúdes fueron lechos de ramas, cestas o pequeñas cajas sin tapa a base de cañas (Fig. 5.1) e incluso grandes recipientes de cerámica (Fig. 5.2). Después aparecieron los ataúdes en forma de caja de madera (Fig. 5.3). Durante el período protodinástico, si bien las tapas solían ser rectas, se conocen también ejemplos con la tapa abovedada y los laterales cortos prolongados hacia arriba. Es lo que se denomina forma de *per-nu* (Fig. 5.4), un tipo de capilla que durante el Dinástico Temprano sería identificada con el santuario nacional del Bajo Egipto en Buto. Estos primeros ataúdes son bastante cúbicos, pues los cadáveres se depositaban en ellos en posición fetal. Siguieron siendo así hasta la IV dinastía, si bien ya en la III dinastía se conocen casos de ataúdes rectangulares (*queresh* en egipcio), convertidos después en la norma. Su aparición coincidió con el desarrollo de la momificación del difunto extendido. Al principio no presentan decoración alguna, excepto una línea de texto junto al borde superior (la tapa es plana) y un par de «ojos» dibujados a la altura de la cabeza. En el interior, el cadáver descansa extendido sobre el costado izquierdo, con la cabeza en el norte y apoyada sobre un reposacabezas. De este modo sus ojos están orientados hacia el este y pueden utilizar los que están dibujados en la cara externa del ataúd para «ver» el exterior. En la VI dinastía el interior comienza también a decorarse, proceso que culminó durante el Reino Medio con la incorporación de los *Textos de los sarcófagos*.



FIGURA 5.3. Ataúd de madera de la I dinastía. Tumba 1955 de Tarkhan. Museo Británico.

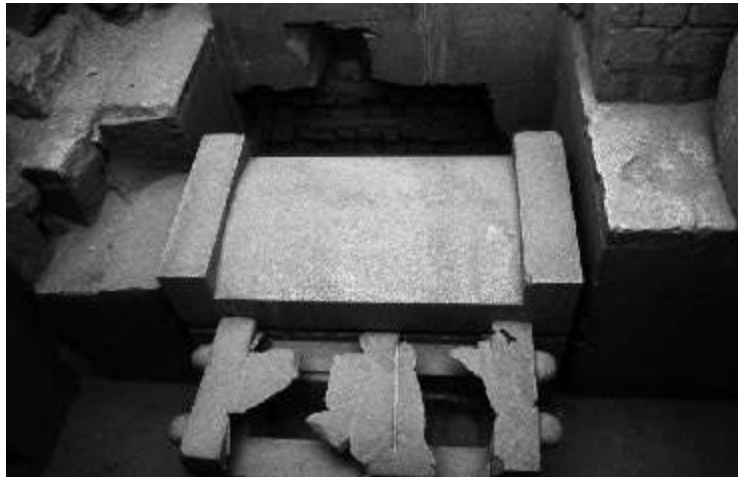


FIGURA 5.4. Sarcófagos del visir Shepseskaf (en forma de *per-nu*) y su esposa. Abusir, V dinastía.

El interior de los ataúdes de la XI y XII dinastías estaba recubierto por imágenes y textos, lo cual no deja de tener su lógica, pues se trata de las zonas que el difunto veía directamente. En la cara este, a la altura de los ojos solía haber una falsa puerta dibujada, así como una mesa de ofrendas y una lista de ofrendas funerarias. La cara oeste se podía decorar con una escena funeraria. Una estrecha banda continua recorre las cuatro caras interiores con

imágenes de los numerosos objetos necesarios para el difunto en el más allá; suelen estar distribuidos de forma coherente, con las sandalias en los pies, las armas cerca de los brazos, etc. El exterior sigue un único diseño, típico del Reino Medio, en el que siempre están presentes los «ojos»: la fórmula de ofrendas aparece escrita en una línea horizontal en la parte superior de cada cara del ataúd, completada con líneas verticales de texto que proclaman al difunto un *imakhu* o «venerado» delante de diversos dioses; en los lados largos la superficie queda dividida así en tres recuadros enmarcados por el texto y en uno en los cortos (Fig. 5.5). Como resultado de la disgregación política del Primer Período Intermedio, durante el Reino Medio aparecieron hasta catorce variantes regionales básicas en la decoración de los ataúdes. Se puede hablar incluso de un estilo del Alto Egipto y de otro del Bajo Egipto.

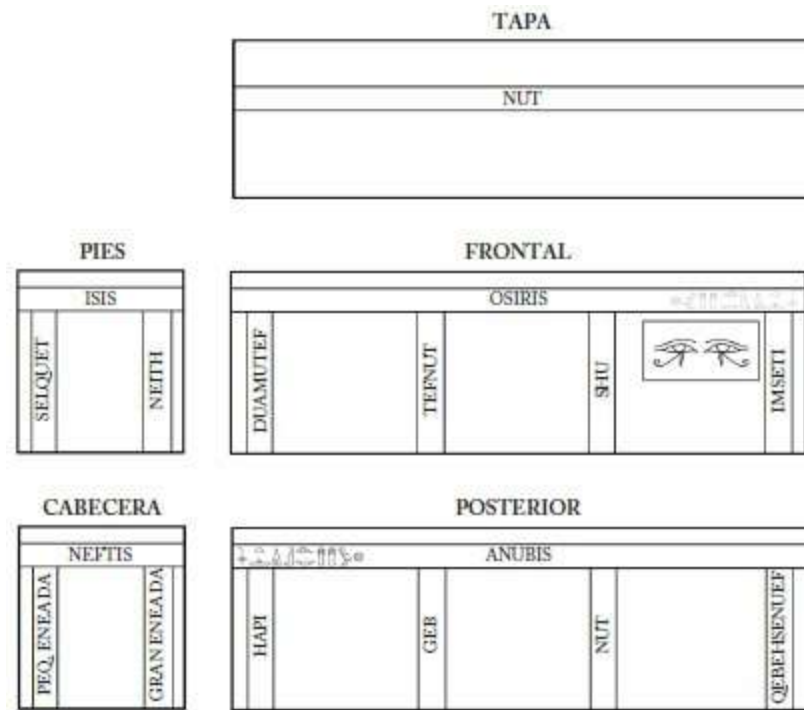


FIGURA 5.5. Distribución de los textos de invocación en un ataúd rectangular del Reino Medio (tipo RIV).

Como parece demostrar su tamaño, demasiado pequeño como para contener uno, hasta la V dinastía da la impresión de que los faraones no se enterraron en ataúdes, sino directamente en los sarcófagos de piedra de sus pirámides (Fig. 5.6). Durante el Reino Medio, los ataúdes de la familia del

soberano y demás personajes enterrados en las necrópolis reales presentan un estilo propio, llamado de «la corte». Se trata de unas largas cajas rectangulares con o sin textos exteriores y con la tapa abovedada, la cual puede aparecer sin las prolongaciones laterales hacia arriba. Son ataúdes más sencillos, pero mucho más ricos y mejor terminados que los de la gente normal.

Es precisamente la familia real el origen de lo que llegaría a ser el característico ataúd egipcio: el antropomorfo. Ashyt, una de las mujeres enterradas en el complejo funerario de Montuhotep II (Foto 17), es el primer ejemplo conocido de momia con una cubierta antropomorfa de cartonaje. En realidad, el ataúd que contiene a la reina imita el aspecto de una momia con máscara: la parte inferior del cuerpo es blanca, como lo son las vendas de una momia, mientras el rostro y los hombros están coloreados, como sucede en las máscaras. No tardaron en aparecer variaciones, donde el color blanco fue sustituido por el negro de la fértil tierra del Nilo o la policromía. Durante la XIII dinastía y el Segundo Período Intermedio siguieron utilizándose los ataúdes rectangulares, pero con un estilo propio: forma de *pernu* muy exagerada, fondo negro y textos específicos de la época. Los ataúdes de la realeza, como el del faraón Hor (XIII dinastía), prefirieron seguir el estilo más arcaico de caja rectangular de tapa plana. Durante la XVII dinastía estos ataúdes fueron perdiendo importancia en favor de los antropomorfos (*suhet* en egipcio), contruidos con maderas locales, los cuales adquirieron unas características particulares. La principal fue el deseo de mostrar al difunto como un ser alado, un *ba*. Es lo que se conoce como ataúd tipo *rishi*, palabra que en árabe significa «emplumado». Sólo la cara, el collar ancho y la planta de los pies quedan libres de plumas, que nacen en los hombros del ataúd y cubren toda la superficie del mismo. Con el tiempo el ataúd *rishi* sufrió algunas modificaciones, como la inclusión de unas bandas similares a las que mantenían en su sitio el sudario de la momia, el dibujo de figuras divinas en los pies y el añadido de otros motivos decorativos.

Los ataúdes de la realeza y de los plebeyos volvieron a separar sus caminos con la llegada de los tutmósidas. Mientras que ajenos a la moda los soberanos egipcios siguieron utilizando el sarcófago *rishi* hasta la XX dinastía, sus súbditos regresaron a la tradición de los ataúdes «blancos». El

color del rostro del ataúd variaba según la convención del sexo (amarillento para las mujeres, rojizo para los hombres) y las tiras exteriores eran amarillas. Bajo el collar aparecía una imagen de la diosa Nut, primero como un buitre y luego como una mujer, en ambos casos con las alas extendidas. Al principio, los cuadros delimitados por las tiras se dejaron en blanco, para luego pasar a decorarse con imágenes de dioses en la tapa y, en los laterales de la caja, escenas funerarias, de ofrendas o de Anubis, Thot o los hijos de Horus. A comienzos de la XVIII dinastía los sarcófagos comenzaron a ser dotados de manos, en ocasiones con brazos, que sujetaban amuletos *djed* y *tit*; también se incorporó entonces la barba curva. A partir del reinado de Tutmosis III, los ataúdes pasaron a ser negros. Sobre este fondo oscuro los textos e imágenes se pintaban de amarillo o se cubrían con pan de oro. Las manos y el tocado también eran amarillos, mientras el color del rostro se adecuaba al sexo del difunto. El primer ataúd de este tipo que se conoce es el de la madre de Senenmut, llamada Hatnofret. Otra novedad del período consistió en el uso de varios ataúdes consecutivos, similares a unas muñecas rusas, el más exterior de los cuales solía ser un sarcófago de piedra. Uno de los ejemplos más completos es el de Tutankhamon.

Tras la época amárnica, durante la cual los ataúdes dejaron de decorarse con imágenes de los dioses tradicionales, el color predominante de aquéllos pasó a ser el amarillo, decorado cada vez con mayor número de escenas y textos policromos. Una novedad importante de la XIX dinastía fue la aparición de un tipo de ataúd cuya tapa representaba al difunto como una persona viva, vestida con sus mejores galas y los brazos en poses adecuadas: los hombres apoyados sobre los muslos (Fig. 15.1), y las mujeres con una mano sobre el pecho y la otra sujetando un adorno floral. Durante la XXI dinastía los ataúdes siguieron siendo de tipo «amarillo», pero con toda la superficie exterior ocupada por escenas y textos breves: símbolos de resurrección, escarabajos alados, discos solares, imágenes de Nut y figuras del difunto realizando ofrendas a los dioses. El interior pasó a estar decorado, también, con filas de dioses en los laterales y una gran imagen de un pilar *djed* o de la diosa del oeste en la base de la caja. Por estas fechas casi había cesado la decoración de las paredes de la tumba, por lo que se utilizaron los ataúdes para incorporar las necesarias escenas funerarias.

A partir de la XXII dinastía, las variaciones en los temas y viñetas de los ataúdes cada vez son mayores, al tiempo que tienden a simplificarse. En ocasiones la decoración consiste en la peluca, la cara, el collar y una breve inscripción exterior, con una figura de la diosa Nut dibujada en el interior de la tapa. El *horror vacui* de la dinastía anterior desaparece y se vuelven características las figuras aladas. Cuando la decoración es más compleja se tiende a organizar las figuras de los dioses de forma simétrica. La falta de un gobierno central fuerte facilitó la aparición de numerosas variantes decorativas provinciales. Durante las dinastías XXV (kushita) y XXVI (saíta) se alcanzó de nuevo una cierta uniformidad. La forma del ataúd pasó a imitar la de los *usehbtis*, con el difunto representado como una momia sobre un pedestal y con un pilar dorsal. Al mismo tiempo, los textos comenzaron a ganar terreno a las viñetas. Estas formas continuaron en uso hasta la época ptolemaica.

Todos estos cambios en la forma y decoración de los ataúdes egipcios no son sino reflejo de los cambios ideológicos habidos en el antiguo Egipto. En un principio es posible que el ataúd fuera considerado como una representación de la casa del difunto, donde podía reposar para la eternidad. Hacia finales del Reino Antiguo el ataúd se consideraba más bien una representación de la propia tumba. Más tarde, con la incorporación de la figura de la diosa Nut extendida en la parte interior de la tapa, el ataúd pasó a ser una representación del universo: la tapa era el firmamento, la base el más allá y las paredes actuaban como los puntos cardinales de ambos. Al mismo tiempo, la presencia de la diosa del cielo dibujada en la parte interior de la tapa convertía este lugar recogido y cálido en el útero de la divinidad, donde el difunto —identificado con Osiris y Ra— renacía cada mañana. El ataúd era mucho más que un mero recipiente y los sarcófagos se encargaron de proporcionarle una protección añadida a su precioso contenido. Eran un elemento imprescindible del ajuar funerario. Todos necesitaban el suyo, y si no había suficientes recursos, los miembros de una familia podían llegar a compartir uno. En época ramésida un ataúd equivalía en precio a un burro o una vaca pequeña. Se trata de una cantidad considerable, pero asequible para

casi todo el mundo dispuesto a ahorrar durante toda una vida. Además, siempre cabía la posibilidad de que varios miembros de la familia contribuyeran a la compra pensando en compartir el ataúd en el futuro.



FIGURA 5.6. Sarcófago de Khufu en su pirámide. Guiza, IV dinastía.

Los primeros sarcófagos conocidos datan de la III dinastía y se encontraron en las tumbas pozo de la pirámide Escalonada de Djoser (Fig. 7.2.7). Se han encontrado restos que prueban que en su momento contuvieron ataúdes de madera con restos humanos (véase el capítulo 8). Eran de forma rectangular con tapa curva y prolongaciones laterales, el estilo *per-nu*, que continuó siendo utilizado por particulares durante todo el Reino Antiguo (Fig. 5.4). Como ya se ha comentado, en esta pirámide, así como en las demás del Reino Antiguo hasta la V dinastía, el faraón fue enterrado sin ataúd de madera, actuando como tal el cofre de piedra que encontramos en la cámara funeraria. Se tardó algún tiempo en decidirse por la forma adecuada para los soberanos del Reino Antiguo. El sarcófago/ataúd de Djoser es la propia cámara funeraria, construida a base de vigas de granito. Su sucesor, Sekhemkhet, enterró en su pirámide un sarcófago rectangular con un panel lateral en vez de una tapa superior; fue encontrado sellado y vacío. Sarcófagos ovalados se conocen en las pirámides de Khaba en Zawiet el-Aryan y en la de Djedefre en Abu Rowash; sin embargo, la forma que se impuso para los faraones fue la rectangular de tapa plana (Fig. 5.6). Cuando la hubo, la decoración externa de los sarcófagos del Reino Antiguo fue una «fachada de palacio», que en determinados casos era muy elaborada, como en

el de Menkaure (Fig. 5.7). En las pirámides de la VI dinastía los sarcófagos contuvieron una línea de texto con la titulación del faraón, dispuesta por lo general en el exterior.

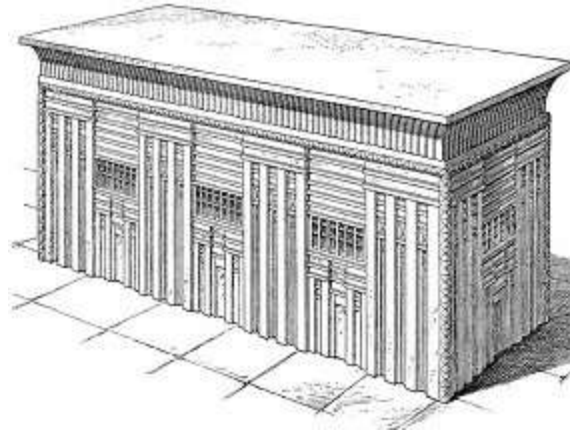


FIGURA 5.7. Dibujo del sarcófago de Menkaure.

La principal novedad introducida durante el Reino Medio fue la creación de sarcófagos a base de losas de piedra independientes. Los ejemplos más logrados son los de las reinas de Montuhotep II, con la particularidad de que la decoración interior y exterior de los de Ashyt, Kawit y Kemsit es poco habitual. Tanto el interior pintado como el exterior grabado presentan temas que a primera vista parecen de la vida cotidiana en vez de funerarios, como realmente son. En la XII dinastía, el sarcófago de Amenemhat II también fue construido con losas de cuarcita. En otros sarcófagos regios de la época aparece como novedad la presencia en el perímetro de la parte inferior externa de la caja de una «fachada de palacio» muy elaborada; en este caso una copia del recinto de Djoser.

El conocimiento durante el Primer Período Intermedio de que en tiempos de turbulencia política, como los que se avecinaban, las tumbas reales podían saquearse llevó a dos innovaciones importantes en los sarcófagos reales. La primera consistió en la incorporación al sarcófago de la caja para los vasos canopos. El primero en disfrutar de este modelo fue el rey Ameniquemau (XIII dinastía), en su pirámide de Saqqara Sur. Su cuerpo y sus vísceras reposaron juntos en un único bloque de granito tallado con la forma adecuada: ataúd y caja para canopos. El modelo se repitió en las

pirámides de Mazghuna Sur, en la de Khender y en la pirámide sin terminar de Saqqara Sur. En ellas se incorporó una segunda novedad técnica. Los sarcófagos crecieron en tamaño hasta alcanzar sus tapas monolíticas un peso excepcional, y para situarlas en posición se empleó un sistema «hidráulico»: soportes que reposaban sobre depósitos de arena que, al vaciarse lentamente, permitían encajar la tapa en su sitio. El sarcófago en forma de *per-nu* y la caja para canopos de la pirámide sin terminar de Saqqara Sur también fueron tallados en el monolito de cuarcita que es la cámara funeraria, formando un todo con ella.



FIGURA 5.8. Sarcófago en forma de cartucho perteneciente a Amenhotep II, XVIII dinastía. Valle de los Reyes (KV 35).

Durante el Reino Nuevo, los sarcófagos de piedra desaparecieron para los funcionarios y los súbditos con posibles, que hubieron de limitarse a construirlos de madera (en forma de *per-nu* y de *per-ur*).³ Sólo los faraones disfrutaron del privilegio de los sarcófagos líticos. Los primeros fueron rectangulares de tapa plana, pero luego se adoptó un modelo ovalado en la parte de la cabeza, que imitaba la forma de un cartucho y procuraba a la momia y su ataúd una protección ideológica añadida (Fig. 5.8). El exterior se decoró con imágenes de diosas (Isis, Neftis) en los lados cortos y de dioses (los cuatro hijos de Horus, Anubis) en los lados largos, acompañados de textos sencillos. Akhenaton se decidió por un sarcófago rectangular con el disco solar como deidad protectora general y Nefertiti en cada esquina como protección original. Los faraones postamárnicos, Tutankhamon, Ay y

Horemheb, siguieron con la forma rectangular; pero tallaron en el sarcófago real las diosas protectoras de los vasos canopos, cada una de las cuales abraza con las alas una de las esquinas de la caja de piedra (Fig. 5.9).



FIGURA 5.9. Sarcófago de Ay, con diosas aladas en las esquinas. XVIII dinastía. Valle Occidental (WV 23).

Mientras los sarcófagos de los particulares siguieron siendo de madera y con forma de *per-ur*, la decoración dejó de separar a las deidades por su sexo, situándolas ahora por toda la superficie, que era de color amarillo.

Los sarcófagos reales regresaron a la forma de cartucho con la tapa ligeramente curvada. Ramsés I tuvo un sarcófago de piedra, pero Seti I y Ramsés II parecen haber preferido uno de madera, si bien no se han encontrado restos de los mismos. Merenptah se construyó varios sarcófagos consecutivos: los interiores en forma de cartucho y con una tapa tallada en forma de difunto, mientras el inmenso sarcófago exterior era rectangular y con tapa plana. La decoración de todos ellos consistió en imágenes y textos de alguno de los libros del otro mundo. Los faraones ramésidas de la XX dinastía continuaron con esta decoración y la forma de cartucho.

Los primeros faraones del Tercer Período Intermedio se dedicaron a usurpar los sarcófagos de sus antecesores del Reino Nuevo (uno de los de Merenptah fue reutilizado por Psusennes I), para terminar fabricando los suyos propios con forma de cartucho. La Baja Época vio un renacimiento de los sarcófagos de piedra, con el difunto tallado en la tapa y muy decorados.

A partir de la IV dinastía se empieza a encontrar junto a los sarcófagos —de hecho al sureste de los mismos— otro elemento del ajuar funerario, los vasos canopos, que como ya sabemos servían como contenedores de las vísceras del difunto. Su nombre procede de una equivocación de los primeros egiptólogos, que identificaron la figura de Canopo —timonel de Menelao y adorado en el Delta en forma de jarra— con la imagen de esos mismos objetos encontrados en las tumbas egipcias.

El primer ejemplo que se conoce es el ya mencionado de la reina Hetepheres, de la IV dinastía (véase el capítulo 3). Durante el Reino Antiguo, las cajas para canopos se tallaron en piedras blandas o en las paredes o suelo de las tumbas. Contenían cuatro jarras con tapas planas o ligeramente cónicas. El primer cambio importante tuvo lugar durante el Primer Período Intermedio, cuando estas tapas lisas fueron sustituidas por otras en forma de cabeza humana. Las vísceras eran tratadas como si fueran pequeñas momias del difunto; algunas incluso recibían máscaras funerarias. A finales del Reino Medio el equipo de canopos estaba formado por las jarras, una caja de madera que las contenía, cuya forma imitaba la de los ataúdes de la época, y un cofre exterior de piedra que imitaba los sarcófagos líticos del momento. Un texto escrito en la parte frontal de los vasos los colocaba bajo la protección de su diosa correspondiente.

Durante el Reino Nuevo se produjo un cambio ideológico importante, las tapas comenzaron a dejar de tener caras humanas para ser reemplazadas por los rostros de cada uno de los cuatro hijos de Horus: los intestinos se identificaron con Qebehsenuef, con cabeza de halcón y colocados bajo la protección de la diosa Selket; el estómago se identificó con Duamutef, con cabeza de chacal y bajo la protección de la diosa Neith; el hígado se identificó con Imsety, con cabeza humana y bajo la protección de la diosa Isis; por último, los pulmones se identificaron con Hapy, con cabeza de babuino y bajo la protección de la diosa Neftis.

Isis, extiende tu protección sobre Imsety que está en ti, oh honrado delante de Imsety, el rey del Alto y el Bajo Egipto, Hor.

Vaso canopo del rey Hor.⁴

Las vísceras ya no eran representaciones del difunto, sino encarnaciones de los hijos de Horus, genios funerarios por excelencia. Mientras el ajuar de canopos de la gente con posibles seguía imitando la forma típica de ataúdes y sarcófagos, para los soberanos del Reino Nuevo se desarrolló un modelo específico. El cofre presenta a las diosas protectoras talladas en las esquinas. Las jarras pasan a ser huecos horadados en el bloque, con tapas que representan al soberano y en cuyo interior las vísceras reposan en sarcófagos en miniatura. En la XX dinastía los vasos volvieron a ser objetos independientes sin un contenedor identificable; los de Ramsés IV son de gran tamaño. Pese a que durante la dinastía siguiente las vísceras eran devueltas al interior del cadáver tras ser momificadas, se siguieron produciendo falsas cajas para canopos como parte del ajuar funerario. Los vasos volvieron a contener las vísceras a partir de la XXVI dinastía, si bien durante la Baja Época éstas pasaron a colocarse entre las piernas. Los ejemplos de canopos de la época son muy escasos.

Una sorprendente peculiaridad de los enterramientos de los reyes de las dinastías tinitas es que fueron inhumados rodeados por multitud de servidores sacrificados. No tardaron mucho en darse cuenta de que tal holocausto era una pérdida económica enorme, pues privaba a la corte de una importante cantidad de artesanos cualificados. La solución consistió en sustituirlos en la tumba por imágenes grabadas o pintadas en la pared, que durante la VI dinastía pasaron a estar acompañadas por figuritas de caliza en forma de sirvientes realizando una tarea: moler grano, despiezar un animal, etc. Durante el Reino Medio las figuras pasaron a tallarse en madera y a aparecer organizadas en grupos. Se trata de maquetas donde se representan las labores diarias más variopintas. En una podemos ver un taller de carpintería, en otra una panadería o un grupo de soldados de la guardia personal de un alto funcionario, en la de más allá un telar a pleno rendimiento junto a otra con el recuento de ganado...



FIGURA 5.10. Ushebty de Userhat, XXI dinastía. Colección particular.

A partir de la XI dinastía, las maquetas y figuras de servidores depositadas hasta entonces en las tumbas fueron sustituidas por unas figurillas funerarias (Fig. 5.10) cuyo nombre varió con el tiempo. Durante el Reino Medio, los textos que aparecen ocasionalmente en la parte frontal se refieren a ellas como *shabtis*, una expresión que se mantuvo durante toda la época faraónica. La variante *shawabti* se utilizó desde la XVII dinastía hasta la XXV dinastía. A finales del Reino Nuevo podemos encontrar la variante *shebti*. En cambio, la denominación *ushebtis* es más tardía, pues aparece en la XXI dinastía y se sigue utilizando durante la Baja Época. El significado de las dos primeras expresiones no está muy claro, pero quizá esté relacionado con la palabra «comida» o «bastón» (*shabti*) o «madera» (*shawabti*). La tercera expresión (*shebti*) vendría a significar «sustituto», mientras que la última de ellas es algo más evidente, pues *ushebty* significa «respondedor». El texto que aparece escrito sobre ellas aclara a la perfección cual era su utilidad:

Fórmula para hacer que un *ushebti* realice los trabajos para alguien en el reino de los muertos.

Palabras dichas por (nombre del difunto). Que diga: «Oh, este *ushebti* de (nombre del difunto), si me llaman, si soy designado para realizar todos los trabajos que se hacen habitualmente en el reino de los muertos, ¡pues bien! el aprieto te será encargado allí, como alguien que realiza su tarea. Ocupa mi puesto en todo momento para cultivar los campos, para irrigar las orillas y para transportar la arena de Oriente hacia Occidente. “¡Aquí estoy!”, dirás».

Libro de los muertos, 6.⁵

La función de los *shabtis* era suplir al difunto cuando en la otra vida se le requiriera para realizar cualquier tipo de labor.

Los primeros *shabtis*, de cera o barro, aparecen como sustitutos del cuerpo del difunto, envueltos en tela y depositados dentro de cajas de madera. A partir de la XII y XIII dinastías adquirieron forma de momia y, por lo general, se fabricaron en piedra. No todos tienen texto y cuando éste aparece lo hace en su versión simplificada. Este tipo de figura funeraria, que da la impresión de haber desaparecido durante el Segundo Período Intermedio, reapareció con fuerza a partir de la XVII dinastía, cuando se tallaban en madera de forma tosca y eran depositados en las tumbas dentro de un pequeño ataúd del mismo material.

La llegada del Reino Nuevo supuso algunas innovaciones en las figuritas funerarias. La más destacada es que por primera vez se incorporaron *shabtys* al ajuar funerario de los soberanos. También fue entonces cuando las figuras comenzaron a representarse con una azada en cada mano y una cesta a la espalda. Siguiendo la tendencia de los ataúdes, los *shabtis* de principios de la XVIII dinastía eran blancos con textos en azul, amarillo o rojo. Los del final de la dinastía, en cambio, tenían los textos y detalles en amarillo sobre un fondo oscuro. Pese a lo que pudiera parecer, durante la época amárnica se siguieron fabricando *shabtis* y no sólo eso, sino que además tuvo lugar un cambio importante. Hasta entonces lo tradicional era depositar unos cuantos *shabtis* dentro de cada tumba, ahora el ideal pasó a ser tener 365 de ellos, uno para cada día del año, además de un capataz por cada grupo de diez, lo que supone un total de 401 figuritas. Los *shabtis* capataces no son momiformes, van vestidos con ropa de diario y no llevan los aperos de labranza.

Durante el Tercer Período Intermedio, las figuritas funerarias pasaron a ser consideradas como esclavos, más que como imágenes del difunto. Su nombre se adecuó al cambio: ahora comenzaron a conocerse como *ushebtis*, «respondedores». Los fabricados durante la XXI dinastía suelen tener color

azul y son de fayenza, la mayoría realizados en moldes. En la Baja Época el color pasó a ser verde, con cuerpos estilizados, peluca tripartita estriada y larga barba trenzada.

Para que todos los elementos del ajuar funerario de los que hemos hablado pudieran sobrevivir eternamente, en especial el muerto, era necesaria la presencia de dos elementos: la falsa puerta y la mesa de ofrendas. La tumba era la casa del difunto, allí donde la parte física de su ser pasaría la eternidad. Si bien la momia no requería más alimento, no sucedía lo mismo con el *ka*. Para continuar viviendo en el más allá, el difunto necesitaba estar en contacto con la esfera terrestre y recibir de ella los alimentos necesarios para su supervivencia. La tumba se convertía en un punto de contacto entre este mundo y el otro; pero de no contar con un sistema de tránsito efectivo, las partes no físicas del difunto no podrían cruzar el umbral entre ambos mundos. Para ello se desarrollaron las falsas puertas. Las falsas puertas de las tumbas egipcias responden perfectamente a su nombre. Se trata de estelas talladas para representar una puerta estrecha con su dintel (Fig. 2.3). Debajo de éste, cubriendo todo el vano de la puerta, siempre aparece una estera enrollada representada como un cilindro. A ambos lados de la puerta en sí, formando parte de la misma estela, pueden aparecer varias columnas de texto e imágenes del difunto y su familia. En ocasiones el difunto aparece en bulto redondo, como saliendo directamente de la pared (Fig. 5.11). Los textos de la estela de falsa puerta no sólo mencionan su nombre, sino también la fórmula de ofrendas (Foto 7).



FIGURA 5.11. Mereruka saliendo para recoger los alimentos depositados sobre la mesa de ofrendas. Saqqara, VI dinastía.

La falsa puerta comenzó colocándose en la fachada este de las mastabas más arcaicas. Seguidamente, para protegerla del vandalismo y la intemperie, se construyó a su alrededor un pequeño cobertizo, la capilla *ka*. Cuando la estructura de la tumba se llenó de habitaciones, la falsa puerta se colocó siempre en la pared oeste de la más occidental de estas cámaras. Hasta allí tenía que penetrar diariamente el «servidor del *ka*» para realizar el ritual de las ofrendas.

Además de leer la invocación de ofrendas y realizar del modo adecuado los ritos, los sacerdotes necesitaban de un lugar adecuado para disponer las ofrendas físicas y conseguir que el *ka* del difunto se alimentara con ellas. Durante el Período Predinástico cumplió esta función una sencilla estera de cañas extendida sobre el suelo, a partir de la cual surgió el concepto de mesa de ofrendas. Éstas terminaron adoptando el contorno general del jeroglífico *hetep* , que significa precisamente «ofrenda», y no es más que una representación «a la egipcia» de la consabida estera predinástica con un pan

encima de ella (Fig. 5.12). Otro tipo es la que presenta en su superficie depresiones para contener los líquidos de las libaciones. La mesa más habitual fue una combinación de estos dos modelos, por lo general, con el relieve de ofrendas tallado en la superficie. De este modo, los líquidos derramados sobre ella impregnaban las ofrendas a la vez que eran impregnados por ellas. El difunto podía estar seguro de que su *ka* se alimentaría convenientemente, no sólo gracias a la mesa de ofrendas, sino también a los alimentos que se enterraban junto a él, presentes en la mayoría de las tumbas.

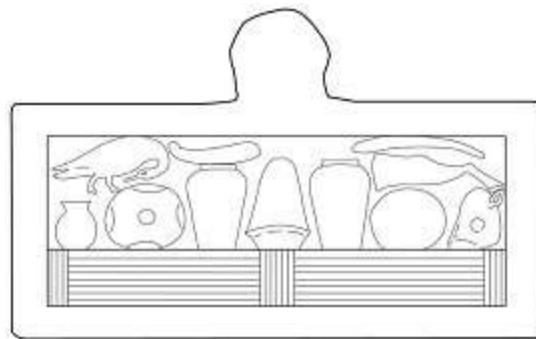


FIGURA 5.12. La típica mesa de ofrendas egipcia, en forma de signo *hetep* y con las ofrendas representadas en relieve sobre una estera.

Un ostracon de la época de Ramsés III nos describe cuál era el contenido de una tumba de Deir el-Medina:

Año 25, primer mes del verano, día 9. Lista de todas las cosas encontradas en la tumba en ruinas que se encuentra frente al lugar de enterramiento de Amennakht, hijo de Ipuuy. Un sarcófago de piedra del dios. Un sarcófago con un paño mortuario de lino. Un ataúd con un paño mortuario de lino. Un taburete plegable de ébano con cabezas de pato, arreglado. Dos lechos. Un taburete de papiro con una sola pata. Tres reposacabezas. Una cesta repleta de telas viejas. Dos pares de sandalias. Una paleta. Una [---]. Un odre de agua. Una cesta-*debw*. Contenido: un cuchillo, un alfiler, un cuenco, un vaso de libación, una caja con cuchillas para afeitarse, una cuchilla giratoria, una cuchilla para raspar, recipientes de granito, cinco recipientes-*menet*, un cuenco, un recipiente-*tjab*, un bastón, una cesta de comida con pan, un *keren* de madera, un recipiente-*kab* de alabastro, dos contenedores-*nesi* para medicamentos, una cesta-*debw*. Contenido: un amuleto de fayenza, un recipiente-*kab*, un recipiente-*henw* para ungüentos, diez [---] una cesta-*debw*. Contenido: un recipiente-*kab* de alabastro, un peine, unas pinzas para las cejas, un recipiente-*nemeset* de alabastro, un *har*, dos piezas de tela perfumada.

Ostracon Viena AEG. 1.⁶

Si bien el contenido del ajuar varió con el tiempo y la riqueza de sus dueños, podemos tomar como ejemplo las tumbas intactas del Reino Nuevo estudiadas por S. T. Smith para sistematizar un poco el contenido de un típico enterramiento egipcio.

Las tumbas de todos los grupos sociales contaban con un sarcófago, joyas, un juego de utensilios de tocador y varias cestas y cajas. Según subimos en la escala social, bastante matizada, podemos encontrar otros objetos. La llamada «clase media» incorporaba también *shabtis*, una estatua, ramos de flores, los vasos canopos, amuletos y un escarabeo de corazón. A los cuales hay que añadir herramientas de la profesión del difunto, sandalias, vestidos, ofrendas de comida y algunos muebles básicos, como una silla y una cama (Fig. 6.8). Las personas ligeramente mejor situadas en la escala social incorporaban a su ajuar papiros funerarios, una máscara, un tablero de *senet*, recipientes de piedra y metal, lino y muebles. Complementado en el caso de la clase alta con varios sarcófagos, alimentos momificados y objetos de cristal (Fig. 12.5). Uno había de poder disfrutar en el más allá del mismo tipo de lujos a los que estaba acostumbrado en esta vida.

6

Tumbas de ricos y pobres

Si bien todos los habitantes del valle del Nilo terminaron por tener la capacidad de acceder al otro mundo y allí vivir eternamente transformados en un *akh*, para poder conseguirlo necesitaban disponer de una entrada al mismo. Como además se trataba de accesos personales e intransferibles,¹ podríamos decir que cada egipcio se vio en la necesidad de tener que construir su propia puerta al mundo de los muertos. Nos estamos refiriendo, como no, a las tumbas.

La presencia del cuerpo del difunto, de su ajuar funerario, de una mesa de ofrendas y de una estela de falsa puerta convertía a las tumbas en lugares de tránsito entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Evidentemente, como ya vimos en el capítulo anterior, la presencia y calidad de toda esta parafernalia dependió de la riqueza y posibilidades de cada uno. En realidad, la mayor parte de los egipcios se enterró de forma sencilla: en la arena del desierto, con sólo algunos objetos utilizados durante su vida y con la esperanza de que sus descendientes realizaran de vez en cuando alguna ofrenda en su nombre.

La costumbre de la inhumación comenzó durante el Período Predinástico, cuando Egipto no era todavía un Estado unificado y en la parte sur del país los muertos se enterraban de forma distinta a los de la zona septentrional. El tipo de tumba era igual. Como el terreno inundable no era adecuado para situar los sepulcros, pues la crecida podía deshacerlos y terminar por esparcir su contenido, las necrópolis egipcias siempre estuvieron situadas en el desierto.

Las tumbas predinásticas eran agujeros ovalados de aproximadamente un metro de longitud en los cuales se introducía el cadáver en posición fetal (Figs. 2.1, 5.1 y 6.1; Foto 4). El conjunto ganaba estabilidad al ser la boca del

agujero siempre más ancha que el fondo.

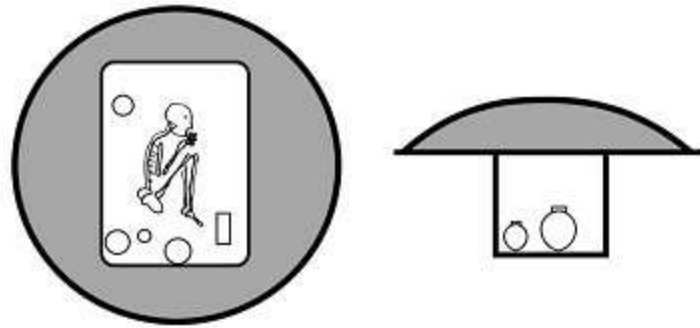


FIGURA 6.1. Esquema de una tumba predinástica.

Este sencillo modelo de tumba fue utilizado durante todo el período faraónico por los egipcios con menos recursos económicos.

La principal diferencia entre las tumbas predinásticas del Alto Egipto y las del Bajo Egipto se encuentra en el ajuar funerario que acompaña a los muertos. En las culturas septentrionales (Fayum, Merimde, Omari y Maadi) los difuntos se enterraban casi sin él. En El Fayum sólo se ha encontrado una tumba² y en Merimde algunos muertos no presentan orientación preferente. Por su parte, en Omari los muertos fueron enterrados desnudos sobre una estera, en posición fetal, sobre el costado izquierdo, con la cabeza orientada al sur y las manos a la altura de la cabeza. El ajuar se limita a un recipiente de cerámica lleno de arena. Los habitantes de Maadi, por el contrario, preferían enterrarse sobre el costado derecho, con la cabeza unas veces hacia el norte y otras hacia el sur.

En las culturas meridionales coetáneas de las anteriores (badariense, amraciense y gerzeense), los enterramientos presentan una diferencia sustancial con respecto al norte y es la existencia de un importante ajuar funerario que nunca falta ¡siempre que los saqueadores no lo encontraran primero! Los muertos badarienses se enterraban en posición fetal, con la cabeza hacia el sur y mirando al este, acompañados siempre por recipientes de cerámica, peines de marfil, paletas de maquillaje, cuentas, etc. Como bien dejan ver los enterramientos, la estructuración de la sociedad egipcia comenzó en esta época; pues hay algunos objetos de gran prestigio, como pueda ser un cetro, que sólo encontramos en muy raros casos. Dada la

dignidad que confiere este objeto en épocas posteriores, su presencia en una tumba sin duda distingue a su dueño del resto de la sociedad. Durante el amrasiense y el gerzeense, conocidos también como Nagada I y Nagada II respectivamente, esta diferenciación social no cesó de aumentar. Al final, en el sur del valle del Nilo se produjo la aparición de una sociedad estratificada cuya cultura material se extendió hacia el norte y terminó desplazando a la del Bajo Egipto. Por entonces, las tumbas meridionales comienzan a mostrar de forma cada vez más evidente las diferencias de riqueza de sus dueños. Al principio siguen siendo agujeros ovalados en el suelo, pero luego pasaron a tener las paredes rectas. Es en este momento cuando las tumbas de los miembros de la elite egipcia, en especial las de sus gobernantes, comienzan a distinguirse con claridad de las del resto de la sociedad. La aparición de los primeros protoestados, los cuales no tardaron en amalgamarse en una entidad política que unificó todo Egipto, condujo a la creación de las mastabas. Éstas, junto a los hipogeos, fueron las tumbas de la clase alta egipcia hasta la desaparición de la cultura faraónica.

A mediados del siglo XIX, los trabajos de Auguste Mariette (1821-1881) sacaron a la luz una serie de tumbas que sus obreros no tardaron en llamar *mastabas*, palabra árabe que significa «banco». Su forma, rectangular y con paredes en talud, les recordaba al banco corrido que tienen las casas tradicionales egipcias en la fachada (Fig. 6.2). La expresión arraigó y así es como se conocen hoy día este tipo de tumbas, tan representativas del antiguo Egipto.



FIGURA 6.2. La mastaba del hotel Marsam, en la orilla oeste de Tebas.

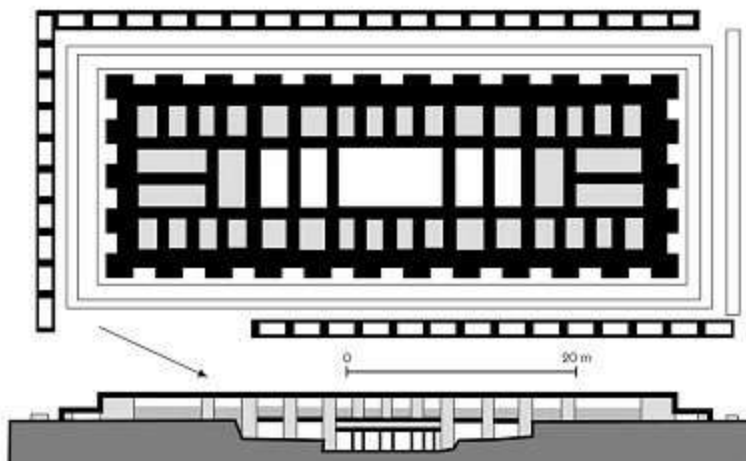


FIGURA 6.3. Planta y sección de la mastaba 3504. Saqqara, I dinastía.

El principal cementerio de mastabas de la I y II dinastías se encuentra en Saqqara, donde se enterraron los miembros más importantes de la corte. Se trata de unos inmensos edificios de ladrillo (de hasta 57 por 26 metros de lado) cuya superestructura, al contrario de lo que pudiera parecer, no era maciza (Fig. 6.3). En realidad estaba compartimentada en infinidad de almacenes (hasta medio centenar en algunas ocasiones) donde se depositaban las ofrendas menos ricas, como jarras de aceite, de vino, vajillas de cerámica, herramientas de madera, flechas, etc. Las fachadas de las mastabas de la I dinastía están formadas por una serie continua de nichos a base de entrantes y salientes (Fig. 6.4). Es lo que se conoce como decoración en «fachada de palacio», pues se supone que se trata de una imitación del aspecto exterior de la residencia del faraón. Además, estos nichos estaban pintados de tal modo que imitaban las esterillas de caña que decoraban y ayudaban a proteger de la intemperie a los ladrillos del palacio. Durante la II dinastía la fachada de las mastabas pasó a ser lisa y estar pintada de blanco. En la cara este de estas superestructuras se situaron dos nichos destinados a la presentación de ofrendas, uno en el extremo norte y otro en el extremo sur. La capilla meridional era de mayor tamaño, pues se consideraba más importante y estaba dedicada al difunto; la capilla septentrional estaba destinada a su esposa.³



FIGURA 6.4. El muro del recinto del complejo funerario de Netjerkhetyu (Djoser), decorado en «fachada de palacio». Saqqara, III dinastía.

La subestructura de las mastabas de la I dinastía consistía en una excavación rectangular de varios metros de profundidad, en el interior de la cual se levantaban una serie de muros de ladrillo con los que se delimitaban dos tipos de espacios: la cámara funeraria y los almacenes (por lo general, dos a cada lado de la cripta). Durante la II dinastía el número de habitaciones subterráneas aumentó notablemente. Las habitaciones interiores no fueron accesibles hasta la II dinastía, cuando se incorporó una escalera, bloqueada mediante una serie de rastrillos de piedra tras el enterramiento.

La separación definitiva entre las tumbas reales y las de la nobleza se produjo en la III dinastía, cuando se construyó la primera pirámide (Foto 13). Las escaleras de acceso de la II dinastía no tardaron en ser combinadas con un pozo, antes de desaparecer sustituidas por un sencillo acceso vertical construido a través de la superestructura y bloqueado tras la inhumación. Del mismo modo, si hasta la III dinastía la cámara funeraria se excavaba en la cara sur del fondo del pozo, a partir de la IV dinastía pasó a estar siempre

situada en la pared occidental. Al mismo tiempo, las numerosas habitaciones subterráneas de la II dinastía dejaron paso a una estancia única, donde se depositaba el sarcófago del difunto.

A partir del momento en que se instituyeron el pozo y la cámara única, la subestructura de las mastabas dejó de modificarse, excepto en los detalles. No sucedió lo mismo con la superestructura, donde la protección del nicho de ofrendas produjo notables variaciones en la misma. En ocasiones, paralela frente a la mastaba se construía una pared protectora, la cual creaba un pasillo de acceso hasta el nicho sur y dio lugar a la aparición de las mastabas de corredor (Fig. 6.5.C). Otras soluciones adoptadas fueron aislar el nicho del exterior mediante una pequeña habitación aneja a la fachada (Fig. 6.5.A) o incorporar el nicho al núcleo de la mastaba. Se produjo así la aparición de las primeras habitaciones interiores, casi siempre en forma de capilla cruciforme (Fig. 6.5.B). Estos tres tipos de mastaba se volvieron habituales durante la IV dinastía, cuando los más pudientes abandonaron la construcción en ladrillo en favor de la construcción a base de bloques de caliza. A partir de la V dinastía, la tendencia fue incluir cada vez más estancias en el seno del núcleo de la mastaba. Los menos ricos se limitaban a incorporar la capilla y poco más, apareciendo algunos tipos nuevos, como la capilla en forma de L (Fig. 6.5.D). Sin embargo, quienes poseían mayores recursos construyeron cada vez más y más habitaciones dentro de la superestructura de sus tumbas, hasta terminar llenando todo el espacio disponible, como sucede en las mastabas de Mereruka o Ptahshepshe (Fig. 6.6). El interior de estas mastabas contaba con una puerta de entrada, un vestíbulo, una sala con columnas, un patio columnado y diversas habitaciones destinadas al culto del difunto y su familia. El incremento en el número de metros cuadrados de superficie disponible implicó un aumento simultáneo de la decoración parietal de las mastabas, hasta el punto de que también comenzaron a decorarse las hasta ahora desnudas paredes de la cámara funeraria.

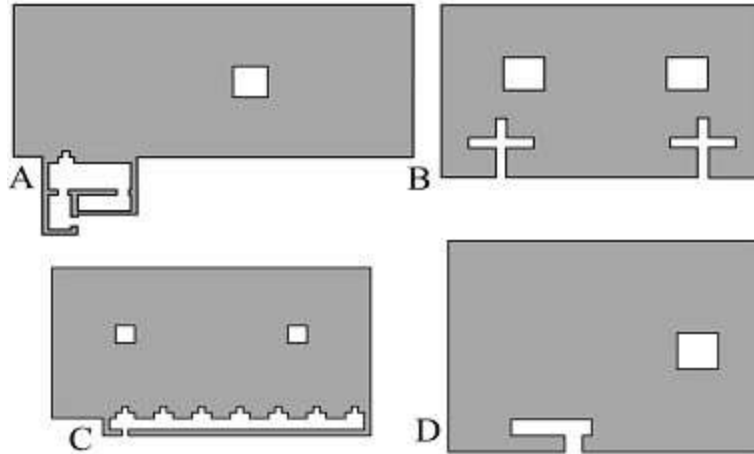


FIGURA 6.5. Modelos de diferentes tipos de mastaba. A) Con capilla exterior; B) con capillas cruciformes; C) con corredor exterior; D) con capilla en forma de «L».



FIGURA 6.6. Vista de conjunto de la mastaba de Ptahshespshe desde el suroeste. Abusir, V dinastía.

Un elemento interesante incorporado al núcleo de la tumba a finales de la III dinastía es el *serdab*, una palabra árabe que significa «sótano» o «bodega». Se trata de una habitación aislada y sin accesos, comunicada con el exterior mediante un ventanuco a la altura de los ojos. Su función era contener una estatua del difunto como salvaguardia en caso de desaparición de la momia, para así permitir al *ba* regresar sin problemas a su lugar de reposo eterno.

Las mastabas no fueron el único tipo de tumba utilizado por los egipcios, quienes también recurrieron a los hipogeos, es decir, las tumbas excavadas en la roca. A partir de finales de la IV dinastía, el menor coste y la mayor durabilidad que suponía excavar en la ladera de una montaña, o bien utilizar los huecos dejados en ella por los canteros, condujo al desarrollo de este tipo de tumba. Dado que en la mayor parte de las ocasiones los cortesanos se enterraban en torno al complejo funerario del faraón, este tipo de tumba fue más habitual entre la elite provincial, cuyo número aumentó a finales del Reino Antiguo. En las necrópolis de fuera de Menfis, un hipogeo les permitía contar con una tumba situada en lo alto de la ladera de una montaña, bien visible desde la población cercana. Un magnífico ejemplo del uso de la tumba como símbolo de poder.

En un primer momento, los hipogeos del Reino Antiguo no eran más que una entrada excavada en la pared de roca y un vestíbulo transversal con una estela de falsa puerta en la pared occidental. Luego el vestíbulo se amplió hasta quedar transformado en una sala columnada, tras la cual había más habitaciones. El *serdab* fue reemplazado por nichos, donde se esculpían estatuas del difunto y sus familiares (Fig. 6.9).

Resulta curioso comprobar que, pese a toda su magnificencia, o quizá debido a ella, los enterramientos de la elite del Reino Antiguo eran más bien sencillos. Las pocas tumbas encontradas sin saquear nos muestran el sarcófago del difunto rodeado por unos cuantos recipientes cerámicos, los vasos canopos, alguna caja de madera y poco más. Los funcionarios de menos categoría podían incluso ser enterrados sin ajuar de ningún tipo. Parece como si la tumba y el ataúd bastaran por sí solos.

La desaparición del Estado centralizado ocurrida durante el Primer Período Intermedio hizo que las tumbas se volvieran más sobrias y menos llamativas. La mayoría de los notables de la época se enterraron en tumbas de escasas dimensiones y profundidad. Al mismo tiempo, rota la influencia normalizadora de los talleres de la corte, las tumbas se volvieron más libres y se sacudieron ligeramente el yugo del canon cortesano menfita. Un buen ejemplo de ello es la tumba que Ankhtifi, gobernador del nomo de Edfu, se construyó en Moalla. Su aspecto desgarrado y alejado de la rigidez menfita refleja a la perfección las tendencias de la época (Foto 8).

En Tebas, lugar de origen de la dinastía que unificó de nuevo las Dos Tierras tras el Primer Período Intermedio, apareció un nuevo tipo de tumba excavada en la roca, resultado de la amalgama de las prácticas funerarias tebanas, la costumbre menfita de enterrarse cerca del soberano y la orografía del lugar. Se trata de las tumbas *saff*⁴ (necrópolis de El-Tarif) (Fig. 6.7 y Foto 9), que consisten en un patio delimitado mediante un muro y en cuyo extremo oeste hay una fachada formada por una serie de entradas excavadas en la ladera de la colina. Tras ellas hay un corredor transversal paralelo a la fachada. En un punto de la pared oeste, se abre un largo pasillo que va a parar a una cámara funeraria cuadrada. Avanzado el reinado, los hipogeos tebanos modificaron su planta, prescindiendo tanto de los pilares como del corredor transversal, al tiempo que se ampliaba el pasillo que conduce a la cripta.

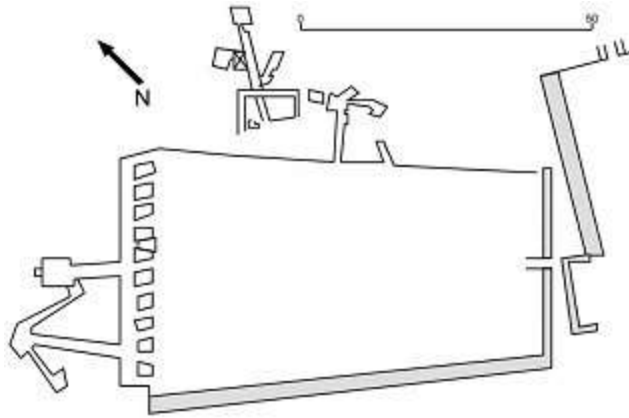


FIGURA 6.7. Tumba de Inyotef (TT 386). Tebas, XI dinastía.

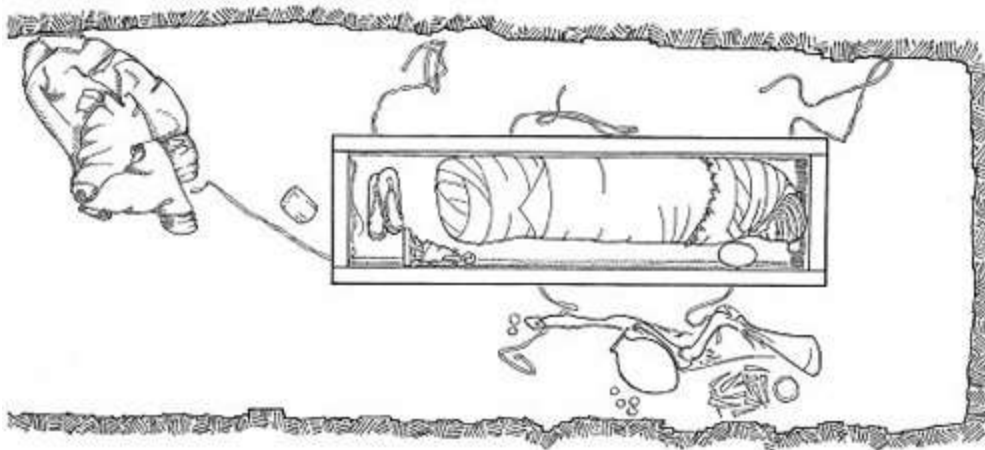


FIGURA 6.8. Dibujo del contenido de la tumba de Wah en el momento de ser descubierta, XII dinastía. Tebas oeste.

Los nobles regresaron a las mastabas a partir de la XII dinastía, cuando la capital del país retornó al norte. Construidas con adobes y luego revestidas con caliza de calidad, se distinguen dos tipos principales: mastabas con habitaciones en la superestructura (Lisht y Menfis) y mastabas de estructura externa maciza con la fachada decorada (Lahun y Dashur). Ni que decir tiene que los hipogeos siguieron utilizándose. Un ejemplo puede ser la tumba de Wah (XII dinastía), situada en un rincón del patio de la tumba de Meketra, cerca de Deir el-Bahari.

Un vistazo superficial podría llevar a considerar la tumba de Wah (Fig. 6.8), una sencilla habitación groseramente excavada que sólo contenía un sarcófago de madera y una ofrenda, como perteneciente a un personaje de escasa riqueza. Nada más lejos de la realidad. Al abrirse el sarcófago y estudiarse el contenido se comprobó que Wah era una persona con recursos. La momia estaba envuelta en cuarenta capas de tela (¡un total de 836 m² de lino!) y acompañada por un espejo de cobre, una estatuilla funeraria, un reposacabezas, unas sandalias y tres gruesos bastones de madera de acacia. Sin contar con la máscara de cartón (de rostro dorado), la momia estaba adornada con un collar de cuentas de oro, otro de cuentas de plata y cuatro escarabeos (uno de fayenza, uno de lapislázuli y dos de plata). Como corresponde a un «supervisor del granero», Wah se enterró con cierto lujo, incluido un sarcófago de gruesos tablones de madera importada.

Un ejemplo de una importante necrópolis provincial es la de Beni Hassan, donde las tumbas tienden a ser más profundas que anchas y cuentan con un pórtico con columnas, tras el cual hay una sala dotada con pilares. La parte central de la pared posterior está ocupada por un nicho para la estatua del difunto (Fig. 6.9) y las paredes decoradas con escenas de la vida cotidiana (Fig. 6.10), tan necesarias para el bienestar del difunto en el otro mundo. Durante el Segundo Período Intermedio, las pocas tumbas que se han descubierto dan la impresión de un empobrecimiento generalizado, acompañado en el norte por la introducción de nuevos objetos en el ajuar. La presencia de los hyksos en el Delta fue un elemento determinante y en alguna tumba de Tell el-Daba se ha encontrado al difunto enterrado junto a un grupo

de asnos sacrificados, una costumbre completamente ajena a los egipcios. En las provincias, convertidas casi en reinos independientes, aquellos que poseían más riqueza se enterraban en hipogeos formados por una única habitación y decorados según el canon menfita, pero de nuevo liberado de gran parte de la rigidez formal que tan reconocible vuelve al arte egipcio. La tumba de Ahmose, hijo de Abana, en Elkab refleja esto a la perfección.

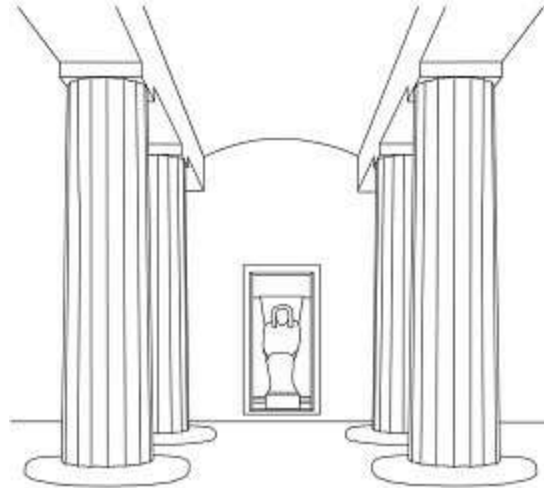


FIGURA 6.9. Reconstrucción del interior de la tumba de Amenemhat. Beni Hassan, tumba n.º 2, XII dinastía.

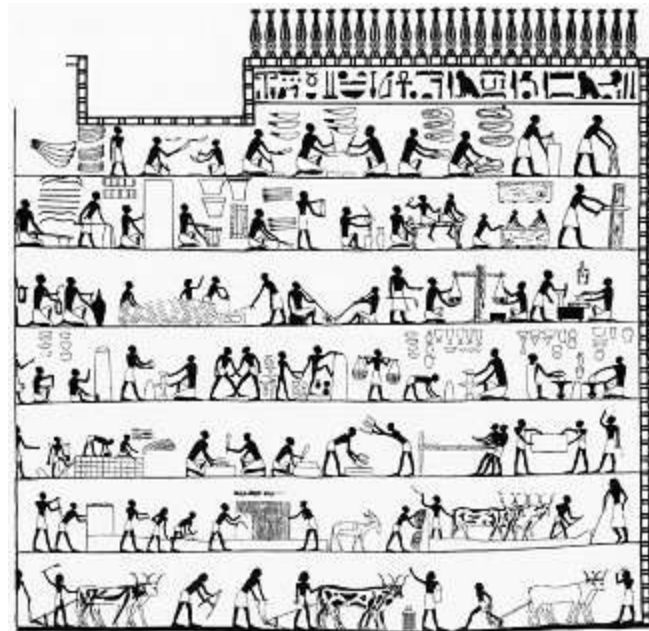


FIGURA 6.10. Decoración de la pared oeste de la cámara principal del hipogeo de Amenemhat. Beni Hassan, tumba n.º 2, XII dinastía.

Mientras tanto, en Tebas la evolución de los hipogeos siguió su propio ritmo, a partir de las tumbas *saff*. El resultado fue la aparición, hacia comienzos de la XVIII dinastía, de lo que sería el modelo de tumba típico del Reino Nuevo, con planta en forma de T invertida. Ante la fachada de la tumba se delimita un patio cuyas dimensiones pueden llegar a ser muy importantes, dependiendo de la relevancia social del difunto. Al fondo, excavada en el centro de la fachada tallada en la ladera occidental de la colina, hay una entrada flanqueada en ocasiones con textos y relieves. Desde allí se accede a un vestíbulo transversal decorado, que además cuenta con una estela en la pared septentrional y una falsa puerta en la pared meridional. En el punto central de la pared oeste del vestíbulo comienza un corredor de regulares dimensiones. La pared norte suele estar decorada con la «apertura de la boca» y la pared sur con la procesión funeraria. En el extremo occidental del corredor hay un nicho con una estatua del difunto, conjunto que forma la capilla de la tumba. Este tipo de tumba, del cual la de Rekhmire (TT 100) constituye un modelo perfecto (Fig. 6.11), es el más habitual, pero las variantes son muchísimas. El acceso a la cámara funeraria se realiza mediante un pozo o una rampa, que puede estar situado en diversas partes de la tumba, incluida la capilla. La cripta que contiene el sarcófago es una habitación cuadrangular peor terminada que las superiores y por lo general sin decorar, si bien se conocen importantes excepciones a esta regla, como la tumba de Sennefer (TT 96) o la de Djehuty (TT 11).

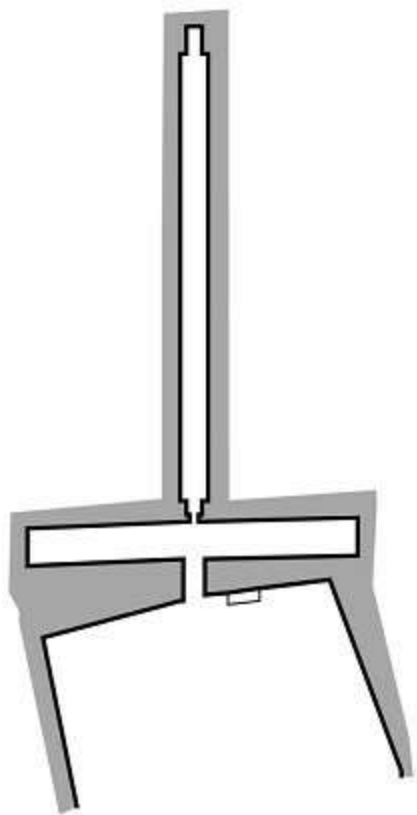


FIGURA 6.11. Planta de la tumba de Rekhmire (TT 100). Tebas, XVIII dinastía.

El punto de inflexión que supuso el reinado de Amenhotep III en la historia de Egipto se vio reflejado también en la aparición de un nuevo tipo de tumba, de mayores dimensiones y dotada de varios patios y salas columnadas; un buen ejemplo del cual es la de Kheruef (Fig. 6.12). La tumba de Ramose (TT 55) también es notable, no sólo por ser una de las más representativas de este modelo, sino porque su decoración combina escenas de estilo típicamente menfita (Fotos 6 y 10), con otras de estilo amárnico. Esta tendencia a las grandes tumbas que imitaban los elementos de los templos continuó durante el final de la XVIII dinastía y la época ramésida, si bien no son muchos los ejemplos conocidos. La gran mayoría de las tumbas fueron de dimensiones más modestas y con una planta menos ambiciosa.

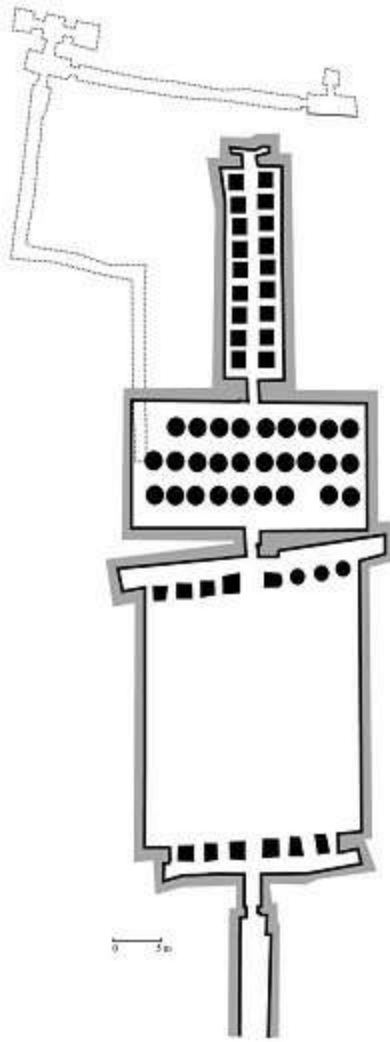


FIGURA 6.12. Planta de la tumba de Kheruef (TT 192). Tebas, XVIII dinastía.
La línea de puntos indica habitaciones subterráneas.

Representativa de la tumba destinada al difunto, su esposa y sus descendientes puede ser la de Noferkhawet y Rennofer (XVIII dinastía), situada en Asasif, junto al comienzo de la calzada de Montuhotep II. Consiste en un pozo con una primera cámara y debajo de ella dos cámaras más, excavadas a ambos lados del acceso. La habitación de la izquierda se destinó a los creadores de la «dinastía», que reposaron intactos en ella hasta que fueron descubiertos por H. E. Winlock. En la habitación del lado derecho se enterraron en un primer momento su hija Ruyu, su hijo Amenemhat y un personaje desconocido llamado Bakamun, conocido familiarmente como Baki. Se trata de cinco cuerpos sin eviscerar tratados con natrón y brea.

Fueron enterrados en sarcófagos antropomorfos acompañados de un papiro funerario para cada uno, además de vasos canopos para tres de ellos y otros elementos típicos del ajuar funerario. Pasado algún tiempo desde estos primeros enterramientos, el muro que aislaba la cámara derecha fue abierto en varias ocasiones para ir acomodando a nuevos familiares según fueron falleciendo. Se trata de los cuerpos de una mujer adulta, un niño menor de seis meses, una niña de un año, un niño de seis años y otro de nueve años. Sin embalsamar, todos ellos fueron envueltos en unos pedazos de tela basta y colocados dentro de ataúdes de acabado grosero, tres rectangulares y dos antropomorfos para niños. Fueron depositados sin más ajuar que un anillo de esteatita y un cacharro de cerámica. La tumba, sin superestructura, es un claro ejemplo de hipogeo-mausoleo y fue encontrada intacta, si bien bastante afectada por la humedad y la caída de fragmentos del techo.

A finales de la XVIII dinastía Tebas dejó de ser la capital de Egipto, cediéndole el puesto a Menfis, lo que supuso un impulso para la construcción en Saqqara de nuevas tumbas de nobles. Algunas fueron excavadas en el reducido acantilado situado frente a Menfis, como la tumba del visir Aper-el. Otras, por el contrario, fueron construidas y excavadas en la meseta menfita con el aspecto de pequeños templos: con un pilono, un patio, una sala hipóstila y varios santuarios al fondo. Además están dotadas de una estructura subterránea más compleja y de mayores dimensiones, que tiende a imitar y utilizar elementos tomados de las tumbas reales del Valle de los Reyes, con corredores que descienden hacia la cripta con un par de cambios de dirección. El más representativo de este tipo de tumbas es el grupo formado por las de Horemheb (construida cuando todavía era general), Maya y Ramose (Fig. 12.4). Se trata de un tipo de tumba surgido como respuesta a la religión amárnica, según la cual la vida de ultratumba dependía únicamente del faraón y los únicos templos donde podían celebrarse el culto eran los templos de Amarna. Desaparecida la herejía, parece como si los dueños de las tumbas hubieran querido asegurarse de contar siempre con un templo propio en el que adorar a los dioses con la menor interferencia posible del soberano.

Las tumbas tebanas de la XVIII dinastía estaban precedidas por un patio delimitado por un muro con la parte superior redondeada, en algunos casos con una pequeña plataforma donde situar la momia durante la «apertura de la

boca». En el patio también solía encontrarse el pozo de inhumación.⁵ Durante la época ramésida el aspecto de los patios cambió. Los muros crecieron en altura y se conocen casos de patios con pórticos; por su parte, el muro frontal del patio se transformó en un par de pequeños pilonos (Fig. 6.13).



FIGURA 6.13. Tumba de Merneptah, TT 23. En primer plano se ven los dos pilonos y la escalera que conduce al patio porticado. Tebas oeste, XIX dinastía.

Otro elemento importante de las tumbas de los nobles del Reino Nuevo es que algunas parecen haber estado coronadas por una pequeña pirámide de adobes. En el caso de las grandes «tumbas templo» de Saqqara, la pirámide se sitúa en el extremo del «complejo», por lo general encima del santuario principal. Estas pirámides son un elemento imprescindible de las tumbas familiares de la necrópolis de Deir el-Medina. Allí, en el poblado habitado por los artesanos y escribas que excavaron y decoraron las tumbas del Valle de los Reyes, el espacio era tan limitado que las tumbas se utilizaron durante varias generaciones. Las más ricas contaban con un patio, varias salas y una amplia cámara funeraria (Fig. 6.14). Su decoración suele ser excelente; al fin y al cabo eran los artesanos de los reyes, es decir, ellos mismos, quienes se encargaban de adornarlas. Durante la Baja Época apareció en Tebas un nuevo tipo de tumba muy llamativa y espectacular, que podemos ver en la necrópolis de Asasif, situada frente a los templos funerarios de Deir el-Bahari (Foto 11). Se trata sobre todo de los mausoleos

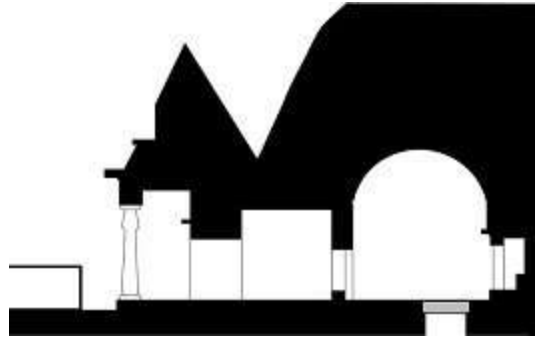


FIGURA 6.14. Sección de una típica tumba de Deir el-Medina.

de los altos funcionarios de la XXV y la XXVI dinastías, miembros de la administración de las propiedades de la «divina adoratriz de Amón». Siguen conservando todos los elementos visibles en tumbas anteriores, si bien dispuestos de un modo diferente (Fig. 6.15). En el exterior se presentan como un gran recinto delimitado por un grueso muro de ladrillo, al que se accede atravesando un pilono. Desde allí, una escalera permite pasar a la parte de la tumba construida bajo el nivel del suelo, donde se colocan todos los elementos de las tumbas anteriores: un patio y las habitaciones de culto, en algunos casos de planta muy compleja. Las cámaras funerarias parecen ser una imitación de la planta de las tumbas reales ramésidas.

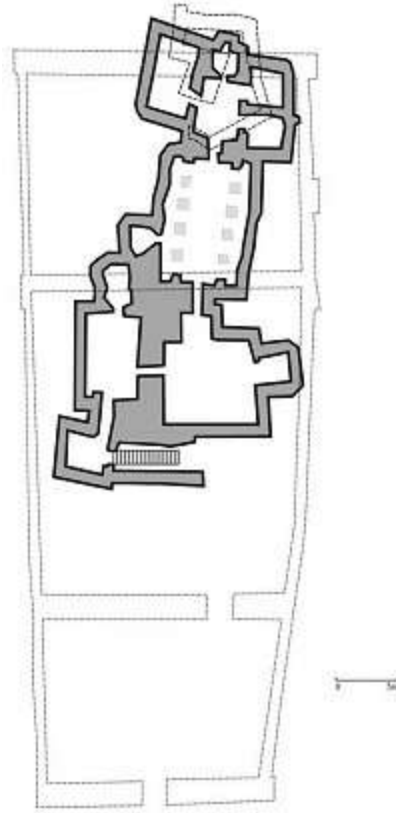


FIGURA 6.15. Planta de la tumba de Ankhor (TT 414). Tebas, XXVI dinastía.
La línea de puntos señala la superestructura y la línea rayada la subestructura.

A pesar de todas estas variaciones y modificaciones, las tumbas egipcias mantuvieron siempre los elementos necesarios para desempeñar todas las funciones que se esperaba de ellas. En primer lugar estaba la función de «secreto», destinada a proteger y guardar el cuerpo del difunto, tanto de las inclemencias de la intemperie como de la depredación de los saqueadores de tumbas. En segundo lugar tenemos la función «conmemorativa» o «biográfica», destinada no sólo a preservar la memoria del difunto, sino a mantenerla viva exponiendo a los visitantes de la tumba quién había sido el difunto y cuáles sus logros o aportaciones a *maat*. La tercera función es la «cultual», que permitía al difunto recibir adoración y alimentos, gracias a los cuales podía mantenerse vivo eternamente. El tránsito diario realizado por el *ba* y el *ka* del difunto desde la esfera de los muertos a la de los vivos explica la cuarta función de la tumba, la de servir como «zona de paso». Esta función aparece simbólicamente en algunos de los elementos de la tumba, que hacen las veces de «pista de despegue y aterrizaje» que permite partir/llegar de un

mundo al otro. Finalmente, la quinta función, que engloba a todas las anteriores, es la de servir de «punto de contacto» entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Parece evidente que el aspecto «secreto» y el «conmemorativo» son en principio incompatibles entre sí, pues el primero requiere interceptar el paso a los visitantes, que son el elemento vital del segundo. Sin embargo, los arquitectos faraónicos se esforzaron por acomodar todos estos aspectos en un único monumento y para ello fueron adoptando distintas soluciones que se modificaron con el tiempo, al ritmo de las variaciones ideológicas.

Durante el Reino Antiguo, cuando las mastabas eran la norma y los hipogeos la excepción, la función de «secreto» recaía tanto en la cámara funeraria como en el *serdab* que contenía la estatua del difunto. La función de «zona de paso» la encontramos en el pozo que comunicaba con la cripta, mientras que la función «conmemorativa» recaía en las inscripciones autobiográficas y los textos e imágenes de las paredes. La falsa puerta y la mesa de ofrendas satisfacían las necesidades de la función «cultural».

Durante el Reino Medio se produjo un cambio en la arquitectura de las tumbas de los particulares, influidas por aspectos de los complejos funerarios del período anterior. El elemento más visible de esta modificación es la práctica desaparición de las mastabas en favor de los hipogeos. Las tumbas excavadas en la roca adoptaron la distribución este-oeste y la separación de espacios típica de los templos de las pirámides, con su templo «interior» y su templo «exterior». El resultado fue la aparición de las tumbas *saff*, transformadas durante la XVIII dinastía en la típica tumba en forma de T invertida, cuyos elementos cumplen a la perfección las cuatro funciones de los sepulcros egipcios. La capilla con estatuas y la falsa puerta permiten la función «cultural», el vestíbulo transversal y el corredor que nace de él cumplen con la función «zona de paso», mientras que la estela autobiográfica hace lo propio con la función «conmemorativa» y la cámara funeraria — oculta en el subsuelo — satisface las necesidades del «secreto».

Durante la época ramésida se produjo la definitiva incorporación a la superestructura de la tumba de las pirámides de ladrillo, lo cual permite ofrecer una nueva lectura de los sepulcros, a tres niveles. El primero, compuesto por la pirámide y los demás elementos en superficie de la tumba,

como el patio, está relacionado con el culto al sol. El segundo, compuesto por las cámaras excavadas horizontalmente en el interior de la montaña e identificado como el monumento social del difunto, está destinado a los distintos cultos y ceremonias. Por último, el tercero está formado por las habitaciones subterráneas y el acceso a las mismas, relacionados con el culto a Osiris y el más allá. La influencia del culto solar se deja sentir en la ideología funeraria y ahora el difunto, además de para recibir sus ofrendas, llega del otro mundo para poder adorar a Ra. Éste es el motivo por el cual la tumba termina adoptando unos rasgos cada vez más templarios. No es que se transformara en un templo para el difunto, sino en un templo donde aquél puede adorar al dios sol. De hecho, la parte sur del pasaje de entrada a la tumba se decora con imágenes del difunto saliendo del hipogeo para adorar al sol, y del difunto entrando en la tumba en la parte norte.

Las tumbas egipcias no eran sólo el continente de la momia del difunto y su ajuar funerario, sino construcciones repletas de simbolismo e ideología, decoradas con escenas que explicaban y satisfacían esas mismas características.

Las tumbas de los reyes

Como ya vimos en el capítulo anterior, a finales del Período Predinástico comenzaron a producirse en el Alto Egipto una serie de transformaciones sociales que estratificaron definitivamente la sociedad egipcia de la época. Como resultado, hubo personajes que decidieron mostrar su importancia social enterrándose en tumbas muy distintas a las del resto. En comparación con aquéllas, se trata de unas sepulturas muy elaboradas. No sólo se invirtieron muchos más recursos para construirlas, sino que también aparecen segregadas del grueso de la población, pues ocupan un emplazamiento especial dentro del cementerio. Además de por su gran tamaño, comparado con la tumba media, destacan por contar con varias habitaciones en su interior y tener las paredes forradas con ladrillo y enlucidas con barro. Se trata de los monumentos funerarios de los «soberanos» de los distintos protorreinos que estaban comenzando a aparecer en la zona sur del valle del Nilo. Parece haber habido tres de ellos, de sur a norte: Hieracómpolis, Nagada y Abydos.

En las necrópolis de cada uno de estos protorreinos se han encontrado sepulcros principescos, como la tumba T5 (Fig. 7.1.A) en el cementerio T de Nagada, la Tumba 100 (Fig. 7.1.B) y la tumba 23 (HK 6) (Fig. 7.1.C) en la necrópolis de Hieracómpolis y la tumba U-j (Fig. 7.1.D) en el cementerio U de Abydos. Mucho más al sur, en Nubia, en la necrópolis de Qustul se ha encontrado un enterramiento semejante, la tumba L24 (Fig. 7.1.E). Dos de los ejemplos más notables de este tipo de sepulcro son la tumba U-j y la tumba 23. La primera se atribuye al rey Escorpión. Se trata de una estructura con unas dimensiones de 9,10 × 7,30 metros, cuyo interior está dividido en doce habitaciones y cuyas paredes tienen 1,55 metros de grueso. La segunda fue descubierta recientemente y es una estructura anónima todavía más

impresionante. Consta de una cámara funeraria de $5,5 \times 3,1$ metros frente a la cual parece haber habido una capilla o *serdab* y detrás una tumba subsidiaria; pero lo más interesante es que todo el conjunto aparece rodeado por una valla de troncos con una entrada. La tumba queda así dentro de un recinto trapezoidal de 15 metros de largo por 10-8 metros de ancho. Se trata de un claro precedente del complejo funerario de Djoser. Al comparar cualquiera de ellas con las sencillas tumbas de sus coetáneos, podemos comprobar que se trata de una construcción digna de un rey. La tendencia recién inaugurada a realizar grandes dispendios en los monumentos funerarios reales no cesará ya hasta la desaparición de la cultura faraónica.

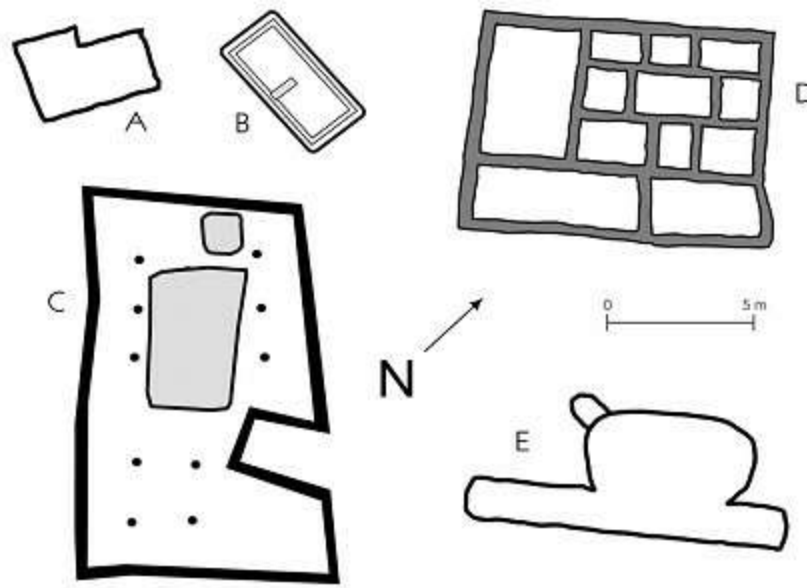


FIGURA 7.1. Tumbas principescas predinásticas (dibujadas a la misma escala).

A) tumba T5 de Nagada; B) tumba 100 de Hieracópolis; C) tumba 23 de Hieracópolis; D) tumba U-j de Abydos; E) tumba L24 de Qustul.

Cuando Abydos se convirtió en la necrópolis real de las dos primeras dinastías egipcias, partiendo de estos ejemplos se desarrolló un tipo especial de tumba destinada a los reyes. Consistía en una excavación rectangular forrada con adobes en medio de la cual se erigía una cámara funeraria con paredes de ladrillo. El espacio que quedaba entre ésta y los muros de la excavación se dividía en almacenes mediante muros de adobe. Posteriormente, todo el conjunto se techaba con troncos y sobre él se creaba un montículo de arena (enlucido y delimitado por un murete) que no llegaba a

sobresalir del terreno. Es posible que luego todo se cubriera con una superestructura, de la que no han quedado restos, pero que su excavador considera que tenía forma de colina artificial.

Resulta chocante, pero las tumbas reales de Abydos dan la impresión no sólo de ser mucho más pequeñas, sino también de estar menos trabajadas que las mastabas coetáneas de Saqqara, construidas por el faraón para sus fieles cortesanos.¹ Su impresionante tamaño y numerosas ofrendas funerarias parecen superar en categoría a las tumbas de Abydos. En realidad se trata de una falsa impresión, pues los centenares de servidores² que rodean las tumbas reales de la I dinastía dejan claro quién controlaba realmente los recursos del país. No cabe imaginarse mayor expresión de riqueza y poder que el asesinato ritualizado de los propios súbditos. El dispendio era tal que ya en la II dinastía se había prescindido de los sacrificios. Además, mientras las mastabas de Saqqara son anónimas, el dueño de cada tumba real de Abydos viene indicado por un par de estelas de piedra. Sin contar con los recintos de ladrillo conocidos como «palacios funerarios» (Foto 12), que faltan en las tumbas de Saqqara y son imprescindibles en Abydos. Visto en conjunto, no cabe duda de dónde se enterraron los soberanos tinitas.

Al comienzo de la III dinastía, la capital se trasladó a Menfis y Saqqara se convirtió en la necrópolis real. Fue allí donde Djoser,³ primer faraón de la dinastía, mandaría construir su tumba. En un principio tenía pensado enterrarse en un pozo debajo de una mastaba (Fig. 7.2.6), es decir, en una tumba como la de sus antecesores en Abydos, pero con la superestructura de piedra (Fig. 7.2.1). Esta mastaba cuadrada no le complació del todo, por lo cual decidió ampliarla añadiéndole un nuevo recubrimiento en todo el perímetro (Fig. 7.2.2). Poco después tuvo lugar una nueva modificación, cuando se amplió la estructura hacia el este para cubrir once tumbas-pozo excavadas apenas a unos metros (Fig. 7.2.3). El siguiente paso en el cambiante aspecto de la tumba de Djoser fue casi el definitivo, pues al fin el soberano y su arquitecto Imhotep dieron con la forma que estaban buscando: sobre la estructura existente se construyó una pirámide Escalonada de cuatro alturas (Fig. 7.2.4) que, casi de inmediato, fue ampliada en dos alturas más (Fig. 7.2.5). Finalmente, el edificio tuvo 62,5 metros de alto repartidos en seis escalones y una base rectangular de 121×109 metros, con una pendiente en

sus caras de 70°. Acababa de nacer la primera pirámide egipcia (Foto 13), y no como resultado de ir acumulando una mastaba sobre otra, como a veces se dice, sino a propio intento.

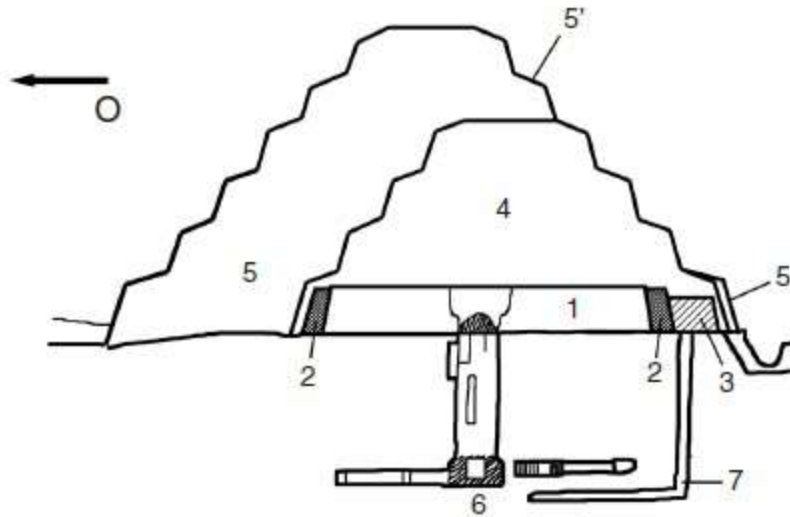


FIGURA 7.2. Sección de la pirámide Escalonada de Djoser. Saqqara, III dinastía.

No se trataba de una forma desconocida, pues la estructura interna de algunas mastabas de Saqqara ya presenta escalones. La pirámide es la antropización de una colina primigenia, cuyo importantísimo significado simbólico ya vimos en el capítulo 1: lugar de aparición del dios demiurgo, símbolo de renacimiento tras la crecida, conservador del cuerpo en las tumbas... Siendo todo esto, la estructura escalonada no sólo estaba destinada a proteger/resucitar al soberano enterrado bajo su mole, sino también a servir de escalera al difunto y permitir que su alma ascendiera al cielo para reunirse con los otros dioses.

La pirámide de Djoser no es un edificio aislado; está situada dentro de un inmenso recinto rectangular delimitado por un muro de piedra y acompañado por numerosos edificios falsos.⁴ Se trata de imitaciones en piedra de las estructuras que se erigían para celebrar la fiesta *Sed*, el jubileo del faraón, gracias al cual recuperaba mágicamente su energía al cabo de

treinta años de reinado. Un edificio peculiar del complejo es la tumba sur, que es una copia a tamaño reducido de la tumba principal y que quizá sea el origen de las pirámides subsidiarias posteriores.

En el recinto funerario de Djoser se amalgamaron los diferentes elementos de la arquitectura funeraria real de la necrópolis de Abydos y de la necrópolis de Saqqara, ambas emanadas de la corte. Orientado de norte a sur, en él los elementos de la religión estelar son más relevantes que los de la religión solar, al contrario de lo que sucederá a partir de la IV dinastía.

Las consecuencias que la construcción de la pirámide Escalonada tuvo para el desarrollo de la civilización egipcia no fueron cosa baladí. Para poder edificar su complejo funerario, Djoser hubo de ser capaz de explotar con más eficiencia todos los recursos del país. El esfuerzo de construir un edificio de ladrillo en modo alguno es comparable al de edificar una estructura de piedra de sesenta metros de altura. El resultado fue un mayor desarrollo de la escritura como herramienta administrativa, una gestión más eficaz de los recursos y ciertos cambios ideológicos que terminaron por sentar las bases de lo que sería la civilización egipcia tal y como la conocemos.

Los sucesores de Djoser, Sekhemkhet y Khaba, comenzaron a construir sus propios complejos funerarios con pirámide escalonada en Saqqara (120 metros de lado) y Zawiet el-Aryan (84 metros de lado) respectivamente. Ambos quedaron sin terminar tras haber excavado las habitaciones subterráneas y apenas comenzado a erigir las pirámides. Huni, último soberano de la III dinastía, trasladó su complejo funerario 80 kilómetros al sur, a la zona de Meidum.⁵ Los motivos de semejante decisión se nos escapan, pero quizá tuviera que ver en ello su deseo de reafirmar el poder real lejos de la capital.

La pirámide de Meidum sufrió varias modificaciones. La estructura inicial constaba de siete escalones. Una vez terminada, por motivos desconocidos se decidió añadirle al edificio una nueva capa, que lo transformó en una pirámide de ocho escalones. Así permaneció hasta que Esnefru decidió transformarla en pirámide de caras lisas, con lo cual el edificio terminó midiendo 144 metros de lado y 92 metros de altura, con una pendiente de 51° 50' (Foto 14).⁶

El complejo funerario de Meidum es un punto de inflexión en el desarrollo de los complejos funerarios con pirámide, porque en él encontramos la primera pirámide verdadera, acompañada además por todos los elementos que a partir de entonces serán imprescindibles en ellos: templo bajo, calzada de acceso, templo alto, pirámide principal, pirámide subsidiaria, recinto delimitado por un muro y, por fuera de éste, tumbas de personajes relevantes de la corte.

La siguiente pirámide en ser construida fue la Romboidal, edificada en Dashur, el cual se puede considerar el punto más meridional de la necrópolis de Saqqara. Su forma es peculiar, porque presenta un cambio de pendiente a media altura, que de $54^{\circ} 27'$ pasa a ser $43^{\circ} 22'$ (Foto 15). Se ha sugerido que el cambio de pendiente se debió a una modificación de última hora para aligerar la parte superior de la pirámide y evitar su colapso; ya que como el terreno no era lo bastante sólido, en el edificio aparecieron fracturas cuando estaba siendo construido. No obstante, la presencia en su interior de dos cámaras funerarias con dos entradas distintas, una en el norte y otra en el oeste, sugiere más bien que la doble pendiente es intencionada y refleja en el exterior su peculiar estructura interna.

Como nos indican las marcas de cantero en los bloques del revestimiento de ambos edificios, Esnefru decidió transformar en pirámide de caras lisas la escalonada de Meidum cuando aparecieron las fisuras en la Romboidal. Terminadas ambas construcciones (la Romboidal acabó teniendo 188 metros de lado y 105 metros de altura) y viendo que tenía tiempo y recursos, buscó un lugar más resistente para una tercera pirámide. Lo encontró a kilómetro y medio al norte de la Romboidal, donde erigió la pirámide Roja, de 220 metros de lado y 105 metros de altura, lo que le da un aspecto ligeramente achatado (Foto 16). Fue aquí donde se enterró al fin.

Al terminar el reinado de Esnefru, la estructura de los complejos funerarios reales estaba definida por completo. La religión solar había pasado a tener en ellos mayor relevancia que la estelar. Los edificios del complejo se disponían ahora formando una línea de este a oeste que imitaba el recorrido del sol por el firmamento; aunque los elementos estelares, como la entrada a

la pirámide situada en la cara norte, no habían desaparecido del todo. Gracias a ellos el alma del soberano disponía de un conducto que la conduciría directamente a las estrellas circumpolares.

Sólo Shepseskaf, el último faraón de la IV dinastía, no se construyó una pirámide. En su lugar edificó una inmensa mastaba de piedra de $99,6 \times 74,4$ metros de lado y 18 de altura. Se ha sugerido que el cambio estuvo motivado por cuestiones de política, para demostrar quién mandaba y limitar el poder del clero solar; pero como su complejo funerario cuenta con los mismos elementos que el resto (templo bajo, calzada, templo alto y mausoleo), está claro que la ideología subyacente es idéntica.

En la siguiente dinastía, la V, la preponderancia del culto solar se hizo más notable; pues, además de sus pirámides, los faraones construyeron templos solares dedicados a Ra. El elemento principal de estos nuevos templos era un patio con un inmenso obelisco en el centro. La principal característica de las pirámides de este período es, además de la inauguración de la necrópolis de Abusir, al norte de Saqqara, su técnica constructiva. Ya no se trata de inmensas y macizas estructuras a base de sillares de piedra de gran tamaño, sino de meros amontonamientos de mampuestos y arena, recubiertos después con una capa de piedra caliza de gran calidad. El resultado es una pirámide de apariencia sólida, pero que se desmorona con facilidad en cuanto pierde su capa exterior (Fig. 7.3). No es que en esta época hubiera menos recursos a disposición del faraón, sino que ahora se empleaban en otras cosas, como en los templos anejos y en los cementerios provinciales. Otra importantísima novedad aparecida en la pirámide de Unas, el último faraón de la V dinastía, construida en Saqqara junto a la de Djoser, es la introducción en la cámara funeraria de los *Textos de las pirámides*. Un elemento imprescindible para alcanzar el más allá, como ya vimos en el capítulo 2.



FIGURA 7.3. Pirámide y templo alto de Neferirkare Kakai. Abusir, V dinastía.

Las pirámides de la VI dinastía continuaron siendo construidas con mampuestos en vez de sillería. Su característica principal es que su tamaño se estandarizó. Todas las construidas durante esta época tuvieron unas dimensiones de 150 codos de lado por 100 de altura, es decir, $78,75 \times 52,5$ metros. El mismo proceso sufrió la disposición de las habitaciones internas de las pirámides (sólo varían en tamaño) (Fig. 7.4) y la planta de los templos altos.

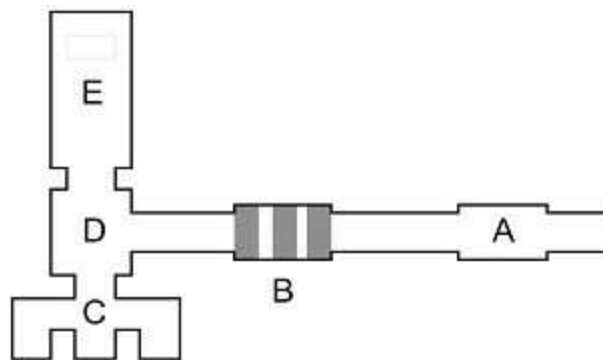


FIGURA 7.4. Planta de las habitaciones de la pirámide de Unas. Saqqara, V dinastía. A) Vestíbulo; B) rastrillos de granito; C) *serdab*; D) antecámara; E) cámara funeraria.

Los nomarcas más poderosos del Primer Período Intermedio, como Ibi en Saqqara y Khuy en Dara, intentaron construir sus propias pirámides; pero fueron muy pocos quienes lo consiguieron.

El primer faraón del Reino Medio, Montuhotep II, se construyó un complejo funerario único, pues en él reunió elementos característicos de la tradición regia menfita con otros procedentes de la tradición tebana. El resultado se alza en un extremo del circo de Deir el-Bahari (Foto 17). Una calzada de acceso adornada con estatuas del soberano cada pocos metros daba acceso al edificio principal, una estructura maciza cuya forma pudo ser una pirámide⁷ (Fig. 8.11). La fachada a ras de suelo está porticada. El piso superior, al que se accede mediante una rampa, está formado por la «pirámide», rodeada en todos sus lados por una única sala hipóstila. Por el exterior, un corredor deambulatorio cubre tres de sus lados. Detrás hay un patio columnado, al que sigue una sala hipóstila con un santuario en el extremo occidental, todo ello excavado en el propio acantilado. El largo corredor subterráneo de acceso a la cámara funeraria comienza aproximadamente en el centro del patio.

Los faraones de la XII dinastía trasladaron la capital del reino a la ciudad de Lisht, en el norte, en la zona del lago Fayum. Fue allí, y en la necrópolis de Dashur, donde se enterraron, regresando al modelo acostumbrado para el Reino Antiguo: un complejo funerario con pirámide. Eso sí, con modificaciones propias.

La técnica de construcción sufrió un cambio importante. Si bien la primera pirámide de la dinastía, la de Amenemhat I (84 metros de lado y 55 de altura), se construyó siguiendo el modelo de las de finales del Reino Antiguo, la de su sucesor, Senusret I (105 metros de lado y 61,25 de altura), incorporó una modificación destinada a abaratar costes y ahorrar tiempo. El interior de lo que sería el cuerpo de la pirámide se dividió en compartimentos. Dos muros principales nacidos en las esquinas se cruzaban en el centro del núcleo; a ellos llegaban muros cortos perpendiculares a cada cara. Los compartimentos resultantes se rellenaban con mampostería y el conjunto se cubría con una capa de caliza de Tura. Fue la última pirámide real en construirse de piedra. Sus sucesores utilizaron el mismo sistema (Fig. 7.5), pero en vez de un relleno de mampostería optaron por uno de ladrillos, eso sí, todo ello recubierto por la blanquísima caliza de Tura.



FIGURA 7.5. El muro interno de sillería que contiene la pirámide de Senusret II. Lahun, XII dinastía.

Otro aspecto de las pirámides que sufrió un cambio importante fue el emplazamiento de la entrada, que atendiendo a necesidades ideológicas hasta ahora siempre estuvo en la cara norte del edificio. Sin embargo, en el complejo funerario del cuarto soberano de la XII dinastía, Senuseret II (con una pirámide de 106 metros de lado por 48,6 de altura), las necesidades de seguridad se impusieron a las ideológicas. Como se demostró durante el Primer Período Intermedio, a los ladrones les resultaba fácil saquear las pirámides porque conocían perfectamente dónde habían de buscar la entrada. El cambio de emplazamiento, a partir de ahora dejado al libre albedrío de los arquitectos, pretendía ponerles las cosas más difíciles.

De los complejos funerarios reales de la XII dinastía destaca también que algunos regresaron a formas típicas de la III dinastía, es decir, recintos rectangulares dentro de los cuales se construyen la tumba y sus templos. El primero de ellos así distribuido fue el de Amenemhat II, quien a pesar de todo mantuvo la orientación este-oeste para su tumba. En cambio, los siguientes en construir sus tumbas siguiendo el modelo de Djoser, Senusret III (pirámide

de 105 metros de lado por 78 de altura) (Fig. 8.12) y Amenemhat III en Hawara (pirámide 105 metros de lado por c. 58 de altura)⁸ (Fig. 7.6), sí las orientaron de norte a sur. Las últimas pirámides reales de gran tamaño se construirían durante la XIII dinastía. Durante el Segundo Período Intermedio, los reyes tebanos erigieron pequeñas pirámides de adobes sobre sus hipogeos, en las laderas de la orilla occidental de Tebas, perdiéndose la costumbre definitivamente en el Reino Nuevo. Una característica importante de las cámaras subterráneas de muchas pirámides del Reino Medio es la existencia de varios corredores dispuestos en ángulo recto entre sí, cuya función era tanto ideológica (acceso al otro mundo y dotar al alma del difunto de un corredor orientado al norte) como de seguridad (despistar en lo posible a los ladrones) (Fig. 7.6).

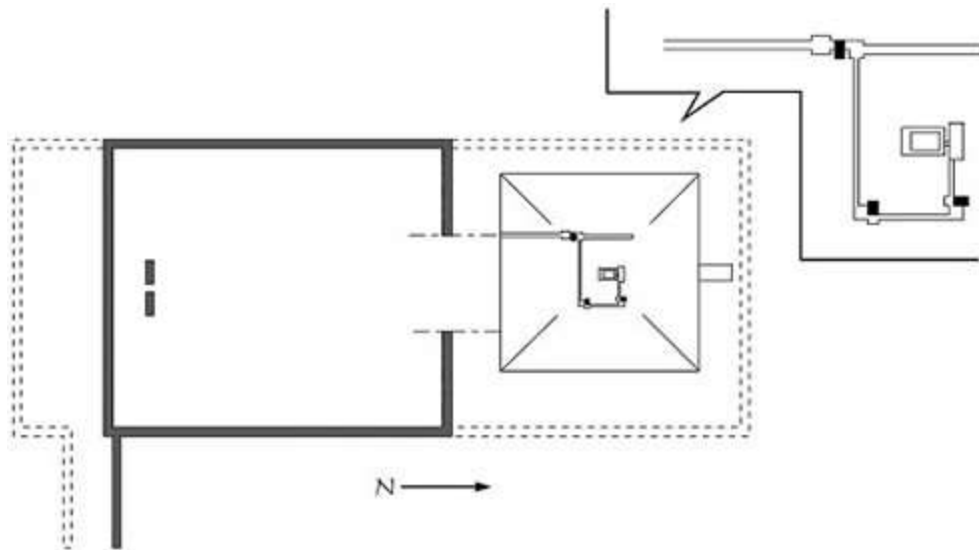


FIGURA 7.6. Planta de la pirámide de Amenemhat III en Hawara.

Tras la expulsión de los hyksos y la llegada al poder de la XVIII dinastía se produjo un cambio radical en las tumbas reales, tanto en su arquitectura como en su emplazamiento. Convertida Tebas en la capital del valle del Nilo, fue allí donde a partir de entonces se enterraron los soberanos egipcios.

Además del cambio en el tipo de tumba se decidió alejar de la misma el lugar del culto diario, lo que implicó la aparición de un nuevo tipo de edificio, el templo de «millones de años». Esto no supuso en modo alguno prescindir de la forma piramidal como elemento protector/elevador.

La solución adoptada consistió en excavar las tumbas en un *wadi* situado a la sombra de una elevación natural que tiene forma de pirámide, El-Qurn (Fig. 7.7). Hoy día conocemos el lugar como el Valle de los Reyes.



FIGURA 7.7. El Valle de los Reyes bajo la mirada de El-Qurn (arriba a la izquierda).

Es innegable que todas las tumbas del Valle de los Reyes son diferentes entre sí y, sin embargo, Elisabeth Thomas fue capaz de distinguir en ellas una serie de elementos que se repiten y están dispuestos en un orden determinado a lo largo del eje de las tumbas. Thomas los identificó con letras. No todos aparecen en todas las tumbas, mientras que en otros casos algunos de ellos se repiten (Figs. 7.8 y 7.9).



FIGURA 7.8. Sección tridimensional de la tumba de Tutmosis I y Hatshepsut. Valle de los Reyes (KV 20), XVIII dinastía.

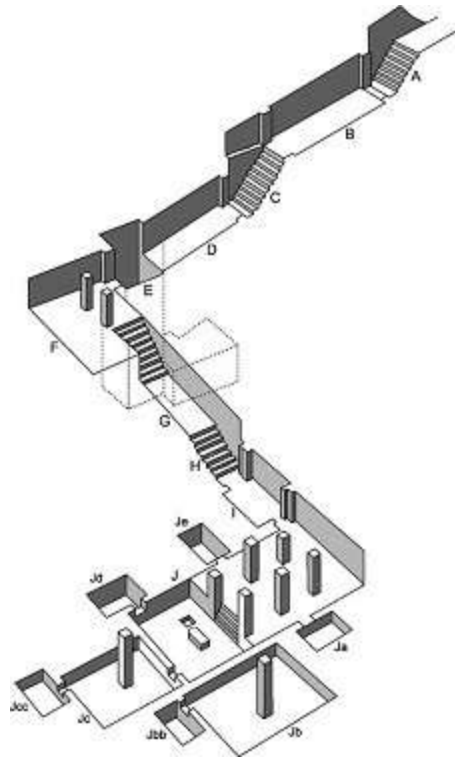


FIGURA 7.9. Sección tridimensional de la tumba de Amenhotep III. Valle de los Reyes (KV 22), XVIII dinastía.

A: Entrada a la tumba, llamada por los egipcios «pasaje del camino de Shu», el dios del aire. La entrada de las tumbas de principio de la XVIII dinastía estaba colocada de tal modo que a los pocos años la naturaleza las ocultaba. Las entradas de las tumbas de la XX dinastía eran bien visibles.

B: Primer corredor, conocido como «pasaje de Ra» por ser éste el punto más extremo hasta donde penetraba la luz del sol dentro de la tumba.

C: Al principio se trató de una cámara en pendiente, transformada después en escalera con nichos y más tarde aún en corredor. En las fuentes egipcias aparece mencionado como «corredor en el que ellos descansan». «Ellos» se refiere a los dioses de la *Letanía de Ra*.

D: Corredor.

E: Pozo que suele tener una habitación excavada en una pared del fondo. Conocido como la «sala de la obstaculización», es posible que tenga una función religiosa relacionada con Osiris, o bien sirviera para recoger las aguas de la lluvia que pudieran penetrar en la tumba y evitar la inundación de la cámara funeraria. Ambas funciones no tienen por qué ser antagónicas.

F: Estancia con pilares conocida como «corredor del carro». Para algunos egiptólogos todas las estancias anteriores a ésta formaban parte del *Duat superior* y las siguientes del *Duat inferior*.

G, H, I: Salas con nombres desconocidos, pero cuya única función parece ser la de proporcionar superficies adicionales donde acomodar las imágenes y textos funerarios. H primero fue una escalera y luego un corredor; en algunos casos posteriores llegó incluso a transformarse en una habitación. I, en cambio, sufrió el proceso inverso, pues comenzó siendo una habitación y terminó convertido en un corredor. Estas estancias son un claro ejemplo de la importancia de los textos funerarios en las tumbas reales del Reino Nuevo, tanto que casi pueden considerarse guías del más allá.

J: Cámara funeraria, conocida como «vestíbulo de aquel que descansa» o «casa del dios». En ella se depositaba el sarcófago y su forma varió con el tiempo: cuadrada, rectangular, con pilares, sin ellos, en un nivel o en dos.

Solía contar con cuatro cámaras adyacentes conocidas como JA, JB, JC y JD. Dos destinadas a las ofrendas de alimentos y las otras dos para guardar estatuillas y ajuar funerario.

K: No es un elemento que aparezca en todas las tumbas. Primero se trató de un corredor, transformado después en una habitación. Era conocida como «pasaje a la parte interior de la “casa del dios”» o «segundo pasaje mas allá de la “casa del dios”».

L: Es la menos habitual de todas las estancias descritas y de ser un corredor pasó a una cámara.

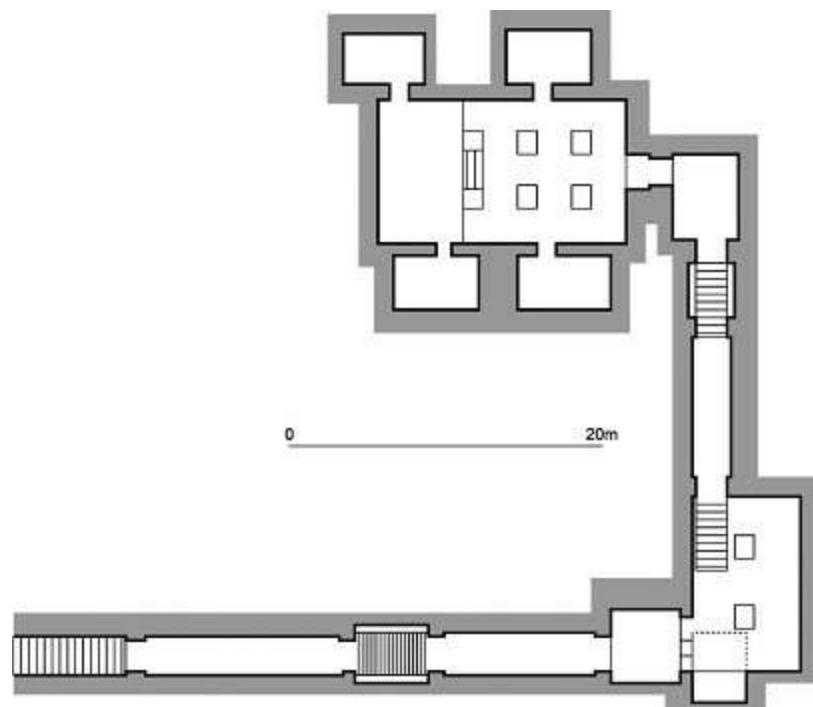


FIGURA 7.10. Planta de la tumba de Tutmosis IV. Valle de los Reyes (KV 43), XVIII dinastía.

Con el paso del tiempo, el eje siguiendo el cual se distribuían las distintas cámaras que acabamos de describir se modificó. Gracias a ello se pueden distinguir varios tipos de tumba real. El primero es la llamada tumba de «eje curvo», como la de Tutmosis I y Hatshepsut (KV 20) (Fig. 7.8), cuyo eje gira hacia la derecha. Se trata del hipogeo real más antiguo identificado hasta la fecha en el Valle de los Reyes y es único en cuanto a su planta. Las siguientes tumbas se vuelven más regulares. Los pasillos de acceso a las

tumbas de la XVIII dinastía son rectilíneos y al final dan un giro en ángulo recto hacia la izquierda, como puedan ser las de Amenhotep II (KV 35) (Fig. 9.6), Amenhotep III (KV 22) (Fig. 7.9) o Tutmosis IV (KV 43) (Fig. 7.10). Las que siguen este patrón son conocidas como tumbas del tipo 1. Tras el paréntesis del reinado de Akhenaton, cuando la capital fue trasladada a Akhetaton, las tumbas reales regresaron al Valle de los Reyes. Influidas quizá por el diseño de la tumba del faraón «hereje», el eje de los hipogeos reales pasa a ser completamente rectilíneo, son las llamadas tumbas de tipo 3. Un buen ejemplo de ellas podría ser la de Seti I (KV 17) (Fig. 7.11). En adelante todas las tumbas del Valle de los Reyes serán iguales, con dos excepciones. La primera es la tumba de Horemheb (KV 57), cuyo eje se desvía ligeramente hacia la izquierda a partir de la cámara F (Fig. 7.12). La de este soberano es el único ejemplo de una tumba del tipo 4. La segunda excepción es de época ramésida y consiste en una tumba con giro en ángulo recto, pero hacia la derecha (Fig. 7.13). Su carácter excepcional casa bien con la personalidad del faraón que ordenó su construcción, Ramsés II (KV 7). Es la única tumba conocida del tipo 2.

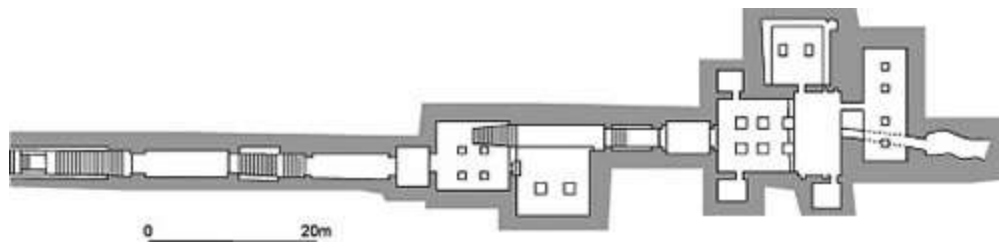


FIGURA 7.11. Planta de la tumba de Seti I. Valle de los Reyes (KV 17), XIX dinastía.

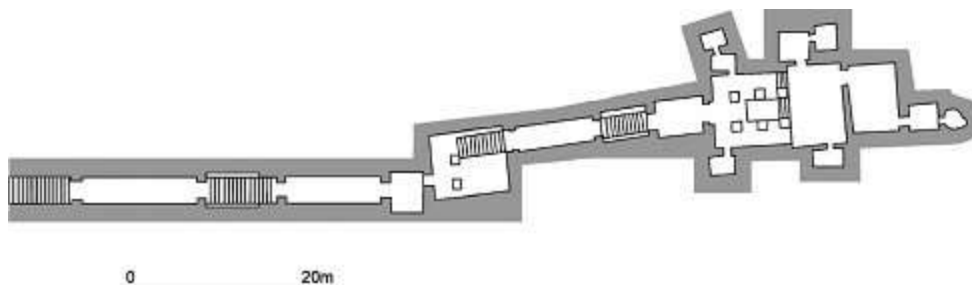


FIGURA 7.12. Planta de la tumba de Horemheb. Valle de los Reyes (KV 57), XVIII dinastía.

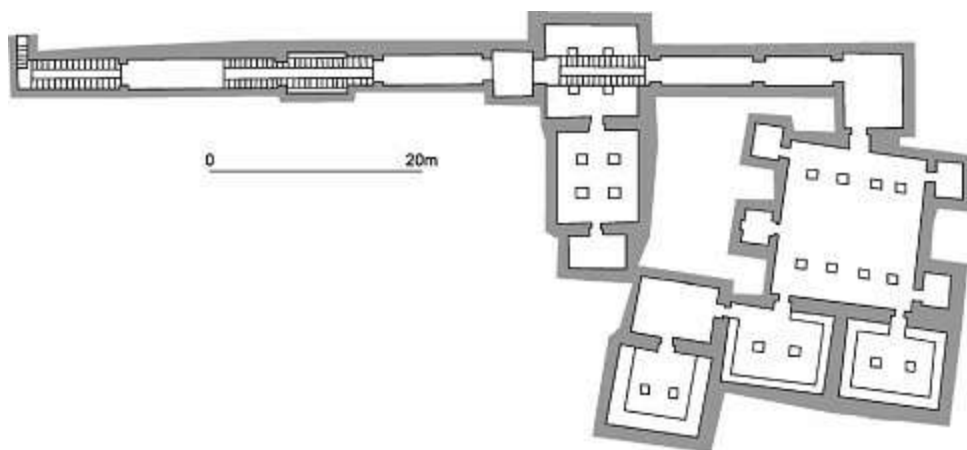


FIGURA 7.13. Planta de la tumba de Ramses II. Valle de los Reyes (KV 7), XIX dinastía.

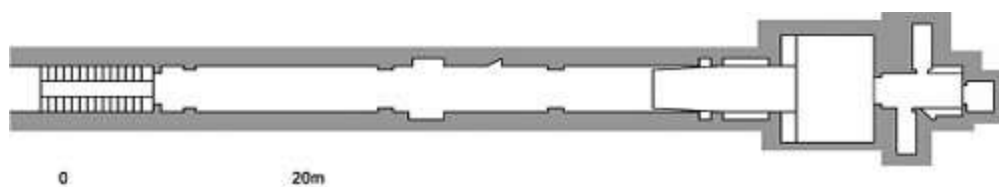


FIGURA 7.14. Planta de la tumba de Ramsés IV. Valle de los Reyes (KV 2), XX dinastía.

A partir de la XX dinastía la sencillez se hace norma, perdiendo los hipogeos casi todas sus habitaciones anejas. Al mismo tiempo que disminuyen la pendiente y la longitud de la tumba, se observa un aumento de la anchura y altura de los pasillos. Se trata de tumbas como la de Ramsés IV (KV 2) (Fig. 7.14).

En cuanto a los «templos de millones de años», cada faraón construyó el suyo en el límite de la zona cultivada. Debido a las necesidades del culto y a la existencia de las grandes fiestas procesionales, un canal permitía llegar en barca hasta su entrada principal. Todos estos templos están situados en la orilla occidental de Tebas formando una línea aproximadamente paralela a la orilla del Nilo. El más meridional es el de Medinet Habu, construido por Ramsés III, y el más septentrional, el de Seti I.

Varían en tamaño, pero todos poseen una estructura similar a la de un templo convencional dedicado a los dioses. Un pilono da entrada al complejo, tras el cual nos encontramos con un patio porticado. Tras él pasamos a la sala hipóstila, que se encuentra justo delante del santuario y de las habitaciones

del culto. Un elemento importantísimo de estos templos es la presencia en ellos de grandes almacenes, donde se acumulaban los bienes recogidos con los impuestos y procedentes de las fundaciones funerarias del soberano. Se puede decir que los templos funerarios del Reino Nuevo actuaron casi como los bancos de la época, además de ocuparse diariamente de las ofrendas destinadas a preservar la memoria del faraón.

Durante el Tercer Período Intermedio se produjo un breve regreso a la forma piramidal como tumba de los faraones. Ocurrió durante la XXV dinastía, formada por soberanos de origen nubio. Desde siempre Nubia, como lugar de origen del oro y otros muchos productos exóticos africanos, fue objeto del interés de los soberanos egipcios, quienes llegaron a controlar gran parte de su territorio durante los reinos Medio y Nuevo. Esta circunstancia terminó por aculturar en gran medida a los nubios, que asumieron como propias muchas de las costumbres y dioses egipcios, pero adaptándolos a su cultura. En el Tercer Período Intermedio Egipto se volvió un caos, sin un gobierno fuerte y con muchos aspirantes al poder. Los reyes nubios, que disfrutaban de un gobierno estable y se consideraban herederos de la grandeza faraónica de antaño, decidieron actuar para devolverle a Egipto su antiguo esplendor. Sus ejércitos conquistaron todo el valle del Nilo y sus soberanos forman la XXV dinastía. Apegados como estaban a las tradiciones faraónicas, decidieron enterrarse en pirámides, pero en sus cementerios locales de Napata, Meroe y El-Kurru. Se trata de pequeñas pirámides de piedra con una base cuadrada de unas decenas de metros de lado y una altura semejante, con fuertes pendientes, cercanas a los 70° (Fig. 7.15). Fue el último estertor del tipo de tumba más característico del antiguo Egipto.

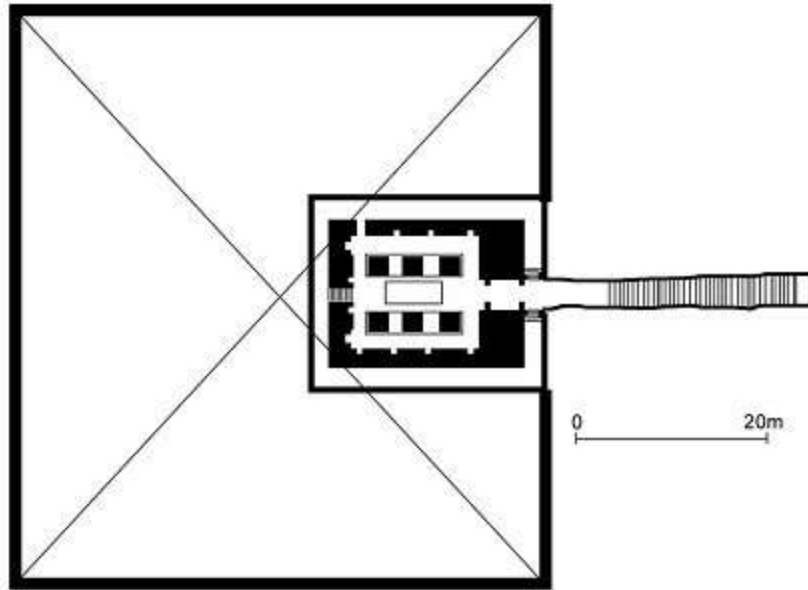


FIGURA 7.15. Planta de la pirámide de Taharqa. Nuri, XXV dinastía.

Las momias de las pirámides

Cascarones vacíos. Así es como muchos se imaginan las grandes pirámides del antiguo Egipto. La idea de que en ellas los arqueólogos jamás han encontrado momia alguna es de las más extendidas entre los amantes de lo enigmático y arcano. Sería curioso averiguar el motivo de tamaña falacia, porque lo cierto es que sí se conservan restos de la época. De hecho, contamos con la momia de al menos uno de los soberanos de cada una de las dinastías egipcias en las cuales se construyeron pirámides. Desde la III hasta la XII dinastía, los restos se acumulan por doquier; si bien no tan numerosos y fiables como sería de desear. Es cierto que no son tan espectaculares ni se encuentran tan completos como las momias del Reino Nuevo, que trataremos en el capítulo siguiente; pero no por ello dejan de ser cuerpos momificados enterrados en pirámides por las personas que ordenaron construirlas. Su estado fragmentario y el hecho de que existan más restos de reinas que de reyes se explica fácilmente. Si los magros ajuares enterrados en las tumbas de las personas normales ya excitaban la codicia de los ladrones de tumbas, qué no sucedería con los soberbios objetos enterrados junto a los reyes. El ingenio, tesón y testarudez con los cuales se afanaron los saqueadores en conseguir llegar a las cámaras funerarias es sorprendente. En algunos casos, el núcleo de la pirámide está completamente agujereado, surcado por túneles, zapas y contrazapas. Son el reflejo del esfuerzo ímprobo invertido en la empresa, que posiblemente obtuviera su recompensa final en el precioso ajuar del faraón.

A pesar de ser un objetivo demasiado visible, cuando fueron construidas las pirámides el poder del Estado era lo bastante fuerte como para impedir que fueran robadas entonces. Las necrópolis reales no eran como los cementerios actuales, remansos de paz y recogimiento, donde ir con devoción

a honrar a los difuntos, sino enormes y bulliciosas zonas de trabajo donde pululaban obreros, capataces y sacerdotes durante toda la dinastía. Un intento de saqueo en aquellas fechas hubiera sido demasiado evidente y muy peligroso. Si resultar tocado por el cetro del faraón de forma fortuita podía significar la muerte del desdichado (la biografía de Raur nos cuenta la historia), mejor no pensar en el castigo destinado a los osados capaces de intentar saquear el cuerpo del faraón difunto.

El momento perfecto para robar una pirámide sin peligro fueron las épocas en las cuales el poder del Estado se fragmentó y su capacidad ejecutiva desapareció. Nos referimos, claro está, a los períodos intermedios, en especial al segundo de ellos. Durante el Primer Período Intermedio, la dinastía heracleopolitana —heredera directa de las dinastías menfitas— siguió al cargo de toda la zona de influencia de la antigua capital, Menfis, y eso incluía las necrópolis reales. Su poder y capacidad de maniobra estaban mermados, es innegable; pero su magro prestigio dependía de cosas como impedir el robo de las tumbas de sus mayores. Mucho más probable resulta entonces que el saqueo de las pirámides se produjera durante el Segundo Período Intermedio. El final de la XIII dinastía supuso el asentamiento en el Delta de una ingente población siria-palestina merced a la desaparición del Estado central. Cualquier vestigio de vigilancia sobre las necrópolis menfitas se desvaneció. Situadas justo a medio camino de los dos únicos focos de poder estatal que había entonces en el valle del Nilo: el meridional de Tebas y el septentrional de los gobernantes hyksos, las necrópolis menfitas quedaron convertidas en una especie de tierra de nadie. Fue el momento perfecto para los ladrones, que pudieron actuar en ellas a sus anchas, con impunidad.

Saqueadores egipcios, buscadores de tesoros de época moderna y pioneros egiptólogos desconocedores del valor histórico de los restos: ellos son los responsables de la pérdida definitiva de casi todas las momias reales de los reinos Antiguo y Medio. En ocasiones los restos han terminado extraviados, por desidia o escaso conocimiento, en oscuros cajones del Museo de El Cairo, cuando no en los cubos de basura o las escombreras de las excavaciones. Tras ser registrados e ingresados en el Museo o la Facultad

de Medicina de El Cairo, en unos pocos años dentro de sus cajones y vitrinas han sufrido más que en miles de años tirados por el suelo de sus tumbas. No sólo hay que recuperar, también consolidar y conservar.

Saqueadas en una época indeterminada, las tumbas de los faraones tinitas no nos han dejado mucho de sus cuerpos. Ya vimos el escaso interés que tuvo para Brugsch el brazo del faraón Djer (Fig. 8.1). Amélineau comenta que puso mucho interés en encontrar huesos en la tumba de Khasekhemuy en Abydos y que, cuando le dijo a sus obreros que abrieran bien los ojos para no perder ninguno, se ganó algunas chanzas por su extravagancia. Finalmente encontró dos cuerpos, pero su desconocimiento y el mal estado de los mismos no nos permiten saber a ciencia cierta si uno de ellos era el del último soberano de la II dinastía. En su informe, Amélineau se limita a comentar que en uno de los cráneos encontró una sustancia resinosa, parecida a una materia hallada en el suelo de la cámara. Así describe cómo los estudió:

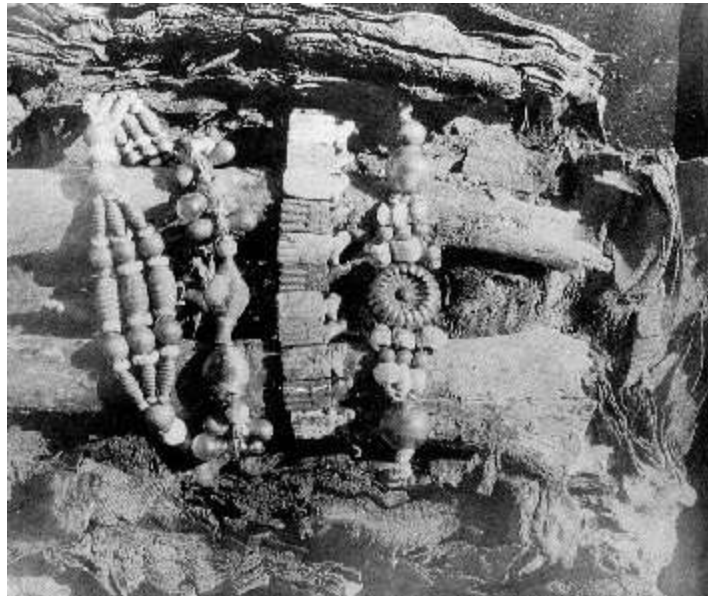


FIGURA 8.1. El brazo del faraón Djer adornado con pulseras. Abydos, I dinastía.

Hice recoger preciosamente todos los huesos; desgraciadamente, cuando quisimos tocar los huesos del primero se rompieron, el esqueleto se dislocó y el cráneo se partió. Cuando los llevé a El Cairo a un especialista para que los estudiara, me respondió que estaban en demasiado mal estado como para poder ser medidos. Lo siento enormemente, pero sólo podía dar lo que tenía.¹

Guarda silencio respecto al destino final de los huesos, por lo que es muy probable que fuera el cubo de la basura.

Algo más de suerte han tenido los soberanos del Reino Antiguo, cuyos restos estudiaremos siguiendo el orden cronológico en el que fueron construidas las pirámides. Al hacerlo así perderemos de vista la evolución del creciente interés por el estudio científico de las momias; pero a cambio ganamos perspectiva histórica, porque comprobamos qué restos y de qué dinastías han llegado hasta nosotros.

Las habitaciones situadas bajo la pirámide Escalonada de Djoser fueron holladas por primera vez en época moderna durante la segunda década del siglo XIX. El primero en penetrar en la cámara funeraria en casi una eternidad fue el coronel prusiano Von Minutoli (1772-1846), quien encontró lo que describe como «algunos restos humanos». Tras esta sucinta afirmación, el rastro de los mismos se pierde. Se hace difícil imaginar al militar envolviendo cuidadosamente los huesos para llevárselos de vuelta a casa como algo de valor, pero... ¿quién sabe? Hasta 1926, cuando comenzó la excavación sistemática del complejo funerario, no se volvieron a encontrar restos humanos en ella. Entonces apareció parte de una columna vertebral y del hueso de la cadera, como cuidadosamente anota Battiscombe George Gunn (1883-1950). Casi una década después, el joven arquitecto de la excavación, Jean-Philippe Lauer (1902-2001), decidió introducirse en el sarcófago de piedra de Djoser y allí, entre el polvo y la porquería de milenios, encontró una costilla, un húmero, el pie izquierdo (Fig. 8.2) y parte del estómago de una momia. Desde su estudio preliminar, siempre se habían considerado como restos del cuerpo de Djoser, pero no hay tal. Analizados de forma exhaustiva hace pocos años por el Dr. Eugen Strouhal, los fragmentos han resultado pertenecer a varios individuos distintos. Además, tampoco son de la época de la pirámide, pues el C¹⁴ los sitúa en el período saíta (siglo VII a. C.), justo cuando se vació el pozo al fondo del cual se encuentra la cámara funeraria. La desilusión generadas por estos resultados quedó mitigada en parte por la antigüedad de otros restos humanos hallados también en el interior de la pirámide Escalonada, aunque fuera de la cripta.



FIGURA 8.2. El pie encontrado en la cámara funeraria de la pirámide Escalonada de Saqqara.

En una zona indeterminada de los subterráneos del monumento, casi con seguridad los pozos funerarios de la parte oriental, se encontró un cráneo completo al que le falta la mandíbula inferior. Pertenece a una adolescente de 16-17 años, fechada por el C¹⁴ en el 3532-2878 a. C.; se trata de una princesa de las dinastías tinitas reinhumada en el complejo de Saqqara. Ya tenemos nuestro primer miembro de la familia real enterrado en una pirámide. No será el último.

La segunda de las pirámides construidas nos ha proporcionado otro cuerpo momificado. Desgraciadamente, no se trata de los restos de Sekhemkhet, el soberano que la mandó edificar; pues su sarcófago fue encontrado vacío y cerrado en medio de la cámara funeraria. Los despojos de los cuales hablamos pertenecieron a quien pudo haber sido el heredero al trono de Egipto, fallecido prematuramente. Los restos del posible hijo de Sekhemkhet fueron localizados por Lauer en 1966, en la tumba sur del complejo funerario de este soberano. Se trata del esqueleto de un niño de corta edad (dos o tres años), que no ha sido sometido todavía a un estudio exhaustivo. Los datos recogidos durante la excavación parecen confirmar que no se trata de un enterramiento intrusivo, sino de una inhumación de la III dinastía, cuando se construyó el monumento. En los demás complejos funerarios de la dinastía no se han encontrado momias.

Esnefru, el primer soberano de la IV dinastía, fue el constructor de dos complejos funerarios consecutivos en Dashur. Precisamente entre los escombros de la cámara funeraria del segundo de ellos, la pirámide Roja, aparecieron sus restos momificados. No quedaba mucho de ellos, pero sí lo bastante: el cráneo —con fragmentos de piel todavía adheridos—, la mandíbula inferior casi entera, parte de la cadera, unas cuantas costillas, parte del pie izquierdo y algunas de las vendas que cubrían el pie derecho del monarca. Como vemos, los saqueadores habían rebuscado a conciencia en el cuerpo, sin preocuparse en nada por preservar su integridad física. Los restos fueron estudiados en 1946 por Ahmed Mahmud Batrawi (1902-1966) y, anatómicamente, parecen pertenecer todos a un único individuo: una persona no demasiado alta, pero corpulenta, que falleció alcanzada ya la mediana edad. Como la técnica del embalsamamiento parece del Reino Antiguo, muy probablemente nos encontremos ante la momia de Esnefru, el inventor de la pirámide de caras lisas y padre de Khufu. Pese a todo, sería necesario un estudio moderno para confirmar definitivamente la identificación.

La momia de Khufu, el constructor de la Gran Pirámide, habría sido un elemento vital para desmontar de una vez por todas las fantasiosas teorías que pretenden explicar el monumento, pero nunca se ha sabido nada de ella. No obstante, algunos relatos de época árabe mencionan un cuerpo encontrado dentro del monumento.

Fue la curiosidad del sultán Al-Mamun la responsable de que en el siglo VIII d. C. el interior de la pirámide volviera a ser accesible. Siguiendo sus órdenes, un grupo de obreros excavó el túnel que hoy se ha convertido en la entrada oficial al mismo. En la descripción de cómo tuvo lugar semejante alarde de fuerza bruta e ingeniería se describe un cuerpo enterrado en la cámara funeraria. Hokm, uno de los historiadores de la época que habla del suceso, dice lo siguiente sobre lo que encontraron en la cámara funeraria:

Hacia la parte superior de la pirámide hallaron una cámara en la cual había una piedra vaciada; en su interior había una estatua de piedra como un hombre y dentro de ella un hombre, sobre el cual había un pectoral de oro incrustado con joyas, sobre su pecho una espada de precio incalculable y sobre su cabeza un carbunclo, del tamaño de un huevo, brillante como la luz del día, y sobre él caracteres escritos con pincel de los cuales ningún hombre conoce su significado.²

No menciona qué sucedió después con el cuerpo, que sin duda alguna no era el de Khufu. Durante gran parte de la época grecorromana el interior de la pirámide estuvo accesible y se convirtió en lugar de visita obligada para todos los viajeros con algo de curiosidad por el pasado egipcio. Resulta muy dudoso que nadie hubiera reparado en el contenido del sarcófago de piedra situado en la cámara funeraria. El que el ataúd sea descrito como antropomorfo nos hace sospechar desde el principio, porque en el Reino Antiguo eran rectangulares. El pectoral de oro podría interpretarse como un cartonaje, pero ya sabemos que la aparición de este elemento es muy posterior al reinado de Khufu. La espada, un elemento de ajuar funerario ajeno al Reino Antiguo, termina por confirmar la única explicación posible: estamos ante una licencia literaria del autor, que o bien se inventó toda la historia, o bien decidió adornar la presencia de un enterramiento intrusivo dentro de la pirámide. En realidad, el cuerpo de Khufu había desaparecido milenios antes de que llegaran los hombres de Al-Mamun.

La pirámide de Djedefre, hijo y sucesor inmediato de Khufu, sufrió a manos de los buscadores de piedra el mismo trato inmisericorde que su momia a cargo de los ladrones de tumbas. Si de la primera apenas queda el hueco de la cámara funeraria —desnuda incluso de su revestimiento de granito—, de la segunda no se ha encontrado ni el menor rastro. Por fortuna, en arqueología egipcia no está todo dicho y recientemente la misión franco-suiza que estudia el complejo dirigida por Michel Valloggia ha encontrado una pirámide subsidiaria, desconocida hasta ahora. Se trata de la tumba de una esposa del rey, cuya cripta ha conseguido preservar parte del ajuar funerario —inscrito con el nombre de Khufu—, incluido un vaso canopo con los sellos intactos. Aunque no se trata de una momia completa, las vísceras momificadas de una reina de la IV dinastía dentro de su tumba son una estupenda noticia. Se trata de unos restos humanos, hallados en condiciones científicamente controladas, *dentro* de una pirámide.

De la momia de Khaefre —medio hermano y sucesor de Djedefre— no se ha encontrado ningún rastro, aunque sí de una de sus esposas, Meresankh III. Desgraciadamente, como apareció enterrada en su mastaba del cementerio oriental (la número 7530), no podemos incluirla en nuestro

inventario. A pesar de ello es un documento emocionante: los restos de una mujer de unos cincuenta años de edad que apenas medía metro y medio de altura.

En la necrópolis de Guiza hay, al menos, once pirámides repartidas en tres complejos funerarios; de ellos, sólo en el de Menkaure han aparecido restos humanos. En la pirámide de este faraón apareció un cuerpo momificado: las piernas, la parte superior del pecho, un pie desgajado y un surtido de vértebras y costillas (Fig. 8.3). Estaban ocultos bajo un metro de escombros, pero no en la cripta, sino en la antecámara decorada en «fachada de palacio». La postura ligeramente doblada en la que Howard Vyse (1784-1853) halló la momia —en 1837— hizo pensar en principio que se trataba del cuerpo de Menkaure. La prueba del C^{14} ha demostrado recientemente que se trata más bien de una inhumación de época árabe (658-896 d. C.). Para nuestra desgracia no es el nieto de Khufu. La segunda momia del complejo sí que tiene todas las probabilidades de ser considerada de la familia real. Se trata de unos restos humanos encontrados en la central de las tres pirámides subsidiarias de Menkaure, situadas al sur de la principal. En la cámara funeraria Vyse localizó unos huesos, identificados por él como pertenecientes a una mujer joven. Al parecer se han perdido, con lo cual es imposible afirmar o negar que sean los de una reina de la IV dinastía.³



FIGURA 8.3. Restos de la momia encontrada en el interior de la pirámide de Menkaure en 1837.

Ya vimos en el capítulo anterior que la mayoría de los faraones de la V dinastía se enterró en Abusir. Se trata de una necrópolis estudiada a principios de siglo por el alemán Ludwig Borchardt (1863-1938), quien al terminar su excavación consideró que había sacado a la luz la práctica totalidad de la información allí enterrada. Hubieron de pasar más de cincuenta años para que la misión arqueológica de la Universidad Carlos de Praga, dirigida por Miroslav Verner, demostrara que estaba equivocado. Sus concienzudos trabajos han sacado a la luz una pirámide desconocida, dos grupos de importantísimos papiros administrativos y dos momias. Son precisamente estos restos humanos los responsables de haber terminado de forma definitiva con el mito de las pirámides vacías.

Desde la campaña de 1997-1998 se puede afirmar con rotundidad y con pruebas irrefutables que los soberanos egipcios se enterraron en sus pirámides, como llevan afirmando los egiptólogos desde siempre. La culpable es la momia del rey Neferefre, quinto soberano de la V dinastía. Los poco llamativos restos de su pirámide fueron identificados por Borchardt y otros como los de una mastaba, a la que no se prestó casi ninguna atención. Al excavarlos, los arqueólogos checos comprobaron que en realidad se trataba de una pirámide que nunca llegó a erguirse más allá de sus primeras hiladas, rematada a toda prisa por la muerte repentina de su soberano. Pese a sus modestas dimensiones, es uno de los monumentos que más información ha proporcionado a los egiptólogos en las últimas décadas.

Además de las estatuas del soberano y los papiros administrativos encontrados en el interior de su templo funerario, en el suelo de la cámara funeraria de la pirámide se hallaron los restos de un sarcófago de granito rojo y de diversas ofrendas funerarias. En ese mismo nivel estratigráfico aparecieron vestigios de un vaso canopo y fragmentos de una momia. Se trata de la parte central del hueso occipital del cráneo, la clavícula izquierda entera, parte del omóplato de ese mismo lado, la mano izquierda entera —excepto la punta del dedo corazón— (Foto 18), el peroné derecho y un fragmento de piel con tejido subcutáneo unido a una estructura globular. El temor a que todos estos fragmentos pertenecieran a varios individuos —lo cual no hubiera permitido identificarlos con Neferefre— quedó disipado en cuanto se estudiaron; aunque ya su mera semejanza física, idéntica textura,

color y técnica de embalsamamiento, parecía apuntar hacia una única momia. Los antropólogos demostraron después que así era, pues la clavícula y el omóplato encajan entre sí perfectamente. La conexión anatómica fue el argumento casi definitivo para la identificación, mas la última palabra correspondió a los estudios de cronología absoluta.

Tres metros por encima del suelo de la cámara, en medio de una masa de arena sin estratificar, habían aparecido otros fragmentos de momia: algunas falanges y piel en forma de pie. El casi siempre definitivo C^{14} demostró que, en esta ocasión, se trataba de un individuo distinto mucho más moderno, de época de las cruzadas. En cambio, al ser medidos, todos los restos de Neferefre ofrecieron una datación que los situaba entre el 2628 y el 2393 a. C., unas fechas que encajan perfectamente con la cronología calculada para la V dinastía. Además, la juventud de la momia —se trata de un hombre de entre 21 y 23 años de edad— concuerda con los datos históricos y arqueológicos que conocemos de Neferefre. Este soberano llegó al trono al final de su adolescencia y apenas permaneció un par de años en él; de ahí la juventud de la momia y que no tuviera tiempo de terminar su complejo funerario, como es evidente por los restos del mismo.

Esta vez es definitivo: si para algunas de las momias anteriores seguían existiendo dudas fundadas respecto a su cronología e identificación, ahora éstas se han disipado totalmente. Por primera vez nos encontramos ante la momia de un rey hallada dentro de la cámara funeraria de su pirámide, junto a los restos de su sarcófago y desenterrada con una metodología arqueológica moderna y unos métodos de control rigurosos. Lo mejor de todo es que no es la única momia real de la dinastía identificada fehacientemente y tampoco la única hallada en Abusir.

Unos años antes de aparecer la momia de Neferefre, en 1994 concretamente, la misma misión checa excavó una de las pequeñas pirámides anónimas situadas frente a la tumba de Neferefre, conocida como Lepsius XXIV.⁴ En la cámara funeraria tuvieron la fortuna de encontrar los restos de una momia (Fig. 8.4). El cuerpo apareció dividido en varios pedazos, pero casi completo. La mitad inferior —piernas y caderas— se encontró intacta formando una sola pieza. El tronco, en cambio, fue destrozado por los saqueadores de tumbas. Diferentes trozos del cráneo, las dos clavículas y la

mitad de la columna vertebral y del esternón aparecieron directamente sobre el suelo de la cámara funeraria. Junto a ellos había pedazos de un sarcófago de granito, restos del ajuar funerario y cerámicas de la V dinastía. Como las piernas aparecieron en un estrato superior, formado por arena y bloques caídos de la pirámide, en un principio se temió que se tratara de dos cuerpos distintos. No obstante, al estudiar los restos los antropólogos comprobaron que las líneas de fractura de una y otro forman un perfecto machihembrado: la parte inferior del cuerpo encaja como un guante en los restos del tronco superior. Estamos por lo tanto ante la momia de una única persona, cuya cronología también está fuera de discusión. La cerámica de la V dinastía sitúa en el tiempo la parte superior del cuerpo y por ende el tronco inferior, al ser los dos del mismo individuo. Estamos, de nuevo, ante los restos de un miembro de la familia real de la V dinastía enterrado dentro de su pirámide.

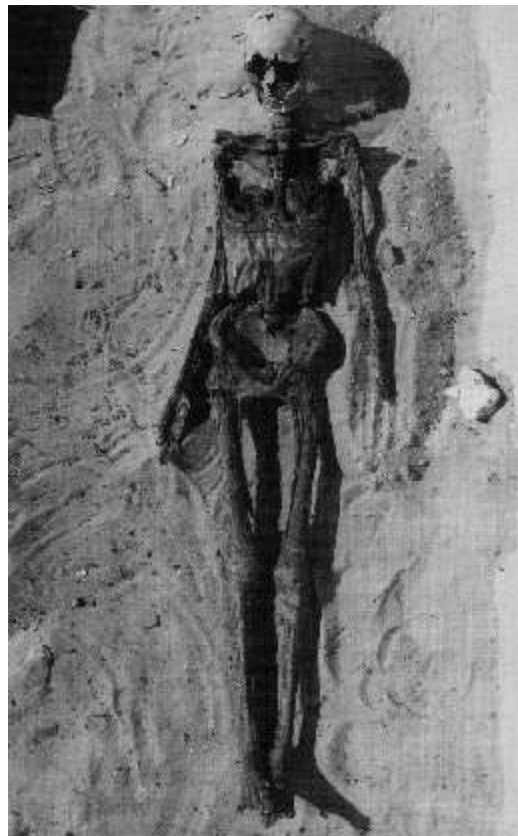


FIGURA 8.4. La momia de la reina ¿Reputnub?, hallada en la pirámide L XXIV. Abusir, V dinastía.

La evidencia empieza a acumularse en contra de los escépticos. De hecho, quizá incluso sepamos quién era esta reina. Muy probablemente estemos hablando de Reputnub, esposa de Niuserre, el último faraón en edificar su tumba en Abusir. Su momia nos ha permitido saber que falleció al comienzo de la edad adulta —entre los 21 y los 23 años de edad— sin haber dado a luz. Su pertenencia a la clase alta es evidente, pues a pesar de su aspecto grácil no sufrió desnutrición ni ningún tipo de enfermedad crónica. Gracias a ello pudo llegar a convertirse en una joven de elevada estatura para la época, 1,60 metros.

Por una desgraciada circunstancia, la tumba del penúltimo soberano de la V dinastía —Djedkare Izezi— es de las peor conocidas para la egiptología. Emplazada en Saqqara, fue investigada parcialmente a mediados del siglo xx, pero sus dos excavadores —Mohamed Hussein y Alexandre Varille (1909-1951)— fallecieron antes de llegar a publicar los resultados de sus esfuerzos. Es de lamentar que no pudieran completar su trabajo, porque lo poco publicado sobre la pirámide nos hace soñar con la información oculta aún bajo la arena. En 1945-1946 consiguieron entrar en la cámara funeraria, donde no sólo hallaron los restos de un sarcófago roto en mil pedazos, sino también los de una momia. De entre el batiburrillo de arena y rocas se consiguió recuperar gran parte del costado izquierdo del cuerpo. Por un lado, aparecieron fragmentos del cráneo y medio rostro (Fig. 8.5), con todos los músculos, la piel y restos del cuero cabelludo. Por el otro, la garganta, la columna vertebral y partes del pecho del faraón. La macabra colección la completan la pierna, el brazo y algunos elementos de la mano izquierda del soberano.



FIGURA 8.5. Restos del cráneo (izq.) y la mandíbula (der.) del faraón Djedkare Izezi, V dinastía.

Según Batrawi, quien realizó el estudio preliminar de los restos humanos, la momia pertenecía a una persona fallecida con medio siglo de vida aproximadamente; fecha que el estudio posterior ha situado entre los 45 y los 60 años de edad. Debido a la pérdida de los cuadernos de excavación, la identificación de esta momia con el cuerpo de Djedkare Izezi era puramente hipotética y sólo se ha confirmado hace unos pocos años. La clave no se encontró en Saqqara, sino unos kilómetros más al norte, en Abusir. ¿Dónde si no, tratándose de la V dinastía? Allí, el equipo checo excavó un grupo de siete mastabas situadas al sur de la calzada de acceso al complejo de Niuserre, formando una pequeña necrópolis independiente. Las inscripciones permitieron no sólo situarlas en la V dinastía, sino también identificar a varios de sus dueños. Un par de ellos nos interesan especialmente. Se trata de dos mujeres que —entre otras muchas cosas, como vamos a ver de inmediato— comparten el título de «hija del propio cuerpo del rey Djedkare». La mayor de ellas se llamaba Khekeretnebtu (Fig. 8.6.izq.) y murió con unos 30-35 años de edad. La menor era conocida como Hedjetnebu (Fig. 8.6.der.) y falleció mucho más joven, con unos 18-19 años de edad. Strouhal —quien ha estudiado todos los cuerpos encontrados por el equipo checo— sometió los restos de estas dos princesas a exhaustivos estudios osteométricos, osteoscópicos y radiográficos.



FIGURA 8.6. Cráneos de las princesas Khekeretnebtu (izq.) y Hedjetnebu (der.), hijas del faraón Djedkare Izezi. Abusir, V dinastía.

Enfrascado en esta investigación fascinante, Strouhal aprovechó para incluir en la misma a la momia hallada por Hussein y Varille, afortunadamente a buen recaudo en la colección particular de Batrawi, conservada en la Facultad de Medicina de El Cairo. Sus restos sufrieron el mismo tipo de detallado escrutinio que los de sus hijas. La comparación osteológica demostró que, en efecto, morfológicamente los restos de las dos mujeres correspondían a los de unas hermanas. Pero lo realmente interesante es que, al ser comparadas sus dimensiones craneales y dentales con las de la momia encontrada en la pirámide de Djedkare, se comprobó que entre todas ellas existía una asombrosa similitud. Incluida la gracilidad y tendencia a una corta estatura, tanto del padre como de las hijas. De hecho, entre los rasgos descriptivos se observó que la depresión posbregmática del cráneo del soberano era similar a la encontrada en el cuerpo de Khekerebnety. Por si esto fuera poco, las tres momias comparten el mismo grupo sanguíneo —el A—, lo que hace la identificación más concluyente todavía. Para terminar de asegurarla, el C¹⁴ ofreció unas fechas coincidentes para los tres cuerpos, situadas entre el 2886 a. C. y el 2507 a. C., en plena V dinastía. Es decir, que los títulos de las princesas decían la verdad y la momia hallada por Hussein y Varille es realmente la de Djedkare Izezi. Otra momia real más dentro de su pirámide. Tras estos ejemplos, ni los más escépticos podrán negar ya la función funeraria de las pirámides.

Para completar nuestro listado de faraones de la V dinastía enterrados en sus pirámides debemos añadir a Unas. Fue el último soberano de su linaje y el primero enterrado en compañía de los *Textos de las pirámides*. Éste precisamente fue el motivo de que se descubrieran fragmentos de su momia. A finales del siglo XIX Maspero estaba intentando comprobar en cuántas pirámides había textos funerarios. Acompañado por Brugsch, logró penetrar en la cámara funeraria de Unas en 1881. No sólo encontraron textos, sino también parte del brazo y la mano izquierdos de una momia, además de algunos fragmentos del cráneo, con piel y cabello todavía adheridos. En la actualidad los restos están extraviados, habiendo sido imposible realizar un estudio moderno sobre ellos; pero existe un 50 por 100 de posibilidades, quizá algo más, de que se trate de la momia del faraón.

De la VI dinastía poseemos restos momificados de varios de sus faraones principales. El primero en sentarse en el trono fue Teti. Los ladrones que saquearon su pirámide no mostraron a sus restos más respeto que el disfrutado por otros faraones. En 1881 Maspero sólo pudo recuperar pedazos de un hombro y parte del brazo correspondiente. Estaban embalsamados con algo menos de cuidado que los de Unas. Su fragilidad quedó en evidencia al ser sacados de la cámara funeraria y expuestos a la luz. Este sencillo gesto desencadenó un rápido proceso químico en la carne desecada y los restos se descompusieron casi de inmediato. Por fortuna, entre los escombros del complejo se encontró la que posiblemente sea la máscara funeraria del faraón (Fig. 8.7); ello nos permite hacernos una idea cabal de cómo eran sus facciones en el momento de morir. Realmente impresiona observar su rostro, con los ojos cerrados y listos para el descanso eterno, pero abotargado por la muerte y la momificación. Las esposas de este faraón —llamadas Iput y Khuit— fueron enterradas en sus propias pirámides, vecinas a la del monarca. Con el paso de los milenios y los saqueadores, en las cámaras funerarias sólo quedaron unos pocos huesos de sus cuerpos (suponemos que son suyos y no de un enterramiento intrusivo). Fueron recogidos y guardados en la Facultad de Medicina de la Universidad de El Cairo. Gracias a ellos podemos decir que Iput era una mujer de ojos grandes y nariz estrecha.



FIGURA 8.7. Máscara funeraria del rey Teti, encontrada junto a su pirámide en Saqqara. Museo de El Cairo, VI dinastía.

En cuanto a Pepi I, fue en su tumba en 1880 donde se descubrieron los *Textos de las pirámides*. Un hallazgo realizado por los hermanos Brugsch, que penetraron en la cámara funeraria por encargo de Mariette. Apenas unas semanas después, Petrie penetró en el mismo monumento y, además de copiar parte de los textos y enviarlos para que se publicaran, se encontró una solitaria mano momificada, acompañada por algunos restos de vendas con el nombre de Pepi I. Hoy día se considera perdida. Por fortuna, el minucioso trabajo de los arqueólogos franceses del IFAO, un siglo después, ha permitido recuperar de la cámara funeraria una sandalia (Fig. 8.8) y el contenido completo de uno de los cuatro vasos canopos del faraón, es decir, parte de sus vísceras momificadas (Fig. 8.9). Es indudable que Pepi I reposó dentro del sarcófago que yace en la cripta de su pirámide.

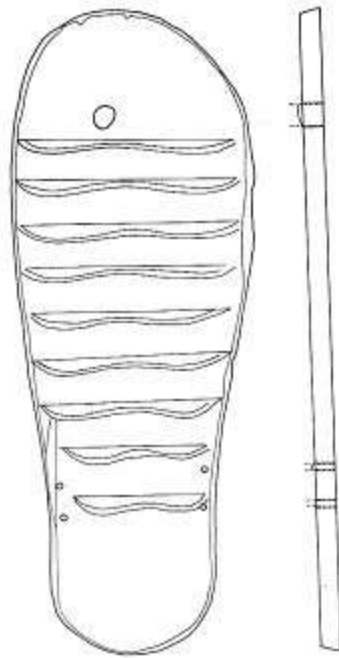


FIGURA 8.8. Sandalia hallada en la pirámide de Pepi I. Saqqara, VI dinastía.

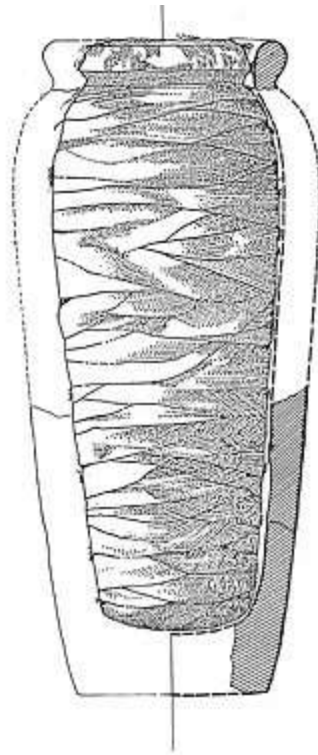


FIGURA 8.9. Vaso canopo con vísceras del faraón Pepi I encontrado en su pirámide. Saqqara, VI dinastía.

La de Merenre, el penúltimo gobernante de la VI dinastía, es quizá la momia mejor conservada de todas las del Reino Antiguo. Su cuerpo desnudo fue encontrado dentro de su pirámide, junto a algunas vendas procedentes de los vasos canopos. Los responsables del hallazgo fueron de nuevo los hermanos Brugsch —Emile (1842-1930) y Heinrich (1827-1894) —, en ese año frenético de 1880-1881 que dedicaron a copiar todos los *Textos de las pirámides*.⁵ Además de éstos —su objetivo principal—, en la cámara funeraria tuvieron la fortuna de encontrar una momia completa y entera. El hallazgo era tan importante, que incluso ellos —Heinrich era filólogo y Emile lo ayudaba— consideraron impensable dejarlo en la pirámide. Tras introducir la momia en un sarcófago de madera decidieron montarla con ellos en el tren hasta El Cairo. Un problema en las vías los obligó a terminar a pie la última parte del trayecto. Apenas habían avanzado unos kilómetros cuando los portadores, abrumados por el tremendo calor y el peso, se deshicieron de la caja de madera y agarraron entre los dos la momia. El cuerpo estaba en muy buenas condiciones; pero no dejaba de ser un frágil resto biológico. La

tensión dinámica generada entre los dos egiptólogos al caminar fue demasiado para la momia y en éstas estaban cuando se partió limpiamente por la mitad. El uno agarró el tronco con la cabeza y el otro se hizo cargo de las piernas. Así continuaron hasta divisar al fin un taxi y llegar, asfixiados, hasta la aduana de El Cairo. Los aduaneros egipcios, siempre fieles al manual, catalogaron los fardos que llevaban en la mano, pese a su evidente aspecto de cadáver reseco y descuartizado, como ¡carne en conserva! De modo que los Brugsch pagaron los correspondientes derechos de aduana y así pudieron entrar en la ciudad. Su siguiente parada fue el museo, donde depositaron la momia. Habiendo permanecido en sus almacenes hasta hace poco, cuando ha pasado a formar parte de la exposición del recién inaugurado Museo de Saqqara.

El cuerpo encontrado por los Brugsch presenta algunas particularidades que hacen pensar que, a lo mejor, no es el rey Merenre. El cráneo, que tiene media mandíbula destrozada (Fig. 8.10), conserva la trenza de la juventud en el lado izquierdo. Como no se tiene constancia de que Merenre subiera al trono siendo niño (se le calculan unos siete años de gobierno), esto resulta sospechoso. Además, la técnica de momificación quizá sea demasiado elaborada para ser realmente de la VI dinastía.



FIGURA 8.10. Cabeza de la momia del faraón Merenre, encontrada dentro de su pirámide. Saqqara, VI dinastía.

El cuerpo momificado de Pepi II, el longevo y último soberano de la VI dinastía, no sobrevivió ni al maltrato de los ladrones ni a los años. Gustave Jéquier (1868-1946) excavó su pirámide en la década de 1920 y no encontró ni rastro de su momia; en cambio, sí halló la de Neit, su esposa, enterrada en una pirámide cercana. Cuando, obligado por los arqueólogos, el roto y decapitado cadáver de la reina salió de su cripta, todavía conservaba restos de tejido adheridos a los huesos. Otro miembro de la familia real encontrado en su pirámide.

Del Reino Medio apenas si tenemos un par de ejemplos de momias reales. El primer soberano de la XI dinastía, Montuhotep II, no se enterró en una pirámide estrictamente hablando (Fig. 8.11, y Foto 17) y de él conservamos apenas unos fragmentos: parte del cráneo y media mandíbula inferior, guardados en el Museo Británico. En el mismo complejo aparecieron las momias de las reinas Ashyt y Henhenet. Los dos cuerpos estaban perfectamente conservados. El primero, quitando unos pequeños daños en el lado izquierdo de la cara, conservaba incluso las vísceras en el interior de la cavidad abdominal. El segundo fue encontrado entero, sólo el trajín de ir y volver a los EE. UU. en la década de 1920 dañó su rostro.

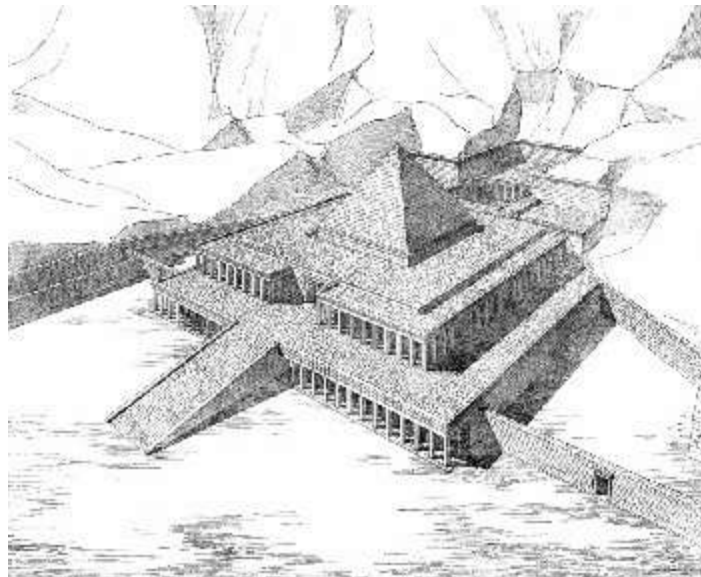


FIGURA 8.11. Reconstrucción de Naville del complejo funerario de Montuhotep II en Deir el-Bahari.

De faraones de la dinastía XII sólo se han encontrado unos pocos fragmentos de lo que podría ser el cuerpo de Senusret II. Fueron descubiertos por el prolífico Petrie en la cámara funeraria de su pirámide, en Lahun. No son más que unos pocos huesos de un individuo que su descubridor describe como «completamente desarrollado y alto, a juzgar por el fémur».⁶ No se han estudiado con detalle, lo que imposibilita el adscribirlos a un período concreto. Supuestamente se encuentran en el University College de Londres.

Al ser reestudiada por Arnold en el último cuarto del siglo xx, la pirámide de Amenemhat III en Dashur proporcionó los cuerpos momificados de otras dos reinas. De una desconocemos su nombre, pero la otra se llamaba Aat. Fueron momificadas con los mayores refinamientos, siendo sometidas a la por entonces novedosa técnica de la excerebración con ruptura del etmoides.

Recientemente, en la pirámide de Senusret III en Dashur (Fig. 8.12) se han encontrado otros restos humanos pertenecientes a la familia real de la XII dinastía. No se trata del propio soberano, sino de una de sus reinas. Enterrada en la pirámide secundaria número dos, se llamaba Nefret-henut y murió con aproximadamente 40-45 años de edad. Los estudios antropológicos definitivos todavía no se han publicado. Fue estudiada en 1894, pero parece una genuina momia real de la época. Lo mismo se puede decir de la reina Weret II, enterrada en la pirámide secundaria número nueve, una mujer que murió con cerca de 70 años, y cuyo estudio antropológico ha de ser publicado en breve.

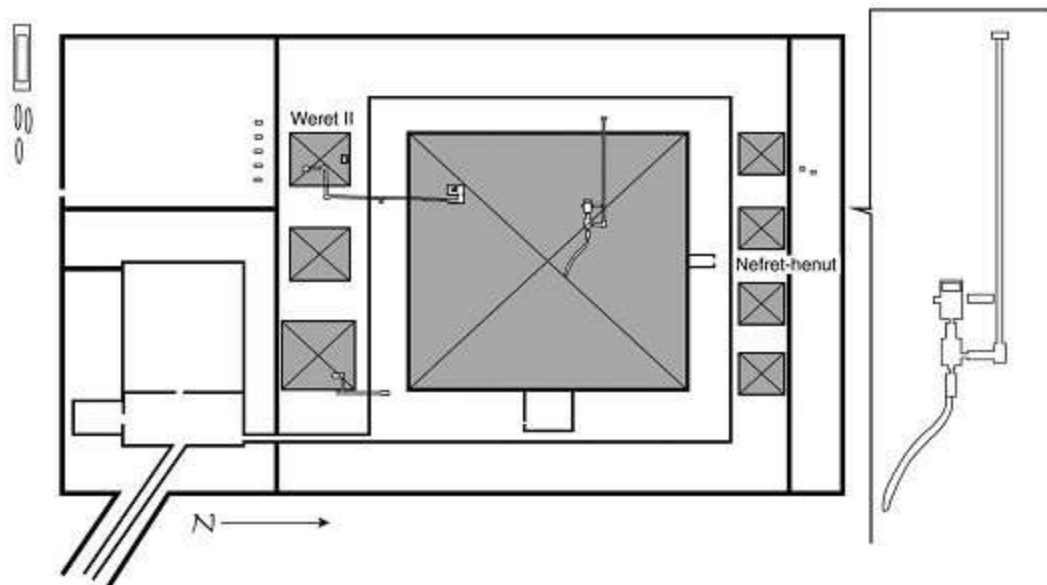


FIGURA 8.12. Complejo funerario de Senusret III, XII dinastía. Dashur. N.º 2 tumba de Nefret-henut; n.º 9 tumba de Weret II.

Los datos son rotundos: desde el momento en que comenzaron a ser estudiadas en época moderna, en las pirámides han ido apareciendo restos de los soberanos que las mandaron construir, así como de sus esposas. Desgraciadamente, su poca espectacularidad y su estado fragmentario no les han proporcionado toda la atención que merecen. Además, muchas de estas momias fueron encontradas cuando la metodología arqueológica se estaba inventando a sí misma, por lo que la documentación y conservación del hallazgo fue pobre, algo que limita bastante una identificación positiva. Como hemos visto, el mismo Petrie se mostró muy parco al estudiar las momias reales encontradas durante sus excavaciones. Por fortuna, recientemente han aparecido algunas en contextos arqueológicos controlados; además de haberse llevado a cabo estudios antropológicos en profundidad sobre momias conocidas de antiguo, pero cuya identificación era dudosa.

En resumidas cuentas, conservamos un ejemplar confirmado —casi siempre fragmentario— de al menos una momia real de cada una de las dinastías de constructores de pirámides en el valle del Nilo. Por lo que respecta a las pirámides del Reino Antiguo, de la III dinastía tenemos la del príncipe de Sekhemkhet, mientras que de la IV dinastía está la de la reina anónima de Djedefre. La V dinastía es la más prolífica, pues contamos con la

momia del rey Neferefre, la de la reina Reputnub (?) y la del faraón Djedkare Izezi. De la VI dinastía se han encontrado las momias de las reinas Khuit e Iput, además de las vísceras del rey Pepi I y unos pocos restos de la reina Neit, esposa de Pepi II. En cuanto al Reino Medio, de la XI dinastía poseemos las momias de Montuhotep II y sus reinas Ashyt y Henhenet, si bien el complejo funerario de este soberano no es una pirámide estrictamente hablando. De los complejos funerarios piramidales de la XII dinastía contamos con las momias de una reina anónima y de la reina Aat (Amenemhat III), así como de Nefret-henut y Weret II (Senuseret III), halladas las cuatro en las pirámides de sus esposos en Dashur. Gracias a ellas queda confirmado definitivamente algo que los egiptólogos llevan aseverando desde siempre: la función de las pirámides fue servir de lugar de enterramiento para los faraones que ordenaron su construcción.

Los despojos de los creadores del imperio

El antiguo Egipto y sus faraones siempre estuvieron envueltos en un halo de misterio, al que contribuyeron tanto su peculiar modo de representación artística como su sistema de escritura. Heródoto (Keops, Kefrén y Micerino) y la Biblia (Ramsés II, Sheshonq) habían transmitido a la cultura occidental el nombre de alguno de sus soberanos, pero apenas nada más se conocía de ellos. Durante milenios, el rostro de los faraones fue una incógnita. El desciframiento de la lengua egipcia en 1822 contribuyó a romper en parte este velo de silencio. A partir de entonces se pudo comenzar a identificar a las figuras que aparecían en pinturas y relieves. Desgraciadamente, el modo de representar de los egipcios obligaba a sus artesanos a mostrar la figura del monarca siguiendo una pauta muy rígida, completamente ajena al retrato, preferido por la cultura occidental. En vez de representar a cada faraón como una entidad independiente dotada de rasgos físicos propios, las imágenes egipcias nos ofrecen la figura idealizada del monarca perfecto. El inconveniente de este sistema es que los rasgos de todos ellos son idénticos y por lo tanto anodinos, y la ventaja, que su imagen es inequívocamente reconocible como la de un soberano. Para el modo fáctico de entender la historia existente en el mundo occidental durante el siglo XIX, cuando se creía que eran los personajes relevantes de la sociedad quienes marcaban el discurrir de aquélla, esta ausencia de individualidad suponía una fuente constante de frustración. No era posible ponerle rostro a las hazañas de Tutmosis III o de Ramsés II, que por entonces comenzaban a conocerse con algún detalle. Si bien las tumbas de los faraones del Reino Nuevo estaban siendo excavadas e identificadas en el Valle de los Reyes, aparecían saqueadas y sin la momia del soberano. Todo esto cambió a lo largo del último cuarto del siglo XIX, cuando en dos escondrijos de la necrópolis de

Tebas apareció la práctica totalidad de las momias de los faraones del Reino Nuevo. A partir de entonces, para tranquilidad de los historiadores decimonónicos, se pudo poner un rostro a los diversos acontecimientos de la historia de Egipto.

El hallazgo del primer grupo de momias reales tuvo bastante de novela de intriga. Tras mucho batallar, en 1858 Mariette había logrado crear el Servicio de Antigüedades Egipcias, encargado de proteger el vastísimo patrimonio faraónico de Egipto. En un país sometido a la rapiña de los coleccionistas europeos y carente de la noción de patrimonio nacional, sus logros no fueron pocos, tantos como las dificultades, pues el comercio de antigüedades no pudo ser interrumpido por completo. Fue precisamente en este mercado donde comenzaron a aparecer a partir de 1871 objetos de indudable procedencia regia, pero de origen desconocido: papiros, *shabtis*, recipientes de bronce, vendas con inscripciones y al menos una momia.¹ Quizá el Servicio de Antigüedades no pudiera detener el tráfico ilegal, pero sin duda conocía qué se cocía en él. No tardó en asentarse la sospecha de que algún saqueador había descubierto una importante tumba real, cuyo contenido estaba poniendo a disposición de los traficantes poco a poco.

Cuando, fallecido Mariette en 1881, el también francés Maspero fue nombrado nuevo director del Servicio de Antigüedades, una de sus prioridades fue la de descubrir el origen de estos objetos. Dado su escaso conocimiento del terreno —nunca había estado en el Alto Egipto— tuvo que recurrir a personas de confianza para llevar a cabo la investigación de forma discreta.

Mientras Maspero permanecía en El Cairo a la espera de su nombramiento,² su amigo C. E. Wilbour llegó a Luxor de visita y allí no tardó en descubrir que Mustafá Aga Ayat, nada menos que el cónsul de Gran Bretaña, Bélgica y Rusia en la ciudad, parecía estar muy introducido en el comercio ilegal de antigüedades. Dada su condición de representante diplomático de varias potencias europeas, era un personaje de gran relevancia social y política. Las malas lenguas decían que gracias a los servicios de una familia que habitaba en Gurna, en la orilla occidental, estaba sacando al

mercado ilícito de antigüedades el contenido de una tumba de riqueza incomparable. Por su condición de diplomático Ayat era intocable, pero no sucedía lo mismo con sus «ayudantes».

Con su aspecto de turista adinerado y amor por la cultura faraónica, Wilbour era perfecto para llevar a cabo las pesquisas sin llamar demasiado la atención. Pocos días después de su llegada, un guía le comentó que los hermanos Abd el-Rassul disponían de un papiro magnífico para vender. Era la pista que le permitiría deshacer el ovillo. Wilbour los visitó en su casa de Gurna,³ pero no adquirió el papiro por parecerle su precio excesivo. Como los Abd el-Rassul lo vieron dispuesto a hacer negocios, días después le mostraron unas tiras de cuero perfectamente conservadas, donde se podían leer los cartuchos del faraón Pinedjem I. Desgraciadamente, Wilbour no era un detective de la agencia Pinkerton y fue incapaz de poner cara de póquer. Su repentino e insistente interés por conocer el origen del hallazgo despertó las suspicacias de los Abd el-Rassul, quienes lo condujeron a una tumba sin importancia haciéndola pasar por el lugar del hallazgo original. Al ponerse en contacto con Maspero para comunicarle los últimos avances de la investigación, supo que éste al fin había recibido el nombramiento y partía hacia el sur para hacerse cargo de la misma en persona. Deseaba comenzar su mandato con buen pie. Mientras tanto, Ayat, de quien Wilbour se había hecho amigo, no tardó en confesarle que habían descubierto en el desierto una tumba fabulosa.

La llegada del nuevo director del Servicio de Antigüedades Egipcias a Luxor supuso el comienzo de una investigación en profundidad. A la mañana siguiente, Maspero envió recado al jefe de policía de la ciudad para que detuviera a Ahmed Abd el-Rassul, así como un telegrama al gobernador de Quena y al ministro de Obras Públicas para comenzar una investigación sobre la familia. El primer interrogatorio del saqueador de tumbas se realizó en el barco de Maspero, pero fue infructuoso. Pese a las amenazas, Ahmed se mostró firme y por la noche estaba de regreso en su casa, la cual había sido registrada sin hallarse nada digno de mención. Al día siguiente los acontecimientos se precipitaron. Llegó el permiso para comenzar de forma oficial la investigación y esta vez Ahmed, su hermano mayor Mohamed y su hermano pequeño Hussein fueron conducidos ante el gobernador de Quena,

el bajá Daud. Su fama como hombre de pocos miramientos era completamente merecida y, de resultas del «vigor» de los interrogatorios,⁴ uno de los hermanos quedó cojo de por vida y otro de ellos, Hussein, desaparece de las fuentes... Conocida la noticia de su detención, muchos amigos y familiares fueron a testificar en favor de los hermanos, quienes se negaban a reconocer los hechos, limitándose a repetir una y otra vez que habían actuado a las órdenes del cónsul. Los pobres desgraciados ignoraban, quizá engañados por el propio diplomático, que la inmunidad de éste no los protegía a ellos.

Los hermanos se pasaron dos meses en la cárcel antes de ser dejados en libertad bajo palabra. Maspero tenía que partir hacia París, pero les conminó a confesar el emplazamiento de la tumba antes de su retorno, amenazándolos con sufrir si no un juicio mucho más severo cuando regresara la temporada siguiente. Al poco de salir libres los hermanos, comenzaron las disensiones en la familia Abd el-Rassul. Estaba claro que el asunto se les estaba escapando de las manos, las autoridades estaban decididas a actuar y no podían contar con la protección de Ayat. Finalmente, Mohamed, el cabeza de familia, decidió ir a escondidas hasta Quena y «confesar», a cambio de una recompensa de 500 libras y el nombramiento como vigilante jefe de los monumentos de Luxor. Maspero ya había partido camino de Francia, pero su ayudante E. Brugsch tenía plenos poderes para actuar en su nombre.

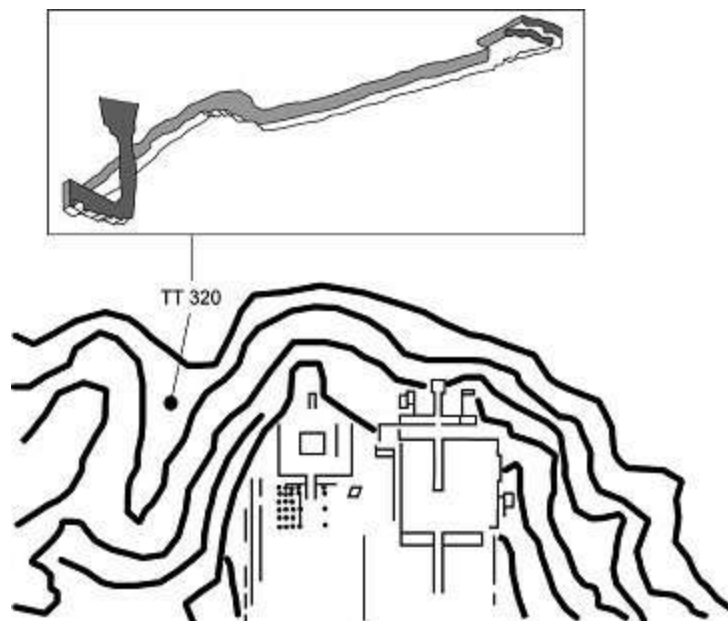


FIGURA 9.1. Localización y vista 3D de la TT 320 en Deir el-Bahari.

Dos días después de la «delación» de Mohamed, los hermanos Adb el-Rassul condujeron a Brugsch hasta la tumba, situada en el acantilado a la izquierda del templo de Montuhotep II (Fig. 9.1). Era el 6 de julio de 1881. Allí, al pie de una inmensa pared de 45 metros de altura, se había excavado el pozo que hacia de acceso a la tumba. El descenso era peligroso y el túnel interior de entrada poco menos que una gatera de 90 centímetros de altura, pero la recompensa fue inmensa. Maravillado, Brugsch se encontró con una tumba-pasillo donde se acumulaban decenas de sarcófagos que cobijaban los cuerpos de lo más granado de los soberanos del Reino Nuevo: Seqenenre Taa (Fig. 3.6), Ahmose (Fig. 9.2), Amenhotep I (Fig. 9.3), Tutmosis II (Fig. 9.4), Tutmosis III (Fig. 9.5), Seti I (Fig. 3.1), Ramsés II (Figs. 1.5 y 15.3), Ramsés III (Fig. 15.5) y Ramsés IX. ¡Era la cueva de Ali Babá de los faraones egipcios!⁵ El propio Brugsch lo narra así:



FIGURA 9.2. Cabeza de la momia de Ahmose. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.

Serenándome, a la luz de mi antorcha realicé lo mejor que pude una inspección de los mismos y de inmediato comprendí que contenían las momias de personajes de la realeza de ambos sexos y eso no era todo. Penetrando delante de mi guía llegué a la cámara del final [...] y allí, apoyadas en el muro o tumbadas en el suelo, encontré un número todavía mayor de cajas de momia de un tamaño y peso formidables.

Sus cubiertas de oro y sus pulidas superficies reflejaban tan claramente mi emocionado rostro que parecía como si estuviera mirando a la cara a mis propios antepasados.⁶

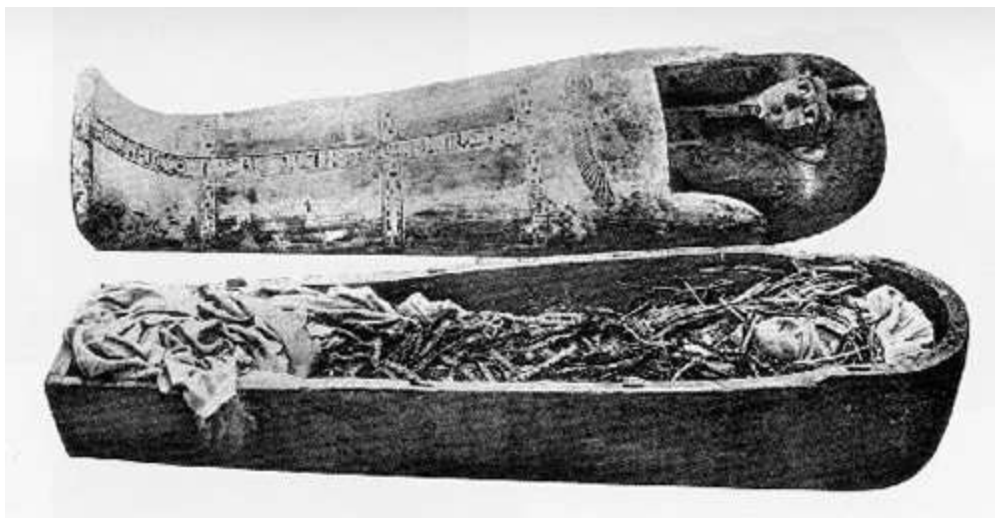


FIGURA 9.3. La momia de Amenhotep I en su ataúd. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.

Aterrado ante la magnitud del descubrimiento y la posibilidad, bien real, de que un descuido con una lámpara o la codicia de los lugareños pudiera suponer la destrucción del maravilloso tesoro, Brugsch decidió actuar de inmediato y trasladar todo el contenido de la tumba al Museo de El Cairo. Su diligencia protectora es loable, pero le hizo cometer el pecado de no excavar de forma científica la tumba, siquiera someramente. A pesar de ser un ducho fotógrafo, tampoco tomó imágenes del estado del hipogeo. En sólo dos días todo el contenido de la TT320 estaba embarcado en cajas camino de El Cairo: más de cincuenta momias, entre miembros de la familia real de tres dinastías diferentes del Reino Nuevo y otros personajes menos relevantes, acompañadas por más de seis millares de piezas de ajuar funerario. La noticia no tardó en extenderse, y en su recorrido Nilo abajo en las orillas se agolpaban multitudes que lloraban al paso del convoy. Parecía el funeral de un gran personaje de época faraónica. Las momias reales habían terminado en la tumba de Pinedjem, un gran sacerdote de Amón de la XXI dinastía que se proclamó rey de Egipto, o al menos de la zona de Tebas, aprovechando la turbulencia social del Tercer Período Intermedio (su momia también apareció en el escondrijo). Durante esta época, casi todas las tumbas del Valle de los Reyes resultaron saqueadas. En el proceso de ser despojadas de sus joyas y amuletos, las momias fueron maltratadas por los saqueadores. Pacientemente, a lo largo de un período cercano a los sesenta años, los sacerdotes de la XXI

dinastía fueron recuperando las diferentes momias y agrupándolas en tumbas consideradas más seguras. Tras varios traslados, la mayoría terminaron en lo que se conoce como el *cachette* de Deir el-Bahari, donde fueron introducidas con posterioridad al año undécimo del reinado de Sheshonq I (XXII dinastía).



FIGURA 9.4. La cabeza de la momia de Tutmosis II. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.



FIGURA 9.5. La cabeza de la momia de Tutmosis III. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.

Son las propias momias quienes nos hablan de su azarosa vida tras sus funerales de Estado; pues, probos funcionarios como eran, los sacerdotes dotaron a cada una de una etiqueta con el nombre del soberano y algunos datos sobre el traslado. No se puede decir que las momias tuvieran una vida tranquila. Tras ser enterradas, primero fueron saqueadas y luego trasladadas en diversas ocasiones antes de poder descansar durante unas decenas de siglos a la espera de ser descubiertas por los Abd el-Rassul. Sobre las vendas de la momia de Ramsés II, una etiqueta nos informa de un primer traslado:

Año 15.º, tercer mes de la estación de *akhet*, día 6.º. Día de traer al rey Osiris Usermaatresetepenre [Ramsés II], vida, prosperidad, salud, para renovarlo y enterrarlo en la tumba del rey Osiris Seti, vida, prosperidad, salud por el gran sacerdote de Amón Pinudjem.

Etiqueta de la momia de Ramsés II.⁷

El testimonio es claro, algunas momias reales fueron sacadas de sus enterramientos para ser agrupadas en la tumba de Seti I (KV 17) con la intención de protegerlas. Años después, al comprobarse que el hipogeo elegido no era tan seguro como habían pensado, las momias fueron reunidas en una nueva tumba, la de la reina Inhapi. La etiqueta visible sobre el ataúd de la momia de Ramsés I nos ilustra sobre el nuevo traslado:

Año 10.º, 4.º mes de la estación de *peret*, día 17.º del rey Siamon. Día de sacar al rey Menpehtyre fuera de la tumba del rey Menmaatresetymerenptah para que pueda ser llevado a este gran lugar de Inhapi...

Etiqueta del ataúd de Ramsés I.⁸

No finalizó aquí su odisea, pues aún les quedaba un último traslado, esta vez a la tumba de Pinedjem I (TT320) (Fig. 9.1). Fue allí donde en 1871, diez años antes de que Brugsch fuera conducido a ella, se perdió una de las cabras de la familia Abd el-Rassul. El encargado de vigilarlas, Ahmed, persiguió sus desesperados balidos y al fin pudo localizarla en el fondo de un pozo. El animal era valioso, de modo que mascullando se metió en el agujero y bajó a buscarlo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz no pudo dar crédito a lo que veía: estaba en una tumba rodeado de ataúdes con la imagen de una serpiente en la frente. Como buen habitante de Gurna sabía lo que eso significaba: ¡momias reales! Era innegable que era su día de suerte, no sólo había recuperado el animal, sino que todo un futuro de riquezas se abría ante

él y su familia. Como era su obligación, puso el descubrimiento en conocimiento del cabeza de familia, su hermano mayor Mohamed, quien involucró a otro hermano, Hussein, y decidió la estrategia a seguir para mejor beneficiarse del hallazgo. No cabe duda de que fue la adecuada, pues gracias a ella durante una década obtuvieron notables ingresos de los objetos robados de la tumba, en la cual sólo penetraron tres o cuatro veces en todo ese tiempo.

Apenas veinte años después de este gran descubrimiento, tuvo lugar uno de características semejantes. Tras la renuncia de Jacques de Morgan (1857-1924), en 1897 Victor Loret (1859-1946) fue nombrado director del Servicio de Antigüedades. Su principal interés se centró en la excavación del Valle de los Reyes, que dirigió en gran parte desde su despacho en El Cairo, con ocasionales presencias sobre el terreno. Los resultados de esta política fueron espectaculares. En sólo dos temporadas de excavación, sus obreros descubrieron un total de 17 nuevas tumbas, una plusmarca imbatible.

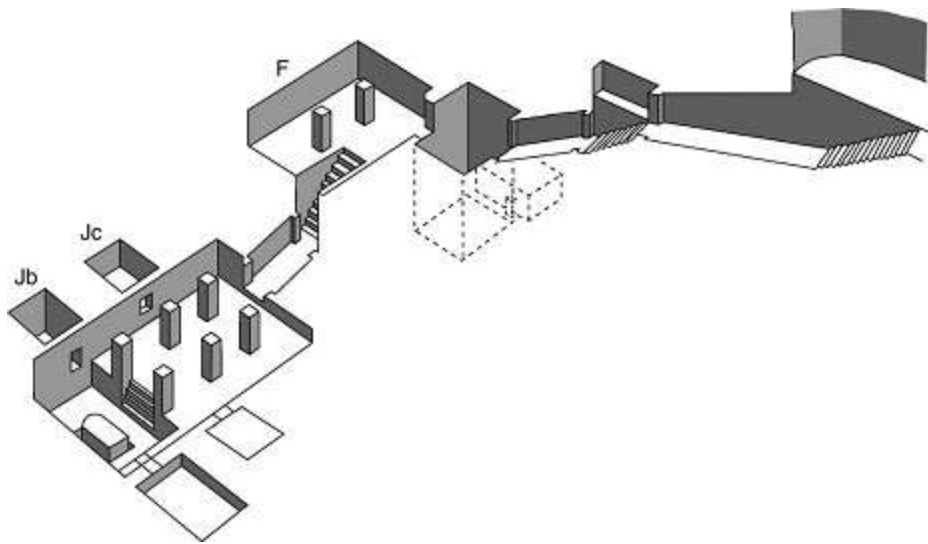


FIGURA 9.6. Vista 3D de la tumba de Amenhotep II (KV 35), donde se encontró el segundo escondrijo de momias reales.

Una de las mayores alegrías la proporcionó la tumba de Amenhotep II (KV 35) (Fig. 9.6), descubierta el 9 de marzo de 1898. Junto a su belleza intrínseca, con una decoración lineal a base de imágenes vacías de color, la tumba deparó el inesperado regalo de encontrar al dueño de la tumba dentro aún de su sarcófago (Fig. 5.8). No era la única momia que contenía el

hipogeo. Había una en la antecámara F, tres más sin las vendas en la sala J_C y nueve más dentro de sus ataúdes en la cámara J_B. Loret se introdujo en esta habitación esperando encontrar un grupo de enterramientos tardíos. Se inclinó sobre el ataúd más a mano y sopló el polvo grisáceo que lo cubría, dejando al descubierto el nombre de Ramsés IV. Emocionado se acercó al siguiente y por entre su milenaria capa de suciedad pudo leer el nombre de su propietario, Ramsés VI. Acababa de descubrir un nuevo escondrijo de momias reales. El fondo de la estancia estaba ocupado por seis ataúdes con sus respectivas momias: Tutmosis IV (Fig. 9.7), Amenhotep III (Fig. 9.8), Seti II (Fig. 9.9), Merenptah (Fig. 9.10), Siptah (Figs. 9.11 y 11.2) y Ramsés V (Fig. 11.3), y la parte frontal derecha de la habitación por otros tres: mujer desconocida D, Ramsés VI (Fig. 9.13) y Ramsés IV (Fig. 9.14).



FIGURA 9.7. Cabeza de la momia de Tutmosis IV. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.

Con buen criterio, Loret decidió trasladar todas estas momias al Museo de El Cairo. La única que dejó *in situ* fue la del dueño de la tumba, que durante tres años recibió majestuosa a los visitantes que se adentraban en las profundidades del hipogeo. Fue entonces cuando se produjo un desgraciado incidente que supuso la violación de la momia, la cual resultó desposeída de sus amuletos por una mano experta.



FIGURA 9.8. La momia de Amenhotep III. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.



FIGURA 9.9. La momia de Seti II. Museo de El Cairo, XIX dinastía.



FIGURA 9.10. Cabeza de la momia de Merenptah, XIX dinastía.



FIGURA 9.11. Diversas etapas del desvendado de la momia de Siptah. Museo de El Cairo, XX dinastía.



FIGURA 9.12. La posible momia de Setnakht en la tumba KV 35, XX dinastía.

Por esas fechas el inspector jefe del Servicio de Antigüedades para el Alto Egipto era un joven Howard Carter (1874-1939), quien poco después publicó un artículo describiendo los acontecimientos. Tal cual narraron los guardias nocturnos de la necrópolis el suceso, el robo tuvo lugar el 24 de noviembre de 1901 al poco de ocultarse el sol. Los tres se encontraban reunidos delante de la KV 10 tomando su habitual refrigerio vespertino, cuando de improviso apareció un grupo de trece enmascarados que los encañonó con sus armas. Mientras media docena se encargaba de mantenerlos a raya, los otros siete asaltantes se perdieron de vista. Cuando sus compinches les comunicaron que el botín estaba a salvo, los ladrones liberaron a los guardias y se perdieron a toda prisa por los caminos del *wadi*. Los vigilantes se lanzaron en su persecución, pero por tres veces dispararon contra ellos, lo cual les recomendó prudencia. Cuando finalmente se atrevieron a asomarse de nuevo y comprobaron que los ladrones habían desaparecido, inspeccionaron las tumbas. No tardaron en darse cuenta de que la cancela de hierro que protegía la entrada a la tumba de Amenhotep II había sido forzada. Uno de ellos corrió a avisar a Carter, mientras los otros dos se quedaban de guardia. La búsqueda de los asaltantes comenzó al día siguiente. Los guardias dijeron haber reconocido a tres de ellos: Ahmed Abd el-Rassul, Abderramán Ahmed Abd el-Rassul y Mohamed Abderramán. Como primera

provisión, tanto estos personajes como los propios guardias asaltados fueron puestos bajo custodia. Carter conocía demasiado bien los entresijos del poblado como para andarse con muchos miramientos. La historia de los vigilantes no estaba del todo clara y el robo era casi una afrenta personal. Para investigarla puso todo su empeño y capacidad de observación, convirtiéndose en un digno émulo de Sherlock Holmes, por entonces en el apogeo de su fama literaria.⁹



FIGURA 9.13. La cabeza de la momia de Ramsés VI. Museo de El Cairo, XX dinastía.



FIGURA 9.14. La cabeza de la momia de Ramsés IV. Museo de El Cairo, XX dinastía.

Acompañado por un par de personas, entre ellas un policía, Carter se dirigió al poblado de Gurna en busca de pistas, que no encontró. Sin desanimarse, pasó a estudiar la escena del delito, la tumba de Amenhotep II, donde comprobó que las vendas de la momia habían sido rajadas, pero sin dañar el cuerpo del soberano en la operación. Había sido obra de un experto, pues sólo se habían cortado las vendas allí donde suelen encontrarse amuletos. Carter consideró que no habían hallado nada en el cuerpo del faraón y quizá por eso se ensañaron con la momia de la antecámara (Fig. 9.12), que destrozaron, robando el barco de madera donde había sido colocada milenios atrás.¹⁰ Una rejilla metálica la protegía y separaba de los visitantes, y nuestro empeinado detective comprobó que una esquina había sido forzada con una palanca. Con cuidado tomó nota de las señales y marcas antes de poner la rejilla en manos del fiscal.

A la mañana siguiente regresó a la tumba a continuar sus pesquisas, durante las cuales descendió con una cuerda al pozo de la tumba, para comprobar si los ladrones habían dejado caer algo inadvertidamente. Si bien esta intuición demostró ser errónea, en cambio sí descubrió una cosa curiosa: con unos trozos de papel de aluminio y un pegote de resina se había intentado aparentar que el candado de la tumba no había sido forzado. Era un detalle muy sospechoso. Si el robo había tenido lugar como dijeron los guardias, con rapidez, fuerza e intimidación, semejantes precauciones para camuflar el candado roto eran innecesarias. Se trataba además del mismo *modus operandi* empleado durante el robo de una tumba sucedido apenas unas semanas atrás, el 11 de octubre, el principal sospechoso del cual era, ¡cómo no!, Mohamed Abd el-Rassul. La historia de los vigilantes empezaba a hacer agua. En pleno frenesí detectivesco, Carter estudió, fotografió y midió las huellas de pies desnudos encontradas en ambas tumbas. En ambos casos comprobó que sólo una persona había penetrado en el interior, pues las pisadas de ambos grupos eran iguales entre sí al milímetro. Mientras tanto, el experto rastreador que había contratado para seguir las huellas que salían de la tumba terminó llegando a... ¡la casa de los Abd el-Rassul! Los hermanos fueron detenidos y su domicilio registrado, encontrándose material menor robado de otras

tumbas. Era suficiente como para hacerlos comparecer ante un tribunal, pero no lo que andaba buscando. Carter solicitó y obtuvo permiso para estudiar las huellas de los pies de Mohamed, comprobando satisfecho que coincidían con las de las tumbas. Su caso se hizo más firme cuando se supo que días antes del robo Mohamed había comprado una barra de hierro. Pese a todas las pruebas reunidas, Mohamed Abd el-Rassul fue el único llevado a juicio, solo para ver cómo el tribunal rechazaba una tras otras las pruebas presentadas por la acusación, incluida la de las huellas de los pies. El enfado y la impotencia de Carter fueron mayúsculos, pero no cabía esperar menos: Scotland Yard sólo había creado su departamento de estudio de las huellas dactilares ese mismo año de 1901, y todavía seguía siendo una técnica nueva y desconocida.

En cuanto al robo, lo más probable es que en realidad hubiera tenido lugar algunos días antes del 24 de octubre y que toda la historia de los ladrones armados y los disparos fuera una patraña urdida por los vigilantes para encubrir su negligencia. Aprovechando que Carter había partido hacia el sur en viaje de inspección, los vigilantes descuidaron sus obligaciones y por esas fechas se los pudo ver descansando en Luxor en vez de vigilando el Valle de los Reyes. Mohamed Abd el-Rassul comprendió que el momento era perfecto y llevó a cabo el trabajo. Al ser descubierto días después, los vigilantes urdieron su historia antes de llamar a Carter de vuelta.

Carter había demostrado diligencia y buen hacer, por lo que el robo no afectó en nada a su carrera. No sucedió lo mismo en Saqqara unos años después, en enero de 1905 concretamente, cuando actuaba como inspector jefe del Servicio de Antigüedades en el Bajo Egipto. La soberbia de un grupo de turistas franceses borrachos, que se colaron por la fuerza en el Serapeum, actuando como si estuvieran en territorio conquistado, se encontró con la escasa paciencia para las tonterías y el fuerte temperamento de Carter. En un momento dado, los turistas atacaron a los vigilantes y Carter dejó que éstos se defendieran, quedando vencedores en la refriega. El incidente alcanzó niveles de conflicto diplomático con tintes racistas, pues si bien Egipto era un protectorado inglés, la influencia francesa en el país era notable, y que Carter dejara que unos nativos golpearan a unos europeos era un ataque frontal contra el *statu quo*. Tras unas amargas semanas de recriminaciones y malos

entendidos, el suspicaz egiptólogo decidió renunciar al cargo de inspector jefe antes que presentar unas excusas que los franceses no se merecían. Fue el comienzo de una etapa muy difícil de su vida, durante la cual sobrevivió como pudo vendiendo sus pinturas en Tebas. Las cosas mejoraron infinitamente cuando conoció a lord Carnarvon, en 1909, y se convirtió en su egiptólogo personal. Fue el comienzo del camino que trece años después los condujo al descubrimiento de la tumba de Tutankhamon.

Tras más de una década de colaboración sin descubrimientos relevantes, al menos a los ojos del rico mecenas, deseoso de encontrar grandes tesoros, la asociación entre Carter y lord Carnarvon estaba a punto de romperse. Carter consiguió convencerlo para que subvencionara una última campaña, la de 1922. En pocos meses se comprobó que había sido una excelente decisión, porque el 4 de noviembre de ese año Carter encontró la escalera de acceso a la tumba, prácticamente intacta,¹¹ de Tutankhamon, ganándose así un puesto en la historia de la egiptología. Con la momia del joven soberano recién descubierta (Fig. 15.4), a falta de unos pocos nombres la lista de faraones del Reino Nuevo quedaba casi completa.

Hay algunos casos, como el de Akhenaton, en los cuales todavía se debate sobre la identidad de unos restos momificados (los hallados en la KV 55), mientras que en otros no se ha encontrado ninguna momia que pueda ser identificada como la de un rey. Los faraones cuya momia falta por encontrarse son: Tutmosis I, Horemheb, Ay, Tausret, ¿Setnakht?, Ramsés VII, Ramsés VIII, Ramsés X, Ramsés XI y Herihor. Ramsés I parece felizmente recuperado tras una larga estancia a la sombra de las cataratas del Niágara, como ya vimos en el primer capítulo. Del mismo modo, recientemente parecen haberse dado los pasos adecuados para identificar la hasta ahora desaparecida momia de Hatshepsut.

A pesar de conocerse desde antiguo, la tumba de Hatshepsut (KV 20) (Fig. 7.8) no fue excavada por completo hasta 1903-1904. El encargado de la tarea fue Howard Carter quien, entre otras cosas, encontró en su interior los vasos canopos de Hatshepsut y dos sarcófagos de piedra vacíos: uno destinado a la reina (Museo de El Cairo) y otro para su padre (Museo de Boston), pero no la momia de la soberana. Hatshepsut había sido momificada, los egiptólogos no tenían dudas de ello, pues en 1881 en el

cachette de Deir el Bahari (DB 320) (Fig. 9.1) se encontró una pequeña caja de madera con el nombre de la reina que contenía restos de sus vísceras embalsamadas. ¿Dónde se encontraba entonces la momia de Hatshepsut? ¿Acaso los funcionarios encargados de su *damnatio memoriae* la habían destruido para impedirle reposar para la eternidad? La incógnita se ha mantenido durante más de cien años.

En realidad, puede que fuera el propio Carter quien descubriera la momia de la mujer faraón sin percatarse de ello. Al pie de su tumba, Hatshepsut ordenó excavar un pequeño hipogeo (KV 60) para su nodriza, Sit-Ra, conocida también como In. Fue el egiptólogo británico quien estudió someramente este enterramiento, saqueado durante la Antigüedad. La tumba estaba formada por una única habitación de 4 × 5 m, a la que se accedía bajando un corto tramo de escalones. En su interior se encontraron numerosas ofrendas de comida (en forma de gansos momificados) y dos momias. Una de ellas era de escasa estatura y reposaba dentro de un ataúd con el nombre de la nodriza real, por lo que se supuso que pertenecía a la dueña de la tumba. La otra momia se encontraba tendida a los pies de la primera, cerca del ataúd. Se trataba de una mujer obesa de grandes pechos, de algo más de metro y medio de estatura, con la dentadura en muy mal estado, la frente calva, una larga melena en la parte posterior de la cabeza y el brazo izquierdo doblado sobre el pecho, a la manera de los soberanos de la XVIII dinastía (Foto 19). Esta reveladora característica no parece haber llamado la atención de Carter, que cerró la tumba tras tomar nota de todos los hallazgos. En 1906 Edward Ayrton abrió brevemente la tumba para transportar al Museo de El Cairo la momia que reposaba dentro del ataúd. Sólo en 1989 fue estudiada con detalle la KV 60, a manos de Donald Ryan, quien se encargó de proteger la momia de la mujer obesa introduciéndola dentro de una caja de madera. Elisabeth Thomas estudió el cuerpo y sugirió que se trataba del cadáver de Hatshepsut.

En el año 2006, la tesis de Thomas fue negada vehementemente por la misma persona que un año después se jactaría de ser el responsable de su definitiva identificación, Zahi Hawass. Como argumento para negar las conclusiones de la egiptóloga norteamericana sostuvo que su gordura y grandes pechos encajaban con el tipo físico propio de una nodriza y en modo alguno podía ser el cuerpo de una reina de Egipto. Sólo cuando un canal de

televisión, el Discovery Channel, le hizo saber su interés en grabar un documental sobre la reina y en proporcionarle la financiación adecuada para el estudio de las momias —entre otras cosas se alquiló un escáner portátil y se montó un laboratorio de estudio de ADN—, accedió Hawass a investigar la cuestión del cuerpo desaparecido de la reina Hatshepsut.

El paso más evidente era escanear los cuerpos de la KV 60, para lo cual hubo de traerse la momia de la mujer obesa hasta el Museo de El Cairo, donde el cuerpo de la nodriza de Hatshepsut se encontraba extraviado. Por fortuna, los esfuerzos de la conservadora Someya Abdel Someia consiguieron localizarlo en un almacén del tercer piso. No obstante, para poder realizar la identificación con seguridad era necesario comparar el posible cuerpo de la reina con el de algún familiar, lo que suponía alguna dificultad, porque los nombres que identifican a muchas de las momias reales del Reino Nuevo están equivocados; un problema que trataremos más adelante y que se remonta a la XXI dinastía.

Como elemento comparativo femenino se eligieron cuatro momias. Dos de ellas aparecieron en la DB 320: la llamada «mujer desconocida A», identificada por Maspero con la reina Meritamón, hija y esposa de Ramsés II; y la «mujer desconocida B», de largos cabellos canos con extensiones negras y las orejas agujereadas para adornarse con pendientes, que podría ser Tetisheri, una de las importantes reinas de finales de la XVII dinastía. Las otras dos momias que completaban el cuarteto comparativo fueron halladas en la KV 35: una es la «mujer vieja», de la que se piensa pueda ser la reina Tiye; la otra, una mujer anónima de menos edad. Como elemento comparativo masculino se eligieron las momias de tres varones consanguíneos de Hatshepsut: Tutmosis I (su padre), Tutmosis II (su medio hermano y esposo) y Tutmosis III (su sobrino e hijo adoptivo). No obstante, las últimas investigaciones sugieren que la momia identificada como Tutmosis I en realidad puede ser la del abuelo de Hatshepsut y la de Tutmosis II ser la de Tutmosis I. En cualquier caso, se trataría de familiares de la reina, lo que proporcionaría elementos comparativos suficientes.

Los vasos canopos y la cajita de madera con restos de vísceras de la reina encontrada en la DB 320 pasaron también por el escáner. Una decisión sin duda afortunada, porque en esta última se encontró la clave de la

identificación de la reina: un diente envuelto por el hígado momificado que contenía la caja. Su existencia no es extraña, porque los embalsamadores de la mujer obesa tuvieron bastante trabajo con ella: debido al sobrepeso tuvieron que eviscerar el cadáver a través de la pelvis y no mediante la tradicional incisión lateral. De algún modo, durante las manipulaciones el diente se salió de su alveolo y los embalsamadores lo guardaron en un contenedor adecuado, como era habitual.

De las nueve momias escaneadas, sólo a la mujer obesa le faltaba una pieza dental, precisamente la hallada dentro de la cajita de Hatshepsut. Un profesor de odontología de la Universidad de El Cairo, el Dr. Galal El-Beheri, confirmó que alveolo y pieza dental coincidían a la perfección. Como el diente estaba en una caja perteneciente a la reina, la mujer obesa debía de ser la reina.

Se trata de un indicio muy sugerente, pero en modo alguno definitivo y son numerosos los científicos y egiptólogos que se apresuraron a pedir prudencia. Lo correcto habría sido esperar a los resultados de los análisis del ADN de las momias antes de anunciar la identificación definitiva. El proceso puede tardar en completarse, porque hasta el momento la obtención de muestras viables de ADN de momia ha resultado bastante complejo, pues su extracción es difícil y las muestras tienden a estar degradadas, cuando no contaminadas. Pese a todo, en el caso que nos ocupa una aguja de biopsia de médula de hueso ha permitido obtener muestras aparentemente viables de Tetisheri, Tutmosis I y Tutmosis III, así como del fémur y la pelvis de la momia obesa; precisamente, este último hueso presentaba un cáncer, metástasis de un tumor primario en otro lugar del cuerpo. Se han conseguido así secuencias parciales de ADN mitocondrial (material genético transmitido de madres a hijas e hijos) y de ADN nuclear, mucho más frágil. El estudio de las muestras continúa, pero a tenor de lo comentado por los investigadores, los resultados son esperanzadores. Falta que se publiquen definitivamente, pero hasta entonces parece que existe más de alguna posibilidad de que la momia obesa de la KV 60 sea la de la reina Hatshepsut.

En cuanto a los objetos encontrados en la tumba KV 55, que tantas discusiones siguen generando entre los egiptólogos, pueden dividirse en cuatro grupos: un sarcófago de exquisita factura, pero dañado con saña y con

una momia dentro (Fig. 9.15); los restos igualmente dañados de un santuario de madera perteneciente a la reina Tiyi; cuatro vasos canopos usurpados que hacen juego con el sarcófago; y, por último, cuatro ladrillos mágicos, dos de los cuales contienen el nombre de Akhenaton. En un principio su excavador, Davis, pensó que el ataúd de la pequeña tumba contenía los restos de la reina Tiyi, madre de Akhenaton, pero el estudio de los huesos reveló que se trataba en realidad de un hombre. Nada es seguro respecto a esta tumba, pero como dijo Arthur Weigall, todo en ella señala a Akhenaton. Se trata de un hipogeo en un principio destinado a la madre de este soberano. Luego tenemos que los restos aparecieron atados con tiras de tela con el nombre de Akhenaton, dentro de un ataúd con los nombres de este mismo soberano borrados. Su estructura ósea no guarda relación con la peculiar iconografía del faraón hereje¹² y, según los últimos estudios anatómicos, la edad biológica no coincide con la edad histórica. Sin olvidarnos de que quienes penetraron en la tumba y llevaron a cabo la *damnatio memoriae* en la misma sin duda creían reconocer en su ocupante a Akhenaton, de ahí el proceso de borrado de su nombre y la saña contra el cuerpo. La misma biología viene en apoyo de esta identificación, pues la momia de la KV 55 y la de Tutankhamon, a quien cada vez más se tiende a considerar como hijo de Akhenaton, comparten el mismo tipo de grupo sanguíneo, el A₂MN. La conclusión inevitable es que si anda como un pato, tiene plumas como un pato y grazna como un pato es... Akhenaton.



FIGURA 9.15. Los restos hallados en la KV 55. Museo de El Cairo.

El punto débil de esta identificación, basada sobre todo en la documentación arqueológica, sería la edad de la muerte de la momia, que G. E. Smith calculó en 25-26 años y D. Derry en no más de 23. No obstante, recientemente Fawzia Hussein y James E. Harris han estudiado de nuevo la momia y llegado a la conclusión de que el desgaste de sus dientes permite calcularle una edad de unos 35 años, corroborada por el estudio de las nuevas placas de rayos X realizadas a los huesos largos de la momia, la cual coincidiría con la que se calcula para el «hereje»; pero no todos aceptan este estudio.

Los problemas de identificación de los soberanos del Reino Nuevo no se limitan a la momia de Akhenaton. A pesar de haber aparecido identificadas con sus etiquetas, no está nada claro que las momias encontradas en los dos escondrijos de Tebas sean las de quienes dicen ser. La discrepancia se observó ya al poco tiempo de ocurridos los descubrimientos, concretamente en 1912, cuando G. E. Smith realizó el primer estudio antropológico de las mismas:

Existe escaso parecido con los rasgos de los demás faraones de la XIX dinastía en los de Seti II, que en cambio se asemejan de forma sorprendente a los de la XVIII dinastía. Su aquilina nariz, pequeña, estrecha y de caballete alto, se parece a la de Amenhotep II y Tutmosis IV. La marcada proyección de los dientes superiores y la colgante mandíbula inferior son otros puntos de semejanza con la familia real de la dinastía precedente y de contraste con la pesada mandíbula ortognata de los soberanos de la XIX dinastía.¹³

Posteriormente se han planteado dudas respecto a la identidad real de las momias de Tutmosis I, Tutmosis II, Tutmosis IV y Amenhotep III. ¿Cómo es posible? ¿Acaso no están las momias identificadas con sus nombres en etiquetas escritas sobre ellas y en los sarcófagos? La explicación es sencilla. Cuando se decidió recuperar las momias y enterrarlas juntas en un lugar apartado, lo primero que hicieron los sacerdotes fue llevarlas a Medinet Habu¹⁴ para restaurar sus vendas y recuperar así parte de la dignidad perdida de los soberanos. En el antiguo Egipto eran muy pocas las personas que sabían leer, de modo que si el supervisor de la operación no estaba muy atento, al perder sus vendas las momias quedaban convertidas en cuerpos resacos anónimos. Un problema que se agravaba cuanto más tiempo

estuvieran almacenadas las momias, por lo cual no resulta nada extraño que la identidad de las momias se traspapelara mientras estaban siendo adecentadas en el templo de millones de años de Ramsés III.

Desde el punto de vista arqueológico, la base que sostiene la identificación de las momias reales de los *cachettes* es bastante frágil.¹⁵ En realidad, el único cuerpo con el que se puede contar para reconstruir toda la genealogía de los faraones del Reino Nuevo es la momia de Tutankhamon, encontrada intacta en su tumba. La cual pertenece, por cierto, a un varón fallecido a los 19 años de edad, es decir, que el faraón niño, como se lo suele llamar, era en realidad un adolescente. Con esta momia como referencia y con los estudios antropométricos realizados a las momias reales, los antropólogos pueden presentar una identificación biológica de las mismas que difiere de la proporcionada por las etiquetas. Tampoco es segura al cien por 100, pero sí permite hablar de una identificación probable o improbable.

El estudio antropológico consistió en el análisis con rayos X de los cráneos de las momias. Primero se realizaron placas cefalométricas laterales de los mismos y sobre ellas se midieron un total de 177 puntos diferentes. Gracias a las dimensiones tomadas se consiguió un dibujo simplificado del cráneo (Fig. 9.16), en el cual aparecen todos sus rasgos característicos y que permite realizar comparaciones bioestadísticas entre ellos. Como la forma de los cráneos está definida por las leyes de la herencia genética, estudiando en cada uno los mismos cinco parámetros: la mandíbula, los maxilares, la base del cráneo, la relación entre los maxilares y la mandíbula y la relación entre la mandíbula y la base del cráneo, los especialistas pueden inferir cuáles son las momias que tienen más probabilidades de ser familiares directos y cuál puede ser la relación existente entre ellas.

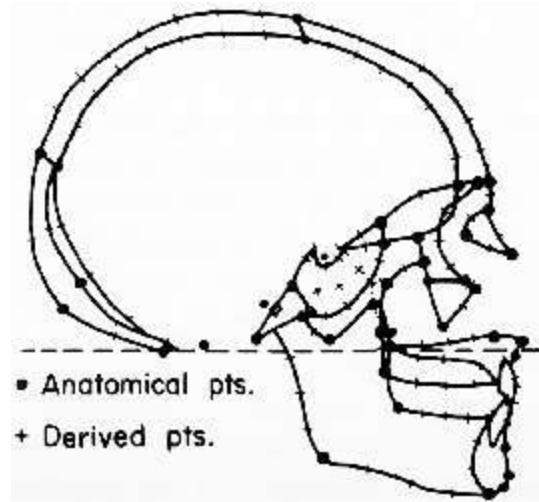


FIGURA 9.16. Dibujo cefalométrico de la momia de Tutmosis IV.

El resultado del estudio anterior es que la momia identificada como Ahmose no puede ser la de un hijo biológico de la identificada como de Sequenre Taa II y tampoco como la del padre de la identificada como Amenhotep I; aunque estas dos últimas momias sí presentan entre ellas una morfología craneana muy similar. Por su parte, la momia identificada como Amenhotep II es la que biológicamente tiene menos posibilidades de pertenecer al hijo de la momia identificada como Tutmosis III. Tampoco es probable que la momia identificada como Amenhotep II pertenezca al padre biológico de Tutankhamon, ni al de la identificada como Tutmosis IV o al progenitor del cuerpo de la KV 55. La momia identificada como Amenhotep III no es biológicamente aceptable como vástago de la momia identificada como Tutmosis IV y tampoco es probable que se trate del padre del cuerpo de la KV 55 o del de Tutankhamon. El padre biológico más probable para esta momia sería el cuerpo identificado como Amenhotep II. Por último, la momia de Seti II es poco probable que sea la del hijo de la identificada como Merenptah o el nieto de la identificada como de Ramsés II. En cambio, sí presenta una asombrosa similitud craneométrica con la momia identificada con Tutmosis III, lo que sugiere que ha de pertenecer a un soberano de comienzos de la XVIII dinastía. Del mismo modo, las momias identificadas como Seti II (Fig. 9.9), Tutmosis II (Fig. 9.4) y Tutmosis III (Fig. 9.5) presentan grandes similitudes craneométricas entre sí (Fig. 9.17).

Exactamente lo mismo que sucede con las momias de Tutmosis IV, el cuerpo de la KV 55 y la de Tutankhamon, lo cual sugiere una relación abuelo-padrenieto entre ellos.

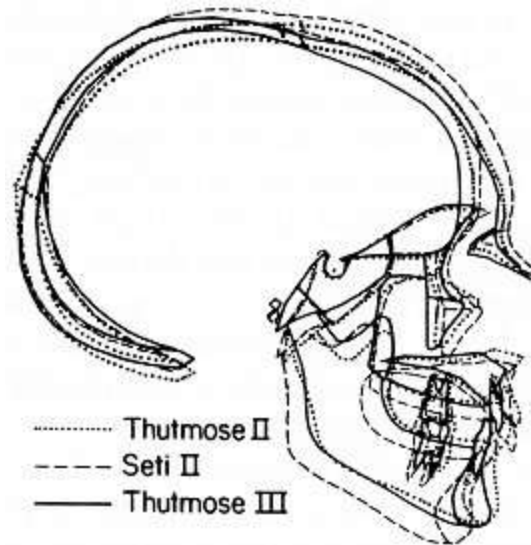


FIGURA 9.17. Dibujos cefalométricos de los cráneos de las momias de Tutmosis II (línea de puntos), Tutmosis III (línea discontinua) y Seti II (línea continua).

Teniendo todo esto en cuenta, así como los datos históricos proporcionados por la arqueología, se puede sugerir la siguiente identificación de las momias:

Momia identificada como		Probablemente la momia de
Tutmosis I	=	¿Padre de Tutmosis I?
Tutmosis II	=	Tutmosis I
Seti II	=	Tutmosis II
Tutmosis III	=	Tutmosis III
Falta	=	Amenhotep II
Amenhotep II	=	Tutmosis IV
Tutmosis IV	=	Amenhotep III
KV 55	=	Akhenaton

Tutankhamon	=	Tutankhamon
Amenhotep III	=	¿Ay?

La bioestadística no es la única de las ramas de la biología que puede utilizarse para intentar aclarar la genealogía de las momias reales. Los estudios de los grupos sanguíneos también proporcionan datos interesantes. Por ejemplo, del análisis serológico realizado en algunas de ellas parece desprenderse que Akhenaton, Esmenkhare, Tutankhamon y Sitamon podrían ser todos ellos hijos de la pareja formada por Amenhotep III y la reina Tiye. Si bien históricamente esta relación no parece sostenerse, no cabe duda de que el grupo sanguíneo demuestra que entre ellos existió una estrecha relación biológico-familiar, la cual casa perfectamente con los estudios craneométricos y con la genealogía tal como la conocemos por los documentos históricos. Sólo un estudio exhaustivo del ADN de las momias podría clarificar definitivamente la cuestión, pero quizá tengamos que esperar unos años más, hasta que la técnica para extraer muestras fiables de cuerpos momificados esté por fin conseguida.

Las momias reales de Tanis

Cuando Pierre Montet (1885-1966) realizó su extraordinario hallazgo, nunca podía haber sospechado que un suceso de magnitudes planetarias le impediría recibir el reconocimiento inmediato que merecía. No todos los días se descubre una necrópolis real faraónica, con varias tumbas intactas acompañadas por un riquísimo ajuar funerario y un faraón desconocido. Todavía quedaban varios meses para el estallido de la segunda guerra mundial, pero a finales de febrero de 1939, cuando se descubrió la primera tumba, el mundo estaba más preocupado de su futuro inmediato que de los hallazgos arqueológicos. Las democracias liberales se preparaban para lo peor utilizando la táctica del avestruz, mientras dictadores fascistas y tiranos comunistas tentaban sus fuerzas en la península Ibérica por intermedio de los dos bandos de la guerra civil española.

El descubrimiento se realizó de forma fortuita, pero no por casualidad. Interesado en los contactos entre Egipto y Canaán, Montet había estado excavando en Biblos desde 1924. En 1929 decidió regresar a tierras egipcias dispuesto a intentar desentrañar los misterios de la ciudad de Tanis (en el Delta oriental), que por aquél entonces se creía era la antigua capital de los hyksos.¹ En los años anteriores al hallazgo de la necrópolis real, el equipo francés había descubierto esculturas tan importantes como la estatua-jeroglífico de Ramsés II (Foto 20); mas no fue hasta un decenio después de comenzadas las excavaciones cuando se descubrió la necrópolis real. El 27 de febrero de 1939, cercano ya el final de la campaña (como siempre sucede), los excavadores decidieron estudiar al fin una curiosa desviación visible en los planos de la zona suroeste del muro del recinto del templo de Mut. La tarea de dejar lista esa parte de la concesión para poder excavarla y averiguar el origen de la irregularidad no había sido fácil, pues hasta ocho metros de

escombros la cubrían. Tras varios años de esfuerzos finalmente habían llegado a la arena virgen de la colina sobre la cual se edificó la ciudad. Allí vieron una zona de arena y piedras que delimitaba un círculo grisáceo en la superficie arenosa. A la mañana siguiente se excavó lo que sabían era un pozo relleno, que a los dos metros desembocó en una losa de caliza. Ampliado el pozo, la losa se convirtió en un enlosado de cien metros cuadrados donde, tras limpiarlo, se apreció un nuevo pozo relleno. Esperanzados, los arqueólogos comenzaron a vaciarlo, y cuando entre los escombros apareció un pedacito de una joya de oro, su interés se tornó en impaciencia. Era un agujero de ladrones, pero ¿qué habían saqueado?

Georges Goyon se tiró de cabeza al agujero, literalmente, para averiguarlo. Como miembro más joven de la expedición, los veteranos decidieron agarrarlo por los pies e introducirlo boca abajo por la abertura. Una linterna eléctrica le permitió comprobar que se trataba de una estancia con las paredes repletas de relieves, con un techo azul decorado con estrellas doradas y un extraño olor, mezcla de milenios de humedad, calor y evaporados perfumes de aceites y ungüentos. La voz de su maestro Montet le llegó apagada desde el exterior: «¿Ve Ud. algún cartucho en la pared, lee algún nombre?». Con la sangre acumulándose en el cerebro y la emoción del descubrimiento, Goyon aún tardó unos instantes en responder: «¡Osorkon! ¡Es la tumba de Osorkon!». ² Y con estas sencillas palabras la historia de la XXI y la XXII dinastía cambió para siempre.

La necrópolis (Fig. 10.1), cuyo núcleo estaba formado por una estructura de mampostería de caliza y granito, había tenido en tiempos una superestructura en forma de mastaba de ladrillo. Durante una de las reformas del templo este edificio desapareció por completo, quedando las estancias subterráneas ocultas bajo el suelo nivelado. Todos se olvidaron de ellas, apenas señaladas por el extraño desvío del muro del recinto templario.

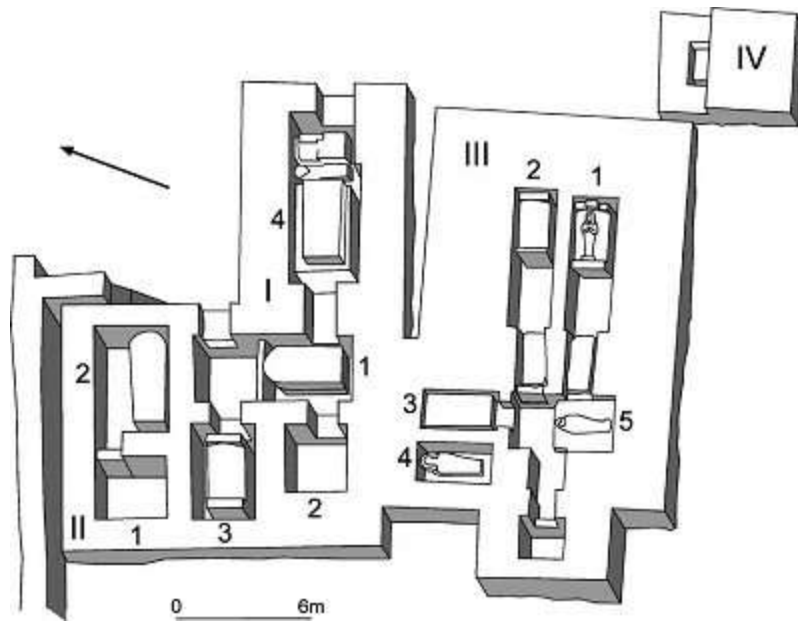


FIGURA 10.1. Vista 3D de las cuatro primeras tumbas de la necrópolis real.
Tanis, XXII dinastía.

En la primera (I) de las cuatro tumbas estudiadas entonces,³ los excavadores encontraron un enterramiento anónimo (I.1), un sarcófago vacío (I.2), un sarcófago de granito usurpado por Takelot II (I.3) y los ricos enterramientos de Osorkon II y uno de sus hijos, el príncipe Hornakht (I.4). Nada quedaba de sus momias en las tumbas saqueadas.

En la tumba II aparecieron una habitación vacía (II.1) y un cuerpo anónimo (II.2). Todo lo contrario que la repleta tumba III, donde se descubrió el cuerpo de Psusenes I (III.1) cubierto por una máscara de oro macizo. Una tabla de oro cubría todo el cuerpo, que había sido colocado dentro de un ataúd interior de plata maciza (Fig. 10.2), protegido a su vez por otro ataúd de granito. Todo el conjunto se introdujo finalmente en el interior del sarcófago usurpado de Merenptah, hijo y sucesor de Ramsés II. Apenas los huesos quedaban de Psusenes I, que murió a edad avanzada con unos tremendos problemas dentales y una artritis severa. El cuerpo de Amenemope también estaba cubierto por una máscara de oro (Fig. 10.3) y dentro de un ataúd interior de plata, conservado en el sarcófago de la reina Mutdjodmet, madre de Psusennes I, cuya cámara funeraria usurpó (III.2). El cuerpo estaba casi destruido por la humedad, pero correspondía al de un hombre de fuerte constitución que no sufrió problemas dentales, sólo los propios de una edad

avanzada. En dos estancias cercanas aparecieron sendos sarcófagos. Uno (vacío) perteneció al general Ankhefenmut (III.3) y el otro al visir Wendjebaendjed (III.4), enterrado con una máscara de oro (Fig. 10.4) y un asombroso conjunto de joyas. Frente a ellos se encontraba la tumba intacta de Sheshonq II, un faraón desconocido hasta entonces. Dentro de un ataúd de electro con cabeza en forma de halcón (Fig. 10.5) apareció la momia del soberano, con una máscara de oro y cubierta por un cartonaje completo hieracocéfalo. La tremenda humedad de la zona sólo había respetado los huesos de una persona que medía 1,69 metros de altura y que murió con unos cincuenta años de edad, aquejada de una meningitis producida por una herida en la frente, que se infectó llegando a afectar al cerebro. A su lado apenas se podían ver los restos de la descomposición de dos momias, seguramente las de Siamun y Psusennes II (III.5).



FIGURA 10.2. Sarcófago de Psusenes I Tanis, XXI dinastía. Museo de El Cairo.



FIGURA 10.3. Máscara de Amenemope. Tanis, XXI dinastía. Museo de El Cairo.



FIGURA 10.4. Máscara de Wendjebaendjed. Tanis, XXI dinastía. Museo de El Cairo.



FIGURA 10.5. Sarcófago de Sheshonq II. Tanis, XXII dinastía. Museo de El Cairo.

La tumba IV fue el lugar de enterramiento original de Amenemope y en la tumba V se enterró Sheshonq III. Las tumbas VI y VII, por su parte, son anónimas. Las excavaciones no se han detenido y en la actualidad continúan, descubriendo año a año una ciudad construida en su mayoría a base de piedras y monumentos usurpados a faraones anteriores y dotada de un grandioso templo que se esforzaba en copiar al de Amón en Karnak.

La paleopatología

Además de su interés como documento del modo de entender la vida que tenían los egipcios, las momias son para los paleopatólogos una constante fuente de información. El objetivo de estos investigadores es «... demostrar la presencia de las enfermedades en los restos humanos y de animales procedentes de los tiempos antiguos».¹ En el caso del Egipto faraónico se pueden considerar unos privilegiados, pues tienen a su disposición toda la gama de posibles fuentes de información. Además de las fuentes secundarias, como son las representaciones artísticas (imágenes y estatuas) y los textos (literarios, autobiografías), casi siempre pueden recurrir a la fuente primaria: los cuerpos de las momias. Junto a los estudios osteológicos, las excelentes cualidades conservantes del natrón y las técnicas de los embalsamadores egipcios hacen que las muestras de tejido de las momias egipcias puedan ser rehidratadas y estudiadas con una cierta facilidad, cada vez mayor cuanto más sofisticados y precisos se van haciendo con el tiempo los sistemas de análisis biológico.

El estudio de las enfermedades de los antiguos egipcios nos permite acercarnos a ellos de un modo mucho más personal. Saber de los atroces dolores sufridos por una mujer fallecida mientras daba a luz o de las insuficiencias alimentarias de los niños de un poblado, sin duda consiguen hacer más vívida y real nuestra reconstrucción de la sociedad faraónica. Ello es importante, porque el egipcio es un pasado milenario, cuya imagen ha llegado hasta nosotros distorsionada por el filtro color de rosa de la cultura grecolatina.

Los griegos consideraban el valle del Nilo como un territorio privilegiado e idílico. Su propio país era un territorio sin grandes ríos y sometido de continuo al fantasma de la sequía, pues como dice Heródoto, los

griegos «no tienen ningún otro medio de conseguir agua como no sea por la gracia de Zeus»;² por consiguiente, la presencia en Egipto de una abundante e ininterrumpida fuente de agua los maravillaba. En especial se sintieron fascinados por su régimen de crecidas anuales, el cual facilitaba enormemente la agricultura. Nada que ver la insultante facilidad de los campesinos egipcios comparada con los sudores invertidos en tierras helenas para lograr una cosecha anual. Lo que ellos no podían saber es que el envidiado Nilo también era responsable de muchos de los problemas de salud de los súbditos del faraón. Por contradictorio que pueda parecer, el origen de la vida en el valle del Nilo llevaba en sí el germen de una tremenda lacra que minaba físicamente a los habitantes de sus orillas.

A pesar de estar rodeados de desierto, los egipcios llevaban una vida acuática. El río cortaba en dos alargadas mitades el país y sus habitantes se esforzaban por hacer llegar sus aguas a todos los rincones donde la naturaleza no alcanzaba. Al llegar la inundación estival, dada la geología del río, de cauce convexo, las aguas cargadas de limo se desbordaban anegando sus orillas. Al retirarse semanas después, este barro en suspensión se acumulaba lentamente y terminaba por formar diques naturales paralelos al cauce del Nilo. La técnica agrícola egipcia era sencilla, consistía en reforzar estos diques naturales y completarlos con otros perpendiculares. Así se creaban estanques de escasa profundidad que se llenaban de agua con la crecida y donde ésta quedaba retenida hasta desaparecer, embebida en el suelo y evaporada por el sol. Una serie de canales conseguían hacer llegar las aguas de la crecida a los terrenos más elevados y alejados de la orilla. Además de para la avenida de aguas, los canales servían como medio de transporte, porque la parte superior de los diques hacía las veces de camino. Los poblados se encontraban situados en terreno de nadie, rodeados de canales y campos de cultivo, por lo cual la presencia de agua era una constante en la vida egipcia. Del faraón abajo, era imposible no entrar en contacto de un modo u otro con el agua estancada, el caldo de cultivo perfecto para la multitud de parásitos que infectaban a placer a los egipcios.

La principal y más insidiosa de las enfermedades endoparasitarias que afectaron a los egipcios es la esquistosomiasis, todavía hoy endémica en las zonas tropicales. Teóricamente, los diminutos gusanos que la provocan (los

machos de sólo 1 cm de longitud y las hembras del doble, si bien mucho más delgadas) sólo sobreviven en agua corriente, pero parte de su ciclo vital se desarrolla en el interior de unos diminutos caracoles que sí pueden vivir en las aguas estancadas. Dentro de los moluscos, los huevos de *Schistosoma haematobia* y de *Schistosoma mansoni* se convierten en larvas que son expulsadas al agua. Al contacto con los seres humanos penetran en su interior a través de la piel y por medio del sistema circulatorio terminan accediendo al recto (*S. mansoni*) o la vejiga (*S. haematobia*). Allí maduran, anidan, se aparean y desovan, causando hemorragias que acompañan a los huevos hasta las heces o la orina, por medio de las cuales son expulsados al agua para comenzar un nuevo ciclo. Siempre que la persona no se vuelva a infectar, al cabo de los 3-7 años que vive como media el gusano, el paciente sana, pero tal cosa era prácticamente imposible en el valle del Nilo. Para un egipcio resultaba quimérico evitar el contacto con el agua contaminada, no importaba su clase social; por esta razón, las constantes reinfecciones convirtieron la enfermedad en crónica para todos los habitantes del Doble País. Para hacerse una idea de la magnitud del problema, baste decir que en la década de 1950 casi la totalidad de la población egipcia (el 95 por 100) estaba infectada, una situación que muy bien podía reflejar la existente en época faraónica.³ La enfermedad estuvo presente en todas las etapas de la historia de Egipto, pues se ha detectado en las momias tanto predinásticas como del Reino Nuevo.

El síntoma más destacado de la esquistosomiasis es la presencia de sangre en la orina, algo que ya en el siglo XIX hizo que los soldados de Napoleón dijeran que Egipto era el país de los hombres que «menstruaban». Las consecuencias de la constante pérdida de sangre son la disminución del apetito, las infecciones urinarias y una importante anemia,⁴ todo lo cual desemboca en una lasitud generalizada, cansancio, falta de interés, debilitamiento de las defensas ante otras enfermedades...

Los reputados médicos egipcios eran conscientes del problema y sin duda conocían la enfermedad, al menos por su síntoma más evidente, las hemorragias urinarias o rectales. En los papiros médicos egipcios se mencionan varios remedios para paliarlas:

Otro remedio para terminar con una evacuación sangrante abundante: pasta, fresca: 1/8; rizoma de chufa, rallado: 5 ro; grasa/aceite: 1/8; miel: 1/8. Se filtrará y después se tomará cuatro días seguidos. Ningún remedio lo iguala.

Papiro Ebers, 49.⁵

Además de los dolores reumáticos que producía trabajar de continuo en un ambiente húmedo, el agua estancada unida a las altas temperaturas y las plantas acuáticas era un excelente entorno para el desarrollo de los mosquitos, transmisores de muchas enfermedades, en especial la malaria. Esta enfermedad se contagia por obra y gracia del anófeles hembra, que al chupar sangre humana introduce en el flujo sanguíneo del huésped el protozoo *Plasmodium falciparum*. Su presencia en la sangre se refleja en ataques periódicos de fiebre cada tres-cuatro días, producidos por la destrucción de millares de glóbulos rojos. Son las llamadas fiebres tercianas-cuartanas. Hasta no hace mucho, la existencia de la malaria en el antiguo Egipto sólo se podía deducir, pues no se trata de una enfermedad que produzca grandes cambios patológicos en las momias. Ahora su presencia se puede comprobar gracias a un test que detecta en las muestras de tejido humano el antígeno producido por las defensas del cuerpo ante la presencia del protozoo. Momias predinásticas, del Reino Nuevo y del Tercer Período Intermedio han demostrado estar infectadas en el momento de producirse la muerte.

Los mosquitos asimismo pueden infectar a los humanos con gusanos del orden de los filariodeos, algunos de los cuales pueden obturar el sistema linfático y provocar elefantiasis, mientras que otros son el origen de ciertos tipos de ceguera.

El agua que bebían los egipcios también tenía bastantes posibilidades de estar infectada por parásitos como el gusano de Guinea, *Dracunculus medinensis*. Introducidas en el cuerpo humano dentro de un diminuto crustáceo acuático, las larvas se liberan cuando éste es digerido, penetran en el tracto digestivo y migran hacia las cavidades abdominal o torácica. Mientras van creciendo, las larvas recorren los tejidos corporales y al llegar a la madurez, tres meses después, se aparean. El macho muere tras fecundar a la hembra,⁶ que se desplaza hasta alcanzar el tejido subcutáneo del tobillo. Una vez allí perfora la piel del mismo y crea una dolorosa ampolla, la cual estalla al contacto con el agua permitiéndole así expulsar sus huevos. Las

hembras pueden alcanzar una longitud de un metro y el método de extracción consiste en ir enrollando lentamente el gusano en un palo delgado, procurando que el parásito no se parta y la herida no se infecte.⁷ El proceso no es doloroso en sí mismo y puede durar hasta tres semanas. Caso de que no fuera posible este tipo de extracción es necesario recurrir a la cirugía y sajar la piel para extraer al parásito. En dos de las recetas del *Papiro Ebers*, las números 874 y 875 en concreto, se ha creído ver la descripción del procedimiento para la extracción de este gusano. La primera sería el método no invasivo y la segunda describiría el método quirúrgico.

Como no hay mal que por bien no venga, la misma fuente de gran parte de las infecciones parasitarias de los antiguos egipcios, el agua y el uso que hacían de ella, se ocupaba también de limpiar en parte el país. Durante todo el año, las aguas embalsadas para los cultivos y las pantanosas orillas del río se iban convirtiendo en el ambiente perfecto para el desarrollo de parásitos, mosquitos y demás focos infecciosos. Todo ello sin contar con la porquería y los desechos acumulados por la actividad humana diaria en los canales y cercanías de los poblados. La llegada de la inundación arrastraba todos los desechos y muchas de las posibles fuentes de infección:

La crecida hace que toda la cosecha sea buena para mí, pues mata las ratas y serpientes donde viven e impide que las langostas la devoren y que el viento del sur la coseche.

Estela de Taharqa.⁸

No obstante, si era una crecida demasiado grande o demasiado baja sus efectos podían ser devastadores. Aún en el caso de una crecida de la altura adecuada, la limpieza no duraba mucho, pues apenas comenzaba la retirada de las aguas empezaban de nuevo a aparecer los problemas. Como sucede hoy día, si un campesino egipcio tenía una urgente necesidad fisiológica no iba más allá de la parte superior del primer dique para aliviarse. Igual sucedía con los niños jugando en los canales o a la orilla del río. Como las heces humanas bien podían estar infectadas con lombrices, la ausencia de sistemas para drenar las aguas de albañal suponía un riesgo constante para la salud. Al mismo tiempo, si cualquiera de quienes se aliviaban estaba infectado de esquistosomiasis, como era lo más probable, la limpieza de la crecida no habría servido para nada, pues de nuevo los huevos habrían colonizado el

agua. Por otra parte, la suciedad generalizada hace que la posibilidad del tétanos sea muy real. En un mundo sin desinfectantes ni antibióticos, cualquier herida sin limpiar podía terminar contaminada por las esporas de la bacteria *Clostridium tetani*, de difusión universal y amante de los entornos sucios. Una vez en el interior del cuerpo humano, la bacteria genera una toxina que bloquea los músculos y produce fortísimos espasmos musculares, los cuales terminan paralizando los mismos. Sin tratar, la enfermedad produce la muerte en un tercio de los afectados.

Desgraciadamente para los egipcios, la otra mitad de su entorno natural también era una fuente importante de patologías. La arena del desierto y la fuerte luz solar fueron responsables de muchas enfermedades oculares. La reverberación de la luz y la sequedad del ambiente hacían imprescindible protegerse los ojos de algún modo. La solución adoptada por los egipcios consistió en pintarse una gruesa línea de maquillaje alrededor de ellos. Al ser el negro un color que absorbe todas las radiaciones luminosas, la cantidad de luz reflejada que llegaba a la retina disminuía mucho. Esta costumbre terminó por convertirse en un rasgo cultural, visible en los ojos maquillados que tan característicos son de una obra de arte egipcia (Foto 10). Durante el predinástico los egipcios se enterraban con una paleta de esquisto destinada a moler y preparar el maquillaje ocular; un claro indicio de la importancia concedida a la protección/decoración de los ojos.

Se utilizaban dos sustancias como maquillaje ocular, la malaquita (verde) y mucho más frecuentemente la galena o estibnita (negra). Además de absorber los reflejos de la luz, y de poseer propiedades profilácticas, la galena es un repelente de insectos. Un egipcio con los ojos maquillados con galena no sufría el constante ataque de las moscas, atraídas por la humedad del lagrimal. Sin embargo, como la mayoría de las momias no conservan los ojos, sustituidos por otros artificiales, no resultan útiles como fuente para el estudio de las patologías oculares de los egipcios. En este caso se ha de recurrir a los papiros médicos, donde se describen innumerables curas: si el ojo ha resultado atacado por una sustancia venenosa, si el ojo ha dejado de ver, si el ojo ve manchas blancas, etc. La ceguera no era desconocida; de hecho, la imagen del arpista ciego es habitual en el arte egipcio (Foto 21).

Si bien la luz del sol podía ser dañina para los ojos, no parece haber afectado en absoluto a la piel de los egipcios, cuyo tono variaba con la latitud. Pese a aparecer en las representaciones artísticas con un único tono de piel, los egipcios del sur del país eran mucho más oscuros que los del norte. Una circunstancia que recoge la propia literatura faraónica: «... como se ve un hombre del Delta en Elefantina, un hombre de los cañaverales en Nubia», se dice en Sinuhe.⁹ Con una capa de ozono todavía intacta y la melanina de la piel presta a cumplir su función de filtro solar, los rayos ultravioletas no parecen haber sido responsables de ningún cáncer de piel entre los egipcios.

Procedente también del desierto es otro tipo de enfermedad que se conoce en poblaciones modernas sometidas al mismo tipo de entorno natural, la neumoconiosis. En un entorno seco y arenoso, en cuanto sopla el menor viento se levantan enormes nubes de polvo que lo cubren todo. Las personas que viven en este tipo de ambiente, como sucede en Egipto, respiran constantemente partículas microscópicas de arena que terminan depositándose en sus pulmones. Cuando éstos responden a la presencia del cuerpo extraño, se forman fibrosis que terminan afectando a la capacidad pulmonar del enfermo, produciéndole tos y dificultades respiratorias. En el caso de los canteros, el problema se veía agravado por la silicosis.

Las partículas de polvo no son las únicas que terminaban penetrando en los pulmones de los egipcios. También se han encontrado en ellos restos de carbonilla, producto de la combustión de hogueras en los hogares y otros lugares cerrados. Excepto las mansiones de los más poderosos y los palacios de los soberanos, las casas egipcias no poseían un tamaño excesivo. Con una fachada de 5 metros de longitud y una profundidad de 15 metros, las viviendas del poblado de Deir el-Medina se pueden considerar como de lujo, porque albergaban a un grupo de obreros muy importante para el faraón: los encargados de excavar y decorar su tumba en el Valle de los Reyes. Las viviendas del resto de poblados egipcios eran de dimensiones más reducidas y con menos habitaciones. Construidas con adobe,¹⁰ para minimizar los efectos del clima egipcio contaban con escasas aberturas al exterior, incluidas las ventanas, situadas en la parte superior de los muros. De este modo se evitaba la entrada de la luz solar y se preservaba el interior, donde hacinados y con escasa privacidad convivían todos los miembros de la familia. El humo

procedente del fuego del hogar se acumulaba dentro de la casa y las partículas de combustible quemado eran respiradas por sus habitantes. Si bien el humo tenía la ventaja de servir como insecticida, la promiscuidad facilitaba enormemente la transmisión de las enfermedades infecciosas, como la tuberculosis. Las patologías de bastantes momias se han identificado como resultado de la acción del bacilo de Koch. Algunas de ellas presentan la típica espina dorsal deformada resultado de la enfermedad de Pott (tuberculosis espinal), visible también en algunas estatuas (Fig. 11.1).¹¹



FIGURA 11.1. Estatua de hombre con posible enfermedad de Pott. Museo de El Cairo.

Otras enfermedades infecciosas padecidas en el antiguo Egipto son la poliomielitis y la viruela. De la primera tenemos una representación física en la estela funeraria de Roma, funcionario de la XVIII dinastía, y la confirmación del diagnóstico en la momia de Siptah, cuyo pie izquierdo está completamente deformado, posiblemente debido a la enfermedad (Figs. 9.11 y 11.2).¹² Respecto a la presencia de viruela contamos con un caso que genera dudas, como es el de la momia de Ramsés V (Fig. 11.3), cuya piel presenta lo que a primera vista son las típicas marcas de alguien «picado» por la enfermedad. Para algunos, este diagnóstico se habría visto confirmado recientemente, cuando al fin se pudo tomar una muestra diminuta de la piel para ser sometida a análisis. Éste detectó la posible presencia del antígeno de la enfermedad y el microscopio electrónico permitió ver dos partículas que se

asemejaban a dos ejemplares del virus. La presencia de viruela en el valle del Nilo implicaría la existencia de epidemias, tanto más extensas cuanto más movilidad hubiera. No parece que la población egipcia en conjunto pudiera desplazarse con facilidad; si bien los traslados en barco de funcionarios desde la capital al resto del país y los cruces de orilla en cualquier punto del río estaban a la orden del día. Una vez aparecido un brote de la enfermedad, la epidemia se extendería con cierta rapidez por las Dos Tierras y entonces los egipcios comentarían asustados sobre la llegada de los «mensajeros de Sekhmet» o de los «carniceros de Sekhmet», señora de las epidemias. Esta diosa leona (Fig. 11.4), hija de Ra y «ojo» del dios, era la encarnación de la violencia destructora de la enfermedad a gran escala:



FIGURA 11.2. Pie deformado de la momia de Siptah. Museo de El Cairo, XX dinastía.



FIGURA 11.3. Momia de Ramsés V con posibles marcas de viruela, XX dinastía. Museo de El Cairo.

¿Cómo es ese país sin ese dios excelente, el temor del cual estaba propagado a través de los países extranjeros como el temor de Sekhmet en un año de peste?

*Sinuhe.*¹³

Curiosamente, también era una deidad sanadora y sus sacerdotes actuaban como médicos. Las referencias a epidemias son nulas en las fuentes egipcias, pero un texto de la época de Tutmosis III nos demuestra que los soberanos egipcios eran conscientes de la presencia de la enfermedad en el valle del Nilo y que algunos de ellos intentaron atajarla por los escasos medios que tenían a su alcance:

Decreto real del Horus que renueva los nacimientos en interés de los notables y los cortesanos, en su totalidad, para todo lo que satisface a los dioses en este país, para proteger a los ciegos, para expulsar a los elementos patógenos, para curar al que sufre físicamente de su mal, después de que Su Majestad hubiera visto un libro de protección del tiempo de los antepasados [---] debido al sufrimiento de los pobres [---]. El rey [---] de la sala Djeryt lo iniciaron en las características de este país [---] este país se verá por lo tanto exento de enfermedad.

*Papiro Berlín 3049.*¹⁴

Pero los esfuerzos del faraón, por decididos y bienintencionados que fueran, no podían atacar la raíz del problema, que en muchas ocasiones se encontraba en la médula misma de la geografía del país, su cultura y sus técnicas.

Una característica de la gran mayoría de las momias faraónicas es la existencia de múltiples patologías en la dentadura, destacando la escasa presencia en ellas de caries, sustituida por un elevado desgaste de los dientes.¹⁵ En ciertos casos, como pueda ser el de Ramsés II, la mandíbula presenta una serie de patologías muy amplia. Algunas de ellas debieron ser tremendamente dolorosas para el anciano soberano: atrición extrema, exposición de la pulpa dentaria, periodontitis extrema (la cual resulta en la pérdida del hueso que sujeta las piezas dentales) y abscesos periapicales, cuya infección sin duda contribuyó a dificultar sus últimos momentos, ya a una edad muy avanzada.



FIGURA 11.4. Estatuas de la diosa Sekhmet. Museo al aire libre del templo Karnak.

La escasa presencia entre los egipcios de la principal de las dolencias dentales del hombre occidental moderno se achaca a lo poco presentes que estaban los azúcares en su dieta. La gente del común tenía que consumir frutos como los dátiles para endulzar sus comidas; pues el faraón tenía el

monopolio del principal edulcorante del valle del Nilo, la miel. El origen del pronunciado desgaste observable en un elevado número de individuos podría encontrarse en el uso de los dientes a modo de quinta mano, como sucede entre los esquimales, pero no es el caso del antiguo Egipto. Las escenas de la vida cotidiana demuestran que no utilizaban la mandíbula para sujetar un trozo de carne y poder cortar con el cuchillo el pedazo que van a masticar, ni tampoco para morder las pieles curtidas de animales para ablandar el cuero, como hacen por ejemplo los inuit. El desgaste sólo puede deberse, por tanto, a uno de los ingredientes básicos de la dieta egipcia. Todos los indicios apuntan al pan, el alimento por excelencia en el valle del Nilo.

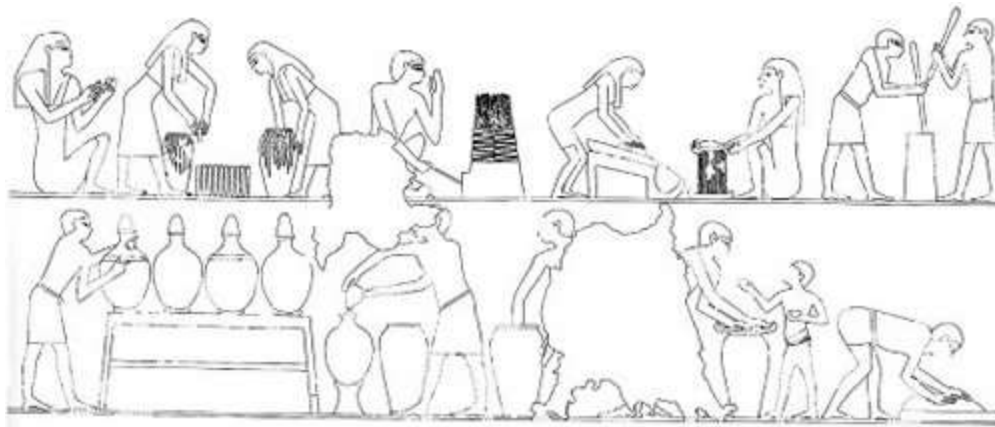


FIGURA 11.5. Las diversas fases de la fabricación del pan. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía.

Un estudio realizado sobre una docena de muestras de pan encontradas en tumbas halló partículas inorgánicas en su interior. No se trata del resultado de una contaminación superficial, sino que formaban parte integrante de la masa. El polvo ambiente, el modo de cosechar, el trillado, el aventamiento e incluso la inclusión de un minúsculo porcentaje de arena en el grano a la hora de molerlo para hacer harina (Fig. 11.5), contribuyeron a introducir sustancias abrasivas en este alimento básico. Consumido a diario e incluso utilizado como salario, las micropartículas que incorporaba terminaban por desgastar los dientes, originando innumerables sufrimientos a los egipcios. En realidad, la alimentación es uno de los factores que más se deja sentir en

la salud general de las personas y los egipcios no fueron una excepción. Las carencias y excesos alimentarios afectan al cuerpo, y las momias conservan esta información.

El paso de una cultura de caza-recolección a una de agricultura sedentaria no significó ninguna mejora en los niveles de vida de las poblaciones implicadas, al contrario de lo que se piensa normalmente. En realidad, supuso un deterioro de la salud y la alimentación de los pueblos africanos del Neolítico, incluidos los egipcios. Hoy día, uno de los pocos grupos de cazadores-recolectores todavía fieles a su antiguo modo de vida, los bosquimanos del Kalahari, consigue más proteínas y una alimentación más variada trabajando muchas menos horas a la semana que un grupo similar de agricultores. Se ha calculado que la dieta de los africanos a finales del Paleolítico estaba compuesta por un muy sano 35 por 100 de carne y un 65 por 100 de vegetales. Con la llegada de la agricultura los porcentajes se modificaron a peor y la esperanza de vida se resintió, pasando de los 40 años de los hombres paleolíticos a los 30 años de los hombres neolíticos. Durante el Reino Antiguo un egipcio normal consumía un 80 por 100 de carbohidratos, un 10 por 100 de grasa y sólo un 10 por 100 de proteínas animales. Por otra parte, este descenso en la salud general se vio incrementado por la propia sedentarización. Al sedentarizarse, los hombres terminaron viviendo no sólo con sus propias heces y desperdicios (cosa que no sucede cuando uno deja los desperdicios atrás, como hacen los nómadas), sino por las propias enfermedades de los animales que comenzaban a criar, que encontraron en los debilitados hombres del Neolítico un campo de cultivo inmejorable para extenderse.¹⁶

Las momias nos hablan de este cambio, pues los huesos son, pese a su aspecto, un elemento vivo y como tal reaccionan ante la alimentación que reciben. Una dieta concreta supondrá una mayor absorción por parte del hueso de un determinado isótopo estable, lo que permite al arqueólogo diferenciar si la dieta del organismo era predominantemente animal o vegetal y, si se da este último caso, distinguir si se consumieron más plantas terrestres que marinas. Una presencia baja de N¹⁵ en el colágeno de los huesos nos habla de una alimentación vegetal, como sucede con los huesos de

la mayoría de los egipcios, mientras que un alto contenido de este mismo isótopo significa una alimentación principalmente cárnica, lo que no era el caso de los súbditos del faraón, a excepción de la clase alta.

Una de las principales consecuencias que tuvo el abandono de la caza-recolección como medio de vida fue la disminución de la altura de los habitantes del valle del Nilo en casi una decena de centímetros, como reflejo de una alimentación más deficiente y menos rica. Los hombres predinásticos alcanzaban una altura media de 1,70 metros, mientras que las mujeres alcanzaban 1,57 metros. En cambio, los varones nacidos durante el período faraónico se quedaban en 1,57 metros y las hembras en 1,48 metros.¹⁷ Sólo durante el Reino Nuevo comenzaron a recuperarse en ciertas clases sociales los niveles predinásticos, y es que fue entonces cuando la producción agropecuaria egipcia alcanzó su máximo, poniendo a disposición de los habitantes del valle del Nilo suficientes recursos alimentarios.¹⁸ Si nos fijamos en el grupo social que mejor alimentado estuvo siempre, los faraones y la familia real, comprobamos la relación entre una buena alimentación y la altura; pues los faraones del Reino Nuevo superan con creces la estatura media de sus súbditos y alcanzan niveles similares a los predinásticos. El más alto de todos ellos fue Amenhotep I, con sus 1,77 metros de estatura, y el más bajo Tutmosis IV, quien sólo alcanzó 1,60 metros, pese a lo cual todavía era varios centímetros más alto que la media nacional.¹⁹

Lo paradójico del caso es que en Egipto se criaban muchos animales como fuente de proteínas, bastantes como para haber nutrido adecuadamente a una parte mucho más amplia de la población. El problema es que los bóvidos eran considerados una unidad de riqueza, estando destinados a terminar como ofrendas en los templos y en la mesa de los más poderosos. Por fortuna, la carne de los dioses no se desperdiciaba, pues como ya sabemos, tras ser expuesta en los altares y alimentar con su esencia a las divinidades, era repartida entre los servidores del templo atendiendo rígidamente al escalafón: cuanto más importante el cargo, mayor era la cantidad. El número de bóvidos consumidos de este modo podía ser colosal. En el templo de Neferirkare (V dinastía), por ejemplo, se consumían 30 bueyes al mes, lo que supone un total de 365 al año.²⁰ En cuanto al templo de Neferefre (V dinastía), en una sola fiesta de las muchas que se celebraban

anualmente al margen del culto real, se sacrificaron 13 bueyes diarios durante los diez días de una semana egipcia, es decir, 130 bóvidos. Si tenemos en cuenta que se calcula que con un buey se podía alimentar a mil personas, nos podemos hacer una idea de la cantidad de carne disponible para el reparto, al alcance sólo de los más cercanos al templo.

Las propias autoridades egipcias eran conscientes de que las proteínas animales «alimentan» más que las vegetales proporcionadas por las legumbres. Esto se refleja en la ración diaria de los trabajadores que servían al Estado, calculada en hogazas de pan y pagada así o en grano. Los «suplementos» en forma de carne o pescado estaban a la orden del día y eran más abundantes cuando más esfuerzo físico requería la labor desempeñada.

A partir de uno de los problemas del *Papiro Rhind* se puede calcular que la ración mínima durante el Reino Nuevo era aproximadamente de unas siete hogazas diarias de pan, lo que suponía unas 1.643 calorías diarias para los trabajadores con peor salario y de 3.286 calorías para los jefes. Los repartos ocasionales de proteínas animales permitirían aumentar las calorías mínimas hasta superar las 2.000, necesarias para subsistir realizando esfuerzos físicos medianos.²¹

En el ámbito de lo privado, los *Papeles de Hekanakhte* nos permiten conocer el consumo diario de calorías de una familia sin apuros económicos. El jefe de familia, lejos en el sur atendiendo sus negocios, recibe una ración de 3.324 calorías diarias, mientras que la ración mínima para el resto de su familia extensa, esto es, todas las personas que estaban a su cargo, era de 1.643 calorías. Una cantidad un poco baja, pero ligeramente superior a la que en 1900 permitía a los soldados británicos en la India mantener en pie el imperio de su Graciosa Majestad, consistente en 1.636 calorías repartidas en una libra de carne y otra de pan. Es posible incluso que la azofra, el trabajo obligatorio que los egipcios debían realizar para el Estado en determinados momentos del año, fuera un período durante el cual la alimentación de algunas personas mejoraba ligeramente.

En las familias menos pudientes, la falta de carne en la dieta fue paliada de forma privada mediante la caza y la pesca ocasionales, acompañada por la cría de cabras, ovejas y cerdos. Ninguno de estos animales se ofreció nunca como ofrenda ni fue servido en la mesa de los poderosos, pues no eran

considerados dignos de realizar semejante función. Los cerdos parecen haber sufrido incluso una especie de «tabú», porque no aparecen citados casi nunca en las fuentes ni en las escenas de las tumbas. Los tres son animales de fácil provecho. Los ovicápridos tienen la ventaja de producir leche además de carne, mientras que el cerdo estabulado tiene a su favor el consumir los productos de desecho generados por el hombre y poseer la mayor tasa de producción de carne por kilo de comida ingerida. El consumo de gorrinos se mantuvo durante todo el período faraónico.

La presencia en los lugares de habitación de estos animales domésticos, junto a algunas aves como pichones o patos, implica un contacto estrecho entre hombres y bestias. Tal relación supuso la transmisión de enfermedades entre ambos. En algunos casos muy concretos, como la viruela bovina, el contagio pudo tener efectos benéficos, porque los infectados por ella habrían quedado protegidos contra la infección de la viruela humana, como descubriría milenios después Edward Jenner (1749-1823). En otros, sin embargo, las enfermedades transmitidas por los animales fueron más dañinas. En muchas ocasiones se trató de parásitos que terminaban infectando a los egipcios al comer la carne de los animales domésticos.

La madera es escasa en Egipto y por consiguiente su uso como combustible estaba muy restringido. El material más utilizado para ello serían los excrementos de vaca, como sucede hoy día en la India y en muchos lugares de África. Como es lógico, se intentaba gastar el mínimo combustible posible, lo cual resultaba en cocciones inadecuadas para la carne, que era ingerida sin hacer demasiado y con la mayoría de los parásitos que la infectaban todavía vivos. Así se explica la existencia de momias infectadas con triquinosis, adquirida por el consumo de carne de cerdo poco hecha, y de tenias, asimismo introducidas en el organismo al comer carne poco cocinada. El parásito de la triquinosis se asienta en los músculos y produce en la víctima dolor y diarrea. La tenia, por su parte, se adhiere a las paredes del intestino y debilita al paciente al «robarle» parte de sus nutrientes. En ambos casos, nos podemos imaginar la delicada situación en la que quedaría un egipcio atacado por una combinación de estos parásitos unida a la esquistosomiasis. La anemia sumada a la diarrea o el «robo» de nutrientes no tardaría en acabar con el pobre desgraciado.

Con su elevado gasto diario de calorías y una alimentación de escaso contenido calórico a base de vegetales, sazonada con algún que otro aporte de proteínas animales (pescado, cerdo u ovicápridos) y ocasionales festines de carne de bóvido, la mayoría de los egipcios consumía casi las mismas calorías que gastaba. En este aspecto, la sociedad egipcia era más sana que la nuestra, donde el excesivo consumo de grasas y azúcares ha disparado el porcentaje de personas con sobrepeso y obesas. En el antiguo Egipto, sólo los pudientes tenían kilos de más.²² Estar gordo era signo de haber triunfado en la vida (Fig. 11.6), pues implicaba acceso a grasa y proteínas animales en abundancia, algo sólo al alcance de los más privilegiados. Como es lógico, permanecer en el límite o ligeramente por encima del nivel mínimo de subsistencia se convierte en un problema cuando el cuerpo comienza a combatir una enfermedad, para lo cual requiere un aporte extra de energía del que carece. Entonces el cuerpo se consume y muere.

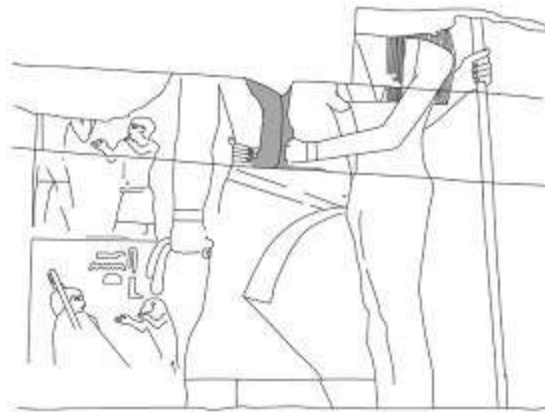


FIGURA 11.6. Kaaper y su esposa. Abusir, V dinastía.

Este estrés alimentario, la existencia de períodos de alimentación insuficiente, queda reflejado en los huesos de las personas cuando están en período de crecimiento. El signo del mismo son las llamadas líneas de Harris, unas líneas transversales de condensación ósea. Cuando el cuerpo en crecimiento no recibe suficientes nutrientes detiene su desarrollo, lo cual queda reflejado en la aparición de una de estas líneas. Cuando el período de estrés alimentario cesa, el hueso reemprende su crecimiento normal, dejando

tras de sí una pequeña «cicatriz» en su superficie. En el esmalte de los dientes también se pueden detectar estriaciones horizontales debidas a las mismas causas.

Si a todas estas posibles fuentes de enfermedad (medioambientales y económicas) le sumamos la presión a la cual sometía la dura labor diaria el cuerpo de los egipcios, obtenemos una elevada tasa de traumatismos y malformaciones óseas: brazos rotos, hernias, columnas deformadas, etc. Es indudable que la vida en el antiguo Egipto no se corresponde con la imagen de paraíso en la tierra que muchos suelen tener de ella. Además de dura era una existencia corta, al menos para la mayoría.

Según el estudio de la colección de momias del Museo de Turín, la edad media de los egipcios predinásticos era de treinta años, aumentada hasta los treinta y seis para los del Reino Antiguo. Esto quiere decir que, de todos los componentes de una generación dada de egipcios, el 50 por 100 estaba muerto aproximadamente unos treinta y cuatro años después de haber nacido, período durante el cual tenían que haber criado a su propia generación de reemplazo. Antes de llegar a los cincuenta años la generación estaba casi aniquilada, porque para entonces el 90 por 100 de ella estaba muerta;²³ sin embargo, los pocos supervivientes podían esperar alcanzar una edad bastante elevada. Su fortaleza y resistencia había vencido a las condiciones generales de vida y la mítica barrera de los 110 años²⁴ se veía factible; pero eso sí, alcanzarla iba a costar trabajo.

¡Ah!, que mi cuerpo rejuvenezca, porque ella [la vejez] ha caído sobre mí. La debilidad me ha alcanzado rápidamente, mis ojos son débiles, mis brazos flojos y mis piernas han cesado de servir a mi corazón fatigado.

*Sinuhe.*²⁵

La arqueología de la muerte

Las momias son, por sí mismas, un objeto lleno de interés. El estudio paleopatológico de los restos humanos hallados en una tumba o una necrópolis nos proporciona una amplia información sobre la salud del difunto o del grupo humano allí enterrado, pero los cadáveres inhumados dan para mucho más. El análisis de su contexto arqueológico: el contenido de la tumba, el modo de disponer el cadáver, la presencia o no de ajuar funerario, la existencia de ofrendas, la localización de la tumba, la distribución espacial de los enterramientos, etc., proporcionan una importante cantidad de información, sobre todo en aquellos casos donde la documentación escrita falta por completo y el arqueólogo sólo dispone de una tumba para intentar reconstruir una cultura pretérita.¹

Al enfrentarse al reto de desentrañar el significado de una tumba, los arqueólogos parten de un principio general, como es que el contenido de los enterramientos es una representación de las creencias e ideología del grupo humano responsable de las inhumaciones. Los especialistas conocen este criterio de análisis como «arqueología de la muerte». Un enterramiento refleja casi siempre la cultura de quien lo realiza; pero conviene andarse con cuidado al generalizar. No todo es automático ni debe interpretarse siempre del mismo modo. Encontrar en un enterramiento los objetos de uso diario utilizados por el difunto muy bien puede significar que esa cultura creía en una vida en el más allá. Es casi una interpretación automática, pero a falta de otros datos también cabría ver en ellos una cultura donde los objetos personales adquieren tanta esencia del ser humano que al desaparecer éste se vuelven peligrosos para el resto del grupo y, como tales, han de desaparecer

junto a su dueño. En el antiguo Egipto la abundancia de textos funerarios facilita el trabajo de interpretación, pero no todo en las momias del valle del Nilo es religión o paleopatología.

En la orilla este del Nilo, a tres kilómetros al norte de Wadi Halfa (Sudán), cerca de Djebel Sahaba, arqueólogos norteamericanos y finlandeses excavaron a mediados de la década de 1960² una necrópolis de 59 individuos («Site 117») que los llenó de estupor (Fig. 12.1). Su contenido no desmerecía en nada de una fosa común resultado de una limpieza étnica en la antigua Yugoslavia.



FIGURA 12.1. Localización de los cuerpos en el «Yacimiento 117» de Djebel Sahaba. Nubia.

Los enterramientos, individuales, dobles o múltiples, consistían en un sencillo agujero excavado a no más de 40 cm de la superficie, señalado en el exterior por piedras planas de arenisca sin trabajar colocadas sobre la inhumación una vez rellena de arena. Hasta aquí nada extraño, parecía un típico grupo de tumbas de la zona, fechadas entre el 12000 y el 10000 a. C.

Las sorpresas comenzaron al estudiar los cuerpos, enterrados mayoritariamente en posición fetal (con los talones pegados a las nalgas) sobre el costado izquierdo, con la cabeza apuntando al este y la cara (junto a la cual estaban las manos) mirando hacia el sur. Todos fueron enterrados sin ajuar funerario y, sin embargo, hasta 110 artefactos se encontraron asociados a la mitad de los cuerpos. Lo escalofriante es que en la mayoría de los casos se trata de puntas de pedernal, llegadas a las tumbas dentro de los cuerpos (Fig. 12.2). Los difuntos fallecieron como consecuencia de un ataque coordinado contra el grupo.



FIGURA 12.2. Dos de los cuerpos del «Yacimiento 117» de Djebel Sahaba. Los lapiceros indican la posición y el ángulo de llegada de las flechas.

Casi la mitad de los cuerpos (veinticuatro en total) presentaban signos de violencia. Una tumba múltiple contenía los cadáveres de un hombre de mediana edad (individuo n.º 25) y tres mujeres jóvenes (n.ºs 28, 34 y 37). Dos de ellas todavía tenían las puntas de los proyectiles que les habían causado la muerte incrustadas en los huesos (Foto 22), mientras que junto al hombre y la tercera mujer aparecieron los astiles de las flechas asesinas. Un poco más allá, una tumba doble contenía los cuerpos de dos niños (n.ºs 13 y 14) que

presentaban numerosas contusiones de proyectil y una punta de flecha incrustada entre el cráneo y las vértebras cervicales. Parece como si después de pegarles una paliza hubieran sido rematados con un flechazo en la nuca. Varios cuerpos más de adultos habían sido apaleados y murieron como resultado de politraumatismos agudos. Un enterramiento doble contenía los restos de una mujer (n.º 23) y un niño (n.º 24), ambos con puntas de flechas dentro de la cavidad torácica. ¿Una madre muerta mientras protegía a su retoño? También había mujeres (n.ºs 102 y 103) con proyectiles en la caja torácica acompañadas por niños (n.ºs 100 y 101) cuyos cuerpos no presentaban restos de flechas y que fueron asesinados sin dejarles traumatismos ¿asfixiándolos? Un grupo muy amplio (n.ºs 26, 27, 29, 30, 31, 32, 35 y 36) apareció enterrado en una pequeña fosa común, con varios de los cuerpos en posturas forzadas, como si hubieran sido arrojados sin mayores miramientos al agujero. Había presencia de puntas de flecha y traumatismos. Otra gran tumba múltiple contenía los cuerpos de un niño (n.º 47) y cinco hombres adultos (n.ºs 17, 33, 38, 42 y 45) muertos en el mismo ataque. Finalmente, aparecieron dos cuerpos masculinos (n.ºs 20 y 21) que parecían haber sido especialmente castigados. Hasta 27 puntas de flecha tenían incrustadas en el cuerpo o descansando entre los huesos, sin olvidarnos de los profundos cortes en las piernas y en el brazo izquierdo que sufrió uno de ellos. Quizá se tratara de los líderes del grupo o, sencillamente, de los hombres más fuertes del poblado, aquellos que se defendieron con más ahínco y decisión. Sea como fuere, los atacantes se ensañaron con ellos.

Lo más llamativo de la matanza es que no se trató de un enfrentamiento entre los adultos varones, como suele ser habitual entre grupos pequeños, sino de un intento deliberado por aniquilar a un grupo humano, pues hombres, mujeres y niños fueron masacrados por igual. No sólo se quiso acabar con los miembros potencialmente peligrosos por su físico (los hombres), sino también con su reemplazo natural (los niños) y con la posibilidad de recuperar el grupo (las mujeres). Si a los porcentajes aproximados de mortalidad en un grupo de cazadores-recolectores (12-20 por 100 en adolescentes y 35-70 por 100 en adultos jóvenes) le sumamos el 40-50 por 100 de muertes visibles en el cementerio, nos encontramos con un grupo humano casi exterminado. Los motivos, sin duda, debieron de ser poderosos,

¿quizá el control de un territorio rico en recursos? No es posible saberlo, si bien la misma existencia del cementerio nos habla de supervivientes que pudieron encargarse de los cuerpos como dictaban sus costumbres.

Avanzando el tiempo, en pleno badariense (c. 4800 a. C.) los cementerios y sus ocupantes nos hablan de los cambios sociales que están comenzando a producirse en el valle del Nilo. Al ser estudiadas en detalle, las tumbas de este período, en principio consideradas resultado de una sociedad igualitaria, han demostrado no ser tales. Un estudio realizado en siete cementerios y 262 tumbas ha permitido averiguar que sólo el 20 por 100 de los enterramientos contaban con más de diez objetos de ajuar funerario, frente al 51 por 100 que sólo cuentan con un objeto y al 29 por 100 que se enterró sin ninguno. Estamos, por lo tanto, ante una sociedad que cuenta con una disparidad económica no sexual entre sus miembros, por pequeña que pueda ser. Al mismo tiempo, se observa en los cementerios una distribución espacial que atiende al mismo criterio; por ejemplo, en Badari Norte las tumbas de la zona occidental no contienen sino un único objeto, mientras que en la zona oriental se encuentran las tumbas con productos lujosos, las cuales además suelen tener mayor tamaño, de nuevo sin importar el sexo del ocupante.

La estratificación social se iba haciendo más evidente según aparecía el Estado y la ideología se dejaba sentir aún más en las tumbas. En el cementerio de Adaima, en el Alto Egipto, encontramos un caso muy peculiar, que combina paleopatología e ideología. Se trata de la tumba S15 (Nagada IIA-IIB), encontrada muy revuelta. Al reconstruirse el esqueleto de su ocupante, una mujer de más de 30 años, se pudo comprobar que la difunta había sufrido el mal de Pott y como resultado su columna presentaba una fuerte curvatura. El hecho en sí no supone una novedad, ni siquiera en el cementerio, donde la tumba S35 contenía un cuerpo de doce años de edad aquejado de la misma patología. Lo interesante es que uno de los tres vasos de cerámica que conservaba la sepultura había sido deformado a propósito *antes* de la cocción, con la intención innegable de que su forma se asemejara a la de la difunta. Las ofrendas funerarias no consisten únicamente en objetos cotidianos destinados a ser utilizados en el más allá, la cerámica «jorobada»

es un retrato del difunto. La complejidad y sutileza del mundo funerario (y cerámico) de los egipcios viene de mucho más atrás de lo que se pensaba y sólo al estudiar en conjunto tumba y contenido se encuentran ciertos datos.

En 1990, gracias al afortunado tropiezo del caballo que montaba una turista, se encontró en la meseta de Guiza el cementerio de los obreros que construyeron las pirámides. Desde entonces las excavaciones no han cesado y lentamente van surgiendo de la arena los cuerpos de aquellos que contribuyeron personalmente a edificar los monumentos más representativos del antiguo Egipto.

En realidad se trata de dos cementerios separados, pero relacionados. Al pie de un pequeño promontorio se encuentra el cementerio de los propios trabajadores. En él se aprecian dos tipos de tumbas, unas diminutas (unas seiscientas en forma de pequeña caja de piedra) y otras algo más grandes, de formas variadas y construidas de adobes y mampuestos, destinadas para sus supervisores (unas sesenta). Estas últimas tumbas pertenecen a personas que ocuparon cargos como «inspector de la construcción de las tumbas» o «director de la construcción de las tumbas». Unos metros más arriba, se encuentran las —por el momento— setenta tumbas de los artesanos y administradores de los obreros: hipogeos excavados en la colina rocosa o mastabas de piedra o adobe. Se trata de funcionarios que ocuparon cargos como «inspector del arrastre de las piedras» o «inspector de los escultores». Estas necrópolis son el complemento perfecto a la zona de residencia y producción de alimentos situada ligeramente hacia el este, donde se alojaban y comían los obreros.

El estudio de los restos humanos encontrados en las tumbas es muy revelador. La mayoría de ellos presentan patologías en la columna vertebral, derivadas de su trabajo con enormes bloques de piedra, pues las encontramos sobre todo en la zona lumbar. Se trata de artritis degenerativa, típica de las personas que cargan y mueven grandes pesos en posición erguida. Tomando como referencia los resultados del estudio realizado sobre los ocupantes de las mastabas del cementerio occidental de la pirámide de Khufu, podemos comprobar que este grupo, formado por personas mejor situadas en la escala social, no presentan tales deformidades por estrés. Entre los trabajadores, el 31,11 por 100 tiene la zona lumbar severamente afectada, frente a sólo el

13,37 por 100 entre los cortesanos. En las mujeres de ambos grupos los porcentajes son menores que entre los hombres, pero la diferencia entre grupos es similar.

Como resulta lógico, la presencia de huesos rotos es abundante, sobre todo el peroné y los huesos del antebrazo, además de algunas costillas. Los huesos estaban sometidos a mucha tensión y en esa época la seguridad laboral no era una exigencia. El aspecto más extraordinario de todo este grupo de fracturas y contusiones es que la mayoría de ellas están curadas, soldadas como resultado de un tratamiento médico adecuado. Esto indica la presencia entre los trabajadores de la meseta de médicos que atendían a los heridos, gracias a lo cual se podían reducir sus fracturas con rapidez y sin merma para la salud del paciente. El caso más interesante corresponde a un trabajador que sufrió un trauma tan intenso que sólo fue posible solucionarlo mediante la amputación de la pierna. La operación fue un éxito y el paciente llegó a vivir otros catorce años tras la pérdida de su extremidad.

Resulta llamativa la presencia de varios esqueletos de ambos sexos con fracturas incisas en los huesos frontal y parietal del cráneo, resultado casi con seguridad de una agresión por parte de un atacante diestro. Con abundantes armas en potencia a su disposición (las piedras y cascotes) y el hacinamiento que puede haber existido en la zona residencial, no es raro que la tensión explotara por algún lado. Los cirujanos también estaban al quite en estos casos, para salvar lo que se pudiera y reducir la presión de los huesos rotos contra el cerebro. Uno de los cráneos encontrados fue sometido a cirugía. Muy posiblemente, por entonces ya existía o se estaba escribiendo un texto médico sobre traumatología como el *Papiro Edwin Smith*, donde se explicaba con detalle el procedimiento a seguir en estos casos:

Instrucciones para una herida abierta en la cabeza, que llega hasta el hueso y penetra en el *tepau* del cráneo.

Debes sondear la herida aunque tiemble mucho. Debes hacer que levante la cara. Es doloroso para él abrir la boca. Su corazón late demasiado despacio para hablar. Observas saliva cayendo de sus labios, pero sin caer del todo. Expulsa sangre por las dos ventanas de la nariz y por los dos oídos. Tiene agarrotado el cuello. No puede mirar a sus hombros o a su pecho.

Debes decir con respecto a él: «Alguien con una herida abierta en la cabeza que llega hasta el hueso y penetra en el *tepau* del cerebro. El cordón de su mandíbula está contraído; expulsa sangre por las dos ventanas de la nariz y por sus dos oídos y sufre rigidez en el cuello: una dolencia que trataré».

La conclusión más evidente ante los restos de Guiza es la existencia en esa época de asistencia médica, a expensas del soberano de las Dos Tierras, para los obreros que trabajan construyendo su complejo funerario. A pesar de la tremenda propaganda en contra que suponen la Biblia y las películas de Hollywood, los trabajadores encargados de construir los monumentos de los faraones egipcios no eran esclavos,⁴ sino funcionarios contratados por el rey que recibían un salario por sus esfuerzos, además de contar con atención médica especializada, como acabamos de ver.

Una imagen de la tumba de Ipuy (TT 217) en Deir el-Medina nos muestra a un grupo de trabajadores y los azares de su labor (Fig. 12.3). No se trata de algo tan peligroso como subir un bloque de piedra de dos toneladas y media de peso hasta más de cien metros de altura; pero los accidentes ocurren, incluso si lo que se está haciendo es tallar una columna y un baldaquino. La imagen nos muestra a dos médicos tratando a dos accidentados. Uno de ellos se afana en reducir la dislocación de un hombro, mientras el otro intenta sacar un cuerpo extraño del ojo del otro obrero.

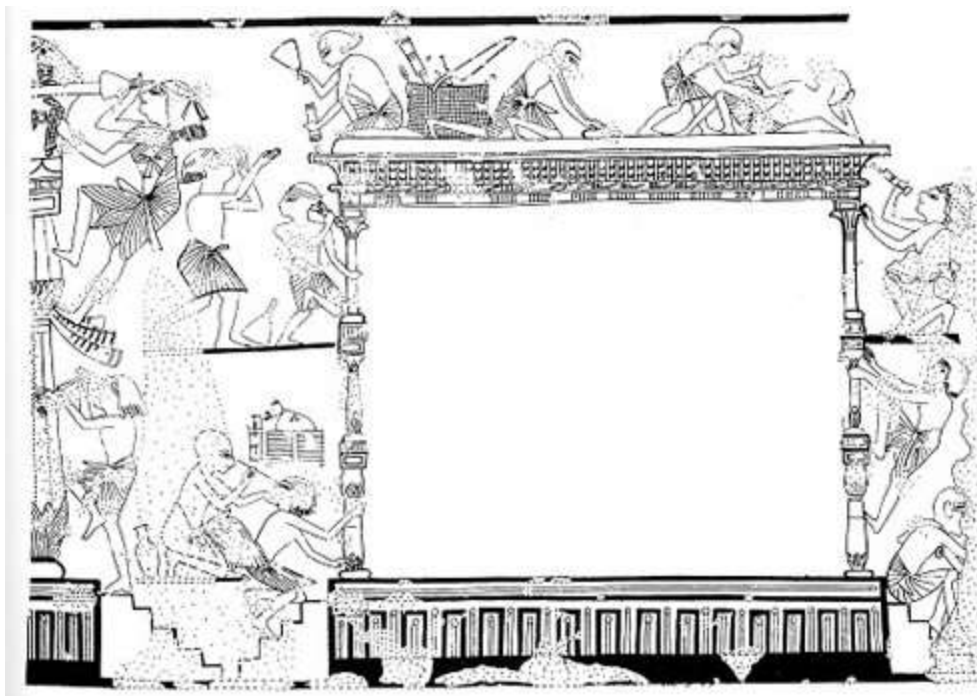


FIGURA 12.3. Obreros trabajando y siendo atendidos por médicos. Tumba de Ipui (TT 217). Tebas. Reino Nuevo.

La autobiografía de un alto funcionario de la V dinastía nos muestra qué tipo de atención médica podía recibir un miembro de la clase alta, como era el visir Ptahhuakh, hombre de confianza del faraón Neferirkare Kakai:

El visir Ptahhuakh había sido arquitecto del santuario solar Setibre de Neferirkare, del que Neferirkare veía la perfección y la excelencia de su obra en cualquier asunto secreto. Ahora bien, subió delante de ellos, pero no pudo descender. Entonces Su Majestad hizo que lo sujetaran e hizo que trajeran una venda. Ahora bien, los hijos del rey miraron, [---] cuando miraron temblaron muy fuerte [---] el encargado de la venda. Entonces Su Majestad le recompensó por ello. Cuando Su Majestad vio que husmeaba la tierra, Su Majestad dijo [---] «no husmees la tierra, husmea mi pie». Ahora bien, al escuchar todo aquello, los hijos reales y los Amigos que estaban en Palacio, temblaron de miedo.

*Autobiografía de Ptahhuakh.*⁵

El texto nos cuenta que en cumplimiento de sus funciones, el anciano visir y supervisor de los trabajos del rey estaba ascendiendo al gran obelisco que dominaba los templos solares. El recorrido por el pasadizo interior sin duda fue demasiado para su deteriorado estado físico y allí mismo, en las alturas de la terraza, se desplomó. Su cuerpo había llegado al límite y era incapaz de descender por sus propios medios. El faraón, quien posiblemente fuera el visitante ilustre que le impulsó a intentar el ascenso una última vez, ordenó que lo bajaran y recibiera los mejores cuidados. El caso era tan desesperado que ni siquiera los mejores textos médicos de su biblioteca pudieron salvar al visir:

Cuando la calma regresó a la Residencia, Su Majestad hizo que fueran los hijos del rey y el Amigo sacerdote lector, el decano de los médicos. Entonces le dijeron a Su Majestad: «Hay que consultar los libros». Entonces Su Majestad hizo que fueran a buscar una caja de escritos, [...] pero le decían a Su Majestad que estaba perdido.

*Autobiografía de Ptahhuakh.*⁶

No todos tenían la suerte de tener al rey preocupándose por su salud. Los médicos y los tribunales eran algo habitual en el antiguo Egipto, todos tenían derecho a recurrir a ellos, pero no siempre estaban a su alcance. Un esqueleto del Reino Medio, encontrado en la necrópolis de Abusir, nos ofrece una imagen escalofriante de lo que podía ser el diario devenir de una mujer

de clase baja durante la época faraónica. Teóricamente el valle de Nilo era la tierra de *maat*, donde reinaban la armonía y la justicia, donde hombres y mujeres eran iguales ante la ley. Por desgracia, no todos conseguían esa justicia terrenal.

La mujer en cuestión tenía entre 30 y 35 años de edad en el momento de su muerte, lo cual la sitúa al final de su esperanza media de vida, en este caso truncada de forma brutal. El esqueleto es todo un manual de huesos fracturados y curados: las costillas presentan roturas en ambos lados de la caja torácica, mientras que la mano izquierda se rompió por el segundo metacarpo y la muñeca izquierda sufrió una fractura múltiple en los extremos distales del radio y el cúbito, que además tuvo la desdicha de infectarse. Las heridas de la caja torácica sugieren que la mujer fue golpeada por alguien que utilizó ambos puños, como un boxeador castigando a su contrincante. La rotura del metacarpo parece indicar una herida de tipo defensivo, resultado de poner el canto de la mano para evitar ser golpeada por algún objeto contundente. El radio y el cúbito fracturados en su extremo distal son otra lesión defensiva típica, ocurrida casi siempre cuando alguien extiende los brazos hacia delante para detener una caída. Con este cuadro de lesiones, un forense no dudaría en diagnosticar un caso de violencia doméstica. No obstante, todas estas heridas, que parecen haber tenido lugar en momentos distintos y lo bastante alejados entre sí como para poder sanar e incluso detener una infección sin antibióticos, pueden haber sido el resultado de un desafortunado accidente que implicara una caída desde cierta altura. Sin embargo, la otra lesión visible en el cuerpo invalida esa posibilidad. La parte interior de la quinta y la sexta costillas izquierdas presenta una fisura en el extremo cercano al esternón. Se trata de una herida longitudinal realizada con seguridad por la hoja de un objeto cortante. Su presencia en el *interior* de las costillas indica que el arma penetró por la espalda de la víctima, cerca de la columna vertebral, fracasando en su intento de atravesarla de parte a parte al ver detenido su avance por las costillas. Fue el triste final de una vida de continuos abusos. Es posible que a la pobre le faltaran el valor o la posibilidad de denunciar a su agresor ante las autoridades, como haría siglos después una de las habitantes del poblado de Deir el-Medina:

Año 20, tercer mes del verano, día 1. Día que el trabajador Amenem-ope compareció ante el tribunal formado por [siguen siete nombres]

[---] diciendo, «En cuanto a mí, mi marido [---]. Entonces me pegó, me pegó [---]. E hice que trajeran a su madre, el [---]».

Se encontró que no tenía razón, y uno hizo [laguna en el texto] y le dije, «Si tu [---] delante de los magistrados».

Y realizó [un juramento delante del señor] diciendo, «Igual que Amón vive [---].

*Ostrakon Nash 5 recto.*⁷

No es de extrañar que las enseñanzas sapienciales se esforzaran por evitar este tipo de comportamiento. Pese a consejos como el de la máxima 21 de Ptahhotep: «No seas brutal, el tacto consigue más cosas de tu mujer que la violencia»,⁸ parece que la violencia fue más habitual de lo que sospechamos. Otros dos cuerpos del mismo cementerio de Abydos abundan en esta conclusión.

El primer cuerpo pertenece a un adulto joven de 18 años, con una fractura contusa en la frente, por encima del ojo izquierdo. La herida se produjo con un objeto romo durante la infancia y el golpe fue tan fuerte que el arma dejó una depresión semicircular en el hueso. Parece que el acontecimiento tuvo lugar durante sus años de infancia y no fue el origen de la muerte, pues se curó. ¿Nos encontramos ante el resultado de una diversión un poco violenta entre dos compañeros de juegos o ante un intento deliberado de terminar con la vida de un chiquillo? Más claro es el caso de un hombre de unos 25-35 años, que se rompió el radio al detener con él un golpe con un objeto contundente dirigido contra su cara.

En ocasiones, cuando la arqueología tiene la suerte de encontrar los restos adecuados, la paleopatología permite comprobar que el dolor y la impotencia también son patrimonio de los ricos, en este caso la familia del faraón Horemheb.

Hombre del ejército, del que llegó a ser general, Horemheb llegó al trono siendo una persona de mediana edad, tras el efímero reinado de cuatro años de otro hombre de la milicia, Ay. Son los momentos finales de la XVIII dinastía. Tras los turbulentos años de Akhenaton y el período de retorno a las viejas tradiciones comenzado por Tutankhamon, el país necesitaba un gobierno estable que le permitiera recuperar el rumbo perdido. Horemheb se

afanó en ello durante más de veinte años, tras los cuales falleció sin dejar heredero, lo que supuso la llegada al trono de Ramsés I y el comienzo de la XIX dinastía.

Horemheb se construyó una tumba en el Valle de los Reyes (KV 57) (Fig. 7.12), pero en ella no se encontró su cuerpo. A mediados de la década de 1980 se realizó en Saqqara un descubrimiento de gran relevancia: una tumba construida para Horemheb cuando todavía era un militar destacado y no el futuro faraón (Fig. 12.4). La calidad de la misma es grande, pero el hallazgo más interesante fue el de un esqueleto. Su gracilidad y dimensiones lo identifican con una mujer, que sólo puede ser Mutnodjmet, hermana de Nefertiti y esposa de Horemheb. La pareja se casó cuando ella tenía 20 años y él bastantes más, antes de subir al trono.

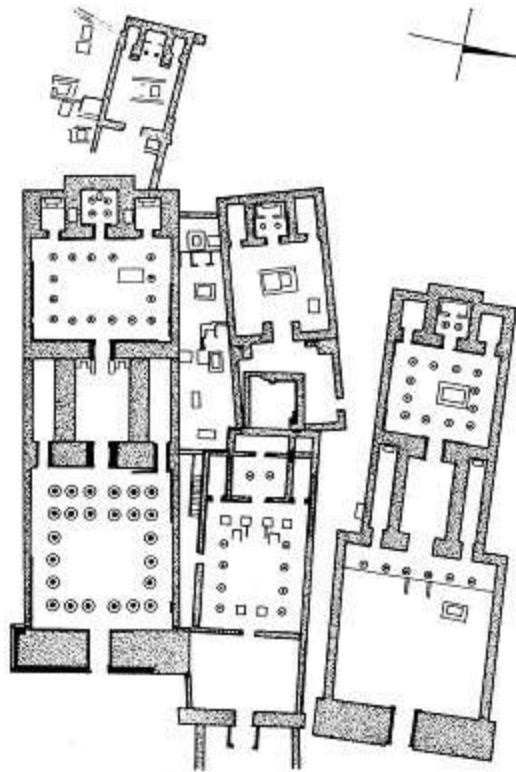


FIGURA 12.4. Planta de las tumbas de Horemheb (izq.), Maya (centro) y Ramose (der.). Saqqara. Reino Nuevo.

Los huesos revelan que Mutnodjmet era una mujer que llevó una vida regalada, durante la cual necesitó realizar pocos esfuerzos físicos, como sugieren la ausencia de osteofitosis y de artrosis. Su altura se calcula en metro

y medio aproximadamente, pero lo más interesante son las causas de la muerte. Los huesos del pubis de la reina presentan una notable asimetría y varias alteraciones en la superficie del mismo, debidas con mucha probabilidad a varios partos difíciles. Como esposa de un hombre de gran relevancia política que carecía de herederos, la obligación y la esperanza de Mutnodjmet era darle ese hijo que lo sucediera como soberano de las Dos Tierras. Sus esfuerzos fueron baldíos y numerosos. Las pérdidas de sangre durante los embarazos unidas a una más que probable anemia de origen parasitario debilitaron mucho la salud de la soberana. Ello no la detuvo. En la sociedad egipcia, su éxito como mujer y esposa se medía por su capacidad de engendrar un hijo que conservara la memoria de sus padres cuando éstos fallecieran. Siendo reina, la presión social era todavía mayor. Sus deseos de triunfar como mujer le costaron la vida, como demuestran los huesos del feto casi completamente desarrollado y listo para enfrentarse al mundo exterior encontrados entre los suyos. A lo que parece, un postrero embarazo a una edad demasiado avanzada y peligrosa terminó con la vida de la esforzada monarca. Dado que, para desgarrarlos con mayor comodidad, ladrones de la tumba llevaron los restos desde la cámara funeraria hasta la sala columnada, no es posible saber si el feto llegó a nacer o si ambos murieron durante el parto, pues ambos se mezclaron durante el traslado.

Afortunadamente, no siempre los ladrones llegan antes que los arqueólogos. Hay ocasiones en que el contenido de una tumba se encuentra en un estado tan perfecto que los paleopatólogos no pueden realizar su trabajo. Desvendar la momia sería una crueldad del todo innecesaria, pues por interesantes que fueran los descubrimientos realizados, eso significaría destruir un documento milenario intacto. Uno de estos casos son las momias de Kha y Merit, halladas en 1906 por Alberto Schiaparelli y Weigal en su tumba, la TT 8, en el cementerio de Deir el-Medina.

En realidad, la pirámide que señalaba la capilla funeraria de Kha había sido descubierta un siglo antes por Bernardino Drovetti, pero como el pozo de acceso a la tumba se encontraba en frente de la capilla y no debajo de ella, como es habitual, no había sido hallado hasta entonces y la cripta había permanecido tranquila durante todo este tiempo. Dos muros consecutivos de mampostería protegían la entrada a la antecámara de la tumba, con forma de

L (Fig. 12.5). Los objetos de esta primera estancia estaban dispuestos alineados junto a la pared izquierda: junto a la puerta una lámpara (Fig. 12.5.1), después una pértiga para transportar pesos, cestas y algunas guirnalda de flores (Fig. 12.5.2), una silla-orinal (Fig. 12.5.3) y finalmente una cama (Fig. 12.5.4). Dos recipientes de cerámica flanqueaban la entrada a la cámara funeraria (Fig. 12.5.5), acompañados por un zurriago (Fig. 12.5.6) a la derecha y un bastón de medir forrado con pan de oro a la izquierda (Fig. 12.5.7), signo de su oficio de arquitecto y del cariño que le tenía el faraón Amenhotep II, que fue quien se lo regaló. El acceso a la cripta abovedada estaba bloqueado por una puerta de madera, que después de tres mil años conservaba sus colores como recién pintados. Estaba sellada por un gran cerrojo del mismo material con un asa de bronce en un lado, el cual estaba conectado mediante un resorte a un pomo de madera incrustado en la jamba de mampostería de la puerta. El resorte estaba recubierto por arcilla sellada. Un cuenco con los restos resacos del yeso utilizado para sellar la puerta reposaba junto al bastón de medir (Fig. 12.5.8). Tras serrar el cerrojo, los arqueólogos pudieron penetrar en la tumba.

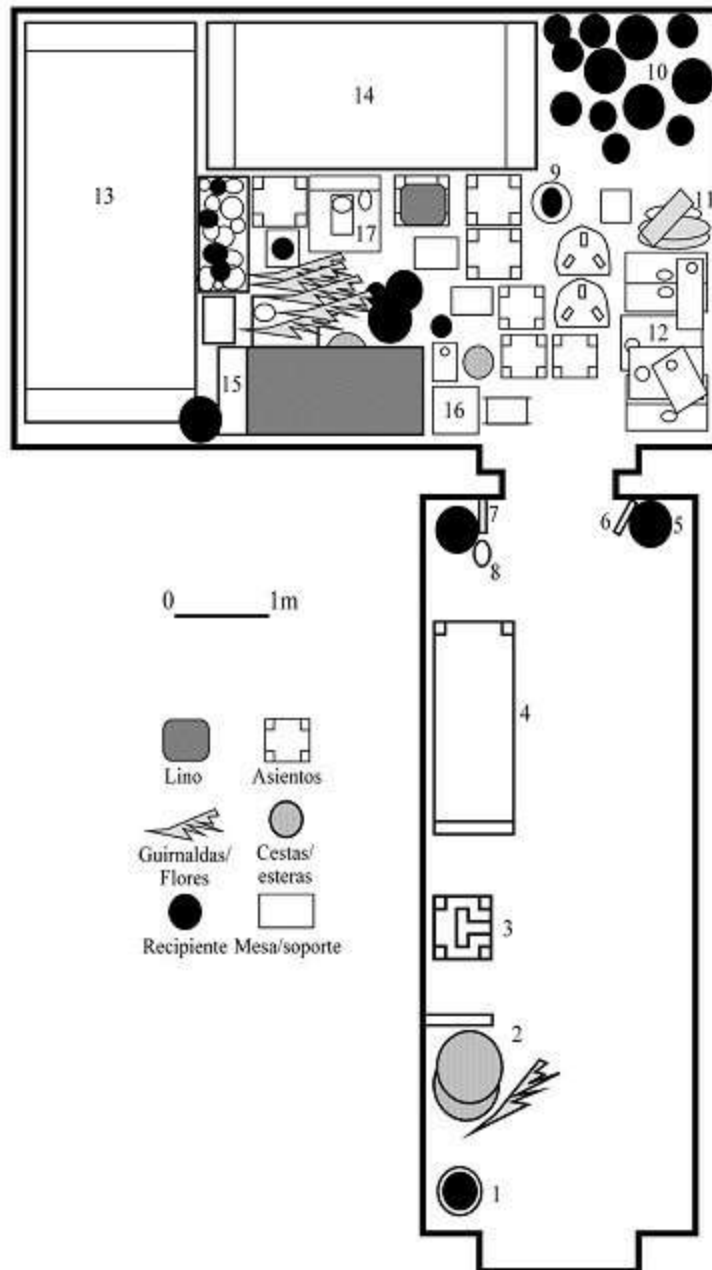


FIGURA 12.5. Planta de la tumba de Kha (TT 8) con la localización aproximada de su ajuar funerario.

El interior estaba en perfecto orden, con telas contra el polvo encima de los objetos principales, tal cual las dejó la última persona en salir de la habitación. Justo frente a la puerta y delante de una esquina del sarcófago de

Merit, había una alta lámpara de bronce (Fig. 12.5.9) con las cenizas de la última vez que estuvo encendida, consumida lentamente mientras iluminaba durante días el interior silente y eterno de la tumba sellada.

La cámara funeraria estaba repleta de mesas de ofrendas de factura grosera y montones de comida sobre ellas: algarrobas, vegetales y panes de todos los tamaños y formas. En la esquina situada frente a la entrada había una docena de ánforas de cerámica con harina, vino, uvas y diversos tipos de carne salada (Fig. 12.5.10). Delante había varias cestas cónicas con comino, bayas de junípero y otros alimentos (Fig. 12.5.11). En la pared a mano derecha se apilaban cajas de madera, en las cuales había tela y objetos personales de los difuntos (Fig. 12.5.12).

El extremo izquierdo de la cripta estaba ocupado por el sarcófago de Kha (Fig. 12.5.13), rectangular y de madera, que contenía en su interior dos ataúdes antropoides. El más interno contenía la momia del arquitecto, vendada con gran cuidado, acompañada por uno de los primeros ejemplares conocidos del *Libro de los muertos* escrito en papiro. El sarcófago de Merit (Fig. 12.5.14) estaba colocado entre el de su esposo y las ánforas. En su interior había un único ataúd antropomorfo, con la momia cubierta por una máscara dorada. En realidad, el ataúd fue fabricado en un principio para su marido, pero como ella murió antes que él, se lo cedió. El cuerpo de Merit estaba vendado con menos cuidado que el de su esposo. En la pared frente a este sarcófago, a la izquierda de la puerta, se encontraba la cama de Merit (Fig. 12.5.15), con sus sábanas y colchón en perfecto estado, lista para ser utilizada. A sus pies, junto a la puerta, una caja contenía sus objetos de tocador: peluca, maquillaje, cosméticos, joyeros, cuchilla, peine, pinzas, agujas, además de cestas de lujo con sus ropas (Fig. 12.5.16).

El estrecho pasillo formado por la cama y los dos ataúdes estaba repleto de objetos, dominados por una silla de lujo (Fig. 12.5.17). Sobre ella había telas, *shabtis* y una estatua de Kha cubierta con guirnaldas de flores. Alrededor más pertenencias del difunto: una silla plegable con adornos en forma de pato, un soporte para copas, un aguamanil y un recipiente de bronce.

Es una tumba típica de un noble del Reino Nuevo y permite sacar algunas conclusiones de la época y la sociedad en que fue realizada. Si se estudia el ajuar vemos que los objetos inscritos con el nombre de Kha suman un valor total de 3.919 *deben*, mientras que los de su mujer sólo llegan a los 787 *deben*, con unos bienes compartidos con un valor de 129 *deben*. El contenido de la tumba corresponde al salario de toda una vida de un sencillo obrero. Sólo el sarcófago costaba ya sus buenos dineros. Un ostrakon de Deir el-Medina⁹ nos ilumina sobre cuál podía ser el precio, pues nos dice que el carpintero Mose le vendió un ataúd al escriba Amennakht a cambio de un ternero.

La tumba de Kha es típica de los sepulcros de la XVIII dinastía situados en el cementerio oeste de Deir el-Medina, donde se encuentran enterradas las personas con más recursos. En él los hombres se entierran con mucho más lujo que sus esposas. Por el contrario, las tumbas del cementerio este son más igualitarias en cuanto a los gastos para ambos sexos.

Las momias de Kha y Merit no han sido abiertas y sólo se han estudiado mediante radiografías, que han permitido descubrir entre sus vendas diversas joyas, tanto en Kha como en Merit. Hasta ahora esto era lo máximo que se podía conocer de ellas sin destruir las momias, pero como acaba de demostrar el Museo Británico con una de las conservadas en sus vitrinas, un TAC ofrece hoy día unos resultados espectaculares con ningún daño para los cuerpos estudiados.

La momia en cuestión pertenece a Nesperennub y lleva expuesta en el museo desde el momento en que fue adquirida por Wallis Budge en Tebas, durante la última década del siglo XIX. Su ataúd nos informa de su nombre y del de su padre, así como del cargo desempeñado por ambos y en qué templo:

Una ofrenda que el rey concede a Osiris, para que pueda dar vida al «amado del dios», «realizador de las libaciones de Khonsu de Benenet», Nesperennub, hijo del poseedor del mismo título Ankhefenkhons, justificado.

*Sarcófago de Nesperennub.*¹⁰

El sarcófago de su padre y el de su madre, junto a una inscripción dejada por su hijo Nebetkheper en el techo del templo de Khonsu en Karnak, nos permiten reconstruir hasta doce generaciones del árbol genealógico de la

familia. La inscripción de su hijo, al estar fechada en el séptimo año de Takelot III (c. 750 a. C.) nos ofrece además la cronología del difunto, la XXIII dinastía. Sin habernos detenido aún en la momia, ya sabemos muchas cosas del muerto, entre las que destacan su pertenencia a una familia bien asentada en los círculos del poder de la ciudad de Tebas. Como el padre de su esposa, Neskhopspakhered, también era sacerdote en el templo y ocupaba el mismo cargo que el padre de Nesperennub, sacerdote encargado de las libaciones, es posible que el matrimonio fuera acordado entre ambos progenitores.

Pasemos ahora al aspecto físico de Nesperennub, accesible gracias al TAC. Con esta técnica se obtuvieron 1.500 secciones digitales de la momia, realizadas a intervalos de un milímetro y recombinadas después en un ordenador para obtener una imagen volumétrica completa. Una vez terminado el proceso de unión de las secciones, el volumen puede ser tratado como un objeto «real» y manipulado a placer por los investigadores. La momia puede ser desvendada capa a capa, despojada luego de sus amuletos, de su piel reseca, de sus músculos embalsamados, hasta quedarnos sólo con sus huesos virtuales. El grado de detalle conseguido es muy grande (Foto 23), hasta el punto de que la imagen del cráneo permite incluso esculpirla y sobre ella se puede intentar una reconstrucción facial del difunto.

Gracias al TAC sabemos que Nesperennub murió con unos 40 años, ligeramente por encima de la media, y que a pesar de haberse criado en una familia de buena posición, sufrió períodos de carencia alimentaria durante la infancia, pues en los huesos de sus piernas se pueden ver líneas Harris. No presenta ninguna anomalía ósea, si no es una ligera osteoartritis. En general, su salud era buena y conserva todos los dientes, excepto las muelas del juicio, que no le salieron. El desgaste dental le produjo un absceso en el primer molar inferior derecho. Excepto por la dolorosa infección dental, Nesperennub debió de disfrutar de una vida relativamente tranquila en cuanto a la salud respecta, hasta que un cáncer se cebó con él. Es posible que un diminuto agujero visible en la frente por encima del ojo derecho, creado desde dentro del cráneo, sean los restos dejados en el hueso por la enfermedad que lo mató: un tumor cerebral. Desgraciadamente, sólo un

estudio directo del tejido podría proporcionarnos algunas claves más. La técnica digital es muy útil, pero todavía no es capaz de realizar análisis químicos o biológicos. El tiempo dirá hasta cuándo.

Las momias de animales

Rodeados de un mundo animal en su mayoría hostil (hipopótamos, cobras, escorpiones, etc.), pero al mismo tiempo dependientes de varios de ellos para su sustento (vacas, ovejas, cerdos, etc.), resulta lógico que los animales formaran una parte indivisible de la sociedad egipcia y fueran muy importantes en el imaginario faraónico. Innumerables son los signos jeroglíficos con forma de animal¹ e imprescindibles las representaciones animales en la decoración de las tumbas (Fig. 6.10). La relación que la sociedad egipcia mantenía con el mundo animal era especial, más allá de lo que uno podría esperar de una cultura agropecuaria como la suya. Como resulta lógico, no son pocas las divinidades egipcias que eran animales, pero lo más llamativo de su panteón son aquellas divinidades que, siendo antropomorfas, aparecen representadas con cuerpo humano y cabeza en forma de animal: mamífero (la vaca Hathor), insecto (el escarabajo Khepri), ave (la milano Isis), etc. Los animales eran para los egipcios seres vivos al mismo nivel que los seres humanos y, por lo tanto, sus dioses podían aparecer como híbridos de ambos sin desdoro alguno para ellos. El animal elegido era una manifestación de una cualidad intrínseca del dios. Esta cualidad de seres vivos permite explicar también la práctica de la momificación en determinados animales, merecedores del mismo trato que el género humano.

No todos los animales momificados cumplían la misma función y, de hecho, se pueden distinguir cuatro categorías de momias de este tipo. La primera serían las momias de mascotas, cuyos dueños decidían enterrarse con ellas para disfrutar de su compañía en el otro mundo. La segunda serían las viandas momificadas, piezas selectas de animales presentadas como ofrendas funerarias en la tumba del difunto. La tercera categoría sería la de las momias de animales sagrados, momificados con todos los honores debidos a su

condición de tales. Finalmente, la última categoría sería la de momias votivas, presentadas como ofrendas al dios con el que se identificaban, una práctica restringida casi por completo al período grecorromano.

Los egipcios parecen haber disfrutado desde siempre de la compañía de animales domésticos como mascotas. Los más habituales eran perros, gatos, monos verdes, babuinos y gacelas. Los faraones, por supuesto, podían permitirse el lujo de contar con los alegres retozos de animales más «regios», como los leones que acompañaron a Ramsés II durante la batalla de Kadesh.



FIGURA 13.1. Momia de perro encontrada en la «tumba de los animales». Valle de los Reyes (KV 50). Museo de El Cairo.

Los perros eran unas mascotas bastante habituales. Las momias más antiguas proceden del cementerio predinástico de Hieracómpolis, pero se conocen más ejemplos. El más notable de todos ellos, por el cuidado puesto en su momificación, se encontró en la tumba KV 50 del Valle de los Reyes. Más que una momia parece un animal disecado (Fig. 13.1). Como recompensa por su lealtad no fueron pocos los egipcios que incluyeron a sus perros en sus estelas funerarias, gracias a las cuales conocemos los nombres de casi ochenta de ellos, como: «Es un pastor», «Buen vigilante» o «Ladrador». El rey Intef II (XI dinastía) incluyó a tres de sus canes de raza extranjera: «Oryx», «Cazador» y «Negrito» en su estela. Una inscripción de la V/VI dinastía nos permite acercarnos al tipo de sentimiento que podían provocar los perros en sus dueños:

El perro que fue guardián de Su Majestad. Abutiú es su nombre. Su Majestad ordenó que fuera enterrado con ceremonia, que se le concediera un ataúd del Tesoro real, lino fino en gran cantidad e incienso. Su Majestad también le otorgó incienso perfumado y ordenó que el equipo de albañiles

le construyera una tumba. Su Majestad hizo esto por él, para que el perro pudiera ser honrado.²

También se han encontrado momias de monos,³ como el hallado en la KV 50 (Foto 24), por buenos motivos conocida como la «tumba de los animales». Al excavar la tumba, Davies pudo comprobar el peculiar sentido del humor de sus saqueadores, que se tomaron el tiempo de jugar con las momias allí encontradas: la momia del perro y la del mono aparecieron enfrentadas, mirándose directamente a los ojos y listas para enzarzarse a mordiscos.

En muchos casos los animales eran enterrados dentro de su propio ataúd, en ocasiones con su forma, y colocados junto a sus amos, como la gacela (Fig. 13.2) descubierta en la tumba de Isetemkheb (TT 320). Algunas personas parecen haber tenido una relación más estrecha todavía con sus animales domésticos, como sucede con Hapymín, que vivió a finales de la época faraónica (XXX dinastía) y fue introducido en su sarcófago con la momia de su perro enroscada a los pies.



FIGURA 13.2. Momia de gacela dentro de su sarcófago, mascota que fue de Isetemkheb. Tebas (TT 320).

Una cuestión importante a dilucidar es si las mascotas eran momificadas en el momento de la muerte de sus amos o si se prefería esperar a que les llegara su hora.

Como los animales domésticos viven bastantes menos años que los seres humanos, lo normal es que un amante de las mascotas tenga varias de ellas antes de finalizar sus días. Por consiguiente, se puede afirmar que la mayoría de las mascotas momificadas lo fueron en el momento de su muerte natural. Se conocen excepciones a esta regla, pero proceden de un lugar y un momento muy concretos. Se trata de los leones y burros enterrados en las tumbas de algunos reyes de la I dinastía. Si la costumbre era entonces sacrificar a servidores para acompañar al faraón en su tránsito al otro mundo, podemos estar seguros de que las mascotas habían de sufrir la misma suerte.

El tipo de momia de animal encontrado con más frecuencia en las tumbas es, sin duda, el de las ofrendas de carne. Se trata de una costumbre que se remonta hasta el Reino Antiguo. Sabedores de la escasa duración de los alimentos sin tratar, los egipcios decidieron preparar la carne destinada a la tumba del mismo modo que trataban el cuerpo del difunto. El objetivo era que durara tanto como aquél. Se ofrecían al muerto todo tipo de animales «selectos»: bóvidos, patos, gansos o pichones. En cambio, otros como los peces o los cerdos, que sabemos que eran una parte básica de la dieta diaria, pero no gozaban del «prestigio» ideológico de los anteriores, no aparecen nunca como ofrendas.

Cuando se trata de momias-ofrenda, los egipcios no trataban el animal entero. Para los difuntos elegían lo mejor y ofrendaban todo tipo de piezas selectas, como patas enteras, el costillar, chuletas e incluso las entrañas. La única excepción eran las aves, cuyo tamaño las hacía adecuadas para ser presentadas como ofrendas completas. Eso sí, las aves se momificaban después de ser manipuladas adecuadamente. La intención era dejarlas listas para ser cocinadas, por lo tanto se desplumaban y luego se les cortaban las patas, la cabeza y la punta de las alas. Por ahora no se ha podido determinar si las momias-ofrenda eran cocinadas someramente antes de ser desecadas, ungidas y vendadas. En cualquier caso, parece que derramar por encima del cuerpo del animal aceite o resina caliente le da un aspecto «cocinado»; muy adecuado para este tipo de momia.

Los contenedores en los que se presentaban las momias-ofrenda eran de todo tipo. Los más normales eran cajas de madera, pequeños ataúdes podríamos decir, que imitaban la forma de la ofrenda contenida en ellos, ya

fuera la pata de un buey o un pato listo para ser asado. En otras ocasiones los contenedores eran cestas, platos de cerámica o sencillas cajas rectangulares de madera.

Desde los momentos más tempranos de la historia de Egipto hubo animales considerados como muy especiales, pues en ellos se veía una manifestación de la esencia de un dios. El ejemplo más antiguo conocido de animal sagrado es el encontrado en la Tumba 24 del cementerio HK6 de Hieracómpolis. Se trata del enterramiento de un elefante. El proboscideo fue inhumado dentro de una excavación ovalada de 3×4 metros, con el espacio interior definido por cuatro gruesos postes de madera de acacia, uno en cada esquina. No se sabe si estaban destinados a mantener atadas las patas del animal o sujetar la superestructura de la tumba. El elefante⁴ fue enterrado con todo lujo, pues fue cubierto con telas de varias calidades y acompañado por cerámica pintada, fragmentos de ocre y malaquita, de jarras de alabastro, de paletas y cabezas de maza de esquisto... Una tumba digna de un rey.

Encontramos animales sagrados a todo lo largo de la orilla del Nilo. Desde al menos la I dinastía, en el norte, en Menfis, se adoraba al toro Apis como contenedor de la esencia de Ptah y Osiris, mientras que en Heliópolis se veía al toro Mnevis como manifestación de Ra y Atum. Este animal sagrado aparece incluso en los *Textos de las pirámides*:

Estoy contento con Él, que preside el otro mundo; los dioses están contentos conmigo cuando me ven rejuvenecido; la comida festiva del sexto día del mes es para mi desayuno, la comida festiva del séptimo día es para mi cena, vacas lactantes se sacrifican para mí en la Fiesta *weg*. Lo que se desea de aquello que alguien recibe es lo que yo concedo, porque soy el Toro de On.

Textos de las pirámides § 716.⁵

En el extremo sur del país, en Elefantina, el dios Khnum se manifestaba en un inofensivo carnero (Fig. 13.3). En cambio, en el centro del país, en El Fayum, era el dios Sobek quien dejaba ver su esencia en un cocodrilo.



FIGURA 13.3. Momias de carnero con toda su parafernalia. Museo de El Cairo.
Baja Época.

El dios se manifestaba en un animal definido exteriormente por unos rasgos físicos muy específicos, que consistía sobre todo en la distribución de las manchas de color en su piel, las características de sus cuernos, etc. El toro Apis, por ejemplo, era completamente negro, con una particular mancha blanca triangular en la cabeza y otras en forma de ala en los flancos; las señales características de Buquis, en cambio, eran el pelaje blanco y el morro negro.

En una búsqueda semejante a la que realizan hoy día los budistas para encontrar la siguiente reencarnación del dalái lama, los sacerdotes encargados de su culto inspeccionaban a todos los animales posibles hasta encontrar uno que reuniera todas las especificaciones requeridas, en el cual reconocían a la deidad. Una vez identificado, el animal era trasladado al templo, alojado en un establo especial y tratado con todos los miramientos. Allí su vida transcurría plácida, sin sufrir penurias alimentarias y tomando parte en los ritos del culto; con la seguridad añadida de saber que moriría de viejo y no sacrificado como alimento.

El toro Apis era albergado en unos establos situados al sur del templo de Ptah, donde disfrutaba de todas las comodidades, incluida la compañía de un selecto harén de vacas. La explicación más obvia es que el rebaño estaba destinado a satisfacer sexualmente al dios; pero sin duda los sacerdotes también eran conscientes de que a mayor endogamia entre el dios y sus

vástagos más posibilidades había de que el siguiente Apis se encarnara en uno de los animales criados en el templo. No hay que conocer las leyes de la genética para comprobar que funcionan.

Cuando ya estaba acomodado en el templo de Ptah, los fieles se acercaban al Apis en busca de respuestas a sus cuitas, pues el animal era considerado uno de los más infalibles oráculos. En época tardía, antes de alcanzar sus nuevos establos el toro pasaba una cuarentena en la ciudad de Nilópolis, situada frente a Menfis. Durante la misma, las mujeres aprovechaban su carácter de dios de la fertilidad para acercarse a él y enseñarle el sexo, ceremonia mediante la cual se aseguraban un embarazo temprano.

Al fallecer el toro Apis,⁶ los habitantes de la zona actuaban como correspondía ante el deceso de un dios y comenzaba un período de luto de setenta días, es decir, los necesarios para momificar al bóvido con todas las garantías. Terminado el proceso, el dios era enterrado en el Serapeum, una catacumba destinada a conservar las sucesivas momias del dios y que fue encontrada por Mariette a mediados del siglo XIX. Una vez enterrado, cada Apis llegaba a ser adorado como un dios.

Todos los animales sagrados disfrutaban de una búsqueda y un trato similar al descrito para el toro Apis. El culto a los animales sagrados experimentó un tremendo renacimiento durante la Baja Época y el período grecorromano, cuando su significado varió ligeramente con respecto al de la época faraónica. Los dioses egipcios fueron siempre algo relativamente ajeno a los fieles, que no podían verlos ni acercarse a ellos si no era durante algunas fiestas, cuando eran sacados en procesión de sus templos. En cambio, los animales sagrados eran vistos como algo mucho más cercano y real, pues fundamentalmente actuaban como oráculos que respondían de forma directa e inmediata a los problemas de los fieles. Al realizar ofrendas a los animales sagrados, los fieles veían y sentían la presencia del dios, quizá por eso proliferó de forma tan desmesurada su culto durante la época grecorromana. Se trata de una tendencia ya visible desde la XX dinastía, cuando los egipcios comenzaron a adoptar dioses personales; considerando que al hacerlos objeto de una veneración particular el dios en cuestión actuaría como su valedor.

Cada dios recibía como momia votiva la del animal con el cual se lo identificaba por excelencia, ibis para el dios Thot (Foto 25), gatos para la diosa Bastet, cocodrilos para el dios Sobek (Fig. 13.4), etc. Dada la inmensa cantidad de animales sacrificados que se ha encontrado en las necrópolis especializadas,⁷ siempre se había sospechado que los animales eran criados en grandes cantidades en los propios templos. Esas gigantescas catacumbas con centenares de millares de momias de un mismo animal sólo podían ser el resultado de una producción a escala masiva durante centenares de años.⁸ Sin embargo, no fue hasta mediados de la década de 1960 cuando comenzaron a encontrarse en Saqqara documentos que confirmaban esta sospecha. Se trata de los ostraca que formaban el archivo personal del sacerdote Hor de Sebenitos (siglo II a. C.), que trabajó en la cría de ibis en el templo. Algo más han tardado en encontrarse las pruebas arqueológicas de los lugares de cría dentro de los recintos templarios.



FIGURA 13.4. Momia de cría de cocodrilo. Museo de El Cairo. Baja Época.

Recientemente, en el templo ptolemaico de Medinet Madi dedicado a Sobek, las excavaciones de la Universidad de Pisa han localizado el lugar donde los sacerdotes criaban a los animales. Se trata de un edificio especial adyacente al Templo C, una habitación abovedada con el suelo cubierto de arena, enterrados en la cual aparecieron cerca de 90 huevos de cocodrilo, con fetos en distintos estados de gestación. Una vez salidas del cascarón, las crías eran depositadas en una pequeña piscina con apenas 30 cm de agua. Un murete y un par de escalones impedían que se desperdigaran por las demás dependencias templarias. Allí esperaban ignorantes hasta cumplir su destino como ofrenda votiva. En Saqqara se han localizado estancias similares para la cría de ibis.

Al contrario que sucedía con los animales sagrados, los destinados a convertirse en ofrendas votivas no podían contar con morir de viejos. La demanda era tan grande que apenas alcanzado el tamaño requerido los animales eran sacados del criadero y sacrificados, bien retorciéndoles el cuello, bien con un golpe fuerte y seco en la cabeza. Seguidamente, los cuerpos sin vida eran momificados y se ofrecían por una módica cantidad a los fieles y peregrinos que se acercaban a rendir sus respetos al dios. La rapidez y el buen servicio eran básicos para mantener en marcha el negocio. Mediando una cantidad de dinero, el fiel podía disponer de una ofrenda que satisfaría plenamente a la divinidad y le garantizaría atención inmediata por su parte. Evidentemente, siendo un negocio, quienes más pagaban mejor trato recibían y mejor era la momia que podían ofrendar. Existían varias calidades, pero los sacerdotes no eran nada escrupulosos y muchas veces daban gato por liebre, pues junto a momias de verdad vendían momias falsas (Foto 1).⁹

Dada su condición de paquete que no se puede abrir, el engaño no podía ser más sencillo. El contenido fraudulento variaba enormemente. En el caso más extremo podía consistir en un mero montón de barro, con algunas ramitas para ayudar a darle la forma adecuada a la momia. En ocasiones, dentro de la pella de barro se introducían un par de huesecillos del animal en cuestión, como para darle un cierto toque de verdad a la momia. Otras veces el contenido de la falsificación consistía en un ladrillo, unos huesos cualesquiera encontrados no se sabe dónde o un sencillo revoltillo de tela con unas cuantas plumas. Eso sí, todos ellos eran envueltos cuidadosamente y gracias a su seductor aspecto externo vendidos sin problemas como momias genuinas.

Como sucede con las momias humanas, también en las de animales se utilizaban distintas técnicas de embalsamamiento. En realidad, parece como si para prepararlas se hubieran aprovechado de los conocimientos adquiridos con la momificación humana. La técnica más refinada de embalsamar animales implicaba la evisceración del cuerpo y el desecado con natrón. En el caso de los monos parece haberse utilizado una incisión lateral, mientras que cuando se trata de otros animales, como perros o gacelas, la incisión parece haber sido ventral. Cuando se trata de embalsamamientos de gran calidad, el

cuerpo del animal se rellenaba con tela de lino cuidadosamente plegada, como sucede con la momia de babuino encontrada en el patio de la tumba -399- en Dra Abu el-Naga.¹⁰

El segundo tipo de momificación implicaba una mayor rapidez y una menor preocupación por el futuro del cuerpo embalsamado. En el mejor de los casos, el interior del cuerpo se irrigaba para lavarlo, antes de depositar el animal en su cama de natrón. En muchas ocasiones, antes de que la desecación se hubiera completado, el cuerpo era bañado en una sustancia resinosa muy caliente, seguida por unciones con aceite. Debido a estos productos la carne se quemaba y, envuelto en sus vendas, el cuerpo se desintegraba lentamente. Una circunstancia favorecida por el hecho de que en casi todas las ocasiones las vísceras permanecían dentro del cuerpo, lo que garantizaba la putrefacción del mismo al poco tiempo. Este tipo de embalsamamiento se practicó con asiduidad durante la Baja Época y el período grecorromano y es el que vemos en la mayoría de las momias votivas.

Los grandes toros sagrados parecen haber sido los principales usuarios del tercer método de embalsamamiento. En este caso el vaciado del cuerpo se conseguía mediante una solución disolvente a base de aceite de cedro o pino, introducida en el cuerpo por vía rectal mediante un enema. Una vez el líquido introducido, el ano se taponaba y el cuerpo se enterraba en natrón. Pasados unos días el tapón se sacaba y se drenaba el interior del animal, arrastrando el líquido al salir los órganos internos disueltos. Cuando se trataba de toros sagrados, el siguiente paso consistía en situarlos sobre una tabla de madera a la que quedaban sujetos mediante unas abrazaderas de bronce. Después venía el vendado, durante el cual las abrazaderas se utilizaban como puntos de anclaje. Terminado el vendado, el animal recibía máscaras, cartonajes, coronas, etc., y era depositado en su cripta.

El descarnamiento es el penúltimo de los sistemas de momificación animal. El objetivo de esta técnica era conseguir los huesos, que luego eran ungidos y vendados como siempre. Se ha sugerido que en realidad el descarnamiento se producía al ser consumida la carne por los sacerdotes, pero

como se conocen momias de perro realizadas con esta técnica quizá haya que descartar tal posibilidad, porque no hay ningún documento que sugiera que los canes eran consumidos.

Un último sistema, utilizado exclusivamente con aves, parece haber sido la inmersión del animal en resina o betún fundido. No parece posible que el procedimiento se realizara con el animal vivo, pues las salpicaduras serían muy peligrosas para el embalsamador.

Finalizado el proceso de convertir el animal en una momia, sus restos se vendaban. Como sucede con las momias humanas, durante la época faraónica el vendado era bastante sencillo: un mero envoltorio a base de tiras de tela dispuestas en espiral utilizando el cuerpo como eje. En ocasiones el cuerpo del animal se cubría con papiro o cañas antes de recibir las vendas (Fig. 13.5). Según iba disminuyendo la atención prestada a los cuerpos, fue mejorando la apariencia externa de las momias. En época grecorromana los vendajes son mucho más elaborados, con diseños en forma de rombo y vendas de dos colores (Fig. 13.4). Entonces la apariencia externa era más importante que el supuesto animal momificado, como también sucedía con las momias humanas de la época.



FIGURA 13.5. Momia de gacela envuelta en cañas. Museo de El Cairo.

Las momias en otras culturas

Los egipcios no fueron el único pueblo de la Antigüedad que decidió preservar de la descomposición de la muerte a sus seres queridos. En realidad, ni siquiera fueron los primeros en hacerlo, un honor que le corresponde al pueblo Chinchorro chileno. Se puede decir que hay momias por todo el mundo, repartidas en los cinco continentes, incluida España. Ciertamente es que algunas son producto de la casualidad, merced a la composición del suelo donde fueron depositados los cuerpos (como sucede en el pudridero de los capuchinos en Palermo) o un acontecimiento fortuito (como el fallecimiento en un glaciar de Ötzi, el «Hombre de hielo»), pero otras forman parte de la tradición cultural de esa civilización (como las momias de los reyes y nobles incas).

Los primeros ejemplares de las momias más antiguas del mundo fueron descubiertos en 1917 a dos kilómetros de la playa chilena de Chinchorro, en el desierto de Atacama. Las investigaciones no han cesado desde entonces y hasta el momento se han encontrado cerca de trescientos cuerpos momificados.

Los grupos humanos que componían la cultura Chinchorro parecen haber procedido de la zona de montañas de Arica, desde donde se desplazaron hasta la costa para establecerse, emparedados entre el océano Pacífico y el desierto de Atacama. Allí permanecieron, desde el 7020 a. C. hasta el 1110 a. C., como una cultura sedentaria de pescadores que no conocía la cerámica, ni la metalurgia y tampoco sabía tejer. Pese a todo, su ideología los llevó a crear las primeras momias artificiales conocidas en el mundo, partiendo de la momificación natural observada en los cuerpos de los antepasados, producida por el carácter desértico de la zona.¹

Entre el 7020 y el 5050 a. C. el pueblo Chinchorro se limitaba a enterrar a sus muertos en el cercano desierto. El proceso de desecación natural es el mismo ya descrito en estas páginas (capítulo 3). Los cuerpos eran depositados estirados sobre la espalda y envueltos con esteras y pieles de camélido. En ocasiones las piernas estaban ligeramente flexionadas y también puede haber algún ajuar funerario: cuchillos de piedra, conchas, anzuelos y redes de pescar.

Las primeras momias artificiales aparecieron a partir del 5050 a. C. Son las llamadas momias «negras», pues ése es el color de los cuerpos como resultado de haber sido pintados con una capa de manganeso (Foto 26). Se trata de unas momias muy complejas en las cuales el cuerpo era «desmontado» y luego vuelto a «montar» como una momia. El primer paso consistía en decapitar el cadáver y cortarle los pies. Seguidamente al cráneo se le cortaba la cabellera y se le quitaba la piel. Una gran incisión central paralela a la cara permitía vaciar el cerebro, secar el cráneo y rellenarlo con hierbas, ceniza, arena, piel de animal o un revoltillo de todos estos materiales. El paso final consistía en atar el cráneo y la mandíbula con una cuerda y dejarlo reconstruido y listo para la última fase del «montaje de la momia». Mientras tanto, el resto del cuerpo había sido despellejado y descarnado, para dejar sólo el esqueleto, que se limpiaba y secaba. Entonces comenzaba la reconstrucción del difunto. Los huesos eran mantenidos unidos mediante cuerdas vegetales en las articulaciones. Tres palos de la longitud adecuada y 1,5 cm de diámetro formaban la estructura central (Fig. 14.1). Dos de ellos se ataban uno a cada tobillo, pasaban por la pelvis, el pecho y llegaban al extremo del cuello. El tercero iba en paralelo a la columna vertebral hasta el sacro. La punta superior de estos tres palos se ataba junta y servía para encajar en ella el cráneo. Los huesos se enrollaban ahora con cuerdas, en ocasiones envueltos primero en esteras para dar volumen a la momia. La segunda fase de la momificación podía comenzar.

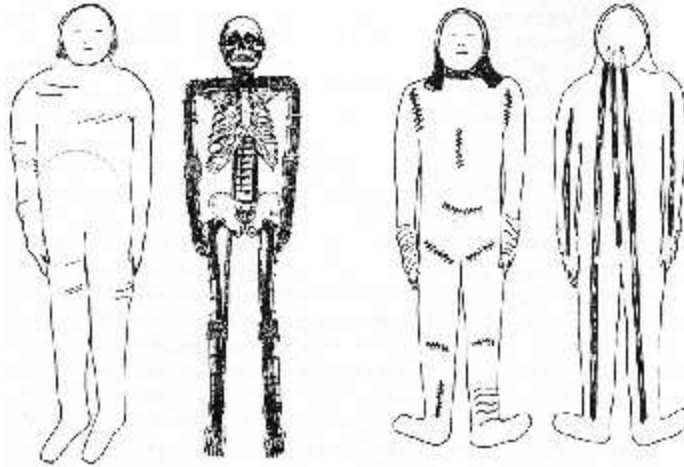


FIGURA 14.1. Estructura interna de las momias negras (izq.) y rojas (der.) de la cultura Chinchorro. Chile.

El esqueleto así preparado se recubría entero, cabeza incluida, con una pasta blanca de ceniza que reemplazaba la carne del difunto. Una vez terminado el proceso se colocaba encima la piel, por lo general en secciones, si bien en algunos casos está tan bien conservada que parece como si hubiera sido desollada intacta, como si fuera un guante. En el cráneo el toque final consistía en colocar en su sitio la cabellera, asegurada con piel de león marino. La gruesa capa de manganeso dejaba listo para el enterramiento el cuerpo del difunto. Los niños no suelen conservar la piel, y la pasta, más gruesa, se coloca directamente sobre el armazón.

A partir del 2500 a. C. y durante medio milenio las momias cambiaron, tanto de aspecto como de preparación. El cuerpo no era desollado para ser descarnado, ahora se prefería realizar incisiones en los hombros, el abdomen y la ingle, por las cuales se extraían los órganos internos y gran parte de la masa muscular. El interior, vacío excepto los huesos, era secado mediante carbones encendidos. Tras realizarse esta operación se introducían bastones en brazos, piernas y tronco para darle rigidez al conjunto (Fig. 14.1), lo que se completaba con un relleno de ceniza, piel de camélido, plumas, hierbas, tierra y pieles de animales y aves. Una vez terminado el proceso las incisiones se cosían y se incorporaba la cabeza, que había sido separada del tronco para ser vaciada, secada y rellena. Una pasta reemplazaba la carne del rostro, que se modelaba y se cubría con la piel facial del difunto. El toque final consistía en una peluca de pelo humano de hasta 60 centímetros de

longitud, sujeta mediante una capa de manganeso. Antes de ser enterrada toda la momia era pintada de rojo con óxido de hierro (Fig. 14.2) y las articulaciones reforzadas con cuerdas o delgadas tiras de cuero.



FIGURA 14.2. Momia roja de la cultura Chinchorro. Chile.

En las mismas fechas que las momias rojas, parece haberse utilizado un método semejante, pero sólo con niños. La preparación es similar a las momias negras y rojas. El cuerpo era desollado y descarnado, reforzándose con palos el esqueleto. El resultado era vendado con tiras de piel —humana o animal— de unos 2 cm de anchura, utilizándose cuerdas para mantenerlas en su sitio. El cuerpo así preparado se pintaba de rojo y la cabeza de negro. Los fetos, por su parte, recibían un tratamiento especial que los convertía en momias-estatuilla. El esqueleto era limpiado siguiendo el método tradicional y los huesos envueltos en una gruesa capa de barro con la que se modelaba un cuerpo tubular (sin extremidades ni órganos sexuales) con la cabeza grande.

A partir del 2000 a. C. aproximadamente, mientras se realizaban las últimas momias rojas, comenzó a practicarse otro tipo de momificación. En este caso los cuerpos eran ahumados —algunos sin eviscerar y otros eviscerados— y luego recubiertos por completo con una gruesa capa de una mezcla de arena, arcilla y un aglutinante proteínico. Las momias se preparaban en el lugar mismo donde iban a reposar y la gruesa capa que las recubría las pegaba al suelo, literalmente. El cambio ideológico es notable, pues si antes los Chinchorro podían transportar a sus antepasados con ellos ahora los dejaban fijos en un lugar.

Poco a poco, la momificación artificial fue desapareciendo y los cuerpos volvieron a ser enterrados en la arena para convertirse en momias gracias a los esfuerzos de la madre naturaleza. Y la vida continuó para los Chinchorro.

Mientras todo esto sucedía y Egipto seguía su propia evolución en cuestiones de momias, en los Alpes tirolese tuvo lugar un acontecimiento que cinco mil trescientos años después nos ha permitido contemplar cara a cara a un europeo de la Edad del Cobre: Ötzi.

El cuerpo fue descubierto por una pareja de amantes del montañismo en 1991 y al principio se pensó que era un trágico accidente contemporáneo. La verdad no tardó demasiado en hacerse evidente: se trataba del cuerpo congelado de un hombre prehistórico. Dado su evidente valor arqueológico, austriacos e italianos se enfrentaron por la propiedad de la momia, que terminó por morirse a sólo 92,56 metros de la frontera austriaca, en la región autónoma italiana del Tirol del Sur, esa parte de Austria concedida a Italia como botín de guerra tras el fin de la primera guerra mundial. El cuerpo comenzó a ser estudiado en la Universidad de Innsbruck, hasta que fue definitivamente trasladado al Museo de Arqueología de Tirol del Sur, en la ciudad de Bolzano (Italia) en 1998.

Ötzi, un varón de mediana edad, iba vestido para soportar adecuadamente las frías temperaturas de la región alpina, pero no en época invernal. Su ropa interior consistía en un cinturón del que colgaban, delante y detrás, dos trozos de tela a modo de mandil y al que se ataba las tiras de piel que sujetaban erguidas las perneras que cubrían sus extremidades inferiores. Un sobretodo de piel de cabra cubría todo el conjunto hasta las rodillas, y como abrigo final se protegía con una especie de poncho largo de hierbas y un bonete de piel. Los pies iban protegidos dentro de unas calzas de piel rellenas de hierba. Una pequeña bolsa de piel colgaba del cinturón.

Junto a él se encontró un cuchillo de piedra y su funda, un hacha con mango de tejo y hoja de cobre, un arco largo sin montar de madera de tejo, un carcaj de piel de ciervo con dos flechas terminadas y doce astiles sin punta. Una mochila de corteza de alerce y piel, y dos recipientes de corteza del mismo árbol habrían contenido sus provisiones.

La infancia de Ötzi transcurrió en el valle del Isarco, como demuestra el análisis de isótopos de uno de sus dientes. Posteriormente, su vida transcurriría entre los valles del Senales y del Venosta; pues los isótopos de sus huesos son similares a los del suelo y el agua de estas dos zonas. Era un hombre anciano para la época (cuarenta y cinco años), que en los seis meses anteriores a su muerte sufrió tres enfermedades graves, las cuales dejaron su marca en la única uña que ha conservado la momia. Además, restos de gusanos tricocéfalos sugieren problemas intestinales que, sin embargo, no le impidieron comer: unos días antes de fallecer se alimentó de carne de íbice y vegetales, mientras que su última comida estuvo compuesta de ciervo y cereales.

Se ha sugerido que Ötzi era un pastor trashumante, pero la presencia de más de medio centenar de tatuajes mágicos en la parte inferior de la espalda, la pierna izquierda y la rodilla y el tobillo derechos, junto a la riqueza de su equipo de caza sin terminar y la presencia de una piedra mágica (una bola de mármol traspasada por una tira de cuero con nudos), parece sugerir que quizá fuera en realidad un chamán.

En cualquier caso, unos días antes de fallecer tuvo un mal encuentro, pues la mano derecha presenta una herida defensiva, con un profundo tajo de 4 cm de longitud en la palma que posiblemente le dejara inútiles dos dedos. Además, la capa, el cuchillo y una flecha rota que utilizó como punzón contienen restos de sangre de cuatro personas distintas a Ötzi. El ataque parece haber fracasado, pero obligó a nuestro protagonista a huir del poblado, situado en el valle del Venosta, como parece confirmar la mica encontrada en sus intestinos, procedente de la zona donde confluyen los ríos Adigio y Senales (allí se encuentra el yacimiento de Juval, de la Edad del Cobre). Era primavera, como indican los restos de polen germinado de carpe negro hallados en su tracto digestivo, los cuales sugieren además que alcanzó el punto donde murió (el paso de Teisenjoch) tras haber caminado unos 20 kilómetros desde el pie de las montañas. Estaba huyendo y para despistar a sus seguidores no siguió el camino más derecho, sino que parece que subió, bajó y volvió a subir por la ladera de la montaña, lo cual dejó en su estómago una capa de polen de carpe negro emparedada entre dos capas de polen de pino.

Pese a sus esfuerzos, Ötzi no consiguió burlar a sus enemigos. Cuando estaba a punto de culminar y comenzar el descenso por la otra vertiente de la montaña, un arquero situado en una posición más baja que él le disparó una certera flecha al omóplato izquierdo, atravesándolo y seccionando la arteria subclavia. La rápida pérdida de sangre le provocó un choque hemorrágico que dejó al cerebro sin oxígeno, haciéndole marearse y sudar pese a las bajas temperaturas. No tardó en desmayarse y caer al suelo, donde la muerte le sobrevino con rapidez. Apenas habían pasado unos minutos desde que fuera herido. El asesino era un arquero experto, pues el punto alcanzado por la flecha es el preferido de los cazadores para matar a sus presas de un sólo disparo. Quizá por esa razón, para que nadie pudiera reconocer su flecha, al ver que Ötzi ya no se movía se acercó a él para arrancarle el astil, dejándole incrustada la punta de flecha de piedra. Allí sería encontrada después gracias a una radiografía.

El frío de la montaña impidió el comienzo de la descomposición y en los días subsiguientes se produjo la cadena de fortuitas circunstancias que convirtió a Ötzi en una momia de hielo. Cinco milenios después, una nube de arena procedente del Sahara provocó una pequeña ola de calor que deritió la nieve del glaciar lo suficiente como para permitir el descubrimiento de esta momia fascinante.

Igual de fascinadoras, pero mucho más intrigantes, son las momias chinas de la región de Ürümchi. Cuando llegaron a oídos de los periódicos europeos, en 1994, todos destacaron la increíble altura de algunas de ellas, su estado de conservación, sus ropajes de brillantes coloridos con diseños de cuadros escoceses y su gusto por los sombreros de todo tipo, desde boinas hasta picudos sombreros de «bruja», pasando por bonetes de tipo frigio. Pero en lo que más hincapié hicieron fue que se trataba de momias caucasoides. ¿Qué hacían hombres blancos en medio de China? Los amantes de la pseudohistoria no tardaron en hincarle el diente al descubrimiento, que en realidad resulta mucho más prosaico, sin por ello perder nada de su interés.

Si bien el público sólo conoce las momias más llamativas, aquellas que mejor quedan en las páginas de color de los semanarios, lo cierto es que son miles las que se han excavado, expoliado, destruido y conservado. Las momias de la región son naturales y datan de entre el 1800 a. C. y el siglo II

d. C. No es nada extraño que abunden, pues la geología y la climatología de la zona son propicias para la momificación natural. Las más antiguas son las más vistosas, como «la bella de Krörän» o «el hombre de Chärchän», junto a su esposa y su hijo, «el niño azul», encontrado en una tumba cercana. En cuanto a sus rasgos caucásicos, no muy del gusto de las autoridades chinas, se deben probablemente a su origen en las estepas situadas al norte del Asia central oriental. Los extremos se tocan, de modo que no es extraño que gentes caucásicas de los límites orientales de Europa terminaran por penetrar en la región que señala el límite occidental de lo que luego ha sido China. Sólo ahora está comenzando a ser estudiada la evolución e influencia de estos grupos en la región, algo que no sucede con las momias de las turberas, que vienen siéndolo desde el siglo XIX.

Las momias de las turberas son algo típico del norte de Europa, aunque se han encontrado dos de ellas en Grecia y otras muchas más en el resto del mundo. Un recuento laxo sitúa su número en dos mil ejemplares; pero otro mucho más restrictivo limita la cantidad a 122 cuerpos. En cualquier caso, su distribución geográfica es tan amplia como su cronología, pues una mujer de unos 20-25 años encontrada en Koelberg (Dinamarca) data del 10.000 a. C., a comienzos del Mesolítico, mientras que las momias más modernas pertenecen a soldados alemanes que lucharon en la segunda guerra mundial y murieron en el frente ruso.

La existencia de estas momias naturales se debe al medio físico donde se forman. Las ciénagas son lugares con poca variedad de especies vegetales, entre las cuales domina el musgo esfagno, responsable principal de la conservación de los cuerpos. El agua estancada de estas ciénagas posee una escasa cantidad de oxígeno, limitada además a la capa superior del líquido, de modo que los cadáveres sumergidos de inmediato en estas aguas a más de 30-40 cm de profundidad se encuentran con un entorno anaerobio y bastante ácido, libre de las bacterias que descomponen la materia orgánica y con capacidad para inhibir el crecimiento de las que hayan podido llegar con el cuerpo. Una sustancia llamada esfagnato contenida en el musgo se encarga de terminar el proceso de momificación. Al morir y descomponerse, el musgo la libera y cuando entra en contacto con los cuerpos los descalcifica y los curte, de ahí el aspecto oscuro y como de cuero de muchos de ellos.

Las ciénagas son lugares naturalmente peligrosos y ocultos, perfectos para perderse, emboscarse a la caza de incautos que asaltar y esconder los cadáveres que no se desea que vuelvan a ser encontrados. Cualquiera de estas circunstancias permite explicar algunas de las momias encontradas en ellas. Tanto es así que en 1983, al escuchar en la televisión el descubrimiento de una cabeza en la turbera de Lindow, un arrepentido ciudadano británico se acercó a comisaría a confesar el asesinato de su esposa 20 años atrás, cuyo cuerpo había ocultado justamente allí. Su sorpresa y la de la policía fue enorme cuando los especialistas diagnosticaron que, en realidad, se trataba de un cuerpo de dos mil años de antigüedad.²

Muchas momias de las turberas presentan unas características comunes bastante definidas, que hacen pensar en una explicación diferente a la del mero asesinato. Entre las momias fechadas en la Edad del Hierro predominan los cuerpos juveniles y de adultos jóvenes de ambos sexos, con deformidades corporales en un elevado porcentaje de ellos. Además, en casi todos los casos parecen haber sido asesinados de forma ritual inmediatamente antes de ser depositados con cuidado dentro de la ciénaga. El hombre de Tollund (Fig. 14.3) reposa tranquilo, desnudo y en posición fetal, con la cuerda que sirvió para estrangularlo todavía anudada al cuello. Una cuerda similar llevaban el hombre de Borremose, la mujer de Elling o la chica de Yde. Otros sufrieron una muerte más violenta, como el hombre de Grauballe, al que golpearon con violencia en la cabeza antes de cortarle la garganta con tanta fuerza que seccionaron el esófago. El análisis de los intestinos de esta momia demuestra que poco tiempo antes de fallecer comió un potaje de vegetales y algunos pedacitos de carne, sin rastro alguno de fruta fresca, verduras, hierbas o bayas.



FIGURA 14.3. El hombre de Tollund. Dinamarca. Edad del Hierro.

Este tipo de asesinato ritual es posible explicarlo de dos maneras. Por una parte se puede sugerir que los cuerpos momificados pertenecen a personas que rompieron la normativa social del grupo donde vivían y como resultado éste decidió deshacerse de ellos. Por la otra, se podría considerar que la presencia de las momias responde a una ceremonia propiciatoria relacionada con algún acontecimiento catastrófico o, sencillamente, con una tradición ancestral con las divinidades del bosque. Nada, en realidad, se sabe de las momias de los pantanos, aunque las aparentes deformidades físicas de muchas de ellas dan qué pensar respecto a su posible función como chivos expiatorios. Por ejemplo: Lindow III tiene un dedo vestigial; la chica de Yde poseía una ligera escoliosis; la mujer de Zweeloo posee unas extremidades superiores e inferiores anormalmente cortas; de los dos hombres de Dojringe, uno tiene el brazo derecho más corto que el izquierdo, espina bífida y dos trepanaciones, mientras que el otro posee el brazo izquierdo más corto y en el cráneo una herida curada; el niño de Kayhausen tiene una cadera dañada que le impedía andar con normalidad; y la mujer de Elling sufría de osteoporosis.

Bastante más claro está el motivo de la existencia de las momias chinas de la dinastía Han (206 a. C.-220 d. C.), las más conocidas de las cuales son las de la esposa del marqués de Dai (Fig. 14.4) y la de Sui Xiaoyuan, un alto funcionario de distrito del rango noveno.

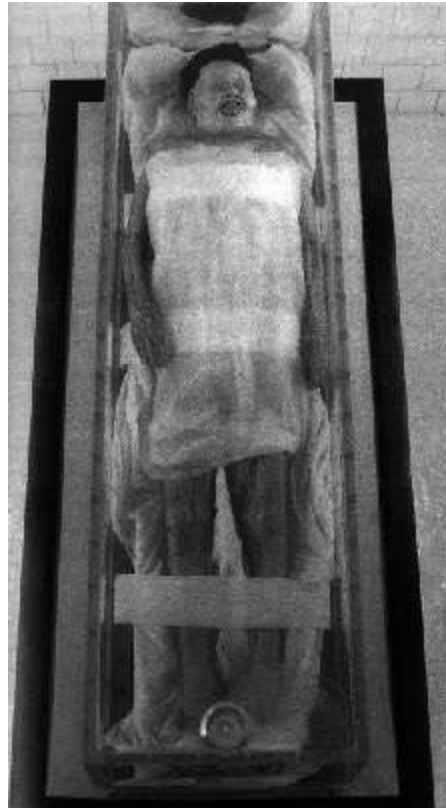


FIGURA 14.4. La dama Dai. China. dinastía Han. Museo Provincial de Hunan.

La tradición china consideraba que el cuerpo había de ser entregado por entero bien a la tierra bien al cielo, lo cual implicaba que se había de procurar no dañarlo durante la inhumación. La práctica terminó por determinar que el mejor modo de preservar el cuerpo era depositarlo dentro de un sarcófago estanco y enterrarlo. El resultado de esta práctica sería la conservación de los cuerpos, pues al faltar el aire dentro del ataúd las bacterias necrófagas no podrían desarrollarse y no tendría lugar la descomposición del cuerpo. El proceso se describe en textos como *El libro de los ritos* y era muy sofisticado, lo cual lo limitaba a la clase alta. El primer paso era lavar el cuerpo con un alcohol perfumado, tras lo cual era vestido y envuelto en telas. El penúltimo paso antes del enterramiento era colocarlo sobre una plancha de madera y

luego enterrarlo en hielo o agua muy fría. Por último, el cadáver se introducía, junto a varias sustancias entre las que estaba el cinabrio, en varios ataúdes consecutivos muy ajustados. Una vez depositados en la tumba, ésta también se sellaba. Excavadas en un terreno propicio y en una región con el clima adecuado para la momificación natural, no es de extrañar que se hayan descubierto varias tumbas intactas de la dinastía Han.

El grupo de tumbas de la dama Dai apareció en la ciudad de Changsha (provincia de Hunan) en 1972-1973, al sacarlas a la luz la excavación de unos cimientos. La tumba 1 pertenecía a la dama Dai, llamada Xin Zhui; la tumba 2 pertenecía a su esposo, Li Chang, marqués de Dai y primer ministro del rey de Changsha; la tumba 3 pertenecía al hijo de ambos. Los textos en hojas de bambú que los acompañaban permitieron fechar con exactitud las tumbas. El padre murió en el 186 a. C, el hijo en el 168 a. C. y la madre después que ellos, pues su tumba se superpone a las de ambos.

Los ataúdes de la dama Dai reposaban sobre una estructura central de madera construida sin clavos, con cuatro cámaras laterales para las ofrendas. Estaba aislada del terreno circundante por una gruesa capa de carbón de entre 30 y 50 cm. Una segunda capa de arena cubierta de arcilla blanca rodeaba todo el conjunto. Este aislamiento creó un hermetismo que no dejó penetrar el agua en el interior y protegió durante siglos su contenido. El cuerpo de la dama Dai, de 1,54 metros de altura, 34,3 kilos de peso y unos 50 años de edad, reposaba de espaldas y estaba perfectamente conservado (Fig. 14.4). Los forenses que realizaron la autopsia se encontraron un cuerpo hidratado, con los tejidos blandos como la piel o los músculos todavía elásticos, ¡las articulaciones todavía podían doblarse! Se comprobó entonces que la dama Dai sufrió muchas enfermedades, como arterioesclerosis, cálculos biliriales (una piedra del tamaño de una judía en el conducto biliar y otra más pequeña en el conducto hepático), esquistosomiasis, envenenamiento por mercurio y plomo, lombrices y una fractura mal curada del cúbito y el radio derechos. Su estómago contenía 138 pepitas de melón sin digerir, que hacen sospechar que murió de un ataque al corazón al poco de comer o quizá de una arritmia provocada por un cólico biliar. Entre las ofrendas funerarias había muebles,

ropas (la momia estaba envuelta en 20 capas de tela y ropajes), cerámica, seda, tallas de madera, instrumentos musicales y los inefables alimentos: pescado, huevos, frutas, carne y arroz.

También en la década de 1970, en la provincia de Hebei se encontraron los cuerpos de varios de los reyes de la dinastía Han, cuya característica más sobresaliente es que fueron depositados dentro de un «traje» formado por miles de plaquitas de jade cosidas en las esquinas con hilo de oro. El jade se pensaba que era un material conservante y mágico, utilizado en las pócimas preparadas por los alquimistas chinos para alcanzar la inmortalidad. Los textos nos hablan de él a partir del siglo IV d. C., pero la arqueología nos demuestra que el concepto del jade como preservador de los cadáveres data de medio milenio antes, la fecha de las momias de jade. Por desgracia, la realidad biológica se impuso a los deseos de los mandatarios chinos y todas las momias de jade encontradas (no llegan a las dos docenas) únicamente contienen en su interior esqueletos.

Algo más que esqueletos son las momias guanches (Fig. 14.5), el pueblo que habitaba las islas Canarias antes de la llegada de los ejércitos castellanos en el siglo XV. Las pocas pruebas de radiocarbono realizadas a las escasas momias que sobreviven las sitúan entre los años 400 y 1400 d. C. Los difuntos se enterraban en cuevas funerarias, atados a planchas de madera y envueltos en pieles de cabra. En su mayoría se trata de varones adultos, pero la escasa muestra conservada no permite afirmar si ello es debido a una costumbre social, porque también se han identificado algunos ejemplares subadultos y varias mujeres. Los cadáveres eran lavados, expuestos al calor del sol por la mañana, de la hoguera por la noche, pulverizados con piedra pómez y corteza (o agujas) de pino, ungidos con manteca y envueltos en pieles de cabra. El clima seco al que quedaban expuestas las cuevas funerarias se encargaba de hacer el resto; hasta el punto de momificar también otros cuerpos que no fueron tratados de este modo.



FIGURA 14.5. Momia guanche, llamada de san Andrés. Tenerife.

Poco después de terminar la conquista de las Canarias, los españoles encontraron más momias; pero esta vez en el nuevo continente, recién descubierto gracias a los esfuerzos de Colón. En el virreinato del Perú los españoles se encontraron con momias de todas las épocas y períodos, pues la costumbre de dejar momificar de forma natural los cuerpos, ya fueran los de todo el grupo o sólo los líderes del poblado, se remonta a antes de la aparición del Estado en Egipto y Mesopotamia. Las primeras momias peruanas conocidas datan del 4000 a. C., siendo una costumbre que continuó hasta el siglo XVI, con las momias de los reyes y la nobleza provincial inca. Entre medias hubo muchas culturas que momificaron a sus miembros o al menos a una parte de ellos, como puedan ser los Chavín (900-200 a. C.), cuya influencia en el posterior desarrollo de la región fue muy importante. También se conocen momias de la cultura Paracas (400-100 a. C.), influida por la anterior. Las momias de la clase baja y media (Fig. 14.6) de esta cultura consistían en un cuerpo acucillado sobre una piel, dentro de una cesta, rodeado de varias capas de ropa y la cabeza ataviada con varios tocados de tela. Unos cuantos sudarios de algodón envolvían el conjunto, a su vez oculto bajo 15 capas de tela entreveradas con ofrendas funerarias como armas, cerámica, etc. Estas momias se depositaban en cavernas y son de ambos sexos y de todas las edades, mientras que las momias de la elite (varones de edad avanzada) se enterraban en necrópolis especiales. El sistema era el mismo, pero más lujoso y el paquete que formaban las momias, desecadas al absorber las telas los fluidos de la descomposición, estaba coronado por una cabeza artificial. Entre el año mil y la llegada de los

españoles varias culturas peruanas practicaron la momificación natural, como puedan ser los Chiribaya, pero las más interesantes son sin duda las momias incas.



FIGURA 14.6. Sección de un fardo funerario de la cultura Paracas. Perú.

Como hijos del sol que eran, los reyes incas se consideraban divinos y a su muerte sus cuerpos habían de ser preservados de la descomposición. El nuevo soberano necesitaba legitimarse y su acceso a los cuerpos de los anteriores dioses que habían gobernado el país le confería una autoridad añadida. Como fuente de poder que eran, las momias de los reyes quedaban ocultas a la vista de todos excepto en ocasiones especiales, como podía ser la celebración de los solsticios en el templo del sol en la capital, Cuzco. Se desconoce el método de momificación utilizado, siendo imposible saber si se trataba de algo natural o si por el contrario era antrópico. Quizá se pueda sugerir como parte de la técnica una exposición de los cuerpos —más o menos prolongada y en condiciones vigiladas— a los rayos del dios sol, que amén de ser el origen de la realeza ayudaba así a conservar los cuerpos. En cualquier caso, a su muerte el cadáver del soberano era depositado en

cucullas en un asiento especial, con las rodillas bajo la barbilla, con trocitos de oro en la boca, puños y pecho. A continuación era vestido con ropas de la mejor calidad y un mes después la momia era depositada en su tumba (Fig. 14.7). Tras las ceremonias funerarias, la momia quedaba al cuidado de servidores especiales pertenecientes a la familia del soberano. No sólo recibían de ellos alimentos y cuidados, sino que también podían manifestar su opinión por su intermedio.



FIGURA 14.7. Las momias del inca Guainacapac, su esposa y un servidor siendo transportadas hasta Cuzco para ser enterradas.

Uno de los requisitos de los funerales de un rey inca era el sacrificio ritual de sus esposas y concubinas principales, acompañado por el de animales y siervos. En todas las provincias del imperio se escogía un niño o joven, sin importar su sexo y quizá perteneciente a la nobleza local, el cual era sacrificado para la ocasión como punto culminante de un complejo ritual. Este tipo de sacrificios también podía producirse cuando se intentaba aplacar a los dioses tras una serie de desastres naturales importantes, como pudiera ser un terremoto devastador.

Tras ser conducidas a Cuzco para ofrendar su muerte a la momia del rey, las víctimas eran llevadas de nuevo a sus provincias de origen para la fase final del ritual, conocido como *capac hucha*. El sacrificio tenía lugar en la

cima de las montañas, a miles de metros de altura, por lo general por encima de los cinco mil metros. Sedadas con coca o borrachas con chicha, las víctimas eran dejadas morir a la intemperie, lo cual no tardaba mucho en suceder debido a las bajas temperaturas. Los cuerpos eran depositados después en los cimientos de las plataformas para realizar ofrendas, donde han comenzado a ser descubiertos en los últimos años y, dada su excepcional conservación (Foto 27), llegado de inmediato al gran público merced a los medios de comunicación.

Tan extendida como estuvo en su momento esta práctica entre determinadas culturas, hoy día la momificación ha quedado reservada para determinados personajes públicos, como Lenin o Evita, cuyos herederos desean ver conservados sus cuerpos por motivos políticos, con la intención de convertirlos en iconos. En la cultura anglosajona, cuya tradición funeraria contemporánea parece exigir la realización de las exequias en un ataúd abierto, el embalsamamiento es algo habitual. En el resto de Europa suele quedar limitada a personajes de relevancia social expuestos al público para recibir un último adiós por parte de la población, como pueda ser el caso del Papa. Los occidentales no parecemos demasiado interesados en preservar nuestro cuerpo para la eternidad. Algo completamente diferente al modo de pensar de algunos monjes budistas japoneses, que llegaron a practicar la automomificación. Su conversión en momias cuando todavía estaban vivos era vista como un medio de transformarse en Buda mediante la conservación del cuerpo. El proceso era lento. Durante 2-4 años el monje modificaba su dieta y prescindía de varios alimentos concretos, gracias a lo cual terminaba muy debilitado, habiendo perdido casi toda la grasa y los músculos. Llegados a este punto, disminuía gradualmente la ingestión de agua, falleciendo poco después. Casi sin grasa corporal y muy deshidratado, el proceso de la descomposición tenía poca materia prima para actuar. Una pequeña desecación inmediatamente después del fallecimiento terminaba por asegurar la conversión en momia del cadáver del monje.

Con todo, el deseo de perdurar no se ha extinguido por completo entre nosotros y es evidente en aquellas personas que quisieran someterse a conservación criogénica. En realidad serían congeladas vivas, o recién fallecidas, con la esperanza de resucitar años después, cuando se haya

encontrado una cura para la enfermedad que los aquejaba. Quizá en un tiempo lejano sus cadáveres ayuden a los paleopatólogos del futuro a comprender mejor nuestra sociedad.

La maldición de la momia

Los muertos han de reposar en paz. Turbar su descanso ha sido considerado siempre y en todas las culturas un acto malvado, el cual debe acarrear consecuencias nefastas para el osado saqueador de la tumba. La desaparición de alguien a quien amamos es un acontecimiento doloroso, que comienza a superarse al entregar su cuerpo a los adecuados ritos funerarios. Saquear una tumba significa, amén de una falta de respeto hacia el difunto, traer de nuevo a la memoria de su familia los tristes momentos que precedieron a la desaparición de ese ser querido. La idea de alguien profanando la tumba de nuestros familiares hace surgir de lo más profundo de nosotros el deseo de castigar al ladrón. Al actuar los saqueadores de forma taimada, protegidos por el anonimato y aislamiento de la necrópolis, los familiares se ven inermes ante ellos. Para evitarlo se recurre a la justicia proporcionada por los propios dioses en forma de ley no escrita, pero firmemente afianzada: «No se debe saquear una tumba, pues quien lo hace recibirá su castigo a manos de los dioses». La idea queda ahí, en forma de latente amenaza destinada a proteger a nuestros difuntos del gen de la avaricia.

En el antiguo Egipto, la riqueza enterrada junto a los muertos ha sido desde el período predinástico el motivo para convertir el robo de tumbas en una tradición nacional. En muchos casos las tumbas eran saqueadas apenas unos días después de realizada la inhumación. Los ladrones conocían perfectamente dónde excavar y cómo sortear las medidas defensivas de los sepulcros. No es de extrañar que, dado el valor mágico otorgado por la cultura faraónica a la palabra escrita, los egipcios decidieran proteger sus tumbas con ella. Por este motivo en ocasiones se incluían en sus paredes

avisos, amenazas y maldiciones contra los ladrones. Las tumbas egipcias estaban pensadas para ser visitadas, pero ¡hay de quien osara causar algún mal al edificio o al difunto!

¡Escuchad todos vosotros! El sacerdote de Hathor os aporreará por dos veces a cualquiera de vosotros que entre en esta tumba o la dañe. Los dioses se enfrentarán a él porque soy uno que es honrado por su señor. Los dioses no permitirán que nada me ocurra. Cualquiera que le haga algo malo a mi tumba, entonces el cocodrilo, el hipopótamo y el león se lo comerán.

Mastaba de Nefertjetjes.¹

Tampoco los faraones se libraban de este temor a los ladrones. Además de obturar el paso hacia la cámara funeraria con rastrillos de granito (en las pirámides del Reino Antiguo), suplementados con corredores sin salida y cambios constantes en la localización de la entrada a la tumba (pirámides del Reino Medio), recurrían también al poder mágico de las palabras. En los *Textos de las pirámides* se puede leer:

Respecto a cualquiera que ponga un dedo sobre esta pirámide y sus templos, que me pertenecen a mí y a mi doble, es como si hubiera puesto un dedo sobre la Casa de Horus en el firmamento, habrá ofendido a la Señora de la Mansión [...]; su caso será juzgado por la Eneada y no se encontrará en ningún lugar y su casa no se encontrará en ningún lugar; será un proscrito, alguien que se come a sí mismo.

*Textos de las pirámides.*²

Un aviso a navegantes con malas intenciones, que se colocaba justo antes de los tres rastrillos que interceptaban el corredor de acceso a las habitaciones interiores de la pirámide, como podemos ver en la pirámide de Teti. No obstante, los ladrones, aprovechando que no sabían leer, hicieron caso omiso de la advertencia y excavaron un corredor paralelo al de acceso, mediante el cual pudieron saquear el edificio. En ocasiones los saqueadores parecen ensañarse sin motivo con las momias que se encontraban, pues para poder privarlas de los amuletos que las protegían no era necesario descuartizarlas ni quemarlas, aunque sí para intentar evitar su posterior venganza ante el saqueo. Dada la relación que mantenían con los difuntos, los egipcios sabían que el castigo contra el ladrón podía venir del propio muerto. Un relato de la Baja Época nos cuenta los sufrimientos de Khaemwaset, el

hijo arqueólogo de Ramsés II, convertido por entonces en una figura de novela, al hacerse merecedor de la venganza de una momia a la que había robado un precioso papiro.

Tras ser desafiado por la momia a una partida de *senet* para ver quién se quedaba con el papiro y ser derrotado tres veces consecutivas, Khaemwaset (llamado Setne en el texto) recurre a un golpe bajo mágico para arrebatarse el papiro al difunto Naneferkaptah y salir de la tumba presuroso, sin por ello evitar la maldición lanzada contra él por la momia:

Haré que traiga el papiro de vuelta, con un bastón curvado en la mano y un brasero encendido sobre la cabeza.

*Setne, Khaemwaset y la momia.*³

El modo de hacerle sentir a Setne lo erróneo de su comportamiento fue taimado, pues le hizo soñar que por conseguir yacer con una cortesana de extraordinaria belleza era capaz de asesinar a sus propios hijos y luego ver cómo se los comían los perros. Al despertarse acongojado por la barbaridad, Setne regresó escarmentado a la tumba con un bastón curvado y un brasero encendido sobre la cabeza. Perdonado, para expiar su acción hubo de viajar a Coptos y encontrar los cuerpos de la esposa y el hijo de la momia saqueada, llevarlos a la tumba, consagrarla de nuevo y sellarla para la eternidad. Este tipo de antecedentes literarios faraónicos referentes a las momias, su poder y su capacidad para vengarse, pasaron a formar parte del acervo cultural de los egipcios.

Al mismo tiempo, la presencia de innumerables tumbas, algunos saqueos provechosos y el recuerdo de la pasada gloria faraónica terminaron por convertir en *vox populi* en todo el valle del Nilo que los antiguos egipcios habían llenado sus tumbas con objetos de oro macizo y piedras preciosas invisibles. La evidente falsedad del aserto quedó mitigada mediante la sabiduría popular, que terminó por convencerse de que sólo quienes conocieran el encantamiento adecuado podrían materializar esos objetos.

Con todos estos antecedentes, nada más lógico que los egipcios posteriores a la época faraónica acabaran por creer que las tumbas estaban llenas de peligros, y recompensas, para quien las profanara. Era impensable que una riqueza así quedara sin vigilancia y ¿quién mejor sino la propia

momia para asegurarse de la inviolabilidad del sepulcro? Las mismas tumbas lo avisaban bien claro: cualquiera que entrara en ellas podía ver, gracias a los dibujos y relieves que las decoraban, que antes de ser enterradas las momias faraónicas sufrían un extraño ritual que les permitía cobrar vida de nuevo (Fig. 4.6). Como ya estaban muertas, eran seres que no tenían nada que temer, lo que unido a su cólera por el saqueo y la interrupción de su descanso eterno los convertía en unos adversarios temibles, en los mejores guardianes de su propio reposo. No cabía duda, penetrar en una tumba para saquearla podía tener unas consecuencias nefastas para el ladrón, pues la magia saturaba el lugar y unas fuerzas desconocidas la protegían.



FIGURA 15.1. Sarcófago de Henheua, XIX dinastía.

Hoy día sabemos que ese ritual mágico no es otro que la ceremonia de la «apertura de la boca»; pero esa información era completamente desconocida de los árabes. Por otra parte, los mismos sarcófagos de la XIX dinastía, con sus estatuas del difunto en la tapa, podían suponer un susto notable para el visitante inadvertido (Fig. 15.1), quien a la vacilante luz de una antorcha podía convencerse de haber visto el cuerpo del difunto intacto y presto a levantarse contra el osado saqueador. No es de extrañar que los árabes terminaran pensando que los espíritus se encargaban de proteger del saqueo a las tumbas y los cuerpos que guardaban.

Este tipo de «conocimiento» terminó por llegar a Europa merced al comercio de momias y a los pocos europeos que fueron a visitar Egipto antes de la llegada de las tropas de Napoleón, quienes lo asimilaron y lo transmitieron en sus escritos. El gran pensador francés Jean Bodin (1529-1596) comenta en una de sus obras: «Quizá los demonios le envidien a los hombres los salutíferos efectos que se obtienen de los cadáveres de los

egipcios, porque guardan con inusual diligencia los tesoros escondidos y matan a aquellos que los excavan». ⁴ Según J. Day, este mismo autor habría sido el primero en mencionar por escrito la existencia de una maldición unida a las momias sacadas de contrabando de Egipto, a las cuales se consideraba capaces de provocar tormentas en el mar, siendo el único medio de aplacar la consiguiente furia de las aguas arrojarlas por la borda. En su *Traité des embaumements* (1699), Louis Penicher narra una historia similar acontecida al príncipe Nikolaj Radziwill; en este caso se trata de los espíritus de dos momias, que se le aparecieron a un sacerdote que viajaba en un barco, los cuales sólo se volatizaron al ser arrojados al mar sus cuerpos momificados.

A pesar de que ya en el primer tercio del siglo XIX las momias vengativas formaban parte del imaginario de la literatura europea, no se puede decir que los visitantes del continente llegados a Egipto a partir de esas fechas mostraran temor alguno por las maldiciones. Antes al contrario, se dedicaron con ahínco a saquear tumbas y momias, convirtiendo el desvendado de éstas en un espectáculo de buen tono, como ya vimos en el capítulo 1 (Fig. 15.2). Ningún europeo temía entonces las posibles consecuencias mortales de penetrar en una tumba y molestar el sueño de una momia, ni siquiera cuando éstas les demostraban su capacidad para moverse...



FIGURA 15.2. Invitación a un evento social en el Londres de mediados del siglo XIX: el desvendado de una momia de Tebas.

Cuando en 1902 se inauguró la sede del nuevo museo de El Cairo, las momias reales encontradas en el escondrijo de Deir el-Bahari y en la KV 35 fueron trasladadas a la primera planta del edificio. Allí quedaron almacenadas, no siendo accesibles sino al personal del museo y a los visitantes ilustres. Uno de ellos fue el novelista francés Pierre Loti (1850-1923), quien en 1907 disfrutó de una visita guiada por el propio director del Servicio de Antigüedades, Maspero. Gracias a él conocemos un detalle que sin duda contribuyó a convencer a los egipcios de la magia contenida en las momias. Cuenta Loti que, no mucho antes de su visita, el brazo de Ramsés II se había movido de forma repentina, con el consiguiente crujido y varios amagos de ataque al corazón entre los guardianes de la sala, quienes huyeron despavoridos al comprobar cómo se movía el brazo del muerto. El propio Blasco Ibáñez (1867-1928) recoge la anécdota en un libro de 1927:

Lo cierto es que la momia de Ramsés II, sin perder su inmovilidad yacente, levantó una de sus manos, dando una bofetada a la cubierta de cristal.

[...]

Todos los guardianes egipcios del museo, que habían mirado con cierta alarma la llegada del terrible personaje, no perdiéndole de vista un momento en su nueva instalación, se dieron cuenta inmediatamente del despertar de Sesostris (*sic*).

[...]

Corrieron despavoridos hacia las puertas, luchando por quién escaparía el primero. Algunos rodaron escaleras abajo; a otros hubo que curarlos por haberse arrojado de cabeza a través de las vidrieras de los ventanales, cayendo en el jardín inmediato.

*La vuelta al mundo de un novelista.*⁵

La «historia» pasó a convertirse en una leyenda urbana de la época, la cual se explicó erróneamente como que, al no estar en un ambiente controlado, un cambio de temperatura hizo que los tendones del brazo de la momia de Ramsés II se contrajeran espontáneamente, alzando el brazo izquierdo hasta su posición actual (Fig. 15.3). Nada de esto impresionó mucho a los europeos, quienes siguieron adquiriendo momias y regalándolas como un recuerdo original y de buen gusto. La verdadera historia de la maldición de la momia en el mundo occidental comienza el 26 de noviembre de 1922, con el descubrimiento y apertura de la tumba de Tutankhamon. El hallazgo se convirtió en un fenómeno mundial y todos los periódicos querían satisfacer la curiosidad de sus lectores; pero con un sentimiento de posesión

muy típico de la época y de su clase social, tanto lord Carnarvon como Carter consideraban que la tumba era casi su propiedad privada, lo cual les granjeó la antipatía de las mismas autoridades egipcias. Por si esto fuera poco, para intentar poner un cierto orden a la marabunta de peticiones que recibían de todos los periódicos del mundo, lord Carnarvon decidió convertir a *The Times* en su portavoz oficial, de modo que todos los periodistas habían de ponerse en contacto con la redacción del periódico en Londres para conocer las últimas novedades sobre Tutankhamon. Esto produjo nuevas tensiones y favoreció la aparición de la leyenda, pues obligó a unos periodistas ávidos de noticias, y sin muchas simpatías por los protagonistas de la historia, a profundizar en la periferia de la excavación y en sus personajes a la búsqueda de historias que contar.



FIGURA 15.3. La momia de Ramsés II con el brazo alzado. Museo de El Cairo.

Así estaban las cosas cuando, en marzo de 1923, la escritora de novelas góticas Maria Corelli (1855-1924) escribió una carta al *World* de Nueva York diciendo que estaba en posesión de un antiguo libro árabe donde se decía: «La muerte llegará aleteando a quien penetre en la tumba de un faraón».⁶ El dato recibió el tratamiento que merecía, unas líneas de comentario y poco más. No habría pasado de una estrafalaria afirmación debida a una escritora de relatos de miedo de no ser por la repentina muerte de lord Carnarvon apenas unos días después, el 5 de abril. Fue entonces cuando los acontecimientos se precipitaron y la noticia no tardó en convertirse en primera plana.

La presencia en Egipto de George Edward Stanhope Molyneux Herbert, quinto conde de Carnarvon (1866-1923), se debía al grave accidente de coche que sufrió en 1901, el cual afectó seriamente su salud, en especial los pulmones. Los médicos le recomendaron como remedio residir durante varios meses al año en un clima cálido y, tras reponerse lo bastante, a partir de 1903 comenzó a pasar en el valle del Nilo la temporada invernal. Tres años después, seducido por el ambiente arqueológico, se convirtió en el mecenas de los trabajos de Carter. El punto culminante de su colaboración fue el descubrimiento de la tumba de Tutankhamon (KV 62). Emocionado y satisfecho como estaba por el descubrimiento, cuando meses después sintió la picadura de un insecto, lord Carnarvon no podía saber que las parcas estaban a punto de cortar el hilo de su vida.

Tras las emociones de la apertura de la tumba,⁷ lord Carnarvon partió el 28 de febrero hacia Asuán junto a su hija, lady Evelyn, resultando picado por un mosquito en un momento indeterminado del viaje o al poco de su llegada a la ciudad. De regreso en Luxor, mientras se afeitaba se sajó sin querer el grano, que de inmediato adquirió muy mal aspecto, a pesar del yodo desinfectante con el que trató la herida. En pocas horas tenía una fiebre de 38,3° y no tuvo más remedio que tumbarse a descansar. Dos días después parecía estar recuperado y listo para visitar de nuevo su tumba, pero antes de poder hacerlo sufrió una grave recaída. Para nadie era un secreto la frágil salud del conde, quien a instancias de su hija fue trasladado al Continental-Savoy de El Cairo el 14 de marzo. Pese al cambio de aires, sus bajas defensas no pudieron impedir que la septicemia se trocara en una neumonía al atacar la parte más frágil de su organismo: los pulmones. Murió de madrugada pocos días después, el 5 de abril de 1923, mientras lo velaba su familia (sus esposa y su hijo habían viajado a Egipto con la máxima rapidez). Nadie en su entorno vio nada extraño en ello, sólo una desafortunada desgracia.

El día en que las nuevas llegaron a Londres, un reportero del *Times* estaba entrevistando a Conan Doyle (1859-1930), quien no sólo era el creador de Sherlock Holmes, sino también un reputado espiritista.⁸ Su comentario ante la noticia fue que le sorprendía mucho y la atribuyó sin dudar a «elementos —ni almas, ni espíritus— creados por los sacerdotes de Tutankhamon para proteger la tumba».⁹ Ávidos de noticias sobre el ya

famosísimo sepulcro, y recordando las palabras de Corelli, los periodistas se ensañaron: sin tener que pasar por el filtro de *The Times*, tenían el campo abierto para grandes titulares y los consiguientes aumentos de tirada. La maldición de Tutankhamon había nacido. Lo peor del caso es que una de las personas que más tuvo que ver en su difusión fue un egiptólogo, Arthur Weigall (1880-1934).

Weigall, formado al amparo de Petrie, había sido inspector jefe del Servicio de Antigüedades desde 1905 a 1914, trabajo que abandonó para regresar a Inglaterra y dedicarse a diversas labores: diseñador de decorados, letrista de canciones, crítico cinematográfico... En 1922 el *Daily Mail* le contrató como enviado especial para cubrir la excavación de la tumba de Tutankhamon, oferta que aceptó encantado. Durante su etapa como inspector había luchado denodadamente contra los buscadores de tesoros y no veía con muy buenos ojos esa exclusiva que había firmado lord Carnarvon con *The Times* con unas regalías del 75 por 100.

Al poco de regresar a Londres, Weigall publicó *Tutankhamen and Other Essays*, donde niega rotundamente la presencia en las paredes de la tumba de una maldición. También explica que estas «maldiciones» faraónicas son textos vistos raras veces y destinados a los ladrones que penetraran en la tumba con intenciones aviesas. Los egiptólogos, cuya única intención era rescatar a sus dueños del olvido y evitar el saqueo de los nativos, no corrían ningún riesgo. ¿Pero era ése el caso de lord Carnarvon? Para Weigall el noble británico no parecía tener una visión muy altruista de la excavación ni de la tumba, como demostraba su acuerdo con el periódico londinense. Quizá por eso comenta en el libro que el día de la apertura de la cámara interior, cuando escuchó a lord Carnarvon hablar en tono jocoso de las estupendas sillas encontradas en el interior de la tumba y sobre la posibilidad de dar un concierto en su interior, se volvió hacia uno de sus muchos colegas corresponsales y le dijo: «Si va con ese ánimo, le doy seis semanas de vida».¹⁰ ¿A qué se debió la premonición? ¿Acaso el propio Weigall no había negado páginas atrás la existencia de la maldición? La anécdota resulta sospechosa, tanto por la precisión en las fechas como porque no apareció publicada en sus crónicas periodísticas, sólo en el libro que escribiría

después. Parece evidente que se trata de una anécdota «arreglada» *a posteriori*, para casar mejor con los sucesos y criticar de forma implícita a los arqueólogos que buscaban beneficio y no sólo conocimiento.

Resulta chocante ver confirmada de forma subliminal la maldición de Tutankhamon —de Osiris, como era conocida entonces— por alguien que siempre negó su existencia, sobre todo porque no es la única historia de fantasmas narrada en el libro. Weigall cuenta que en su cuarto tenía un sarcófago de madera con la momia de un gato. Una noche, mientras dormía, le despertó sobresaltado un estallido violento similar al de un disparo. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al abrir los ojos asustado, comprobó que el sarcófago estaba roto en el suelo al mismo tiempo que un gran gato gris saltaba sobre la cama. El tono de la anécdota sugiere al lector que había una presencia sobrenatural en la habitación, encarnada en la momia del animal, pero el suceso puede explicarse sin tener que recurrir a esas argucias. Los contrastes de temperatura en un país desértico como Egipto son tremendos. Como resultado, los objetos de madera sacados de las tumbas, donde la humedad se ha mantenido constante durante milenios, se secan con demasiada velocidad y se agrietan, rompiéndose a veces con gran estruendo (recordemos la leyenda de la supuesta «bofetada» de la momia de Ramsés). Seguro que el pobre gato, colado de rondón en el cuarto en busca de algo de comer, se asustó aún más que Weigall al escucharlo.

La segunda historia «extraña» que narra Weigall se produjo durante el ensayo de una obra de teatro a la entrada del Valle de las Reinas. Los protagonistas de la misma eran Weigall, el artista norteamericano J. L. Smith y sus respectivas esposas. Apenas comenzados, la señora Smith se vio aquejada de un tremendo dolor en los ojos y horas después la señora Weigall sufrió unos espantosos dolores abdominales. Ambas terminaron en el hospital, temerosas de estar siendo víctimas de la «maldición». Resulta extraño que Tutankhamon quisiera atacarlas a ellas, que no habían participado en la excavación de la tumba y estaban relacionadas con un egiptólogo contrario a la explotación de los sepulcros excavados. En realidad sus dolencias tienen explicaciones más sencillas. Como ya sabemos, la oftalmia es algo típico de Egipto, por algo los súbditos del faraón se maquillaban los ojos; por lo tanto, una norteamericana de vista sensible era

una víctima fácil para la luz de Ra, su dolor no tiene nada de misterioso. Respecto a la señora Weigall se pueden ofrecer varias interpretaciones, como que el clima y las emociones del día hubieran afectado a su menstruación, o que se sugestionara con la historia de la maldición hasta el punto de sentirse realmente enferma al ver a su amiga sufriendo.

Los mismos egiptólogos eran conscientes de la labor de Weigall como difusor y apoyo invisible, pero decidido, de la existencia de la «maldición». Cuando Reginald Engelbach (1888-1946) se lo dejó ver comentándole que estaba actuando como «desenterrador de la mala suerte producida por las tumbas egipcias», Weigall se limitó a decir: «Sí, pero mira cómo se deleitan con ella».¹¹

El caso es que tras la muerte del mecenas de Carter y de la aparición del libro de Weigall, los «extraños» sucesos que teóricamente acompañaron la desaparición de lord Carnarvon comenzaron a ser *vox populi*. El más llamativo es el apagón sufrido por la ciudad de El Cairo, para alguna obra innegable de las tremendas fuerzas místicas necesarias para asesinar al noble británico. Resulta chocante que un acontecimiento que todavía hoy se repite con cierta frecuencia en el Egipto contemporáneo —pese a ser un gran productor de electricidad gracias a la presa de Asuán— haya de interpretarse como una señal del más allá, sobre todo porque en 1923 los cortes del fluido eléctrico eran casi diarios en la capital de Egipto. Más chocante aún es la historia de la muerte de la fox terrier de lord Carnarvon, «Susie». La historia la relata el hijo de lord Carnarvon:

Mi padre murió poco antes de las dos, hora de El Cairo. Luego me enteré de que poco antes de las cuatro de la madrugada hora de Londres, es decir, casi al mismo tiempo, ocurrió en Highclere algo increíble. Nuestra perra fox terrier, un animal que en 1919 había perdido la pata delantera izquierda en un accidente y a la cual mi padre quería mucho, empezó a aullar bruscamente, se sentó sobre sus patas traseras y cayó muerta.¹²

La historia no deja de ser entrañable, un perro que se deja morir al sentir el fallecimiento de su amo a miles de kilómetros de distancia; pero no es más que una invención del hijo de lord Carnarvon, como éste reconoció años después a C. Desroches Noblecourt. Igual de complicado de entender sería el motivo de la inquina del faraón contra el pobre animal, que nada le había hecho. Da la impresión de que Tutankhamon tenía especial manía a los

animales domésticos de sus profanadores, porque días después de descubrirse los escalones de la tumba, mientras Carter estaba en El Cairo y lord Carnarvon e hija camino de Egipto, el canario de Carter, orgullo de su dueño y felicidad de sus obreros, fue engullido por una cobra. La interpretación de los seguidores de la maldición es que, al comenzar a ver turbado su descanso, el alma del soberano se encarnó en el símbolo regio faraónico por excelencia y demostró su enfado ensañándose con la mascota de Carter. El campesino que descubrió el suceso se limitó a considerarlo un signo de mal agüero.

A partir de ese momento la bola de nieve de la supuesta maldición no dejó de rodar y crecer: todo aquel que hubiera estado en contacto más o menos lejano con la tumba y hubiera muerto se convirtió en una víctima más de la venganza del faraón. Lo chocante es que la capacidad para calificar como «misteriosa» una de estas muertes es potestad exclusiva de los adeptos a la teoría de la venganza faraónica. Un fallecimiento en apariencia normal puede pasar a la categoría de «misterioso» atendiendo a criterios sólo de ellos conocidos; pero que siempre implican algún tipo de relación con Tutankhamon o su tumba, por muy cogida por los pelos que sea. Por si esto fuera poco, el recuento de víctimas ofrecido por los fieles de la maldición es poco escrupuloso; nada les importan las circunstancias que pudieran explicar la muerte de un personaje concreto, para ellos sólo existe una causa última: la maldición. Eso sí, las principales víctimas se repiten con regularidad de unos libros a otros, tomando como referencia principal la lista de personas presentes en la apertura de la tumba, la cámara funeraria y el desvendado de la momia (Fig. 15.4).



FIGURA 15.4. Derry hace la primera incisión para desvendar la momia de Tutankhamon, mientras lo observan, entre otros, Lacau, Carter, Lucas y Saleh Bey Hamdi.

La lista de supuestos fallecidos por la vindicta de Tutankhamon, iniciada con la muerte de lord Carnarvon, continúa con la muerte ese mismo año de Aubrey Herbert (1880-1923), su medio hermano pequeño, supuestamente de forma inexplicable. No obstante, cuando uno indaga un poco se encuentra con que este distinguido soldado, viajero y orientalista británico murió en realidad de resultas de un pésimo consejo médico y no por ser hermanastro de quien era. Desde muy joven Aubrey sufría de una terrible deficiencia en la vista y pocos días antes de su muerte decidió, como le habían sugerido, hacerse sacar todos los dientes con la esperanza de recuperar así la visión, que había perdido del todo poco antes. Hoy día nos pasamos una semana tomando antibióticos antes de sacarnos una sola muela, de modo que no resulta muy difícil suponer cuál fue el resultado de la barbaridad quirúrgica. En efecto, la muerte de Aubrey Herbert se debió a una tremenda septicemia a la edad de 43 años; Tutankhamon no tuvo nada que ver en ella, pues Aubrey ni siquiera llegó a estar en la tumba.

También se suele sumar entre los fallecidos al otro medio hermano de Carnarvon, el diplomático Mervyn Herbert (1882-1929), quien al menos sí visitó la tumba «maldita», pues por esas fechas se encontraba de servicio en Egipto.¹³ Murió en 1929 a la edad de 47 años, sin que la familia viera en ello nada «maligno». Como explican los obituarios de la época, la causa fue una neumonía malárica contraída en un viaje a Albania y no la visita al hipogeo de Tutankhamon.

Otra víctima mencionada en las listas de «malditos» es George Jay Gould (1864-1923), un norteamericano amigo de lord Carnarvon que hizo su fortuna con el ferrocarril, muerto en Francia al poco de visitar la tumba. Para los amantes de lo misterioso la causa está clara: la maldición. Igual de clara que para los médicos: una pulmonía originada por las tremendas calorinas sufridas durante su visita a Egipto. En cuanto a Ali Kemal Fahmy, quien supuestamente presencié la apertura de la tumba en su calidad de gobernador de la provincia, resultó muerto al poco del acontecimiento de resultas de un disparo fortuito realizado por su esposa en el Hotel Savoy de Londres. Algunos consideran la acción como un accidente inducido por el espíritu del faraón; aunque mucho más sencillo es interpretarlo como un desgraciado percance o —pensando mal— relacionar el disparo con un ataque de celos o una escena de violencia doméstica sufrida por la esposa. Winlock afirma incluso que Fahmy no tuvo nada que ver con la tumba y que «su única asociación con ella se debe a que había nacido en Egipto».¹⁴

Evidentemente, como causantes primeros del despertar de la venganza, los egiptólogos no podían librarse de la perniciosa presencia del soberano egipcio. En todas las descripciones del avance de la maldición, el declive de salud de Arthur Mace (1874-1928) —factótum de Carter durante los dos primeros años de la excavación— es descrito como inesperado y brutal, pero lo cierto es que no tuvo nada de ello. Mace no murió de repente, sino cuatro años después de tener que abandonar el estudio de la tumba. No parece que Tutankhamon fuera un vengador muy terrible, cuando necesitó casi un lustro para acabar con un hombre de 54 años de edad atacado por una enfermedad pulmonar, originada por sus muchos años respirando polvo en Egipto. Él mismo lo comenta en una carta a su amigo el egiptólogo John Lythgoe (1868-1934):

[Mi enfermedad es] igual que la que sufren los mineros y está originada por tragar demasiada arena y polvo en Egipto [...]. El último invierno que estuve en Lisht me pasé semanas bajo tierra, ennegreciendo mis pulmones al hacerles respirar polvo de ataúd descompuesto, y durante los trabajos en la tumbas me pasé la mayor parte del tiempo respirando polvo de tela.¹⁵

De hecho, la muerte del propio Lythgoe algunos años después fue achacada a la misma causa; desgraciadamente los médicos no parecen estar de acuerdo con ese diagnóstico y prefieren atribuir su fallecimiento a un ataque al corazón y la arteriosclerosis cerebral que padecía.

También se dice que fue la maldición la responsable de acabar con la vida del egiptólogo francés George Bénédict (1857-1926), conservador del Museo del Louvre. Despreciando toda prudencia —afirman los «expertos» en maldiciones—, Bénédict decidió visitar la tumba y como justo castigo murió de forma casi inmediata al abandonar el hipogeo. Por desgracia para ellos, lo cierto es que Bénédict fue a visitar la tumba en verano, cuando se encontraba cerrada y no llegó a entrar en ella. Su deceso tuvo lugar por esas mismas fechas sí, pero por causas naturales: era un hombre de casi setenta años que el año anterior había sometido a su persona al brutal desgaste de explorar Abisinia. Lógico que su ajado cuerpo acabara sufriendo las consecuencias en el momento más inesperado. «Su más cercana asociación con la tumba probablemente sea haber comido con nosotros», dijo Winlock al respecto.¹⁶

En el recuento de las supuestas bajas de Tutankhamon siempre hallamos también al comandante en jefe (*sirdar*) del ejército egipcio y gobernador general del Sudán, sir Lee Stack. Ningún amante de los misterios parece haberse percatado de que su asesinato no fue resultado de su presencia en la apertura de la tumba, sino del clima de tensión política del momento. Egipto era un protectorado británico y su primer ministro se había dedicado a soliviantar los ánimos de la población contra los ingleses. En la refriega Stack se convirtió en un objetivo político, lo cual le costó la vida a manos de los nacionalistas. Veamos cómo analiza su asesinato Sydney Smith (1883-1969), el forense jefe de El Cairo:

Examiné el coche, reconstruí el crimen y consideré las pruebas materiales. Éstas consistían en nueve casquillos hallados en la escena del crimen y seis balas que fueron extraídas de los cuerpos de las víctimas. Los casquillos eran de una pistola automática del calibre .32. Las marcas demostraban que habían sido utilizados tres tipos diferentes de automáticas y tres de los casquillos tenían marcas de los extractores y eyectores típicos de un Colt [...]. Las balas habían sido

disparadas con tres tipos distintos de arma: una pistola de tipo Mauser, con cuatro marcas en la derecha; una pistola del tipo Browning o Sureté, con seis marcas en la derecha; y una pistola del tipo Colt, con seis marcas en la izquierda.

La bala que mató al *sirdar* tenía las marcas características de un Colt. Era evidente que la pistola estaba en mal estado, con el espacio entre las estrías desgastado [...] pero en la bala había una estría claramente marcada situada entre dos estrías normales y más ancha que éstas, que traicionaba un fallo en la boca del cañón.

Ya había visto esa marca anteriormente. La había visto muchas veces... y cuando comparé la bala al microscopio con otras balas de crímenes de mi colección estuve seguro de que el colt .32 que había matado al *sirdar* era la misma arma que había sido utilizada de forma repetida en otros crímenes políticos previos...¹⁷

Hay que reconocer que los caminos de Tutankhamon son inescrutables, pues utilizó para sus designios a unos agentes cuando menos peculiares. Si la muerte de Stack es responsabilidad suya, también habría que responsabilizar al vengativo soberano egipcio de todos los soldados y civiles que murieron debido a la contundente respuesta británica al asesinato. Tras la investigación se detuvo a los hermanos Enayat como responsables directos del atentado; en total ocho egipcios fueron condenados por el mismo.

A pesar de los ejemplos anteriores, para muchos la concatenación definitiva de muertes que demuestra la existencia de la maldición de Tutankhamon comienza con el fallecimiento del secretario de Carter, Richard Bethell (1883-1929). Por entonces se trataba de un hombre de 46 años, que una tarde de 1929 se dirigió a su club de Londres, el Bath, situado en Mayfair, donde se sentó en la sala de lectura. Allí fue encontrado muerto sin causa aparente media hora después, insistiendo los amantes de la venganza faraónica en que los médicos no fueron capaces de identificar el motivo de la muerte. Seguramente Bethell murió porque le había llegado la hora, y en su examen superficial para certificar una muerte espontánea, los médicos no vieron razón para identificar otra causa que ésa. Una autopsia seguramente lo hubiera averiguado; pero al tratarse de una muerte natural nada sospechosa no se consideró necesaria. Poco después del suceso, su padre, lord Westbury (1852-1930), se suicidó saltando desde un balcón. Como explica en su nota de suicidio: «Me es imposible soportar más horrores y no veo qué bien podría suponer mi presencia, de modo que he decidido dar el paso final». Parece como si no hubiera podido soportar la muerte de su hijo. No obstante, para algunos resulta mucho más interesante achacar su decisión a la maléfica

«influencia» ejercida sobre él por las pocas antigüedades egipcias que guardaba en casa. El colofón de estas tragedias en cadena orquestadas por Tutankhamon se habría producido el día del entierro de lord Westbury, cuando el coche fúnebre que transportaba su cadáver atropelló a un pobre chiquillo de ocho años. Cuando se supo que la víctima era sobrino de Alexander Scott, un funcionario del Museo Británico que había trabajado en el reconocimiento de la momia del faraón, los amantes de lo misterioso «comprendieron» que había muerto para castigar a su tío por su participación en el estudio del faraón. Matar a sangre fría a un chaval inocente porque un familiar suyo se había atrevido a tocar su cuerpo parece algo demasiado mezquino, incluso para un faraón ansioso de venganza.

Convertida en leyenda urbana occidental, la maldición sigue reviviendo cada vez que alguien entra en contacto indirecto con Tutankhamon y busca un titular. En 1972, durante su traslado a Londres para la exposición que conmemoraba el cincuentenario de su descubrimiento, el faraón supuestamente volvió a hacer de las suyas con la tripulación del avión de transporte. Uno de los oficiales del mismo golpeó con el pie la caja que contenía la máscara del faraón y en «justo castigo» se rompió esa misma pierna... ¡dos años después! Pasados varios años del traslado, otro miembro de la tripulación se divorció de su esposa y dos más sufrieron ataques al corazón; sucesos todos ellos achacados por sus protagonistas a la maldición, como no podía ser menos.

Hay otros ejemplos que nos hablan bien a las claras de la insensatez de la supuesta venganza y de lo endeble de los hechos que demuestran su existencia. El más evidente es el de una momia maldita guardada en el Museo Británico, la cual habría sido la responsable final nada menos que del hundimiento del *Titanic*. Según la leyenda, la momia habría sido adquirida en Egipto en 1860 por un grupo de turistas británicos, que al haber turbado su descanso se vieron castigados por la muerte, la bancarrota y otros males. Enviada a una casa particular de Londres, también demostró sus capacidades como pirómana o generadora de actividades *poltergeist*, lo que le valió el dudoso honor de ser calificada de «maléfica» por alguien tan cualificado en el mundo de lo misterioso como madame Blavatsky (1831-1891).¹⁸ Vendida al Museo Británico, la supuesta momia vengativa se dedicó entonces a asustar y

matar de miedo a los vigilantes nocturnos, haciendo ruidos extraños e intempestivos. Hartos de su mal fario, los responsables del museo decidieron venderla a una institución norteamericana, siendo embarcada camino del Nuevo Mundo. Ahora es cuando la cosa se pone interesante, porque dependiendo de la fuente que narre la historia, durante el traslado unas veces hunde el *Titanic* y otras el *Empress of Ireland*. El problema es que la supuesta momia en realidad es una tapa de ataúd perteneciente a una sacerdotisa anónima, que fue ofrecida al museo en 1899 por S. F. Wheeler. Su número de referencia es EA 22542 y nunca ha abandonado las salas de la institución londinense desde que fuera admitida en ellas; resulta muy complicado por lo tanto creerse su currículum vengador.

Como es evidente, ningún egiptólogo concede valor alguno a la maldición y los datos en su contra son abrumadores, como ya se encargó de demostrar Winlock en 1934. Doce años después del descubrimiento del cuerpo de Tutankhamon, la leyenda de su maldición ya estaba bien arraigada en el imaginario occidental, a lo que habían contribuido entre otras cosas películas como *La momia* (Universal, 1932), protagonizada por Boris Karloff (1887-1969) (Fig. 15.5). Asombrado ante los nuevos rumores de ataques de la maldición originados por la enfermedad de Lythgoe, Winlock, que como aquél había estado presente los días tanto de la apertura de la cámara interior como del sarcófago, realizó una ilustradora estadística: la tumba fue abierta el 24-26 de noviembre de 1922 delante de seis personas, de las que diez años después sólo había fallecido una; la cámara interior se abrió el 17 de febrero de 1923 en presencia de 22 personas, de las cuales habían muerto seis; la apertura del sarcófago tuvo lugar el 12 de febrero de 1924 ante el mismo número personas, de las cuales sólo dos habían fallecido; finalmente, de las 10 personas que tuvieron el privilegio de observar el proceso de desvendado de la momia el 11 de noviembre de 1925 (Fig. 15.4), ninguna había muerto en ese período de tiempo. El recuento habla por sí mismo y podría haber sido más devastador de haberse incluido en él a los centenares de visitantes que durante esos diez años tuvieron el privilegio de acercarse a la tumba y observar el trabajo de los egiptólogos sin verse luego perseguidos por la maldición, periodistas incluidos.¹⁹ La misma reina de los belgas fue, para irritación de Carter, una visitante entusiasta de los trabajos. ¿Por qué no se

vio atacada por Tutankhamon? Sin duda su muerte habría sido una publicidad impagable para el soberano egipcio. ¿Se trató quizá de algún tipo de cortesía regia de un monarca hacia otro, además mujer? Pero llevemos la estadística un poco más allá, dejemos hablar a los números.



FIGURA 15.5. La momia de Ramsés III, que sirvió de inspiración a los maquilladores de Boris Karloff para su celeberrima caracterización.

Personas que participaron en la apertura de la tumba (§), de la cámara interior (†), del sarcófago (§), en el desvendado de la momia (v) o en el estudio del enterramiento de Tutankhamon (*) (lista no exhaustiva)

Nombre	Fecha de la muerte	Edad a su muerte	Años desde la apertura	Cargo
Halim Bajá Soliman †	-	-	-	Ministro egipcio de Obras Públicas
Bey Ali Kemel Fahmy †	-	-	-	Gobernador de la provincia
Edward S. Harkness ‡	-	-	-	Visitante neoyorquino
Sayed Fuad Bey El Holy ‡v	-	-	-	Funcionario egipcio
Mohamed Shaaban Effendi ‡v	-	-	-	Museo Egipcio de El Cairo
Saleh Enan Bajá v	-	-	-	Funcionario egipcio
Saleh Bey Hamdi v	-	-	-	Médico egipcio
Tewfik Effendi Boulos v	-	-	-	Inspector del Servicio de Antigüedades
Lord Carnarvon §†	1923	57	0	Mecenas de la excavación
Sir Lee Stack †	1924	56	2	Comandante en jefe del ejército egipcio y gobernador del Sudán
Sir William Garstin †	1925	77	3	Consejero retirado del ministerio egipcio de Obras Públicas
Arthur C. Mace †‡*	1928	54	6	Egiptólogo
Mervyn Herbert †	1929	47	7	Medio hermano de lord Carnarvon
Richard Bethell †‡	1929	46	7	Secretario de Carter
Sir Charles Cust †	1932	68	10	Amigo de lord Carnarvon
Albert L. Lythgoe †‡	1934	66	12	Conservador del departamento egipcio del Metropolitan Museum of Modern Art
James Henry Breasted †‡*	1935	70	13	Egiptólogo
Arthur R. Callender §†‡*	1936	60	14	Egiptólogo

Nombre	Fecha de la muerte	Edad a su muerte	Años desde la apertura	Cargo
Sir Robert Mond ꞁ	1938	71	16	Químico y arqueólogo. Presidente de la Egypt Exploration Society
Howard Carter ꞁꞁꞁꞁ*	1939	65	17	Director de la excavación
Henry Burton ꞁꞁꞁ*	1940	61	18	Fotógrafo de la expedición
N. de Garis Davies ꞁ	1941	76	19	Egiptólogo
Georges Foucart ꞁ	1943	78	21	Director del Instituto Francés de Arqueología Oriental
Alfred Lucas ꞁꞁꞁ*	1945	78	23	Químico del Servicio de Antigüedades
Reginald Engelbach ꞁꞁꞁ	1946	58	24	Inspector jefe del Servicio de Antigüedades
Percy E. Newberry ꞁ*	1949	81	27	Egiptólogo
Battiscombe G. Gunn *	1950	67	28	Egiptólogo
Herbert E. Winlock ꞁꞁ	1950	66	28	Egiptólogo
Walter Hauser *	1959	66	37	Arquitecto y dibujante
Douglas E. Derry ꞁꞁ	1961	87	39	Anatomista
Pierre Lacau ꞁꞁ	1963	90	41	Director del Servicio de Antigüedades
Sir Alan Gardiner ꞁꞁ*	1963	84	41	Egiptólogo
Lindsey F. Hall *	1969	86	47	Dibujante
John J. Astor ꞁ	1971	85	49	Propietario de <i>The Times</i>
Bernard Bruyère ꞁ	1971	92	49	Egiptólogo
Lady Evelyn Herbert ꞁꞁꞁ	1980	79	58	Hija de lord Carnarvon

La lista anterior no es exhaustiva²⁰ pero sí muy reveladora, pues todos los que en ella aparecen tuvieron un contacto directo con la fuente de la «maldición», al estar presentes en la apertura de la tumba, en la del sarcófago, en el desvendado de la momia o en el estudio arqueológico de los restos (o en varios de esos acontecimientos). Al estudiarla resulta que la maldición del faraón tardó una media de más de veinte años en clavar sus maléficas y vengadoras garras en las personas envueltas directamente en la profanación de la tumba o del cuerpo del faraón. Parece que Tutankhamon decidió tomarse al pie de la letra el dicho: «La venganza es un plato que se toma

frío». Como es lógico, con tanta parsimonia por parte del supuestamente afrentado soberano egipcio, a los pobres ajusticiados les dio tiempo a hacerse muy mayores, setenta años de media en el momento de su muerte. Ninguna persona nacida a finales del siglo XIX que falleciera septuagenaria podía considerar su vida malograda. No obstante, lo más curioso de todo es el cuidado que puso Tutankhamon en librar de la muerte a la persona más joven presente en todos los pasos de la profanación, la cual apoyó además con entusiasmo todo el proceso. Nos referimos a lady Evelyn, hija de lord Carnarvon, quien fallecida en 1980 fue la última de todo el grupo en hacerlo, casi octogenaria.

Un reciente estudio trata la exposición directa a la maldición de la momia como si de una enfermedad epidémica se tratara. El grupo clínico lo forman los 44 occidentales involucrados (según aparecen mencionados en los escritos de Carter) en las diversas fases del descubrimiento, la apertura y el desvendado de la momia; de los cuales 25 se habrían visto afectados por la «venganza» de Tutankhamon. La conclusión a la que llega M. R. Nelson es que la supuesta maldición no puede considerarse un factor de riesgo, por varios motivos. En primer lugar, la edad media en el momento de la muerte de las personas expuestas a la maldición es de 70 años (como ya hemos mencionado), comparada con la media de 73 años del grupo de control. En segundo lugar, respecto al momento de su muerte, ésta se produjo una media de 20,8 años después de haber quedado expuestas a la maldición, en comparación con los 28,9 años de media del resto. Como vemos, la variación en los resultados no es sustantiva y permite rechazar la «maldición».

No obstante, el estudio científico de la «maldición» ha llevado a descubrir varios elementos que, presentes en las tumbas antiguas, no sólo del antiguo Egipto, podrían ser causantes de enfermedades en quienes las exploraran por primera vez tras siglos de reposo. En la década de 1950 se descubrió que en el guano de los murciélagos se reproducía un hongo, el *Histoplasma capsulatum*, que al ser inhalado produce síntomas variables, pero que siempre afecta a los pulmones. La enfermedad se conoce como histoplasmosis. La presencia de excrementos de murciélago en las tumbas egipcias no es rara, como demuestran los relatos de los primeros exploradores de la Gran Pirámide, y es síntoma inequívoco de una tumba saqueada, cosa

que no sucede con la KV 62, sellada definitivamente en época faraónica. En 1962 el biólogo egipcio Ezz Eldin Taha profundizó en este tipo de investigación al descubrir la presencia de hongos (*Aspergillus niger* y *Aspergillus flavus*) en arqueólogos y conservadores de museo que habían manifestado síntomas de la llamada «sarna copta», que ataca sobre todo a los estudiosos de este tipo de papiros, escritos por los cristianos egipcios. El *Aspergillus* aparece durante la descomposición de los tejidos orgánicos, por lo cual su presencia es inevitable en las tumbas egipcias. Los *Aspergillus* atacan sobre todo a las vías respiratorias, pudiendo causar aspergilosis, una seria enfermedad pulmonar. No obstante, para que comience a ser peligroso el hongo ha de ser respirado en concentraciones muy altas, que no se encuentran nunca en las tumbas. A la vista de todo lo expuesto, parece que la única conclusión posible es que la maldición sólo existe en la imaginación de quien así lo desea. Los hechos y las investigaciones científicas son muy tozudos al respecto. Además, en la tumba de Tutankhamon ni siquiera hay un texto de aviso a los posibles saqueadores que pudiera haber desencadenado la «maldición». Las momias no se necesitan más que a sí mismas para resultar fascinantes, no hay necesidad de recurrir a fuerza ocultas.

Conclusión

Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, las momias son mucho más de lo que a simple vista parece. Gracias a ellas podemos profundizar en aspectos muy específicos de nuestro conocimiento de la civilización faraónica, en especial las personas que la crearon y vivieron. Momificar un cuerpo significa conservarlo y al hacerlo llega hasta nosotros un pedacito de historia, que revive ante nuestros ojos si lo dejamos hablar; motivo por el cual las momias ofrecen a los egiptólogos, historiadores y paleopatólogos un inmenso campo de estudio.

Con el paso de los siglos, en el valle del Nilo se desarrolló una de las técnicas más refinadas de momificación artificial que se conocen. Los embalsamadores egipcios podían ser muy cuidadosos y, en algunos casos, se tomaban muchas molestias para conseguir que los cuerpos en los que trabajaban quedaran naturales: pegar una cabeza desgajada, rellenar una nariz con tela para que conservara su forma, dotar de extensiones de pelo artificial al cabello de una reina, meter una pequeña peña de barro en el escroto de un hombre para que pareciera que tenía testículos... Pero también se dio el caso contrario: piernas rotas por los tobillos para que cupieran en un ataúd demasiado corto, vasos canopos rellenos con vísceras que no eran sino un montón de trapos, momias de animales que en realidad eran unos meros huesos revueltos con barro...

Al mismo tiempo, la inversión económica que los egipcios realizaban para preparar su muerte era notable, llegando a convertirse en el esfuerzo de toda una vida. No todos podían permitirse los mismos lujos, pero quien más y quien menos se enterraba junto a algunas ofrendas funerarias; procurando al mismo tiempo disponer las cosas para que, una vez desaparecido, sus vástagos se encargaran de mantener viva su memoria mediante las ofrendas diarias.

Cuando nos acercamos a estas cápsulas del tiempo que son las momias egipcias, con el respeto que merecen y el ansia de saber que provocan, estamos teniendo el privilegio de preguntar directamente a los protagonistas de la historia. Si es un faraón, podemos contrastar su imagen real con la que nos ofrecen los textos históricos; si es un obrero encargado de erigir una pirámide, comprobaremos cómo su salud se resintió de resultados de su dura labor diaria; si es un noble, sus huesos nos hablarán de una dieta rica en proteínas animales y escaso trabajo físico... Entre los tres nos dicen: así es como éramos y así vivíamos; por eso las momias son un tesoro, otro más de los muchos que guardan las arenas del desierto egipcio.

Bibliografía

ABREVIATURAS

ÄA: *Ägyptologische Abhandlungen*.

ADAIK: *Abhandlungen der Deutschen Archäologischen Institut*.

AV: *Archäologische Veröffentlichungen*.

ASAE: *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*.

BACE: *Bulletin of the Australian Center in Egypt*.

BAEDE: *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*.

BdE: *Bibliothèque d'Étude*, IFAO.

BIE: *Bulletin de l'Institut d'Égypte*.

BIFAO: *Bulletin de l'IFAO*.

BMMA: *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art*.

BSFE: *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*.

CdE: *Chronique d'Égypte*.

DAWW: *Denkschrift der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften in Wien, Phil.hist. Kl.*

DE: *Discussion in Egyptology*.

EEF: *Egypt Exploration Found.*

GM: *Göttinger Miscellen*.

IFAO: *Institut Français d'Archéologie Orientale*.

JARCE: *Journal of the American Research Center in Egypt*.

JEA: *Journal of Egyptian Archaeology*.

JESHO: *Journal of the Economic and Social History of the Orient*.

JNES: *Journal of Near Eastern Studies*.

LÄ: *Lexikon der Ägyptologie*, 1975-1987.

LAPO: *Littératures Anciennes du Proche-Orient*.

MMAEE: *Metropolitan Museum of Art. Egyptian Expedition*.

MASCA: *Museum Applied Science Center for Archaeology (Pennsylvania)*.

MDAIK: *Mittelungen des Deutschen Archäologischen Instituts*.
 OLA: *Orientalia Lovainiensa Analecta*.
 OMRO: *Oudheidkundige mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden*.
 PMMA: *Publication of the Metropolitan Museum of Art*.
 PSBA: *Proceedings of the Society of Biblical Archaeology*.
 RdE: *Revue d'Égyptologie*.
 RecTrav: *Recueil de Travaux relatifs à la philologie et à l'archéologie égyptiennes et assyriennes*.
 SAK: *Studien zur Altägyptischen Kultur*.
 SAOC: *Studies in Ancient Oriental Civilization*.
 SDAIK: *Sonderdrücke des Deutschen Archäologischen Instituts in Kairo*.
 TTS: *Teban Tomb Series*.
 VA: *Varia Aegyptiaca*.
 ZÄS: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*.

GENERAL

Adams, B.: *Egyptian Mummies*, Aylesbury: Shire Publications (Shire Egyptology, 1), 1984.
 Arnold, D.: *The Encyclopaedia of Ancient Egyptian Architecture*, Londres: I. B. Tauris, 2003.
 Arnold, D.: *The Pyramid Complex of Senwosret III at Dashur*, Nueva York: Metropolitan Museum of Art (Egyptian Expedition, 26) 2002.
 Assmann, J.: *Mort et au-delà dans l'Égypte ancienne*, S. L.: Éditions du Rocher (Champollion), 2003.
 Assmann, J.; Burkard, G.; Davies, V. (eds.): *Problems and Priorities in Egyptian Archaeology*. Londres: Kegan Paul International (Studies in Egyptology), 1987.
 Aufderheide, A. C.: *The Scientific Study of Mummies*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
 Bahn, P. (ed.): *Tomb, Graves and Mummies*, Londres: Weinfield & Nicholson, 1996.
 Bahn, P. (ed.): *Written in Bones. How Human Remains Unlock the Secrets of the Dead*, Devon: David & Charles, 2002.

- Baines, J.; Malek, J.: *Atlas of Ancient Egypt*, El Cairo: The American University in Cairo Press, 2002 ed. red.
- Balout, L.; Roubet, C. (dirs.): *La momie de Ramsès. Contribution scientifique à l'Égyptologie*, París: Éditions Recherche sur les Civilisations (A.D.P.F.), 1985.
- Bardinet, T.: *Les papyrus médicaux de l'Égypte pharaonique. Traduction intégrale et commentaire*, París: Fayard (Penser le médecine), 1995.
- Barguet, P.: *Le Livre des morts des anciens égyptiens*, París: Les Éditions du Cerf (Littératures anciennes du Proche-Orient, 1), 1967 (hay trad. cast.: *El libro de los muertos de los antiguos egipcios*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000).
- Barguet, P.: *Les textes des sarcophages égyptiens du Moyen Empire. Introduction et traduction*, París: Les Editions du Cerf (LAPO, 12), 1986.
- Barley, N.: *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*, Barcelona: Anagrama, 2000.
- Brier, B.: *Egyptian Mummies*, Nueva York: William Morrow, 1994 (hay trad. cast.: *Momias de Egipto*, Edhasa, Barcelona, 1996).
- Brothwell, D.; Sandison, A. T. (comps. y eds.): *Diseases in Antiquity. A Survey of Diseases, Injuries and Surgery of Early Populations*, Springfield (Ill.): Charles C. Thomas, 1967.
- Brothwell, D. R.: *Desenterrando huesos. La excavación, tratamiento y estudio de los restos del esqueleto humano*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Chamberlain, A. T.; Pearson, M. P.: *Earthly Remains. The History and Science of Preserved Human Bones*, Londres: British Museum Press, 2001.
- Cohen, M. N.: *Health and the Rise of Civilizations*, New Haven, 1989.
- Cockburn, A.; Cockburn, E.; Reyman, T. A. (eds.): *Mummies, Disease & Ancient Cultures*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- D'Auria, S.; Lacovara, P.; Roehrig, C. H.: *Mummies and Magic: The Funerary Arts of Ancient Egypt*, Boston: Museum of Fine Arts, 1988.
- Darby, W. J.; Ghalioungui, P.; Grivetti, L.: *Food: The Gift of Osiris*, Londres-Nueva York-San Francisco: Academic Press, 1977.

- David, R. A.: (ed.): *Science in Egyptology*, Manchester: Manchester University Press, 1986.
- David, R. A.: «Mummification» en Nicholson, P.; Shaw, I. (eds.): *Ancient Egyptian Materials and Industries*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, pp. 372-389.
- David, R. (ed.): *Egyptian Mummies and Modern Science*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008.
- David, R.; TAPP, E. (eds.): *Evidence Embalmed. Modern Medicine and The Mummies of Ancient Egypt*, Manchester: Manchester University Press, 1984.
- Davies, V.; Walker, R. (eds.): *Biological Anthropology and the Study of Ancient Egypt*, Londres: British Museum Press, 1993.
- Dodson, A.: *The Pyramids of Ancient Egypt*, Londres: New Holland, 2003 (hay trad. cast.: *Las pirámides del antiguo Egipto*, Folio, Barcelona, 2006).
- Donadoni, S.: *L'art égyptien*, París: Livre de Poche (Encyclopedies d'aujourd'hui), 1993 (hay trad. cast.: *El arte egipcio*, Istmo, Madrid, 2002).
- Donovan, L.; McCorquodale, K. (eds.): *Egyptian Art. Principles and Themes in Wall Scenes*, El Cairo: Prism-Foreign Cultural Information Dep. (Prism Archaeological series, 6), 2000.
- Emery, W. B.: *Archaic Egypt*, Harmondsworth (Middlesex): Penguin Books, 1961.
- Erman, A.: *Life in Ancient Egypt*, Londres-Nueva York: Macmillan, 1894.
- Galán, J. M.: *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Banco de datos filológicos semíticos noroccidentales. Monografías, 3), 2.ª ed. 2002.
- Germer, R.: *Mummies. Life after Death in Ancient Egypt*, Múnich-Nueva York: Prestel, 1997.
- Hagen R. M.; Hagen, R.: *Egipto. Dioses, hombres, faraones*, Colonia: Taschen, 1999.
- Harris, J. E.; Weeks, K. R.: *X-Raying the Pharaohs*, Londres: MacDonald, 1973.

- Harris, J. E.; Wente, E. F.: *An X-Ray Atlas of the Royal Mummies*, Chicago-Londres: The University of Chicago Press, 1980.
- Heródoto: *Historia. Libros I-II* (traducción y notas de C. Schrader), Madrid: Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 3), 1992.
- Ikram, S.; Dodson, A.: *The Mummy in Ancient Egypt. Equipping the Dead for Eternity*, Londres: Thames & Hudson, 1998.
- Iseron, K. V.: *Death to Dust. What Happens to Dead Bodies?*, Tucson: Galen Press, 2001.
- Kanawati, N.: *The Tomb and Beyond. Burial Customs of Egyptian Officials*, Warminster: Aris & Phillips, 2001.
- Laffont, E.: *Les livres des sages des pharaons*, Paris: Gallimard (Folio. Histoire, 87) 1998.
- López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, Madrid: Trotta-Publicaciones de la Universidad de Barcelona (Pliegos de Oriente, 9), 2005.
- Albert, J.-P.; Midant-Reynes, B. (eds.): *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, París: Soleb, 2005.
- Mokhtar, G.; Riad, H.; Iskander, S.: *Mummification in Ancient Egypt*, El Cairo: Cairo Museum, 1973.
- Parra Ortiz, J. M.: *La vida amorosa en el antiguo Egipto. Sexo, matrimonio y erotismo*, Madrid: Alderabán (El legado de la Historia, 36), 2001.
- Parra Ortiz, J. M.: *Gentes del valle del Nilo. La sociedad egipcia durante el período faraónico*, Madrid: Editorial Complutense, 2003.
- Petrie, W. M. F.: *The Funeral Furniture of Egypt*, Londres: British School of Archaeology in Egypt, 1937.
- Podzorski, P. V.: *Their Bones Shall Not Perish. An Examination of Predynastic Human Skeletal Remains from Naga-ed-Dêr in Egypt*, New Malden: SIA Publishing, 1990.
- Redford, D. B. (ed.): *The Ancient Gods Speak. A Guide to Egyptian Religion*, Oxford: Oxford University Press, 2002 (hay trad. cast.: *Hablan los dioses. Diccionario de la religion egipcia*, Crítica, Barcelona, 2003 y 2008).
- Reeves, C. N.: *The complete Tutankhamon. The King. The Tomb. The Royal Treasure*, Londres: Thames & Hudson, 1995.

- Reeves, C. N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, Londres: Thames & Hudson, 2000.
- Reeves, C. N.; Wilkinson, R. H.: *The Complete Valley of the Kings*, Londres: Thames & Hudson, 1996 (hay trad. cast.: *Todo sobre el Valle de los Reyes*, Destino, Barcelona, 1998).
- Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, París: Les Éditions du Cerf (LAPO, 11), 1982.
- Scarre, C. (ed.): *The Human Past. World Prehistory & the Development of Human Societies*, Londres: Thames & Hudson, 2005.
- Schott, S.: *Les chants d'amour de l'Égypte ancienne*, París: A. Maisonneuve (L'Orient Ancient Illustré, 9), 1955.
- Simpson, W. K. (ed.): *The Literature of Ancient Egypt. An Anthology of Stories, Instructions, Stelae, Autobiographies, and Poetry*, El Cairo: The American University in Cairo Press, 2003.
- Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, El Cairo: Catalogue Général des Antiquités Égyptiennes du Musée du Caire, 1912.
- Smith, G. E.; Dawson, W. R.: *Egyptian Mummies*, Nueva York: Dial Press, 1924.
- Spencer, A. J.: *Death in Ancient Egypt*, Londres: Penguin, 1982.
- Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt. A Guide to the Tombs and Temples of Ancient Luxor*, Londres: British Museum Press, 1999.
- Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis. Past, Present and Future*, Londres: The British Museum Press, 2003.
- Taylor, J. H.: *Death & the Afterlife in Ancient Egypt*, Londres: British Museum Press, 2001.
- Tylor, J. J.; Griffith, F. Ll.: *The Tomb of Paheri at El Kab*, Londres: Egypt Exploration Fund (EEF, 11), 1894.
- Wente, E. F.: *Letters from Ancient Egypt*, Atlanta: Scholars Press (Society of Biblical Literature Writings from the Ancient World, 1), 1990.

1. LAS PRIMERAS MOMIAS EGIPCIAS EN EUROPA

- Adams, A. C. V.: «An investigation into the mummies presented to H.R.H. the Prince of Wales in 1869», *DE* 18 (1990), pp. 5-19.

- Adams, J. E.; Alsop, C. W.: «Imaging in Egyptian mummies» en David, R. (ed.): *Egyptian Mummies and Modern Science*, 2008, pp. 21-42.
- Belzoni, G. B.: *Fourty-four Plates Ilustrative of the Researches and Operations of Belzoni in Egypt and Nubia*, Londres: John Murray, 1820.
- Birch, S.: *Description of the papyrus of Nas-Khem, priest of Amen-Ra, discovered in an excavation made by direction of H. R. H. the Prince of Wales, by the permission of Said Pascha, late Viceroy of Egypt, 1863 in a tomb near Gournah, at Thebes*. Bungay: Childs, 1863.
- Birch, S.: «An account of coffins and mummies discovered in Egypt on the occasion of the visit of. H.R.H. the Prince of Wales in 1868-9», *Transactions of the Royal Society of Literature* 10 (1870), p. 210.
- Blumenbach, J.: «Observations on some mummies opened in London», *Philosophical Transactions of the Royal Society* 84 (1794)», pp. 177-195.
- Caillaud, F.: *Voyage à Méroé*, París: Press Royales, 1823-1827.
- Carré, J.-M.: *Voyageurs et écrivains français en Égypte*, El Cairo: Imprimerie de l'Institut français d'Archéologie orientale (Recherches d'archéologie, de philologie et d'histoire, IV y V), 1956.
- Clayton, P.: *Rediscovery of Ancient Egypt: Art and Travel*, Nueva York: Gramercy, 1990.
- Hunter, D.: *Papermaking: The History and Technique of an Ancient Craft*, Nueva York: Knopf, 1943.
- Dane, J. A.: «The curse of the mummy paper», *Journal of American Printing History* 17 (1995), pp. 18-25.
- Dannenfeldt, K. H.: «Egyptian Mumia: The Sixteenth Century Experience and Debate», *Sixteenth Century Journal* 16 (1985), pp 163-180.
- David, R.: «The background of the Manchester Mummy Proyect», en David, R. (ed.): *Egyptian Mummies and Modern Science*, 2008, pp. 3-9.
- David, A. R.; Tapp, E. (eds.): *The Mummy's Tale. The Scientific and Medical Investigation of Natsef-Amun, Priest in the Temple at Karnak*, Londres: Michael O'Mara Books, 1992.
- Davidson, J.: *An Address on Embalming Generally, Delivered at the Royal Institution, on the Unrolling of a Mummy*, Londres: Ridgway, 1833.

- Dawson, W. R.: «Pettigrew's demonstrations upon mummies. A chapter in the history of Egyptology», *JEA* 20 (1934), pp. 170-182.
- Description de l'Égypte ou recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'expédition de l'armée française*, Paris: Imprimerie Imperiale, 1809-1822.
- Edwards, A.: *Thousand Miles up the Nile*, Londres, 1877 (hay trad. cast.: *Mil millas Nilo arriba*, Turismapa, Barcelona, 2003).
- Fiori, M. G.; Grazia-Nunzi, M.: «The earliest documented applications of X-rays to examination of mummified remains and archaeological remains» *Journal of the Royal Society of Medicine* 88 (1995), pp. 67-69.
- Granville, A. B.: «An essay on Egyptian mummies, with observations on the art of embalming among the ancient Egyptians», *Philosophical transactions of the Royal Society of London* (1825) pp. 269-316.
- Hertzog, C.: *Mummio-Graphie*, Gothe: Reyher, 1718.
- Koenig, W.: *14 Photographien mit Roetgen-Strahlen*, Leipzig: Johann Ambrosius Barth, 1896.
- Maillet, B. de: *Description de l'Égypte*, París, 1735.
- Maspero, G.; Brugsch, E.: *La trouvaille de Deir-el-Bahari*, El Cairo: Mourès, 1881.
- Murray, M.: *The Tomb of Two Brothers*, Manchester: Sherratt & Hughes, 1910.
- Osburn, W.: *An account of an Egyptian mummy, presented to the museum of the Leeds Philosophical and Literary Society, by the late John Blayds drawn up at the request of the council by William Osburn. With an appendix, containing the chemical and anatomical details of the examination of the body by E. S. George, T. P. Teale, and R. Hey*, Leeds: Robinson & Hernaman, 1828.
- Paré, A.: *Discours d'Ambroise Paré, conseiller, et premier chirurgien du roy. Asçavoir, de la mumie, des venins, de la licorne, et de la peste. Avec une table des plus notables matieres contenues esdits discours*, París: Gabriel Buon, 1582.
- Petrie, W. M. F.: *Hawara, Biahmu and Arsinoe*, Londres: Field and Tuer, 1889.

- Petrie, W. M. F.: *Deshashesh 1897. Fifteenth Memoir of the Egypt Exploration Fund*, Londres: Egypt Exploration Fund, 1898.
- Petrie, W. M. F.: *Seventy Years in Archaeology*, Londres: Low, Marston, 1931.
- Pettigrew, T. J.: *A history of Egyptian mummies and an account of the worship and embalming of the sacred animals by the Egyptians. With remarks on the funeral ceremonies of different nations, and observations on the mummies of the Canary Islands, of the ancient Peruvians, Burman priests, &c.*, Londres: Longman, Rees, Orme, Brown, Green and Longman, 1834.
- Pettigrew, T. J.: «Account of the examination of the mummy of PetMaut-Ioh-Mes...», *Archaeologia* 17 (1837), pp. 262-273.

2. LOS ORÍGENES DE UNA COSTUMBRE ANCESTRAL

- Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning» en D'Auria, S. (et al.): *Mummies and Magic*, 1988, pp. 38-49.
- Allen, J. P.: «Ba» en Redford, D. B. (ed.): *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 27-28.
- Allen, J. P.: «Shadow» en Redford, D. B. (ed.): *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 334-335.
- Allen, J. P.: *Middle Egyptian. An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, pp. 79-81.
- Bolshakov, A. O.: *Man and His Double in Egyptian Ideology of the Old Kingdom*, Wiesbaden: Harrassowitz (Ägypten und Altes Testament. Studien zu Geschichte, Kultur und Religion Ägyptens und des Alten Testaments, 37), 1997.
- Bolshakov, A. O.: «Ka» en Redford, D. B. (ed.): *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 179-181.
- Eiwanger, J.: «Die neolithische Siedlung von Merimde-Benisalâme, Vierter Bericht», *MDAIK* 38 (1982), pp. 67-82.

- Englund, G.: *Akh. Une notion religieuse dans l'Égypte pharaonique*, Uppsala (Boreas. Acta Universitatis Upsaliensis: Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilizations, 11), 1978.
- Fiecher, J. J.: *Faussaires d'Égypte*, París: Flammarion, 2009
- Friedman, F. D.: «Akh» en Redford, D. B. (ed.): *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 7-9.
- Gayet, A.: *Le temple de Louxor*, París: Leroux, 1894.
- Griffiths, J. G.: *The Origins of Osiris and His Cult*, Leiden: E. J. Brill (Studies in the History of Religions [Supplements to Numen], 40), 1980.
- Hornung, E.: *The Ancient Egyptian Books of the Afterlife*, Ithaca: Cornell University Press, 1999.
- Hubling, J. J.: «Modern/non-modern interaction: a Mediterranean perspective» en Bar-Yosef; Pilbeam, D. (eds.): *The Geography of Neandenthals and Modern Humans in Europe and the Greatern Mediterranean*, Harvard: Peabody Museum Bulletin, 8, 2000, pp. 157-182.
- Jacq, C.: «Le nom comme support de connaissance d'après la philosophie religieuse de l'Égypte ancienne», *La nouvelle revue de Paris* (1986), pp. 177-186.
- James, T. G. H.: *British Museum. Hieroglyphic Texts from Egyptian Stelae etc.*, Part I, Londres: The Trustees of the British Museum, 1961.
- Naville, E.: *Das ägyptische Toptenbuch der XVIII. bis XX. Dynastie*, Berlín: Asher, 1886.
- Pettit, P.: «The rise of modern humans» en SCARRE, P. (ed.): *The Human Past*, 2005, pp. 124-173.
- Piankoff, A.: *The Tomb of Ramesses VI*, Nueva York: Pantheon Books para la Bollingen Foundation Inc., 1954.
- Roccati, A.: «Due lettere ai morti», *Rivista degli Studi Orientali* 42 (1967), pp. 323-328.
- Vermeersch, P. M. (et al.): «A Middle-Paleolithic burial of a modern human at Taramse hill, Egypt», *Antiquity* 72 (1998), pp. 475-484.
- Weeks, K. R.: *The Treasures of Luxor and the Valley of the Kings*, Vercelli: White Star (Art Guides), 2005.

- Wengrow, D.; Baines, J.: «Images, human bodies and the ritual construction of memory in late predynastic Egypt» en Hendrickx, S; Friedman, R.; Cialowicz, K. M. (eds.): *Egypt at Its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams*, Lovaina: Peeters (OLA, 118), 2004, pp. 1081-1113.
- White, , T. D.: «Cutmarks on the Bodo cranium: a case of prehistoric defleshing», *American Journal of Physical Anthropology* 69 (1985), pp. 503-509.
- Yoyotte, J.: «Le jugement des morts dans l'Égypte ancienne» en *Sources orientales 4. Le jugement des morts*, París: Éditions du Seuil, 1961, pp. 15-80.
- Zandee, J.: *Death as an Enemy According to Ancient Egyptian Conceptions*, Leiden: E. J. Brill (Studies in the History of Religions - Supplements to Numen, 5), 1960.
- Žabkar, L. V.: *A Study of the Ba concept in ancient Egyptian texts*, Chicago: University of Chicago Press (SAOC, 34), 1968.

3. EL PROCESO DE LA MOMIFICACIÓN

- Baumann, B. B.: «The botanical aspects of ancient Egyptian embalming and burial», *Economic Botany* 14 (1960), pp. 84-104.
- Bertoldi, F.; Fornaciari, G.: «A brief study of momification techniques», *Paleopathology Newsletter* 99 (1997), pp. 10-12.
- Bourriau, J.: «Change in body position in Egyptian burials from the mid XIIth Dynasty until the early XVIIIth Dynasty» en Willems, H. (ed.): *Social Aspects of Funerary Culture in the Egyptian Old and Middle Kingdom*, Lovaina: Peeters (OLA, 103), pp. 1-20.
- Brier, B.; Wade, R. S.: «The use of natron in human mummification: a modern experiment», *ZÄS* 124 (1997), pp. 89-100.
- Brier, B.; Wade, R. S.: «Surgical procedures during ancient Egyptian mummification», *ZÄS* 126 (1999), pp. 89-98.
- Carver, M.: *Sutton Hoo: Burial Ground of Kings?*, Londres: British Museum Press, 1998.
- David, R.: «Egyptian mummies: an overview» en David, R. (ed.): *Egyptian Mummies and Modern Science*, 2008, pp. 10-18.

- Dawson, W. R.: «Making a mummy», *JEA* 13 (1927), pp. 40-49.
- Doxiades, E.: *The Mysterious Fayum Portraits. Faces from Ancient Egypt*, El Cairo: The American University in Cairo Press, 2000.
- Edel, E.: «Die Grabungen auf der Qubbet el Hawa 1975» en Reineke, W. F. (ed.): *Acts. First International Congress of Egyptology, Cairo, October 2-10, 1976*, Berlín: Akademie-Verlag (Schriften zur Geschichte and Kultur des Alten Orients, 14), 1979, pp. 193-197.
- Engelbach, R.; Derry, D. E.: «Mummification: methods practiced at different periods», *ASAE* 41 (1942), pp. 233-265.
- Friedman, R.: «More mummies: the 1998 season at KH43», *Nekhen News* 10 (1998), pp. 4-6.
- Friedman, R.: «He's got a knife! Burial 412 at HK 43», *Nekhen News* 16 (2004), pp. 8-9.
- Friedman, R.: «Excavating Egypt's early kings», *Nekhen News* 17 (2005), pp. 4-5.
- Garner, A.: «Experimental mummification» en David, A. R. (ed.): *Manchester Museum Mummy Project. Multidisciplinary Research on Ancient Egyptian Mummified Remains*, Manchester: Manchester Museum, 1979, pp. 19-24.
- Garner, A.: «Insects and mummification» en David, A. R. (ed.): *Manchester Museum Mummy Project. Multidisciplinary Research on Ancient Egyptian Mummified Remains*, Manchester: Manchester Museum, 1979, pp. 97-100.
- Gray, P. H. K.: «Notes concerning the position of arms and hands of mummies with a view to possible dating of the specimen», *JEA* 58 (1972), pp. 200-204.
- Iskander, Z.: «Mummification in ancient Egypt: development, history, and techniques» en Harris, J. E.; Wente, E. F.: *An X-Ray Atlas of the Royal Mummies*, 1980, pp. 1-51.
- Janot, F.: *Les instruments d'embaumement de l'Égypte ancienne*, El Cairo: IFAO (BdE, 125), 2000.
- Jones, J.: «Funerary textiles of the rich and the poor», *Nekhen News* 14 (2002), p. 13.

- Jones, J.: «Toward mummification: new evidence for early developments», *Egyptian Archaeology* 21 (2002), pp. 5-7.
- Klarsfeld, A.; Revah, F.: *Biología de la muerte*, Madrid: Editorial Complutense (La Mirada de la Ciencia), 2002.
- Koller, J.; Baumer, U.; Daup, y.; Etspuler, H.; Weser, U.: «Embalming was used in Old Kingdom», *Nature* 391 (1988), pp. 343-344.
- Leca, A. P.: *Les momies*, París: Hachette, 1976.
- Leek, F. F.: «The problem of brain removal during embalming by the ancient Egyptians», *JEA* 55 (1969), pp. 112-116.
- Lucas, A.: «The occurrence of natron in ancient Egypt», *JEA* 18 (1932), pp. 62-66.
- Lucas, A.: «The use of natron in mummification», *JEA* 18 (1932), pp. 125-140.
- Mace, A. C.; Winlock, H. E.: *The Tomb of Senebtisi at Lisht*, Nueva York: Metropolitan Museum of Art (PMMA, 1), 1916.
- Moussa, A. M.; Altenmüller, H.: *The Tomb of Nefer and Ka-hay*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (Archäologische Veröffentlichungen. Deutsches Archäologisches Institut. Abteilung Kairo, 5), 1971.
- Münch, H. H.: «Categorizing archaeological finds: the funerary material of Queen Hetepheres I at Giza», *Antiquity* 74 (2000), pp. 898-908.
- Naville, E.: *The XIth Dynasty Temple at Deir el-Bahari* (3 vols.), Londres: K. Paul, Trench, Trübner & Co. (EEF; 28, 30 y 32), 1907-1913.
- Parra Ortiz, J. M.: «El supuesto asesinato de Tutankhamon», *Enigmas* 113 (2005), pp. 6-7.
- Petrie, W. M. F.: *The Hawara Portfolio. Paintings of the Roman Age Found by W. M. Flinders Petrie 1888 and 1911*, Londres: British School of Archaeology in Egypt-Quaritch (BSAE/ERA, 22), 1913.
- Petrie, W. M. F.: *Medum*, Londres: Nutt, 1892.
- Petrie, W. M. F.: *Roman Portraits and Memphis (IV)*, Londres: British School of Archaeology in Egypt (BSAE/ERA, 20), 1911.
- Quibell, J. E.: *Excavations at Saqqara (1911-1912). The Tomb of Hesy*, El Cairo: Imprimerie de l'IFAO (Excavations at Saqqara), 1913.
- Reisner, G. A.: *A History of the Giza Necropolis*, Cambridge (Mass.)-Londres: Harvard University Press-Oxford University Press, 1942.

- Reisner, G. A.; Smith, W. S.: *The Tomb of Hetep-heres the Mother of Cheops. A study of Egyptian Civilization in the Old Kingdom*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press (A History of the Giza Necropolis, II), 1955.
- Renfrew, C.; Bahn, P.: *Archaeology. Theories, Methods and Practice*, Londres: Thames & Hudson, 1991.
- Sandison, A. T.: «The use of natron in mummification in ancient Egypt», *JNES* 22 (1963), pp. 259-267.
- Simpson, W. K.: *The Mastabas of Qar and Idu. G 7101 and 7102*, Boston: Museum of Fine Arts-Harvard University Expedition, 1976.
- Smith, G. E.: «Egyptian mummies», *JEA* 1 (1914), pp. 189-196.
- Strouhal, E.: «Embalming excerebration in the Middle Kingdom» en David, R. A. (ed.): *Science in Egyptology*, 1986, pp. 141-154.
- Vogel, C.: «Fallen heroes? Winlock's "slain soldiers" reconsidered», *JEA* 89 (2003), pp. 239-245.
- Walker, S. (ed.): *Ancient Faces. Mummy Portraits in Roman Egypt*, Nueva York: Metropolitan Museum of Art Publications, 2000.
- Weser, U. et al.: «Embalming in the Old Kingdom of pharaonic Egypt», *Analitical Chemistry News & Features*, 1998, pp. 511A-516A.
- Winlock, H. E.: «The mummy of Wah unwrapped», *BMMA* 35 (1940), pp. 253-259.
- Winlock, H. E.: *Excavations at Deir el Bahri 1911-1931*, Nueva York: Macmillan, 1942.
- Winlock, H. E.: *The slain soldiers of Neb-Hepet-Rec Mentu-hotpe*, Nueva York: Metropolitan Museum of Art (PMMA, 16), 1945.
- Zaki, A.; Iskander, Z.: «Materials and method used for mummyfying the body of Amentefnekht, Saqqara 1941», *ASAE* 42 (1943), pp. 223-250.

4. LOS RITUALES DE ENTERRAMIENTO

- Altenmüller, H.: «Zur Frage der mww», *SAK* 2 (1975), pp. 1-37.
- Altenmüller, H.: «Begräbnisritual», *LÄ* I, cols. 745-765.
- Assmann, J.: *Images et rites de la mort dans l'Égypte ancienne. L'apport des liturgies funéraires*, París: Cybele, 2000.

- Bickel, S.; Mathieu, B.: *Textes des pyramides & Textes des sarcophages. D'un monde à l'autre*, El Cairo: IFAO (BdÉ, 139), 2004.
- Birch, S.: *Facsimiles of Two Papyri Found in a Tomb at Thebes*, Londres: Longman, Green, Longman, Roberts and Green, 1863.
- Blackman, A. M.: «The rite of Opening the Mouth in ancient Egypt and Babylonia», *JEA* 10 (1924), pp. 47-59.
- Blackman, A. M.; Fairman, A. M.: «The consecration of an Egyptian temple according to the use of Edfu», *JEA* 32 (1946), pp. 75-91.
- Bongrani Fanfoni, L.: «Intorno uno strumento funerario arcaico: il *psš-kf*», *Studi Classici e Orientali* 28 (1978), pp. 133-138.
- Clère, J. J.; Vandier, J.: *Textes de la première période intermédiaire et de la XIème dynastie*, Ier fascicule, Bruselas: Fondation égyptologique Reine Élisabeth (Bibliotheca Aegyptiaca, 10), 1948.
- Davies, N. de G.: *The Tomb of Amenemhet (no. 82)*, Londres: Egypt Exploration Fund (TTS, 1), 1915.
- Davies, N. de G.: *The Tomb of Antefoker, Vizier of Sesostris I, and of His Wife, Senet (No. 60)*, Londres: Allen & Unwin (TTS, 2), 1920.
- Davies, N. de G.: *The Tomb of Rekh-mi-rec at Thebes*, Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 11), 1942.
- Dawson, W. R.: «Making a mummy», *JEA* 13 (1927), pp. 40-49.
- Finnestad, R. B.: «The meaning and purpose of Opening the Mouth in mortuary contexts», *Numen* 25 (1978), pp. 118-134.
- Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte. Introduction, traduction et commentaire*, París: Les Éditions du Cerf (Littératures anciennes du Proche Orient, 4), 1972.
- Goyon, J. C.; Josset, P.: *Un corps pour l'éternité. Autopsie d'une momie*, París: Le Léopard d'Or, 1988.
- Junker, H.: *Gîza I*, Viena: Hölder-Pichler-Tempsky (DAWW, 69-1), 1929.
- Kinney, L.: «The funerary procession» en Donovan, L.; McCorquodale, K. (eds.): *Egyptian art*, 2000, pp. 157-170.
- Kinney, L.: «The dance of the mummy», *BACE* 15 (2004), pp. 63-77.
- Lapp, G.: *Die Opferformel des Alten Reiches, unter Berücksichtigung einiger späterer Formen*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (SDAIK, 21), 1989.

- Leprohon, R. J.: «The offering formula in the First Intermediate Period», *JEA* 76 (1990), pp. 163-164.
- Menéndez Gómez, G.: *La procesión funeraria en las tumbas tebanas a comienzos de la dinastía XVIII: la tumba de Hery (TT 12)*, Madrid: Memoria para la obtención de la Suficiencia Investigadora. Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 2004 (inédita).
- Menéndez Gómez, G.: «La procesión funeraria de la tumba de Hery (TT 12) en Dra Abu el-Naga» *BAEDE* 15 (2005), pp. 29-65.
- Otto, E.: *Das ägyptische Mundöffnungsritual*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz (ÄA, 3), 1960.
- Reymond, E. A. E.: *Catalogue of Demotic Papyri in the Ashmolean Museum. Volume I. Embalmers' Archives from Hawara. Including Greek Documents and Subscriptions by J. W. B. Barns*, Oxford: Oxford University Press for the Griffith Institute, 1973.
- Schulman, A. R.: «The iconographic theme: "Opening of the mouth" on stelae», *JARCE* 21 (1984), pp. 169-196.
- Roth, A. M.: «The *psš-kf* and the "Opening of the mouth" ceremony: A ritual of birth and rebirth», *JEA* 78 (1992), pp. 113-147.
- Roth, A. M.: «Fingers, stars, and the 'Opening of the mouth': the nature and function of the *ntrwj*-blades», *JEA* 79 (1993), pp. 57-79.
- Roth, A. M.: «Funerary ritual» en Redford, D. B.: *The Ancient Gods Speak*, 2002, 147-154.
- Roth, A. M.: «Opening of the mouth» en Redford, D. B.: *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 293-298.
- Settgast, J.: *Untersuchungen zu altägyptischen Bestattungsdarstellungen*, Glückstadt: J. J. Augustin (ADAIK, 3), 1963.
- Shore, A. F.: «Human and divine mummification» en Lloyd, A. (ed.): *Studies in Pharaonic Religion and Society in Honour of J. Gwyn Griffiths*, Londres: The Egypt Exploration Society (Occasional Publications, 8), 1992, pp. 226-235.
- Smith, S. T.: «Intact tombs of the Seventeenth and Eighteenth Dynasties from Thebes and the New Kingdom burial system», *MDAIK* 48 (1992), pp. 193-231.

- Spieser, C.: «L'eau et la régénération des morts d'après les représentations des tombes thébaines du Nouvel Empire», *CdE* 72 (1997), pp. 211-228.
- Taylor, J. H.: «The Theban coffins from the Twenty-Second to the Twenty-Six Dynasty: dating and synthesis of development» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 95-121.
- Tylor, J. J.; Griffith, F. Ll.: *The Tomb of Pahery at El Kab*, Londres: Egypt Exploration Fund (EEF, 1), 1894.
- Valdesogo Martín, M^a. R.: «Les cheveux des pleureuses dans le rituel funéraire égyptien. Le geste *nwn*» en Hawass, Z. (ed.): *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eighth International Congress of Egyptologist. Cairo 2000*, El Cairo: American University of Cairo Press, 2003, pp. 548-555.
- Valdesogo Martín, M^a. R.: *El cabello en el ritual funerario del antiguo Egipto a partir de los Textos de los sarcófagos y de la evidencia iconográfica*, Barcelona: Aula Aegyptiaca (Studia, 4), 2005.
- Van Walsem, R.: «The *psš-kf*. An investigation of an ancient Egyptian funerary instrument», *OMRO* 59-60 (1978-1979), pp. 193-249.
- Wilkinson, T. A. H.: *Royal Annals of Ancient Egypt. The Palermo Stone and Its Associated Fragments*, Londres: Kegan Paul International, 2000.
- Wilson, J. A.: «Funeral services of the Egyptian Old Kingdom», *JNES* 3 (1944), pp. 201-218.
- Winlock, H. E.: *Materials used at the embalming of king Tut^cAnkh-Amun*, Nueva York: Metropolitan Museum of Art (The Metropolitan Museum of Art papers, 10), 1941. Yoyotte, J.: «Les pèlerinages dans l'Égypte ancienne» en *Les pèlerinages*, Paris: Du Seuil (Sources Orientales, 3), 1960, pp. 19-74.

5. AMULETOS, ESTELAS, SARCÓFAGOS...

- Adams, C. V. A.: «The manufacture of ancient Egyptian cartonnage cases», *Smithsonian Journal of History* 1 (1966).
- Andrews, C.: *Amulets of Ancient Egypt*, Londres: British Museum Press for the Trustees of the British Museum, 1994.

- Aston, D. A.: «The shabti box: a typological study», OMRO 74 (1994), pp. 21-54.
- Barwik, M.: «Typology and dating of the «white» type anthropoid coffins of the early XVIIIth Dynasty», *Études et Travaux* 18 (1999), pp. 8-33.
- Buhl, M. L.: *The late Egyptian Anthropoid Stone Sarcophagi*, København: Nationalmuseet (Nationalmuseets Skrifter. Arkæologisk-Historisk Række, VI), 1959.
- Dodson, A.: *The canopic Equipment of the Kings of Egypt*, Londres: Kegan Paul International (Studies in Egyptology), 1994.
- Dodson, A.: «Canopic jars and chests» en Redford, D. B.: *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 43-47.
- Donadoni Roveri, A. M.: *I sarcofagi egizi dalle origine alla fine dell'Antico Regno*, Roma: Istituto di Studi del Vicino Oriente-Università di Roma (Serie archeologica, 16), 1969.
- Edwards, I. E. S.: «Do the *Pyramid texts* suggest an explanation for the abandonment of the subterranean chamber of the Great Pyramid?» en Berger, C.; Clerc, G.; Grimal, N. (eds.): *Hommages à Jean Leclant*. Volume 1, El Cairo: IFAO (BdE, 106/1), 1994, pp. 159-167.
- Gugel Gironés, B.: *Objetos para la eternidad de una reina egipcia: el sarcófago de Aashyt*, Universidad Autónoma de Madrid: Memoria de Licenciatura (inérita), 2003.
- Lapp, G.: *Typologie der Särge und Sargkammern von der 6. bis 13. Dynastie*, Heidelberg: Heidelberger Orientverlag (Studien zur Archäologie und Geschichte Altägyptens, 7), 1993.
- Lapp, G., Niwinski, A.: «Coffin, sarcophagi and cartonnage» en Redford, D. B.: *The Ancient Gods Speak*, 2002, pp. 47-57.
- Malaise, M.: *Les scarabées de coeur dans l'Égypte ancienne*, Bruselas: Fondation Égyptologique Reine Élisabeth, 1978.
- Lüscher, B.: *Untersuchungen zu ägyptischen Kanopenkästen. Vom Alten Reich bis zum Ende der Zweiten Zwischenzeit*, Hildesheim: Verlag (HÄB, 31), 1990.
- Mostafa, M. M. F.: *Untersuchungen zu Opfertafeln im Alten Reich*, Hildesheim: Gerstenberg (HÄBeiträge, 17), 1982.

- Niwinski, A.: *21st Dynasty Coffins from Thebes. Chronological and Typological Studies*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern, 1988.
- Raven, M.: «Wax in Egyptian magic and symbolism», *OMRO* 64 (1983), pp. 7-47.
- Raven, M. J.: «Magic and symbolic aspects of certain materials in ancient Egypt», *VA* 4 (1988), pp. 237-242.
- Rodbard, S.: «The Heart Scarab of the ancient Egyptians», *American Heart Journal* 45 (June 1953), pp. 918-924.
- Stewart, H. M.: *Egyptian Shabtis*, Princes Risborough: Shire Publications (Shire Egyptology, 23), 1995.
- Tacke, N.: «Die Entwicklung der Mumienmaske im Alten Reich», *MDAIK* 52 (1996), pp. 307-336.
- Taylor, J. H.: *Egyptian Coffins*, Princes Risborough: Shire Publications (Shire Egyptology, 11), 1989.
- Taylor, J. H.: «The development of cartonnage cases» en D'Auria, S. *et al.*: *Mummies and Magic*, 1998, pp. 166-167.
- Taylor, J. H.: «Patterns of colouring on ancient Egyptian coffins from the New Kingdom to the Twenty-Sixth Dynasty: an overview» en Davies, W. V. (ed.): *Colour and Painting in Ancient Egypt*, Londres: British Museum Publications, 2001, pp. 164-181.
- Vanlathem, M. P.: «Scarabées de coeur *in situ*», *CdE* 76 (2001), pp. 48-56.
- Willems, H.: *Chests of Life. A Study of the Typology and Conceptual Development of Middle Kingdom Standard Class Coffins*, Leiden: Ex Oriente Lux (Mededelingen en Verhandelingen van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap "Ex Oriente Lux", 25), 1988.
- Willems, H.: *The Coffin of Heqata (Cairo JdE 36418). A Case Study of Egyptian Funerary Culture of the Early Middle Kingdom*, Lovaina: Uitgeverij Peeters en Departement Oriëntalistiek (OLA, 70), 1996.
- Poole, F.: «Slave or double? A reconsideration of the conception of the shabti in the New Kingdom and the Thirt Intermediate Period» en Eyre, C. J. (ed.): *Proceedings of the Seventh International Congress of Egyptologists*, Cambridge, pp. 893-901.

6. TUMBAS DE RICOS Y POBRES

- Anderson, W.: «Badarian burials: evidence of social inequality in Middle Egypt during the early Predynastic era», *JARCE* 29 (1992), pp. 51-65.
- Arnold, D.: *Gräber des Alten und Mittleren Reiches in El-Tarif*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (AV, 17), 1976.
- Assmann, J.. «The Ramesside tomb and the construction of sacred space» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 46-52.
- Dorman, P. F.: «Family burial and commemoration in the Theban necropolis» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 30-41.
- Edwards, I. E. S.: «Bill of sale for a set of ushabtis», *JEA* 57 (1971), pp. 120-124.
- Hayes, W. C.: «The tomb of Nefer-Khewet and his family», *BMMA* 30 (1935), pp. 17-36.
- Henneberg, M.; Kobusiewicz, M.; Schild, R.; Wendorf, F.: «The early Neolithic, Qarunian burial from the northern Fayum desert (Egypt)» en Krzyżaniak, L.; Kobusiewicz, M. (eds.): *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara*, Poznan: Muzeum Archeologiczne w Poznaniu (Studies in African archaeology, 2) 1989, pp. 181-196.
- Hoffman, M.: *Egypt Before the Pharaohs. The Prehistoric Foundations of Egyptian Civilization*, Austin: University of Texas Press, 1991.
- Kampp, F.: *Die thebanische Nekropole. Zum Wandel des grabgedankens von der XVIII. bis zum XX. Dynastie*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (Theben, 13), 1996.
- Kampp-Seyfried, F.: «The Theban necropolis: an overview of topography and tomb development from the Middle Kingdom to the Ramesside period» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 2-10.
- Martin, G. T.: *The Hidden Tombs of Memphis. New Discoveries from the Time of Tutankhamun and Ramesses the Great*, Londres: Thames and Hudson (New Aspects of Antiquity), 1991.

- Newberry, P. E.: *Beni Hasan*, Londres: Egypt Exploration Fund (ASE, 1), 1893.
- Parra Ortiz, J. M.: «El período predinástico: Una síntesis de trabajo. I. El Bajo Egipto» *BAEDE* 7 (1997) pp. 3-41.
- Parra Ortiz, J. M.: «El período predinástico: Una síntesis de trabajo. II. El Alto Egipto», *BAEDE* 8 (1998), pp. 15-49.
- Reisner, G. A.: *The Development of the Egyptian Tomb down to the Accession of Cheops*, Cambridge (Mass.)-Londres: Harvard University Press/ Oxford University Press, 1936. [Rep. 1996].
- Reisner, G. A.: *A History of the Giza Necropolis*, volume I, Cambridge (Mass.)/Londres: Harvard University Press/Oxford University Press, 1942. [Rep. 1996].
- Roehrig, C. H.: «Life along the Nile. Three Egyptians from ancient Thebes», *BMMA* 60 (2002), n.º 1.
- Roehrig, C. H.: «The Middle Kingdom tomb of Wah at Thebes» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 11-13.
- Seyfried, K. J.: «Entwicklung in der Grabarchitektur des Neuen Reiches als eine weitere Quelle für theologische Konzeptionen der Ramessidenzeit» en Assmann, J.; Burkard, G.; Davies, V. (eds.): *Problems and Priorities in Egyptian Archaeology*, Londres: Kegan Paul International (Studies in Egyptology), 1987, pp. 219-253.
- Watson, P.: *Egyptian pyramid and mastaba tombs*, Aylesbury: Shire (Shire Egyptology, 6), 1987.
- Zivie, A.: *Découverte à Saqqarah. Le vizir oublié*, París: Seuil, 1990.
- Zonhoven, L. M. J.: «The inspection of a tomb at Deir El-Medīna (O. Wien Aeg. 1)», *JEA* 65 (1979), pp. 89-98.

7. LAS TUMBAS DE LOS REYES

- Arnold, D.: *Der Tempel des Königs Mentuhotep von Deir el-Bahari. I: Architektur und Deutung*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (AV, 8), 1974.
- Arnold, D.: «Rituale und Pyramidentempel», *MDAIK* 33 (1977), pp. 1-14.

- Arnold, D.: *The Temple of Mentuhotep at Deir el-Bahari, from the Notes of Herbert Winlock*, Nueva York: The Metropolitan Museum of Art (MMAEE, 21), 1979.
- Arnold, D.: *Der Pyramidenbezirk des Königs Amenemhet III in Dahschur. I. Die Pyramide*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (AV, 53), 1987.
- Arnold, D.: «Vom Pyramidenbezirk zu Haus für Millionenjahre», *MDAIK* 34 (1987), pp. 1-8.
- Arnold, D.: *The South Cemeteries of Lisht, vol. I. The pyramid of Senwoseret I*, Nueva York: The Metropolitan Museum of Art (MMAEE, 22), 1988.
- Edwards, I. E. S.: *The Pyramids of Egypt*, Londres: Penguin, 1993.
- Emery, W.B.: *Great Tombs of the First Dynasty*, I, El Cairo: Government Press, 1949.
- Emery, W.B.: *Great Tombs of the First Dynasty*, II, Londres: Egypt Exploration Society, 1954.
- Friedman, R.: «Excavating Egypt's early kings», *Nekhen News* 17 (2005), pp. 4-6.
- Kemp, B. J.: «Abydos and the royal tombs of the First Dynasty», *JEA* 52 (1966), pp. 13-22.
- Kemp, B. J.: «The Egyptian 1st Dynasty royal cemetery», *Antiquity* 41 (1967), pp. 22-32.
- Lauer, J.-P.: *Histoire monumentale des pyramides d'Egypte, I. Les pyramides à degrés, III^{me} Dynastie*, El Cairo: IFAO (BdE, 39), 1962.
- Lauer, J.-P.: *Le mystère des pyramides*, París: Presses de la Cité, 1988.
- Lehner, M.: *The Complete Pyramids*, Londres: Thames & Hudson, 1997.
- Parra Ortiz, J. M.: «Houni et Snéfrou: les pyramides de Meïdoum et Dahchour», *GM* 154, 77-91.
- Parra Ortiz, J. M.: *Las pirámides. Historia, mito y realidad*, Madrid: Editorial Complutense, 2001.
- Parra Ortiz, J. M.: *Historia de las pirámides de Egipto*, Madrid: Editorial Complutense, 2.^a ed. corr. y aum. 2008.
- Petrie, W. M. F.: *The Royal Tombs of the First Dynasty*, Part I, Londres: Egypt Exploration Found (Memoir of the EEF, 18), 1900.
- Petrie, W. M. F.: *The Royal Tombs of the Earliest Dynasties*, Part II, Londres: Egypt Exploration Found (Memoir of the EEF, 21), 1902.

- Polz, D.; Seiler, A.: *Die Pyramidenanlage des Königs Nub-Cheper-Re Intef in Dra' Abu el-Naga*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern (Deutsches Archäologisches Institut Abteilung Kairo, Sonderschrift, 24), 2003
- Stadelmann, R.: *Die ägyptische Pyramiden*, Maguncia del Rhin: Philipp von Zabern, 1997.
- Thomas, E.: *Royal Necropoleis of the Kings*, Princeton: Princeton University Press, 1966.
- Verner, M.: *The Pyramids. Their Archaeology and History*, Londres: Atlantic, 2002.
- Weeks, K. R. (ed.): *Atlas of the Valley of the Kings*, El Cairo: Publications of the Theban Mapping Project, 2000.
- Weeks, K. R. (ed.): *El Valle de los Reyes. Las tumbas y los templos funerarios de Tebas*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2002.
- Wilkinson, A. H.: *Early Egypt*, Londres: Routledge, 1999.

8. LAS MOMIAS DE LAS PIRÁMIDES

- Allen, J. P.: «Re'wer's accident» en Lloid, A. B. (ed.): *Studies in Pharaonic Religion and Society in Honour of J. Gwyn Griffiths*, Londres: The Egypt Exploration Society (Occasional Publications, 8), 1992, pp. 14-20.
- Arnold, D.: *The Pyramid Complex of Senwosret III at Dashur. Architectural studies*, Nueva York: The Metropolitan Museum of Art (Egyptian Expedition, 26), 2002.
- Amélineau, E.: *Les nouvelles fouilles d'Abydos 1896-1897*, París: Ernest Leroux, 1897.
- Batrawi, A.: «The pyramid studies. Anatomical reports», *ASAE* 47 (1947), pp. 97-111.
- Farag, N.; Iskander, Z.: *The Discovery of Neferwptah*, El Cairo: General Organisation for Government Printing Offices, 1971.
- Jéquier, G.: *Les pyramides des reines Neit et Apouit*, El Cairo: Imprimerie de l'IFAO (Fouilles à Saqqarah), 1933.

- Labrousse, A.: *L'architecture des pyramides à textes. I - Saqqara Nord*, El Cairo: IFAO (BdE, 114/1-2), 1996.
- Lauer, J. P.: «Recherche et découverte du Tombeau Sud de l'Horus Sékhemkhet à Saqqarah», *BIE* 48-49 (1969), pp. 121-131.
- Lauer, J. P.: «Recherche et découverte du tombeau sud de l'Horus Sekhemkhet dans son complexe funéraire à Saqqara», *RdE* 20 (1968), pp. 97-107.
- Lauer, J. P.; Derry, D. E.: «Découverte à Saqqarah d'une partie de la momie du roi Zoser», *ASAE* 35 (1935), pp. 25_30.
- Maspero, G.: «La pyramide du roi Teti», *RecTrav* 5 (1884), pp. 1_59.
- Maspero, G.: «La pyramide du roi Ounas», *RecTrav* 4 (1883), pp. 41-78.
- Maspero, G.: «La pyramide du roi Ounas», *RecTrav* 3 (1882), pp. 177-224.
- Maspero, G.: «La pyramide du roi Pepi Ier», *RecTrav* 7 (1886), pp. 145-176.
- Maspero, G.: «La pyramide du roi Pepi Ier», *RecTrav* 5 (1884), pp. 157-198.
- Maspero, G.: «La pyramide du roi Pepi Ier», *RecTrav* 8 (1886), pp. 87-120.
- Maspero, G.: *Guide du visiteur au Musée du Caire*, El Cairo: Imprimerie de l'IFAO, 1915.
- Mathieu, B.: «Travaux de l'Institut français d'archéologie orientale en 2002-2003. 1. Abou Roach», *BIFAO* 103 (2003), pp. 491-498.
- Minutoli, H. von: *Reise zum Tempel des Jupiter Ammon in der Libyschen Wüste und nach Ober _Aegypten in den Jahren 1820 und 1821*, Berlín: Rücker, 1824-1827.
- Morgan, J. de: *Fouilles à Dahchour*, Viena: Holzhausen, 1895-1903.
- Parra Ortiz, J. M.: «Atraco en el Primer Período Intermedio. Los sistemas de seguridad de las pirámides egipcias» en López Grande, M.^a J. (ed.): *Culturas del valle del Nilo V*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid (en prensa).
- Petrie, W. M. F.; Brunton, G.; Murray, M. A.: *Lahun II*, Londres: British School of Archaeology in Egypt, 1923
- Quibell, J. E.: *Excavations at Saqqara (1907-1908)*, El Cairo: Imprimerie de l'IFAO, 1909.
- Reisner, G. A.: «The tomb of Meresankh, a great-granddaughter of queen Hetep-heres I and Sneferuw», *BMFA* 25 (1927), pp. 64-79.

- Ridley, R. T.: «The discovery of the Pyramid Texts», *ZÄS* 110 (1983), pp. 74-80.
- Strouhal, E.: «Anthropological and archaeological identification of an ancient Egyptian royal family (5th Dynasty)», *International Journal of Anthropology* 7 (1992), pp. 43-63.
- Strouhal, E. *et al.*: «Identification of royal skeletal remains from Egyptian pyramids», *Anthropologie* 39 (2001), pp. 15-23.
- Strouhal, E.: «The anthropological evaluation of the human skeletal remains from the mastabas of Djedkare Isesi's family cemetery at Abusir» en Verner, M.; Callender, V. G.: *Abusir VI. Djedkare's Family Cemetery*, Praga: Czech Institute of Egyptology. Faculty of Arts. Charles University (Excavations of the Czech Institute of Egyptology), 2002, pp. 119-132.
- Strouhal, E.: «Three mummies from the royal cemetery at Abusir» en Hawass, Z. (ed.): *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eighth International Congress of Egyptologists. Cairo, 2000*, El Cairo: American University in Cairo Press, 2003, pp. 478-485.
- Strouhal, E. *et al.*: «Re-investigation of the remains thought to be of king Djoser and those of an unidentified female from the Step Pyramid at Saqqara», *Anthropologie* 32 (1994), pp. 225-242.
- Strouhal, E. *et al.*: «Re-Investigation of the remains thought to be of king Djoser and those of an unidentified female from the Step Pyramid at Saqqara», en Eyre, C. J. (ed.): *Proceedings of the Seventh International Congress of Egyptologists*, Lovaina: Iutgeverij Peeters, 1998, pp. 1003-1007.
- Strouhal, E.; Černý, V.; Vyhnánek, L.: «An X-ray examination of the mummy find in the pyramid Lepsius XXIV at Abusir» en Barta, M.; Krejčí, J. (eds.): *Abusir and Saqqara in the Year 2000*, Praga: Academy of Sciences of the Czech Republic. Oriental Institute, 2000, pp. 543-550.
- Strouhal, E. Gaballah, M. F.: «King Djedkare Isesi and his daughters» en Davies, W. V.; Walker, R. (eds.): *Biological Anthropology*, 1993, pp. 104-118.

- Strouhal, E.; Klír, P.: «The anthropological examination of the two queens from the pyramid of Amenemhat II at Dashur» en Barta, M. Coppens, F.; Krejčí, J. (eds.): *Abusir and Saqqara in the Year 2005*, Praga: Czech Institute of Egyptology, Faculty of Arts, Charles University, 2006, pp. 133-146
- Strouhal, E.: Vyhnánek, L.: «Identification of the remains of king Neferefra found in his pyramid at Abusir» en Barta, M.; Krejčí, J. (eds.): *Abusir and Saqqara in the Year 2000*, 2000, pp. 551-560.
- Tacke, N.: «Die Entwicklung der Mumienmaske im Alten Reich», *MDAIK* 52 (1996), pp. 307-336.
- Vyse, R. W. H.: *Operations Carried on at the Pyramids of Gizeh in 1837*, Londres: Fraser, 1840-1842.

9. LOS DESPOJOS DE LOS CREADORES DEL IMPERIO

- Allen, J. P.: «Two altered inscriptions of the late Amarna period», *JARCE* 25 (1988), pp. 117-126.
- Ayrton, E. R.: «Recent discoveries in the Bibân el-Molûk at Thebes», *PSBA* 30 (1908), pp. 116-117.
- Ayrton, E. R.: «The tomb of Thyi», *PSBA* 29 (1907), pp. 85-86, 277-281.
- Braumstein, E. M. *et al.*: «Paleoradiological evaluation of the Egyptian royal mummies» *Skeletal Radiology* 17 (1988), pp. 348-352.
- Carter, H.: «Report on the robbery of the tomb of Amenothès II, Biban el Moluk», *ASAE* 3 (1902), pp. 115-121.
- Connolly, R. C.; Harrison, R. G.: «Kingship of Smenkhare and Tutankhamen affirmed by serological micromethod», *Nature* 224 (1969), pp. 325-326.
- Connolly, R. C., Harrison, R. G.; Ahmed, S.: «Serological Evidence for the Parentage of Tut'ankhamun and Smenkhkare'», *JEA* 62 (1976), pp. 184-186.
- Connolly, R. C., Harrison, R. G.; Abdalla, A. B.; Ahmed, S.: «An analysis of the interrelationships between pharaohs of the 18th Dynasty» en *MASCA Journal Mummification Supplement*, 1980, pp. 178-181.
- Costa, P.: «The frontal sinuses of the remains purported to be Akhenaten» *JEA* 64 (1978), pp. 76-79.

- David, E.: *Gaston Maspero 1846-1916. Le gentleman égyptologue*, París: Pygmalion-Gérard Watelet (Bibliothèque de l'Égypte ancienne), 1999.
- Davis, T. et al.: *The Tomb of Queen Tîyi*, San Francisco: KMT Communications, 2.^a ed., 1990.
- Dewachter, M.: «Contribution à l'histoire de la cachette royale de Deir elBahari», *BSFE* 74 (1975), pp. 19-32.
- Dodson, A.: «King's Valley tomb 55 and the fates of the Amarna kings», *Amarna Letters* 3 (1994), pp. 92-103.
- Flaherty, T.; Haigh, T. J.: «Blood groups in mummies» en David, A. R. (ed.): *Manchester Museum Mummy Project. Multidisciplinary Research on Ancient Egyptian Mummified Remains*, Manchester: Manchester Museum, 1979, pp. 379-382.
- Forbes, D. C.: *Tombs, Treasures, Mummies. Seven Great Discoveries of Egyptian archaeology*, California: KMT Communications, 1998.
- Gilbey, B. E.; Lubran, M.: «The ABO and Rh blood group antigens in Pre-Dynastic Egyptian mummies», *Man* 53 (1953), p. 23.
- Graefe, E.: «The royal *caché* and the tomb robberies» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 74-82.
- Harris, J. E.; Wente, E. F.; Cox, C. F.; El-Nawaway, I.; Kowalski, C. J.; Storey, A. T.; Russell, W. R.; Ponitz, P. V.; Walker, G. F.: «Mummy of the "Elder Lady" in the tomb of Amenhotep II: Egyptian Museum catalog number 61070», *Science* 200 (1978), pp. 1149-1151.
- Harrison, R. G.; Abdallah, A. B.: «The remains of Tutankhamun», *Antiquity* 46 (1972), pp. 8-14.
- Harrison, R. G.: «An anatomical examination of the pharaonic remains purported to be Akhenaten», *JEA* 52 (1966), pp. 95-119.
- Hedges, R. E. M.; Sykes, B. A.: «The extraction and isolation of DNA from archaeological Bone» en Davies, V.; Walker, R. (eds.): *Biological Anthropology and the Study of Ancient Egypt*, 1993, pp. 98-103.
- Hussein, F.; Harris, J. E. en *Abstracts of Papers. Fifth International Congress of Egyptology. November 3, Cairo 1988*, El Cairo: IAE-EAO, 1988, p. 140.
- James, T. G. H.: *Howard Carter. The Path to Tutankhamun*, Londres: Kegan Paul International, 1992.

- Leek, F. F.: *The Human Remains from the Tomb of Tut'ankhamun*, Oxford: Vivian Ridler para The Griffith Institute (Tut'ankhamun tomb series, 5), 1972.
- Loret, V.: «Le tombeau d'Aménophis II et la cachette royale de Biban elMolouk», *BIE* 9 (1898), pp. 98-112.
- Niwinski, A.: «The Bab el-Gusus Tomb and the royal *caché* in Deir elBahri», *JEA* 70 (1984), pp. 73-81.
- Partridge, R. B.: *Faces of the Pharaohs. Royal Mummies and Coffins from Ancient Thebes*, Londres: The Rubicon Press, 1994.
- Reeves, C. N.: «Akhenaten after all?», *GM* 54 (1982), pp. 61-71.
- Reeves, C. N.: *Valley of the Kings. The decline of a Royal Necropolis*, Londres: Kegan Paul International (Studies in Egyptology), 1990.
- Reeves, C. N.: *After Tut'ankhamun. Research and Excavation in the Royal Necropolis at Thebes*, Londres: Kegan Paul International (Studies in Egyptology), 1992.
- Reeves, C. N.: *Akhenaten. Egypt's False Prophet*, Londres: Thames & Hudson, 2001, (hay trad. cast.: *Akhenatón: el falso profeta de Egipto*, Anaya, Madrid, 2002).
- Robins, G.: «The value of the estimated ages of the royal mummies at death as historical evidence», *GM* 45 (1981), pp. 63-68.
- Romer, J.: *Los últimos secretos del Valle de los Reyes. Una singular aventura arqueológica*, Barcelona: Planeta (Al filo del tiempo), 1983.
- Rösing, F. W.: «Kith or kin? On the feasibility of kinship reconstruction in skeletons?» en David, A. R. (ed.): *Manchester Museum Mummy Project*, 1979, pp. 223-237.
- Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, El Cairo: Imprimerie de l'IFAO, 1912.
- Thomas, E.: «The key of Queen Inhapy», *JARCE* 16 (1979), pp. 85-92.
- Weigall, A. E. P.: «The mummy of Akhenaton», *JEA* 8 (1922), pp. 193-200.
- Weigall, A. E. P.: *The Life and Times of Akhnaton, Pharaoh of Egypt*, Londres: Blackwood, 1923.
- Wente, E. F.; Harris, J. E.: «Royal mummies of the Eighteenth Dynasty: a biologic and Egyptological approach» en Reeves, C. N. (ed.): *After Tutankhamun*, 1992, pp. 2-20.

10. LAS MOMIAS REALES DE TANIS

- Dodson, A.: «Some notes concerning the royal tombs at Tanis», *CdE* 63 (1988), pp. 221-233.
- Goyon, G.: *La découverte des trésors de Tanis. Aventures archéologiques en Égypte*, París: Pygmalion, 2004.
- Montet, P.: «La nécropole royale de Tanis à la fin de 1945», *ASAE* 46 (1947), pp. 311-322.
- Montet, P.: *Les constructions et le tombeau d'Osorkon II à Tanis*, París (La nécropole royale de Tanis, I), 1947.
- Montet, P.: *Les constructions et le tombeau de Psousennès à Tanis*, París (La nécropole de Tanis, II), 1951.
- Montet, P.: *Les constructions et le tombeau de Chéchanq III à Tanis*, París (La nécropole royale de Tanis, III), 1960.

11. LA PALEOPATOLOGÍA

- Adamson, P. B.: «Schistosomiasis in Antiquity», *Medical History* 20 (1976), pp. 178-188.
- Angel, J. L.: «Health as crucial factor in the changes from huntig to developed farming in the eastern Mediterranean» en Cohen, M. N.; Armelagos, G. J. (eds.): *Paleopathology of the Origins of Agriculture*, Orlando: Academic Press, 1984, pp. 51-73.
- Assmann, J.: *The mind of Egypt. History and Meaning in the Time of the Pharaohs*, Nueva York: Metropolitan Books. Henry Holt & Co., 2002. (hay trad. cast.: *Egipto. Historia de un sentido*. Abada, Madrid, 2005).
- Burroughs, W. J.: *Climate Change in Prehistory. The End of the Reign of Chaos*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- Buikstra, J. E.; Baker, B. J.; Cook, D. C.: «What diseases plagued ancient Egyptians? A century of controversy considered» en Davies, V.; Walker, R. (eds.): *Biological Anthropology and Egypt*, 1993, pp. 24-53.
- Campillo, D.: *Introducción a la paleopatología*, Barcelona: Bellaterra, 2001.

- Eaton, S. B.; Konner, M.: «Paleolithic nutrition: a consideration of its nature and current implications», *New England Journal of Medicine* 312 (1985), pp. 283-289.
- Estes, J. W.: *The Medical Skills of Ancient Egypt*, Canton: Science History Publications, ed. rev. 2004.
- Filer, J.: *Disease*, Londres: British Museum Press para The Trustees of the British Museum (Egyptian Bookshelf), 1995.
- Filer, J.: «Ancient Egypt and Nubia as a source of information for cranial injuries» en Carman, J. (ed.): *Material Harm. Archaeological Studies of War and Violence*, Glasgow: Cruithne Press, 1997, pp. 47-74.
- Garn, S. M. et al.: «Lines and bands of increased density», *Medical Radiography and Photography* 44 (1968), pp. 58-74.
- Gray, P. H. K.: «Radiography of ancient Egyptian mummies», *Medical Radiography and Photography* 43 (1967), pp. 34-44.
- Gray, P. H. K.: «The radiography of mummies of ancient Egyptians», *Journal of Human Evolution* 2 (1973), pp. 51-53.
- Hall, S. S.: «Las últimas horas del Hombre del Hielo», *National Geographic España*, julio 2007, pp. 38-51.
- Hebron, C.: «Occupational health in ancient Egypt: the evidence from artistic representation» en McDonald, A.; Riggs, C. (eds.): *Current Research in Egyptology 2000*, Oxford: Archeopress (BAR International Series, 909), 2000, pp. 45-55.
- Hecker, H. M.: «A zooarchaeological inquiry into pork consumption in Egypt from prehistoric to New Kingdom Times», *JARCE* 19 (1982), pp. 59-71.
- Hicks, R. M.: «The canopic worm: the role of bilharziasis in the aetiology of human bladder cancer», *Journal of the Royal Society of Medicine* (1983), pp. 16-22.
- Iverson, K. V.: *Death to Dust. What Happens to Dead Bodies?*, Tucson: Galen, 1994.
- Ikram, S.: *Choice Cuts. Meat Production in Ancient Egypt*, Lovaina: Uitgeverij Peeters en Departement Oosterse Studies (OLA, 69), 1995.
- Jeziorska, M.: «Paleopathology at the beginning of the new millenium: a review of the literature» en David, R. (ed.): *Egyptian Mummies and Modern Science*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008, pp. 83-

- Karlen, A.: *Plague's Progress. A Social History of Man and Disease*, Londres: Phoenix, 2001.
- Kemp, B. J.: «Large Middle Kingdom Granary Buildings (and the archaeology of administration)», *ZÄS* 113 (1986), pp. 120-136.
- Kemp, B. J.: «Soil (including mud-brick architecture)» en Nicholson, P. T.; Shaw, I. (eds.): *Ancient Egyptian Materials and Technology*, 2000, pp. 78-103.
- Keyta, S. O. Y.; Boyce, A. J.: «Variation in hyperostosis in the royal cemetery complex at Abydos, Upper Egypt: a social interpretation», *Antiquity* 307 (2006), pp. 64-73.
- Leek, F. F.: «Teeth and bread in ancient Egypt», *JEA* 58 (1972), pp. 126-132.
- Lewin, P.: «Ramses V: smallpox victim?», *Paleopathology Newsletter* 36 (suplement) (1982), p. 10.
- Masali, M.; Chiarelli, B.: «Demographic data on the remains of ancient Egyptians», *Journal of Human Evolution* 1 (1972), pp. 161-169.
- Miller, R. L.: «*dkr*, spinning and treatment of guinea worm in P. Ebers 875», *JEA* 75 pp. (1989), 249-254.
- Miller, R. L.: «Counting calories in Egyptian ration texts», *JESHO* 34 (1991), pp. 257-269.
- Miller, R. L.; Armelagos, C. G.; Ikram, S.; Jonge, S. de; Krijger, F. W.; Deelder, A. M.: «Palaeoepidemiology of schistosoma infection in mummies», *British Medical History* 304 (1992), pp. 555-556.
- Miller, R. L.; Ikram, S.; Armelagos, G. J.; Walker, R.; Harer, W. B.; Shiff, C. J.; Baggett, D.; Carrigan, M.; Maret, S. M.: «Diagnosis of *Plasmodium falciparum* infections in mummies using the rapid manual ParaSightTM-F test», *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene* 88 (1994), pp. 31-32.
- Miller, R. L., Jonge, N. de; Krijger, F. W.; Deelder, A. M.: «Predynastic schistosomiasis» en Davies, V.; Walker, R. (eds.): *Biological Anthropology and Egypt*, 1993, pp. 54-60.
- Moens, M.; Wetterstrom, W.: «The agricultural economy of an Old Kingdom town in Egypt's west Delta», *JNES* 47 (1988), pp. 159-174.

- Nerlich, A. N.; Zink, A.: «Anthropological and paleopathological analysis of human remains in the Theban necropolis: a comparative study on three “Tombs of the nobles”» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, pp. 218-228.
- Nunn, J.: *Ancient Egyptian Medicine*, Londres: British Museum Publications, 1996.
- Panigiotakapulu, E.: «Pharaonic Egypt and the origin of the plague», *Journal of Biogeography* 31 (2004), pp. 269-275.
- Roberts, C.; Manchester, K.: *The Archaeology of Disease*, Nueva York: Cornell University Press, 3.^a ed. 2005.
- Robins, G.; Shute, C. C. D.: «The physical proportions and living stature of New Kingdom pharaohs», *Journal of Human Evolution* 12 (1983), pp. 455-465.
- Robins, G.; Shute, C. C. D.: «Predynastic Egyptian stature and physical proportions», *Human Evolution* 1 (1986), pp. 313-324.
- Rose, J.; George, C.; Armelagos, J.; Perry, L. S.: «Dental anthropology of the Nile Valley» en Davies, V.; Walker, R. (eds.): *Biological Anthropology and Egypt*, 1993, pp. 61-74.
- Rowling, J. T.: «Pathological changes in mummies», *Proceedings of the Royal Society of Medicine* 54 (1961), pp. 409-415.
- Rowlings, J. T.: «Respiratory disease in ancient Egypt» en Brothwell, D.; Sandison, A. T. (comps. y eds.): *Diseases in Antiquity*, 1967, pp. 489-493.
- Ruffer, M. A.: «Note on the presence of “Bilharzia haematobia” in Egyptian mummies of the twentieth dynasty (1250-1000 B. C.)», *British Medical Journal* 1 (1910), p. 16.
- Ruffer, M. A.: *Studies in the Palaeopathology of Egypt*, Chicago: The University of Chicago Press, 1921.
- Ruffer, M.; FERGUSON, A. R.: «Note on an eruption resembling that of variola in the skin of a mummy of the XXth Dynasty», *Journal of Pathology and Bacteriology* 15 (1911), pp. 1-3.
- Sandison, A. T.: «Evidence of infective disease», *Journal of Human Evolution* 1 (1972), pp. 213-224.

- Sandison, A. T.: «Diseases in ancient Egypt» en Cockburn, A.; Cockburn, E.; Reyman, T. A. (eds.): *Mummies, Disease & Ancient Cultures*, 1998, pp. 38-58.
- Sterling, S.: «Mortality profiles as indicators of slowed reproductive rates: evidence from Ancient Egypt», *Journal of Anthropological Archaeology* 18 (1999), pp. 319-343.
- Tapp, E.; Curry, A.; Anfield, C.: «Sand pneumoconiosis in an Egyptian mummy», *British Medical Journal* 2 (1975), p. 276.
- Tucker, J. E.: *Women in Nineteenth Century Egypt*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- Vernus, P.: «Un décret de Thoutmosis III relatif à la santé publique (P. Berlin 3049, vo XVIII-XIX)», *Orientalia* 48 (1979), pp. 176-184.
- Walker, R., Parsche, F.; Bierbrier, M.; McKerrow, J. H.: «Tissue identification and histologic study of six lung specimens from Egyptian mummies», *American Journal of Physical Anthropology* 72 (1987), pp. 43-48.
- Yellen, J. E.: «The transformation of the Kalahari !Kung», *Scientific American* (abril 1990), pp. 96-105.
- Zimmerman, M. R.: «The mummies of the tomb of Nebwenenef: paleopathology and Archeology», *JARCE* 14 (1977), pp. 33-36.

12. LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

- Anderson, W.: «Badarian burials: evidence of social inequality in middle Egypt during the early Predynastic era», *JARCE* 29 (1992), pp. 51-65.
- Baker, B. J.: «Contribution of biological anthropology to the understanding of ancient Egyptian and Nubian societies» en Lustig, J. (ed.): *Anthropolgy and Egyptology a developing dialogue*, Sheffield: Sheffield Academic Press (Monographs in Mediterranean Archaeology, 8), 1997, pp. 106-116.
- Bakir, A. M.: *Slavery in Pharaonic Egypt*, El Cairo: L'Organisation Égyptienne Générale du Livre (Supplément aux ASAE, Cahier, 18), 1978.

- Curto, S.; Delorenzi, E.; Spagnotto, D.: «I risultati d'una rilevazione radiografica e grafica su mummie (Scavi nel Museo Egizio di Torino, 10)», *Oriens Antiquus* 19 (1980), pp. 147-157.
- Curto, S.; Mancini, M.: «News of Kha' and Meryt», *JEA* 54 (1968), pp. 77-81.
- Engelmann, H.; Hallof, J.: «Zur medizinischen Nothilfe und Unfallversorgung auf staatlichen Arbeitsplätzen im alten Ägypten», *ZÄS* 122 (1995), pp. 104-137.
- Fawzia, H. H.; Shabaan, S.; Hawass, Z.; El Din, A. M. S.: «Anthropological differences between workers and high officials from the Old Kingdom at Giza» en Hawass, Z.; Jones, A. M. (eds.): *Eighth International Congress of Egyptologists*, El Cairo: American University in Cairo Press, 2003, pp. 324-331.
- Guilaine, J.; Zammit, J.: *Le sentier de la guerre. Visages de la violence préhistorique*, París: Seuil, 2001.
- Harrison, R. G., Connolly, R. C.; Ahmed, S.; Abdalla, A. B.; Ghawaby, M el.: «A mummified foetus from the tomb of Tutankhamun», *Antiquity* 53 (1979), pp. 19-22.
- Hawass, Z.; Lehner, M.: «Builders of pyramids. Excavations at Giza yield the settlements and workshops of three generations of laborers», *Archaeology* 50 (1997), 30-38.
- Hawass, Z.: «The workmen's community at Giza» en Bietak, M. (ed.): *Haus und Palast im Alten Ägypten*, Viena: Österreichischen Akademie der Wissenschaften (Untersuchungen der Zweigstelle Kairo des Österreichischen Archäologischen Instituts, 14; Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtakademie, 14), 1996, pp. 53-67.
- Hawass, Z.: *Secrets from the Sand. My Search for Egypt's Past*, Londres: Thames & Hudson, 2003, pp. 96-131.
- Hawass, Z.; Lehner, M.: «Tombs of the pyramid builders», *Archaeology* 50 (1997), pp. 39-43.
- Hodder, I.: *Çatalhöyük. The Leopard's Tale: Revealing the Mysteries of Turkey's Ancient «Town»*, Londres: Thames & Hudson, 2006.

- Meskel, L.: «Intimate archaeologies: the case of Kha and Merit», *World Archaeology* 29 (1998), pp. 363-379.
- Meskel, L.: *Archaeologies of Social Life. Age, Sex et cetera in Ancient Egypt*, Oxford: Blackwell, 1999.
- Midant-Reynes, B.: *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à l'émergence de l'État*, París: Fayard, 2003.
- Miller, R. L.: «Palaeoepidemiology, literacy and medical tradition among necropolis workmen in New Kingdom Egypt», *Medical History* 35 (1991), pp. 1-24.
- Pääbo, S.: «Molecular cloning of ancient Egyptian mummy DNA», *Nature* 314 (1985), pp. 644-645.
- Parra Ortiz, J. M.: «La violencia doméstica en el antiguo Egipto» *Trabajos de Egiptología* 6 (2009) (en prensa).
- Pearson, M. P.: *The Archaeology of Death and Burial*, Phoenix Mill: Sutton Publishing, 2003, reimp. 2005.
- Robins, G.: «Women and children in peril: pregnancy, birth, and infant mortality un ancient Egypt», *KMT* 5 (1994-1995), pp. 24-35.
- Roth, A. M.: «Social change in the Fourth Dynasty: the spatial organization of pyramids, tombs, and cemeteries», *JARCE* 30 (1993), pp. 33-55.
- Rowling, J. T.: «The rise and decline of surgery in dynastic Egypt», *Antiquity* 63 (1989), pp. 312-319.
- Strouhal, E.: «Life of the ancient Egyptian children according to archaeological sources» en Beunen, G. et al. (eds.): *Children in Exercise*, Stuttgart, 1990, pp. 184-196.
- Taylor, J. H.: *Mummy: The Inside Story*, Londres: The British Museum Press, 2004.
- Wendorf, F.: «Site 117: a Nubian final paleolithic graveyard near Jebel Sahaba, sudan» en Wendorf, F. (ed.): *The Prehistory of Nubia*, Dallas: Southern Methodist University Press (Southern Methodist University Contributions in Anthropology, 2; Fort Burgwin Research Center Publications, 5), 1968, pp. 954-995.

13. LAS MOMIAS DE ANIMALES

- Bresciani, E.: «Sobek, lord of the lake» en Ikram, S. (ed.): *Divine Creatures*, 2005, pp. 199-206.
- Davis, T. M.: *The Tomb of Siphtah, the Monkey Tomb and the Gold Tomb*, Londres: Constable, 1908.
- Dodson, A.: «Bull cults» en Ikram, S. (ed.): *Divine Creatures*, 2005, pp. 72-105.
- Falke, T. H. M.: «Radiology of ancient Egyptian mummified animals» en Dijk, J. van (ed.): *Essays on Ancient Egypt in Honour of Herman te Velde*, Groninga: Styx (Egyptological Memoirs, 1), 1997, pp. 55-67.
- Friedman, R.: «Excavating an elephant», *Nekhen News* 15 (2003), pp. 9-10.
- Galán, J. M.: «En busca de Djehuty y Hery», *National Geographic España* Octubre (2004), pp. 72-105.
- Ikram, S. (ed.): *Divine Creatures. Animal Mummies in Ancient Egypt*, El Cairo: The American University in Cairo Press, 2005.
- Ikram, S.: «Divine creature» en Ikram, S. (ed.): *Divine Creatures*, 2005, pp. 1-15.
- Ikram, S.: «Manufacturing divinity» en Ikram, S. (ed.): *Divine Creatures*, 2005, pp. 16-43.
- Lobban, R. A.: «Pigs in ancient Egypt», *MASCA Research papers* 15 (1998), pp. 137-148.
- Malek, J.: *The Cat in Ancient Egypt*, Londres: British Museum Press for the Trustees of the British Museum, 1997.
- Miller, R. L.: «Hogs and hygiene», *JEA* 76 (1990), pp. 125-140.
- Morrison-Scott, T. C. S.: «The mummified cats of ancient Egypt», *Proceedings of the Zoological Society of London* 121 (1951-1952) pp. 861-867.
- Olfield, R.; Jones, J.: «What was the elephant wearing», *Nekhen News* 15 (2003), p. 12.
- Petrie, W. M. F.: *Abydos*, Londres: Egypt Exploration Fund (EEF, 22), 1902.
- Ray, J. D.: *The Archive of Hor*, Londres: Egypt Exploration Society (Texts from Excavations, Second Memoir), 1976.
- Ray, J. D.: «Observations on the Archive of Hor», *JEA* 64 (1978), pp. 113-120.

- Reisner, G. A.: «The dog which was honored by the king of Upper and Lower Egypt», *BMFA* 34 (1936), pp. 96-99.
- Simpson, W. K.: «A running of the Apis in the reign of 'Aha and passages in Manetho and Aelian», *Orientalia* 26 (1957), pp. 139-142.
- Smith, H. S.: «Animal domestication and animal cult in dynastic Egypt» en Ucko, P. J.; Dimbleby, G. W.: *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals. Proceedings of a Meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects Held at the Institute of Archaeology*, London University, Londres: Gerald Duckworth & Co, 1969, pp. 307-314.
- Te Velde, H.: «A few remarks upon the religious significance of animals in ancient Egypt», *Numen* 27 (1980), pp. 76-82.
- Te Velde, H.: «The cat as sacred animal of the goddess Mut» en Van Voss, H. M.; Hoens, D. J.; Mussies, G.; Van der Plas, D.; Te Velde, H. (eds.): *Studies in Egyptian Religion. Dedicated to Professor Jan Zandee*, Leiden: E. J. Brill (Studies in the History of Religions [Supplements to Numen], 43), 1982, pp. 127-137.
- Vernus, P.: *Affaires et scandales sous les Ramsès. La crise des valeurs dans l'Égypte du Nouvel Empire*, París: Pygmalion/Gérard Watelet (Bibliothèque de l'Égypte), 1993.
- Vos, R. L.: *The Apis Embalming Ritual. P. Vindob. 3873*, Lovaina: Uitgeverij Peeters en Departement Oriëntalistiek (OLA, 50), 1993.
- Vos, R. L.: «The colors of Apis and others sacred animals» en Clarysse, W. (ed.): *Egyptian Religion. The Last Thousand Years*, Lovaina: Peeters (OLA, 84-85), 1998, pp. 709-718.

14. LAS MOMIAS EN OTRAS CULTURAS

- Arriaza, B.: «Tipología de las momias Chinchorro y evolución de las prácticas de momificación», *Chungará* 26 (1994), pp. 11-24.
- Arriaza, B.: *Beyond the Death. The Chinchorro Mummies of Ancient Chile*, Washington: Smithsonian Institution Press, 1995.

- Arriaza, B.; Cárdenas-Arroyo, F.; Kleiss, E.; Verano, J. W.: «South American mummies: culture and disease» en Cockburn, A.; Cockburn, E.; Reyman, T. A.: *Mummies, Disease & Ancient Cultures*, 2003, pp. 190-234.
- Aufderheide, A. C.; Rodríguez-Marín, C.; Estévez-González, F.; Torbenson, M.: «Anatomic findings in studies of Guanche mummified humans remains from Tenerife, Canary islands» en *Proceedings of the First World Congress on Mummy Studies*, Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife, 1992, pp. 33-40.
- Barber, E. W.: *Las momias de Ürümchi. El fascinante viaje a las primeras civilizaciones orientales a través de las momias descubiertas en China*, Madrid: Debate, 2001.
- Buck, D.: «The Han dynasty at Ma-wang-tui», *World Archaeology* 7 (1975), pp. 30-45.
- Coles, B; Coles, J.; Jørgensen, M. S. (eds.): *Bog Bodies, Sacred Sites and Wetland Archaeology*, Exeter: WARP, University of Exeter, 1999.
- Fischer, C.: «Bog bodies of Denmark and northwestern Europe» en Cockburn, A.; Cockburn, E.; Reyman, T. A.: *Mummies, Disease & Ancient Cultures*, 2003, pp. 237-262.
- Hunan Medical College: *Study of an ancient Cadaver in Muwangtui Tomb No 1 of the Han Dynasty*, Pekín: Cultural Relics Publishing house, 1980.
- Isbell, W. H.: *Mummies and Mortuary Monuments. A Postprocessual Prehistory of Central Andean Social Organization*, Austin: University of Texas Press, 1997.
- Mallory, J. P.; Mair, V. H.: *The Tarim Mummies, Ancient China and the Mystery of the Earliest Peoples from the West*, Londres: Thames & Hudson, 2000.
- Momias: los secretos del pasado*, Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife, 1999.
- Müller, W.; Fricke, H.; Halliday, A. N.; McCulloh, M. T.; Wartho, A. J.: «Origin and migration of the Alpine iceman», *Science* 302 (2003), pp. 862-866.

- Poma de Ayala, F. G.: *Nueva corónica y buen gobierno* [transcripción, prólogo, notas y cronología de Franklin Pease], Caracas: Ayacucho (Biblioteca Ayacucho, 75 y 76), 1980 [1613].
- Reinhard, J.: *The Ice Maiden: Inca Mummies, Mountain Gods, and Sacred Sites in the Andes*, National Geographic, 2004.
- Reiss, W.; Stuebel, A.: *The Necropolis of Ancon in Peru. A Contribution to Our Knowledge of the Culture and Industries of the Empire of the Incas*, vol. 1, Berlín: A. Asher & Co. (agentes en América Nueva York: Dodd, Mead & Co.) 1880-1887.
- Rodríguez Maffiote, C.: *Las momias guanches de Tenerife: proyecto Cronos*, Santa Cruz de Tenerife: Organismo Autónomo de Museos y Centros (Tenerife), 1995.
- Rodríguez-Marín, C.: «Una historia de las momias guanches» en *Proceedings of the First World Congress on Mummy Studies*, Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife, 1992, pp. 151-162.
- Sakurai, K. *et al.*: «Mummies from Japan and China» en Cockburn, A.; Cockburn, E.; Reyman, T. A.: *Mummies, Disease & Ancient Cultures*, 2003, pp. 308-335.
- Spindler, K.: *El hombre de los hielos*, Barcelona: Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 1995.
- Turner, R. C.; Scaife, R. G.: *Bog Bodies. New Discoveries and new Perspectives*, Londres: British Museum Press, 1995.
- Vreeland, J. M. Jr.: «Mummies of Peru» en Cockburn, A.; Cockburn, E.; Reyman, T. A.: *Mummies, Disease & Ancient Cultures*, 2003, pp. 154-189.

15. LA MALDICIÓN DE LA MOMIA

- Ares, N.: *Egipto el oculto. Enigmas resueltos y pendientes del mundo faraónico*, Madrid: Corona Borealis, 1998.
- Ares, N.: *El valle de las momias de oro*, Madrid: Oberon - Grupo ANAYA, 2000.
- Ares, N.: *Tutankhamon. El último hijo del sol*, Madrid: Oberon - Grupo Anaya, 2002.

- Assmann, J.: «When justice fails: jurisdiction and imprecation in ancient Egypt and the Near East», *JEA* 78 (1992), pp. 149-162.
- Blasco Ibáñez, V.: *La vuelta al mundo de un novelista*, Madrid: Aguilar (Obras completas, 3), 8.^a ed., 3.^a reimp. 1975.
- Bodin, J.: *Coloquio de los siete sabios sobre arcanos relativos a cuestiones últimas. Colloquium Heptaplomeres* (Trad. Primitivo Mariño ; Intr. Jaime de Salas ; Noticia de Primitivo Mariño, Antonio Truyol Serra), Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.
- Corelli, M.: «Warned Carnarvon of peril in tomb, says Marie Corelli», *World* 24 de marzo de 1923, pp. 1-4
- Dawson, W. R.; Uphill, E. P.; Bierbrier, M.: *Who Was Who in Egyptology*, Londres: Egypt Exploration Society, 1995.
- Day, J.: *The Mummy's Curse: Mummymania in the English-speaking World, 1800-2005*, Londres: Routledge, 2006.
- Doret, E.: «Ankhtifi and the description of his tomb at Mo'allā» en Silverman, D. P. (ed.): *For His Ka. Essays Offered in Memory of Klaus Baer*, Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago (SAOC, 55), 1994, pp. 79-86.
- El Mahdy, C.: *Mummies, Myth and Magic in Ancient Egypt*, Londres: Thames & Hudson, 1991.
- Green, L.: «Mummymania. The victorian fascination with ancient Egypt's mortal remains», *KMT* 3 (4) (1992), pp. 34-37.
- Hankey, J.: *A passion for Egyptology. Arthur Weigall, Tutankhamon, and the «Curse of the pharaohs»*, Londres: I. B. Tauris, 2001.
- Innes, B.: *Body in Question. Exploring the Cutting Edge in Forensic Science*, Londres: Index, 2005 (hay trad. cast. de José Miguel Parra Ortiz: *La escena del crimen*, Libsa, Madrid, 2006).
- Kamal, A. (trad., y ed.): *Livre des perles enfouies et du mystère précieux. Au sujet des indications des cachettes, des trouvailles et des trésors*, El Cairo: IFAO, 1907.
- Lee, C. C.: *... the grand piano came by camel. Arthur C. Mace, the neglected Egyptologist*, Edimburgo: Mainstream, 1992.

- Morschauser, S.: *Threat-formulae in Ancient Egypt. A Study of the History, Structure and Use of Threats and Curses in Ancient Egypt*, Baltimore: Halgo, 1991.
- Nelson, M. R.: «The mummy's curse: historical curse study», *British Medical Journal* 325 (2002), pp. 1482-1484.
- Nordh, K.: *Aspects of Ancient Egyptian Curses and Blessings. Conceptual Background and Transmission*, Uppsala: Universidad de Uppsala (Acta Universitatis Upsaliensis. Boreas. Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilizations, 26), 1996.
- Penicher, L.: *Traité des embaumements selon les anciens et les modernes*, París: Barthelmy Girin, 1699.
- Randi, J.: «King Tut's "Revenge"», *The Humanist* 38 (marzo/abril de 1978), pp. 44-47.
- Smith, S.: *Mostly Murder*, Londres: Companion Book Club, 1959.
- Vandenberg, P.: *La maldición de los faraones*, Barcelona: Plaza & Janés (Otros Mundos), 1975.
- Weigall, A. E. P.: *Tutankhamen and Other Essays*, Londres: Butterworth, 1923.
- Winlock, H. E.: «Curse of pharaoh dennied by Winlock», *New York Times* 11 de febrero de 1934, pp. 19-20.

Lista de figuras

- Figura 1.1.** Retrato de mujer romana anónima. Saqqara (325-350 d. C.). Museo de El Cairo. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.
- Figura 1.2.** Momia de mujer encontrada por los miembros de la expedición napoleónica a Egipto. Según *Description de l'Égypte*, 1809-1822, vol. II, fig. 50.
- Figura 1.3.** Descubrimiento de una momia en una excavación cerca de Tebas en presencia de su alteza el príncipe de Gales, 18 de marzo de 1862. Según Birch, S.: *The Papyrus of Nas-khem*, Londres (impreso para circulación privada por deseo de su alteza el príncipe de Gales), 1863.
- Figura 1.4.** La posible momia de Ramsés I mientras estuvo expuesta en el Museo de El Cairo (en la actualidad en el de Luxor), XIX dinastía. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.
- Figura 1.5.** La nariz ganchuda de los ramésidas. Fotogravimetría del perfil de Ramsés II. Según Balout, L.; Roubet, C. (dirs.): *La momie de Ramsès*, 1985.
- Figura 1.6.** Momia estudiada por De Maillet. Según Maillet, B. de: *Description de l'Égypte*, 1735.
- Figura 1.7.** La momia de Tutmosis III tras ser cortadas sus vendas por Maspero. Según Maspero, G.; Brugsch, E.: *La trouvaille de Deir-el-Bahari*, 1881.
- Figura 1.8.** Primera radiografía de una momia egipcia, un gato, realizada en 1896 por König. Según König, W.: *14 Photographien mit Roetgen-Strahlen*, 1896.
- Figura 1.9.** Tercera radiografía de una momia egipcia, realizada por Petrie en 1898. Según Petrie, W. M. F.: *Deshashesh 1897*, 1898.

- Figura 2.1.** La influencia de la geografía en las creencias funerarias. Orientación preferencial hacia el sur (nacimiento del Nilo) y mirando al este (lugar del amanecer) en el cementerio predinástico de Merimde. Según Eiwanger, J.: «Die neolithische Siedlung von Merimde-Benissalâme, Vierter Bericht», *MDAIK* 38 (1982), p. 69, fig. 1.
- Figura 2.2.** El *ba* regresando a la tumba. Según Naville, E.: *Das ägyptische Toptenbuch der XVIII. bis XX. Dynastie*, 1886.
- Figura 2.3.** Estela falsa puerta de Sheshi. Guiza, IV dinastía. Museo Británico. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de James, T. G. H.: *British Museum. Hieroglyphic Texts from Egyptian Stelae etc.*, 1961, lám. XI, n.º 1282.
- Figura 2.4.** El dios Khnum da forma en su torno de alfarero al rey Amenhotep III y su *ka*. Según Gayet, A.: *Le temple de Louxor*, 1894.
- Figura 2.5.** Los campos de Iaru vistos según el *Libro de los muertos*. Según Naville, E.: *Das ägyptische Toptenbuch der XVIII. bis XX. Dynastie*, 1886.
- Figura 2.6.** El juicio de Osiris. Según Naville, E.: *Das ägyptische Toptenbuch der XVIII. bis XX. Dynastie*, 1886.
- Figura 3.1.** Cabeza de la momia de Seti I. Reino Nuevo. Museo de El Cairo. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912.
- Figura 3.2.** Uno de los «hombres de arena» de la excavación de Sutton Hoo (Gran Bretaña). Foto de Nigel Macbeth, reproducida por cortesía de la York University y The Trustees of the British Museum ©.
- Figura 3.3.** Víctimas de la catástrofe de Pompeya convertidas en «estatuas» de yeso. Foto de Jacobo Storch ©, reproducida por cortesía del autor.
- Figura 3.4.** Cabeza de la momia de Ranefer, comienzos de la IV dinastía. Meidum. Según Smith, G. E.: «Egyptian mummies», *JEA* 1 (1914), lám. 31, fig. 2.
- Figura 3.5.** Pecho de la momia encontrada por G. Reisner en la mastaba G 2220 de Guiza. Foto © 2010 Museum of Fine Arts de Boston: New series B 08313. Cloth (mummy) wrapping (from over breast) from Giza 2220 B I: 33-4-22. Photographer: Dahi Ahmed. April 13, 1933. Harvard University-Boston Museum of Fine Arts Expedition.

Figura 3.6. Cabeza de la momia de Seqenenre Taa II. Las flechas señalan las heridas causadas por traumatismo de arma blanca. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. II.

Figura 3.7. Localización de las incisiones y dirección del relleno en las momias de la XXI dinastía. Según Smith, G. E.: «Egyptian mummies», *JEA* 1 (1914), p. 194.

Figura 4.1. Escenas de momificación en la tumba de Tjay (TT 23). Tebas, XVIII dinastía. Dibujo de N. de G. Davies, según Dawson, W. R.: «Making a mummy», *JEA* 13 (1927), lám. XVII.

Figura 4.2. El embalsamador jefe Anubis se inclina sobre la momia de Senedjem (TT 1). Deir el-Medina, XIX dinastía. Foto de Eugen Strouhal ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 4.3. El ajuar funerario cruza el Nilo. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía. Según Davies, N. de G.: *The Tomb of Antefoker*, 1920, lám. XV.

Figura 4.4. El *tekenu* de la procesión funeraria de Amenemhet. Según Davies, N. de G.: *The Tomb of Amenemhet* (no. 82), 1915, lám. XII.

Figura 4.5. Bailarines *muu* ante los sacerdotes de la procesión funeraria. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía. Según Davies, N. de G.: *The Tomb of Antefoker*, 1920, lám. XXII.

Figura 4.6. La ceremonia de la apertura de la boca. Tumba de Ptahemheb (TT 193), XIX dinastía. Necrópolis de Asasif. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 4.7. Ofrenda en miniatura con las herramientas para realizar la «apertura de la boca». Reino Antiguo. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre foto original de Hagen, R. M y R.: *Egipto*, 1999, p. 160.

Figura 4.8. Estela de ofrendas. Guiza, IV dinastía. Según Junker, H.: *Gîza I*, 1929.

Figura 4.9. Invocación de ofrendas para la princesa Watetkhethor. Mastaba de Mereruka. Saqqara, VI dinastía. Dibujo de A. M. Roth ©, reproducido por cortesía de la autora.

Figura 5.1. Ataúd-cesta de Tarkhan, I dinastía. Museo Británico. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 5.2. Enterramiento predinástico con ataúd cerámico. Hammamiya. Museo Petrie de Londres. Foto de Covadonga Alcaide ©, reproducida por cortesía de la autora.

Figura 5.3. Ataúd de madera de la I dinastía. Tumba 1955 de Tarkhan. Museo Británico. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 5.4. Sarcófagos del visir Shepseskaf (en forma de *per-nu*) y su esposa. Abusir, V dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 5.5. Distribución de los textos de invocación en un ataúd rectangular del Reino Medio (tipo RIV). Dibujo de José Miguel Parra © sobre original de Ikram, S.; Dodson, A.: *The mummy in Ancient Egypt*, 1998, p. 197, fig. 239.

Figura 5.6. Sarcófago de Khufu en su pirámide. Guiza, IV dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 5.7. Dibujo del sarcófago de Menkaure. Según Erman, A.: *Life in Ancient Egypt*, 1894, p. 171.

Figura 5.8. Sarcófago en forma de cartucho, perteneciente a Amenhotep II. Valle de los Reyes (KV 35), XVIII dinastía. Foto de Covadonga Alcaide ©, reproducida por cortesía de la autora.

Figura 5.9. Sarcófago de Ay, con diosas aladas en las esquinas. Valle Occidental (WV 23), XVIII dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 5.10. Ushebty de Userhat. XXI dinastía. Colección particular. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 5.11. Mereruka saliendo para recoger los alimentos depositados sobre la mesa de ofrendas. Saqqara, VI dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 5.12. La típica mesa de ofrendas egipcia, en forma de signo *hetep* y con las ofrendas representadas en relieve sobre una estera. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Spencer, A. J.: *Death in Ancient Egypt*, 1982, p. 65, fig. 18.

Figura 6.1. Esquema de una tumba predinástica. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Emery, W. B.: *Archaic Egypt*, 1961, p. 150, fig. 88.

Figura 6.2. La mastaba del hotel Marsam, en la orilla oeste de Tebas. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 6.3. Planta y sección de la mastaba 3504. Saqqara, I dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Emery, W. B.: *Archaic Egypt*, 1961, p. 72, figs. 34 y 35.

Figura 6.4. El muro del recinto del complejo funerario de Netjerkhet (Djoser), decorada en «fachada de palacio». Saqqara, III dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 6.5. Modelos de diferentes tipos de mastaba. A) Con capilla exterior; B) con capillas cruciformes; C) con corredor exterior; D) con capilla en forma de «L». Dibujo de José Miguel Parra ©.

Figura 6.6. Vista de conjunto de la mastaba de Ptahshespshe desde el suroeste. Abusir, V dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 6.7. Tumba de Inyotef (TT 386). Tebas, XI dinastía. Dibujo de José Miguel Parra © sobre original de Donadoni, S.: *L'art égyptien*, 1993, p. 149.

Figura 6.8. Dibujo del contenido de la tumba de Wah en el momento de ser descubierta. Tebas oeste, XII dinastía. Según Roehrig, C. H.: «Life along the Nile. Three Egyptians from ancient Thebes», *BMMA* 60 (2002), n.º 1., fig. 27.

Figura 6.9. Reconstrucción del interior de la tumba de Amenemhat. Beni Hassan, tumba n.º 2, XII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra © sobre original de Newberry, P. E.: *Beni Hasan*, I, 1893, lám. III.

Figura 6.10. Decoración de la pared oeste de la cámara principal del hipogeo de Amenemhat. Beni Hassan, tumba n.º 2, XII dinastía. Según Newberry, P. E.: *Beni Hasan*, I, 1893, lám. XI.

Figura 6.11. Planta de la tumba de Rekhmire (TT 100). Tebas, XVIII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Dorman, P. F.: «Family burial and commemoration in the Theban necropolis» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, p. 39, fig. 7.

Figura 6.12. Planta de la tumba de Kheruef (TT 192). Tebas, XVIII dinastía. La línea de puntos indica habitaciones subterráneas. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt*,

1999, p. 149.

Figura 6.13. Tumba de Merneptah, TT 23. En primer plano se ven los dos pilonos y la escalera que conduce al patio porticado. Tebas oeste, XIX dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 6.14. Sección de una típica tumba de Deir el-Medina. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Aldred, C. *et al.*: *L'Empire des Conquéranants*, 1978, p. 318, fig. 425.

Figura 6.15. Planta de la tumba de Ankhor (TT 414). Tebas, XXVI dinastía. La línea de puntos señala la superestructura y la línea rayada la subestructura. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt*, 1999, p. 151.

Figura 7.1. Tumbas principescas predinásticas (dibujadas a la misma escala). A) tumba T5 de Nagada; B) tumba 100 de Hieracómpolis; C) tumba 23 de Hieracómpolis; D) tumba U-j de Abydos; E) tumba L24 de Qustul. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre originales de Friedman, R.: «Excavating Egypt's early kings», *Nekhen News* 17 (2005), pp. 4-6 y Wilkinson, A. H.: *Early Egypt*, 1999, p. 38, fig. 2.1.

Figura 7.2. Sección de la pirámide Escalonada de Djoser. Saqqara». III dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Edwards, I. E. S.: *The Pyramids of Egypt*, 1993, p. 37, fig. 6.

Figura 7.3. Pirámide y templo alto de Neferirkare Kakai. Abusir, V dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 7.4. Planta de las habitaciones de la pirámide de Unas. Saqqara, V dinastía. A) Vestíbulo; B) rastrillos de granito; C) serdab; D) antecámara; E) cámara funeraria. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Edwards, I. E. S.: *The Pyramids of Egypt*, 1993, p. 175, fig. 41.

Figura 7.5. El muro interno de sillería que contiene la pirámide de Senusret II. Lahun, XII dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 7.6. Planta de la pirámide de Amenemhat III en Hawara. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Stadelmann, R.: *Die ägyptischen Pyramiden vom ziegelbau zum Weltwunder*, 1991, 247, fig. 82.c.

Figura 7.7. El Valle de los Reyes bajo la mirada de El-Qurn (arriba a la izquierda). Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 7.8. Sección tridimensional de la tumba de Tutmosis I y Hatshepsut. Valle de los Reyes (KV 20), XVIII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Reeves, N.; Wilkinson, R. H.: *The Complete Valley of the Kings*, 1996, p. 93.

Figura 7.9. Sección tridimensional de la tumba de Amenhotep III. Valle de los Reyes (KV 22), XVIII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Reeves, N.; Wilkinson, R. H.: *The Complete Valley of the Kings*, 1996, p. 111.

Figura 7.10. Planta de la tumba de Tutmosis IV. Valle de los Reyes (KV 43), XVIII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt*, 1999, p. 102.

Figura 7.11. Planta de la tumba de Seti I. Valle de los Reyes (KV 17), XIX dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt*, 1999, p. 105.

Figura 7.12. Planta de la tumba de Horemheb. Valle de los Reyes (KV 57), XVIII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt*, 1999, p. 105.

Figura 7.13. Planta de la tumba de Ramses II. Valle de los Reyes (KV 7), XIX dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Reeves, N.; Wilkinson, R. H.: *The Complete Valley of the Kings*, 1996, p. 141.

Figura 7.14. Planta de la tumba de Ramsés IV. Valle de los Reyes (KV 2), XX dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Strudwick, N. y H.: *Thebes in Egypt*, 1999, p. 112.

Figura 7.15. Planta de la pirámide de Taharqa. Nuri, XXV dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Stadelmann, R.: *Die ägyptische Pyramiden*, 1997, p. 261, fig. 91.

Figura 8.1. El brazo del faraón Djer adornado con pulseras. Abydos, I dinastía. Según Petrie, W. M. F.: *The Royal Tombs of the Earliest Dynasties*, Part II, 1902.

- Figura 8.2.** El pie encontrado en la cámara funeraria de la pirámide Escalonada de Saqqara. Foto de Eugen Strouhal ©, reproducida por cortesía del autor.
- Figura 8.3.** Restos de la momia encontrada en el interior de la pirámide de Menkaure en 1837. Foto del British Museum (274426/18) ©.
- Figura 8.4.** La momia de la reina ¿Reputnub?, hallada en la pirámide LXXIV. Abusir, V dinastía. Foto de Eugen Strouhal, por cortesía del autor y de Miroslav Verner/Instituto Checo de Egiptología ©.
- Figura 8.5.** Restos del cráneo (izq.) y la mandíbula (der.) del faraón Djedkare Izezi, V dinastía. Foto de Eugen Strouhal, por cortesía del autor y de Miroslav Verner/Instituto Checo de Egiptología ©.
- Figura 8. 6.** Cráneos de las princesas Khekeretneby (izq.) y Hedjetnebu (der.), hijas del faraón Djedkare Izezi. Abusir, V dinastía. Foto de Eugen Strouhal, por cortesía del autor y de Miroslav Verner/Instituto Checo de Egiptología ©.
- Figura 8.7.** Máscara funeraria del rey Teti, encontrada junto a su pirámide en Saqqara. Museo de El Cairo, VI dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Figura 8.8.** Sandalia hallada en la pirámide de Pepi I. Saqqara, VI dinastía. Según Labrousse, A.: *L'architecture des pyramides à textes. I*, 1996, p. 63, fig. 117.2.
- Figura 8.9.** Vaso canopo con vísceras del faraón Pepi I encontrado en su pirámide. Saqqara, VI dinastía. Según Labrousse, A.: *L'architecture des pyramides à textes. I*, 1996, p. 64, fig. 118.
- Figura 8.10.** Cabeza de la momia del faraón Merenre, encontrada dentro de su pirámide. Saqqara, VI dinastía. Según Maspero, G.: *Guide du visiteur au Musée du Caire*, 1915.
- Figura 8.11.** Reconstrucción de Naville del complejo funerario de Montuhotep II en Deir el-Bahari. Según Naville, E.: *The XIth dynasty temple at Deir el-Bahari, II*, 1910, lám. XXIII.
- Figura 8.12.** Complejo funerario de Senusret III. Dashur, XII dinastía. N.º 2 tumba de Nefert-henut; n.º 9 tumba de Weret II. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de DODSON, A.: *The Pyramids of Ancient Egypt*, 2003, p. 92 y ARNOLD, D.: *The Pyramid Complex of Senwosret III at Dashur*, 2002, p. 33, fig 7 y lám. 60.

- Figura 9.1.** Localización y vista 3D de la TT 320 en Deir el-Bahari. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre originales de Graefe, E.: «The royal caché and the tomb robberies» en Strudwick, N.; Taylor, J. H. (eds.): *The Theban Necropolis*, 2003, p. 75, fig. 2.
- Figura 9.2.** Cabeza de la momia de Ahmose. Museo de El Cairo, XVIII dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. XII.
- Figura 9.3.** La momia de Amenhotep I en su ataúd. Museo de El Cairo. XVIII dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. XIII.
- Figura 9.4.** La cabeza de la momia de Tutmosis II. Museo de El Cairo, XVIII dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. XXIV, fig. 2.
- Figura 9.5.** La cabeza de la momia de Tutmosis III. Museo de El Cairo, XVIII dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. XXVIII, fig. 2.
- Figura 9.6.** Vista 3D de la tumba de Amenhotep II (KV 35), donde se encontró el segundo escondrijo de momias reales. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Reeves, N.; Wilkinson, R. H.: *The Complete Valle y of the Kings*, 1996, p. 101.
- Figura 9.7.** Cabeza de la momia de Tutmosis IV. Museo de El Cairo, XVIII dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. XXIX.
- Figura 9.8.** La momia de Amenhotep III. Museo de El Cairo, XVIII dinastía. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.
- Figura 9.9.** La momia de Seti II. Museo de El Cairo, XIX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. LXVI.
- Figura 9.10.** Cabeza de la momia de Merenptah. XIX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. LXVII.
- Figura 9.11.** Diversas etapas del desvendado de la momia de Siptah. Museo de El Cairo, XX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, láms. LX, fig. 2, LXI, fig. 2, LXII, fig. 1.
- Figura 9.12.** La posible momia de Setnakht en la tumba KV 35, XX dinastía. Según Reeves, C. N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, 2000, p. 104.

Figura 9.13. La cabeza de la momia de Ramsés VI. Museo de El Cairo, XX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. LIX.

Figura 9.14. La cabeza de la momia de Ramsés IV. Museo de El Cairo, XX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. LIV.

Figura 9.15. Los restos hallados en la KV 55. Museo de El Cairo. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 9.16. Dibujo cefalométrico de la momia de Tutmosis IV. Según Wentz, E. F.; Harris, J. E.: «Royal mummies of the Eighteenth Dynasty: a biologic and Egyptological approach» en Reeves, C. N. (ed.): *After Tutankhamun*, 1992, p. 4, lám. III d.

Figura 9.17. Dibujos cefalométricos de los cráneos de las momias de Tutmosis II (línea de puntos), Tutmosis III (línea discontinua) y Seti II (línea continua). Según Wentz, E. F.; Harris, J. E.: «Royal mummies of the Eighteenth Dynasty: a biologic and Egyptological approach» en Reeves, C. N. (ed.): *After Tutankhamun*, 1992, p. 5, fig. 1.

Figura 10.1. Vista 3D de las cuatro primeras tumbas de la necrópolis real. Tanis, XXII dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Reeves, N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, 2000, p. 193.

Figura 10.2. Sarcófago de Psusenes I. Tanis, XXI dinastía. Museo de El Cairo. Foto de Laura di Nobile ©, reproducida por cortesía de la autora.

Figura 10.3. Máscara de Amenemope. Tanis, XXI dinastía. Museo de El Cairo. Foto de Laura de Nobile.©, reproducida por cortesía de la autora.

Figura 10.4. Máscara de Wendjebaendjed. Tanis, XXI dinastía. Museo de El Cairo. Foto de Laura di Nobile. ©, reproducida por cortesía de la autora.

Figura 10.5. Sarcófago de Sheshonq II. Tanis, XXII dinastía. Museo de El Cairo. Foto de Laura di Nobile ©, reproducida por cortesía de la autora.

Figura 11.1. Estatua de hombre con posible enfermedad de Pott. Museo de El Cairo. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 11.2. Pie deformado de la momia de Siptah. Museo de El Cairo, XX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. 62, fig. 2.

Figura 11.3. Momia de Ramsés V con posibles marcas de viruela, Museo de El Cairo, XX dinastía. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. 56.

Figura 11.4. Estatuas de la diosa Sekhmet. Museo al aire libre del templo Karnak. Foto de José Miguel Parra ©.

Figura 11.5. Las diversas fases de la fabricación del pan. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía. Según Davies, N. de G.: *The Tomb of Antefoker*, 1920, láms. XI y XII.

Figura 11.6. Kaaper y su esposa. Abusir, V dinastía. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de H. G. Fisher en Baines, J.; Malek, J.: *Ancient Egypt*, 2002, p. 2004.

Figura 12.1. Localización de los cuerpos en el «Yacimiento 117» de Djebel Sahaba. Nubia. Según Wendorf, F.: «Site 117: a Nubian final paleolithic graveyard near Jebel Sahaba, Sudan» en Wendorf, F. (ed.): *The Prehistory of Nubia*, 1968, p. 956, fig. 3.

Figura 12.2. Dos de los cuerpos del «Yacimiento 117» de Djebel Sahaba. Los lapiceros indican la posición y el ángulo de llegada de las flechas. Foto de F. Wendorf ©.

Figura 12.3. Obreros trabajando y siendo atendidos por médicos. Tumba de Ipui (TT 217). Tebas, Reino Nuevo. Dibujo de R. Parkinson ©, reproducido por cortesía del autor.

Figura 12.4. Planta de las tumbas de Horemheb (izq.), Maya (centro) y Ramose (der.). Saqqara, Reino Nuevo. Según Martin, G.: *The Hidden Tombs of Memphis*, 1991, fig. 3.

Figura 12.5. Planta de la tumba de Kha (TT 8), con la localización aproximada de su ajuar funerario según reconstrucción de S. T. Smith. Dibujo de José Miguel Parra ©, sobre original de Smith, S. T.: «Intact tombs of the Seventeenth and Eighteenth Dynasties from Thebes and the New Kingdom burial system», *MDAIK* 48 (1992), p. 226, fig. 4.

Figura 13.1. Momia de perro encontrada en la «tumba de los animales». Valle de los Reyes (KV 50). Museo de El Cairo. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 13.2. Momia de gacela dentro de su sarcófago, mascota que fue de Isetemkheb. Tebas (TT 320). Según *Illustrated London News*, 1871.

Figura 13.3. Momias de carnero con toda su parafernalia. Museo de El Cairo, Baja Época. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 13.4. Momia de cría de cocodrilo. Museo de El Cairo, Baja Época. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 13.5. Momia de gacela envuelta en cañas. Museo de El Cairo. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 14.1. Estructura interna de las momias negras (izq.) y rojas (der.) de la cultura Chinchorro. Chile. Dibujo cortesía de Bernardo Arriaza ©.

Figura 14.2. Momia roja de la cultura Chinchorro. Chile. Foto de Bernardo Arriaza ©, reproducida por cortesía del autor.

Figura 14.3. El hombre de Tollund. Dinamarca, Edad del Hierro. Foto de Lennart Larsen, reproducida por cortesía del Museo Nacional de Dinamarca ©.

Figura 14.4. La dama Dai. China, dinastía Han. Museo Provincial de Hunan. Según Hunan Medical College: *Study of an Ancient Cadaver in Muwangtui Tomb No 1 of the Han Dynasty*, 1980.

Figura 14.5. Momia guanche, llamada de san Andrés. Tenerife. Foto del Museo Arqueológico de Tenerife ©, reproducida por cortesía de su director D. Rafael González Antón.

Figura 14.6. Sección de un fardo funerario de la cultura Paracas. Perú. Según Reiss, W.; Stübel, A.: *The Necropolis of Ancon in Peru*, 1880-1887.

Figura 14.7. Las momias del inca Guainacapac, su esposa y un servidor siendo transportadas hasta Cuzco para ser enterradas. Según Poma de Ayala, F. G.: *Nueva corónica y buen gobierno*, 1980 [1613].

Figura 15.1. Sarcófago de Henheua. XIX dinastía. Según Erman, A.: *Life in Ancient Egypt*, Londres: Macmillan, 1894, p. 316.

Figura 15.2. Invitación a un evento social en el Londres de mediados del siglo xix: el desvendado de una momia de Tebas. Según El-Mahdy, C.: *Mummies, Myth, and Magic*, 1991, p. 176.

Figura 15.3. La momia de Ramsés II con el brazo alzado. Museo de El Cairo. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. 43, fig. 1.

Figura 15.4. Derry hace la primera incisión para desvendar la momia de Tutankhamon, mientras lo observan, entre otros, Lacau, Carter, Lucas y Saleh Bey Hamdi. Foto de H. Burton, reproducida por cortesía de J. Malek y el Griffith Institute de Oxford ©.

Figura 15.5. La momia de Ramsés III, que sirvió de inspiración a los maquilladores de Boris Karloff para su celeberrima caracterización. Según Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, lám. 51.

Lista de fotografías

- Foto 1.** Momia de halcón de la Baja Época y radiografía que demuestra que su contenido no es un ave rapaz. Fotos de Nacho Ares, reproducidas por cortesía del autor, de «F. Cervera Arqueología» y del hospital veterinario *Los madroños* ©.
- Foto 2.** Isis, transformada en milano, siendo fecundada por la momia de Osiris. Templo de Seti I en Abydos, XIX dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 3.** Horus y Anubis realizando ofrendas a Osiris y Tauseret, Tumba de dicha soberana en el Valle de los Reyes, XIX dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 4.** Los primeros intentos de momificación. Momia B85 de Hieracómpolis, conocida como «Paddy». Foto de Renée Friedman/Hieraconpolis Expedition ©, reproducida por cortesía de la autora.
- Foto 5.** Vista posterior del sudario de la «Dama blanca». Tebas, XX dinastía (?). Foto de Carlos Spottorno/Proyecto Djehuty ©, reproducida por cortesía del autor y de José Manuel Galán, director del Proyecto Djehuty.
- Foto 6.** Plañideras en la tumba de Ramose (TT 55). Tebas, XVIII dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 7.** Estela funeraria con la fórmula de invocación. Museo Británico, Reino Antiguo. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 8.** La tumba de Ankhtifi. Moalla, X dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 9.** Fachada de una tumba *saff* anónima, TT 282. Tebas oeste, Reino Medio. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 10.** Escena de la tumba de Ramose (TT 55). Tebas oeste, XVIII dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.

- Foto 11.** Restos de los pilonos y escaleras de acceso de varias de las tumbas de Asasif, XXVI dinastía. Deir el-Bahari. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 12.** El interior del «palacio funerario» de Khasekhemuy en Abydos, II dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 13.** La pirámide Escalonada de Djoser vista desde el suroeste. Saqqara, III dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 14.** La pirámide de Huni vista desde el norte. Meidum, III dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 15.** La pirámide romboidal de Esnefru vista desde el noroeste. Dashur, IV dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 16.** La pirámide Roja de Esnefru vista desde el noreste. Dashur, IV dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 17.** Los templos del circo de Deir el-Bahari (de izq. a der; Montuhotep II, Tutmosis III y Hatshepsut). Sobre ellos la pirámide natural de El-Qurn. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 18.** Vista de la palma de la mano izquierda de la momia del faraón Neferefre, encontrada dentro de su pirámide. Abusir, V dinastía. Foto de Eugen Strouhal, reproducida por cortesía del autor y de Miroslav Verner/Instituto Checo de Egiptología ©.
- Foto 19.** La momia recientemente identificada como la de la reina Hatshepsut. Museo de El Cairo, XVIII dinastía. Foto del SCA ©.
- Foto 20.** La estatua-jeroglífico de Ramsés II. El nombre jeroglífico de cada uno de los componentes de la misma: dios sol (*Ra*), el faraón niño (*mes*) y el junco que sujeta en la mano (*su*), componen el nombre del faraón. Museo de El Cairo, XIX dinastía. Fotos de José Miguel Parra ©.
- Foto 21.** Arpista ciego tocando. Tumba de Rekhmire (TT 100). Tebas oeste, XVIII dinastía. Foto de José Miguel Parra ©.
- Foto 22.** Ejemplo de vértebra de un hombre (guanche) atravesada por una azagaya. Museo Arqueológico de Tenerife. Fotos de José Miguel Parra ©.
- Foto 23.** Los pies de Nesperennub en la imagen 3D generada tras un TAC. Imagen reproducida por cortesía de SGI ©.

Foto 24. Momia de babuino encontrada en la «tumba de los animales». Valle de los Reyes (KV 50). Museo de El Cairo. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Foto 25. Momia de ibis. Museo de El Cairo, Baja Época. Foto de Nacho Ares ©, reproducida por cortesía del autor.

Foto 26. Momia negra de la cultura Chinchorro. Chile. Foto de Bernardo Arriaza ©, reproducida por cortesía del autor.

Foto 27. Momia congelada de un sacrificio humano incaico, encontrada en la cima del monte Llullaillaco. Argentina. Foto de Johan Reinhard ©, reproducida por cortesía del autor.



FOTO 1. Momia de halcón de la Baja Época y radiografía que demuestra que su contenido no es un ave rapaz.



FOTO 2. Isis, transformada en milano, siendo fecundada por la momia de Osiris. Templo de Seti I en Abydos, XIX dinastía.



FOTO 3. Horus y Anubis realizando ofrendas a Osiris y Tauseret. Tumba de dicha soberana en el Valle de los Reyes, XIX dinastía.



FOTO 4. Los primeros intentos de momificación. Momia B85 de Hieracómpolis, conocida como «Paddy».



FOTO 5. Vista posterior del sudario de la «Dama blanca». Tebas, XX dinastía (?).



FOTO 6. Plañideras en la tumba de Ramose (TT 55). Tebas, XVIII dinastía.



FOTO 7. Estela funeraria con la fórmula de invocación. Museo Británico, Reino Antiguo.

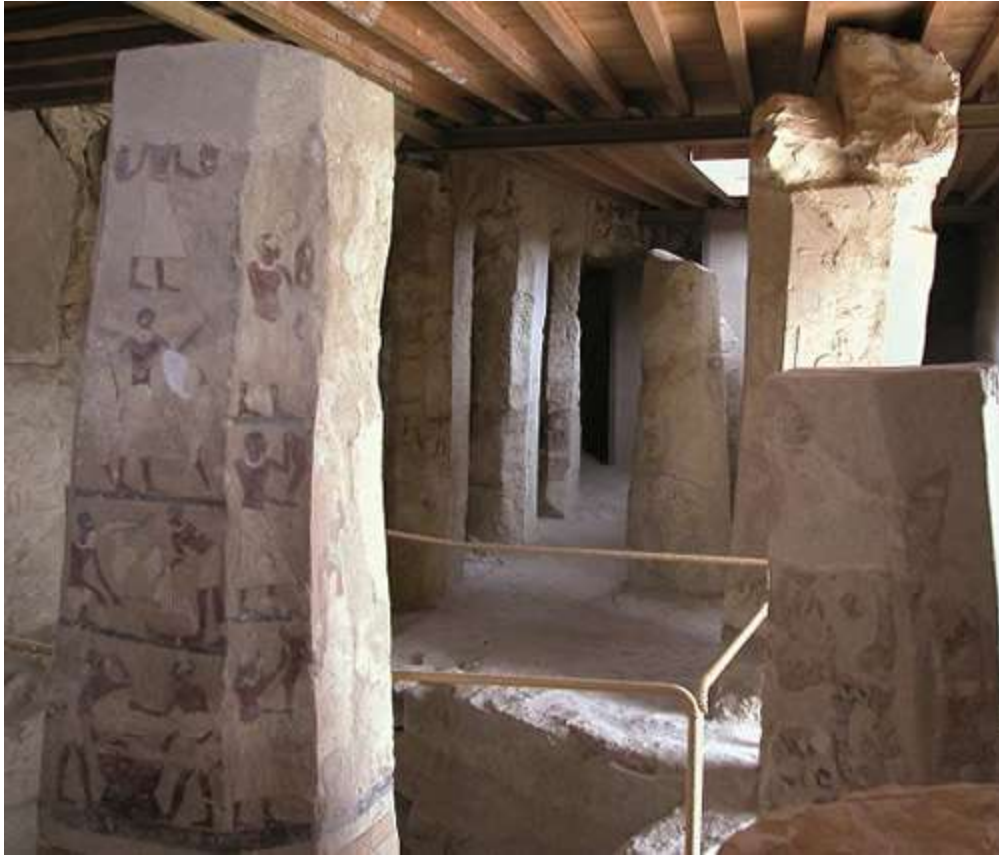


FOTO 8. La tumba de Ankhtifi. Moalla, X dinastía.



FOTO 9. Fachada de una tumba saff anónima, TT 282. Tebas oeste, Reino Medio.



FOTO 10. Escena de la tumba de Ramose (TT 55). Tebas oeste, XVIII dinastía.



FOTO 11. Restos de los pilonos y escaleras de acceso de varias de las tumbas de Asasif, Deir el-Bahari, XXVI dinastía.



FOTO 12. El interior del «palacio funerario» de Khasekhemuy en Abydos, II dinastía.



FOTO 13. La pirámide escalonada de Djoser vista desde el suroeste. Saqqara, III dinastía.



FOTO 14. La pirámide de Huni vista desde el norte. Meidum, III dinastía.



FOTO 15. La pirámide romboidal de Esnefru vista desde el noroeste. Dashur, IV dinastía.



FOTO 16. La pirámide Roja de Esnefru vista desde el noreste. Dashur, IV dinastía.



FOTO 17. Los templos del circo de Deir el-Bahari: de izq. a der., Montuhotep II, Tutmosis III y Hatshepsut. Sobre ellos, la pirámide natural de El-Qurn.



FOTO 18. Vista de la palma de la mano izquierda de la momia del faraón Neferefre, encontrada dentro de su pirámide. Abusir, V dinastía.



FOTO 19. La momia recientemente identificada como la de la reina Hatshepsut. Museo de El Cairo, XVIII dinastía.



FOTO 20. La estatua-jeroglífico de Ramsés II. El nombre jeroglífico de cada uno de los componentes de la misma —dios halcón (*Ra*), el faraón niño (*mes*) y el junco que sujeta en la mano (*su*)— componen el nombre del faraón. Museo de El Cairo, XIX dinastía.



FOTO 21. Arpista ciego tocando. Tumba de Rekmire (TT 100). Tebas oeste, XVIII dinastía.



FOTO 22. Vértebra de un hombre guanche atravesada por una azagaya. Museo Arqueológico de Tenerife.

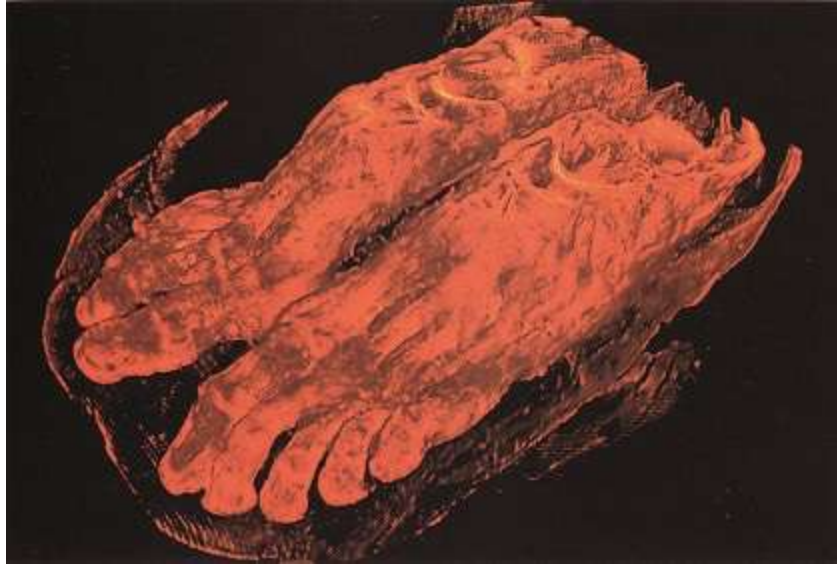


FOTO 23. Los pies de Nesperennub en la imagen 3D generada tras un TAC.



FOTO 24. Momia de babuino encontrada en la «tumba de los animales». Valle de los Reyes (KV 50). Museo de El Cairo.



FOTO 25. Momia de ibis. Museo de El Cairo, Baja Época.



FOTO 26. Momia negra de la cultura Chinchorro (Chile).



FOTO 27. Momia congelada de un sacrificio humano incaico, encontrada en la cima del monte Llullaillaco (Argentina).

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Sobre esta sustancia, véase la nota 13 del capítulo 3.

CRONOLOGÍA

1. Según Baines y Malek, 2002.

1. LAS PRIMERAS MOMIAS EGIPCIAS EN EUROPA

1. Sabedor de su valor y convencido de sus propiedades, en 1809 el sha de Persia envió una muestra del maravilloso medicamento a la reina de Inglaterra.

2. Paré, A.: *Discours de la mumie*, 1582, p. 8.

3. La pasta de madera no se empleó en la fabricación de papel hasta años después.

4. Unidad de medida que equivale a unos 2,5 gramos. El peso varía ligeramente según el período histórico del que se trate.

5. Vernus, P.: *Affaires et scandales sous les Ramsès*, 1993, pp. 19-20.

6. Vernus, P.: *Affaires et scandales sous les Ramsès*, 1993, p. 27

7. De las tres grandes colecciones que reunió Salt, la primera fue vendida al Museo Británico, que le pagó menos dinero del que había invertido en conseguirla. Escamado por la tacañería de sus compatriotas, no puso objeciones a que la segunda fuera estudiada por Champollion, quien convenció al rey de Francia para que la comprara para el recién creado Museo del Louvre, a un precio acorde con su valor. La tercera, finalmente, fue subastada por Sotheby's en un millar de lotes; sus ganancias fueron importantes.

8. Quien a la vez mantenía un lucrativo negocio de fabricación y venta de falsificación de piezas egipcias de gran calidad.

9. Son más conocidas como las momias de «los dos hermanos», aunque los estudios realizados sugieren que en realidad no eran familiares, pues existen 30 años de diferencia de edad entre ellas y sus características raciales difieren demasiado.

2. LOS ORÍGENES DE UNA COSTUMBRE ANCESTRAL

1. El cuerpo apareció sentado, con la espalda apoyada contra la pared de un antiguo pozo de extracción de pizarra, orientado hacia el este y con la cabeza mirando al cielo. Las piernas estaban muy encogidas y giradas hacia la izquierda. El brazo de ese mismo lado reposaba doblado sobre la pelvis y el derecho estaba estirado detrás de la espalda.

2. En los papiros donde se conserva la sentencia con la cual se castiga a los perpetradores de la conjura contra Ramsés III, los nombres de los condenados aparecen tergiversados, de modo que no sólo no se conserve para la eternidad, sino que el apelativo con el que se los conozca les produzca ignominia. Entre los condenados tenemos a Pabakkamen «ese servidor ciego» y a Mesedsure «Ra le odia», cuyos nombres reales probablemente fueran Pabakenimen «el servidor de Amón» y Merire «el amado de Ra».

3. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982, pp. 217-218 § 205.

4. López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, 2005, p. 51.

5. Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning», en D'Auria, S. (*et al.*): *Mummies and magic*, 1988, p. 44.

6. Wente, E.: *Letters from Ancient Egypt*, 1990, p. 215.

7. Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning», en D'Auria, S. (*et al.*): *Mummies and Magic*, 1988, p. 44.

8. Se explica entonces el interés que tuvieron los nobles del Reino Antiguo por enterrarse en las proximidades de los complejos funerarios de los faraones. Cuanto más cerca, más fácil sería recibir el influjo renacedor del rey.

9. *Textos de las pirámides* 582 § 1566-1567 (Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning», en D'Auria, S. (et al.): *Mummies and Magic*, 1988, p. 45).

10. *Textos de las pirámides* 503 § 1080 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, p. 179).

11. En realidad, es muy probable que las gentes del común conocieran por transmisión oral alguno de los conjuros y los utilizaran durante sus funerales.

12. Pir. 219 § 167 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, p. 46).

13. También se conocen unas pocas copias en papiro y en las paredes de algunas tumbas.

14. Como veremos en el capítulo 5, ataúd y sarcófago son cosas distintas, de modo que el nombre *Textos de los sarcófagos* es equívoco, pues realmente se escribían en los ataúdes. Procede de la tradición francesa, que los llama *Textes des sarcophages*; en cambio, la tradición inglesa sí hace la distinción, pues los llama correctamente *Coffin Texts* y no *Sarcophagi Texts*. Para evitar confundir al lector, seguiremos utilizando la expresión consagrada en español por el uso: *Textos de los sarcófagos*.

15. Hasta tal punto fue así, que en torno al *Libro de los muertos* se creó toda una «industria» editorial. Los textos se copiaban e iluminaban en papiros, dejándose en blanco el nombre del difunto, que se rellenaba *a posteriori* con el del comprador. En algún caso, el difunto era mujer y no siempre se hizo concordar el género de todo el texto, lo que ha producido a los egiptólogos algún que otro quebradero de cabeza.

16. Unidad egipcia de medida de superficie que equivalía a 0,25 ha.

17. Barguet, P.: *Le livre des morts*, 1986, pp. 163-164.

18. Los egipcios consideraban que en el corazón residían la inteligencia y las emociones del ser humano.

19. Los faraones contaban con la ayuda adicional de los demás textos funerarios.

20. Weeks, K. R.: *The Treasures of Luxor and the Valley of the Kings*, 2005, p. 328.

3. EL PROCESO DE LA MOMIFICACIÓN

1. Sutton Hoo es un yacimiento anglosajón (siglos VI-VII d. C.) localizado al sureste de Gran Bretaña. Allí se encontraron varios túmulos funerarios, entre ellos la tumba de un rey, enterrado en su barco con un magnífico ajuar funerario.

2. Muchas de las víctimas de la erupción del Vesubio que arrasó las ciudades de Pompeya y Herculano en el 79 d. C. quedaron enterradas bajo la ceniza expulsada por el volcán, que al poco terminó solidificándose. Sus cuerpos quedaron así sellados en una tumba natural y, al descomponerse, dejaron en el terreno un hueco con su forma exacta. Cuando G. Fiorelli dirigió los trabajos de excavación de la ciudad (1860-1875), descubrió que si rellenaba con yeso los huecos que se encontraban al excavar se obtenían «estatuas» de las personas muertas dos mil años atrás. Estatuas que reproducían perfectamente no sólo los cuerpos, sino también los rasgos físicos y los ropajes de los habitantes de las desgraciadas villas romanas.

3. Su nombre científico es el de saprófagos y son de todo tipo: insectos, gusanos, mamíferos, aves...

4. En estas condiciones, las grasas del cuerpo se transforman en una sustancia más estable, la adipocira o «cera cadavérica», que se conserva en mejillas, pecho, abdomen, nalgas y ayuda a preservar la apariencia externa del cuerpo.

5. Estos «puñados» de lino están formados por dos tipos de vendas, una muy ligera parecida a una gasa y otra de tejido mucho más apretado. Cada venda de lino se plegaba varias veces sobre sí misma hasta formar una tira de medio centímetro de grosor.

6. Trasladada al Real Colegio de Cirujanos de Londres, la momia resultó destruida en un bombardeo durante la segunda guerra mundial.

7. Las vendas de las momias egipcias casi nunca se fabricaron *ex profeso*, sino que eran piezas de tela usada cortadas en tiras.

8. Se trataba de una solución de natrón al 3 por 100.

9. Recientemente, C. Vogel ha sugerido que en realidad se trata de soldados que habrían vivido y fallecido durante el reinado de uno de los primeros faraones de la XII dinastía.

10. Los intentos modernos de momificación han demostrado que, una vez infestado con escarabajos, éstos pueden continuar viviendo en el natrón durante mucho tiempo. Si, como parece posible, muchos cuerpos llegaban a manos de los embalsamadores ya infectados y éstos abarataban costos reutilizando el natrón para los enterramientos de menor calidad, se comprende que en tantas momias se hayan encontrado insectos.

11. Se trata de Aat y una reina anónima, encontradas en el interior de la pirámide de Amenemhat III en Dashur. También se conocen unos cuantos ejemplos del Reino Antiguo.

12. El experimento realizado en 1994 por B. Brier y R. S. Wade (momificaron, siguiendo el antiguo procedimiento egipcio, el cuerpo de una persona que había donado su cadáver a la ciencia) parece demostrar que éste era el orden lógico, dictado por la propia anatomía humana. (Valloggia sostiene que no es el estómago, sino el bazo, el que es extraído del cuerpo, pese a la confusión general.) Al tratarse de una operación realizada a ciegas, al tacto y con el brazo introducido por una mínima incisión, no es de extrañar que en muchos casos los riñones pasaran desapercibidos, situados como están ocultos tras el peritoneo. Tanto es así que los egipcios ni siquiera poseían una palabra para referirse a ellos. Ese mismo año de 1994, F. Janot realizó un estudio similar con la intención de comprobar la eficacia de las réplicas de instrumentos de embalsamamiento que había construido.

13. El natrón es una sal natural formada por una composición variable de carbonato sódico (el elemento principal), bicarbonato sódico (con el que aliviamos el ardor de estómago) y cloruro sódico (la típica sal de mesa). En Egipto se encuentra en el *wadi* Natrón (cerca de El Cairo) y en Elkab (Alto Egipto). La idea generalizada de que la momificación se realizaba mediante una solución líquida de natrón se debe a una mala traducción de los versos de Heródoto (*Historias*, II 86). Por otra parte, además de la incongruencia intrínseca que supondría utilizar un líquido para deshidratar algo, varios experimentos modernos han demostrado que sólo el natrón sólido consigue el resultado que conocemos.

14. Un embalsamamiento típico solía durar unos 70 días: unos 40 para desecar el cuerpo y unos 30 para vendarlo. No obstante, se conocen casos de duraciones mucho mayores, como los 274 días que tardó en estar lista la momia de la reina Meresankh (IV dinastía), como se deduce de los textos inscritos en su mastaba.

15. El pene de Tutankhamon fue embalsamado en posición erecta y así fue encontrado por Douglas Derry, cuando estudió la momia a los pocos años de ser descubierta. Sin embargo, cuando ésta fue analizada de nuevo en 1968, los investigadores observaron con sorpresa que el pene de su majestad había desaparecido. Como siempre sucede cuando se habla de este faraón, comenzaron a circular las más extrañas historias sobre el origen y la personalidad del ladrón. Lucubraciones que sólo terminaron en el 2005, cuando, al someterse la momia a un TAC, el equipo que la estudiaba encontró el pene perdido ¡entre la arena que hay bajo el cuerpo del faraón! La «fatiga de materiales» y algunos traqueteos a lo largo de los años habían producido la desafortunada emasculación regia.

16. Z. Iskander, en cuyo trabajo se basa mi lista, considera que en total hay trece etapas en una momificación, mientras que A. P. Leca sólo habla de doce.

17. El propio Heródoto (*Historias* II 85-87) menciona tres tipos de embalsamamiento: el completo (como el descrito para el Reino Nuevo), el de tipo medio (con evisceración por el ano) y el barato (limitado a una lavativa de aceites purificadores).

18. Es curioso, pero los pechos femeninos casi siempre se dejaban sin rellenar.

19. Sobre estos personajes véase el capítulo 5.

20. Los vasos canopos, parte intrínseca del ritual, siguieron formando parte del ajuar funerario, aunque vacíos.

21. Strudwick, N.: *Texts from the Pyramid Age*, 2005, n.º 243, p. 337.

4. LOS RITUALES DE ENTERRAMIENTO

1. Clère, J. J.; Vandier, J.: *Textes de la première période intermédiaire et de la XIème dynastie*, 1948, pp. 47-48.


2. Lapp, G.: *Opferformel*, § 329, 2.

3. Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, 1972, pp. 78-79.

4. Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, 1972, p. 46.

5. Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, 1972, p. 50.

6. López, J.: *Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto*, 2005, p. 52.

7. Al inclinarse hacia delante con los cabellos sueltos, las plañideras realizaban un ritual, el del «gesto *nun*». Su pelo ondulado se representa en las paredes de las tumbas de forma similar al signo del agua , en una clara identificación de aquél con las aguas primordiales de las que surgió el creador. Agitar los cabellos equivalía a poner en movimiento las aguas regeneradoras de vida.

8. Durante el Reino Antiguo se detenían primero en la *tep-ibu* o «tienda de purificación» y seguidamente en el *wabet* o «lugar de purificación». Los relieves del Reino Nuevo señalan que primero se detenía en la *seh netjer Inepu* o «caseta divina de Anubis» y luego en la *iabet usekht* o «sala de purificación».

9. Para alguien enterrado en Tebas realizar la peregrinación a Abydos (situada unos 80 kilómetros al norte) no supondría muchos problemas, pero sí tener que acercarse hasta el Delta. Alguien enterrado en Saqqara tendría justo el problema contrario.

10. Se trata de un gorro cónico que recuerda a las nervaduras de la estructura interna de la corona blanca del Alto Egipto o la planta *hekher*. Seguramente estaba tejido con fibras vegetales.

11. En ocasiones se menciona que estas direcciones son el norte y el sur, estando relacionadas entonces con las ciudades de Sais y Buto (en el Delta) y Abydos (en el Alto Egipto).

12. Este ritual se realizaba también a las estatuas (ya fueran del dios, del rey o de un particular) y a los templos.

13. Strudwick, N.: *Texts from the Pyramid Age*, 2005, n.º 1, p. 67.

14. Pir. 21 § 13-14 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, pp. 3-4).

15. Tal cual aparecen en la traducción de Goyon, los pasos de la ceremonia de la «apertura de la boca» durante el Reino Nuevo eran los siguientes: PRELIMINARES: 1) introducción; 2) purificación con las cuatro agujas *nemset*; 3) purificación con las cuatro agujas *deshret*; 4) purificación con natrón del Alto Egipto; 5) purificación con natrón del Bajo Egipto; 6) purificación con incienso; 7) fumigación con incienso; 8) entreacto; ANIMACIÓN DE LA ESTATUA: 9) despertar del sacerdote *sem*; 10) captura antes de la animación de la estatua, 11) el sacerdote *sem* se viste; 12) introducción de los artesanos; 13) recurso a los artesanos especializados; 14) toque de la boca con el meñique; 15) cincelado (?) del rostro; 16) pulido (?) de la boca; 17) anuncio del final de la estatua; 18) entrega de la estatua; 19-20-21) el sacerdote *sem* se viste; 22) entreacto; LOS RITOS DEL ALTO EGIPTO: 23) sacrificio del animal del Alto Egipto; 24) ofrenda del corazón y la pata trasera; 25) se utiliza la pata del animal para abrirle la boca y los ojos; 26) apertura de la boca con la azuela *netjerty* y los instrumentos rituales; 27) apertura de la boca con el instrumento *ur-hekau*; 28) presentación de la estatua al noble; 29) presentación final; 30) pulido final (?); 31) se va en busca y se trae al «hijo bien amado»; 32) apertura de la boca con la cuchilla *medjedefet* y el dedo de oro; 33) segunda apertura de la boca con el meñique; 34) se trae el aguamanil *nemset*; 35) fórmula del objeto *abet*; 36) fórmula de los cuatro objetos *abet*; 37) presentación del objeto *psesh-kaf*; 38) ofrenda de uvas; 39) se trae una pluma de avestruz; 40) llamada al sacerdote *sem*; 41) se trae una copela de agua; 42) salida del hijo bien amado; LOS RITOS DEL BAJO EGIPTO: 43) sacrificio del animal del Bajo Egipto; 44) se presentan el corazón y el pernil; 45) se utiliza la pata del animal para abrirle la boca y los ojos; 46) apertura de la boca con una azuela; CEREMONIA DEL VESTIDO: 47) incensado; 48) se trae la cinta de la cabeza; 49) se presenta el pañuelo *siat*; 50) se presenta la tela blanca; 51) se trae la tela verde; 52) se trae la tela *ines*, roja; 53) se trae la tela *idemi*; 54) el collar *usekh*; 55) unción y oración; 56) se traen dos sacos de maquillaje, verde y negro; 57) se traen cetros y armas; 58) sahumar con el incensario; 59) incensado y letanía; 60) incensado delante de la estatua; 61) incensado; 62) aspersión con el aguamanil *nemset*; 63) libación; COMIDA FUNERARIA: 64) incensado; 65) preparación de la ofrenda; 66) incensado; 67) purificación de la ofrenda; 68) consagración de los animales de la ofrenda; 69) recitado de las glorificaciones, libación y menú de la ofrenda; 70) fórmula de invitación a la comida, recitado del proscinema y cierre del rito; 71) incensado a Ra-Horakhty; RITOS DE CIERRE: 72) fórmula de ofrenda a los dioses y cierre de la ceremonia, ofrenda de letanía, fórmula de cierre; 73) transporte a la capilla; 74) la estatua es colocada dentro de su capilla; 75) oración final.

16. Dado el origen predinástico de este utensilio, quizá la ceremonia pueda remontarse a los primeros momentos de la civilización egipcia.

17. Hasta la llegada de los hyksos, durante el Segundo Período Intermedio, los egipcios no conocieron el hierro mineral.

18. Wilson, J.: «Funerary Services of the Egyptian Old Kingdom», *JNES* 4 (1944), p. 208.

19. Actualmente se tiende a considerar que estos conos no son tales, sino una representación simbólica del buen olor que desprendía el perfume propiamente dicho.

20. Tylor, J. J.; Griffith, F. Ll.: *The Tomb of Paheri at El Kab*, 1894, lám. 7.

21. Los participantes en el funeral de Tutankhamon, por ejemplo, consumieron carne de vaca, de cordero, de pato y de ganso. Los restos fueron depositados dentro de jarras en el corredor de acceso a la tumba y, tras la primera tentativa de robo de la tumba (KV 62), se enterraron en el «Pit» KV 54 del Valle de los Reyes. Allí fueron encontrados en 1907 por Theodore Davies.

22. Por ejemplo, Ipi, quien fuera visir de Amenemhat I, dispuso que la producción de al menos 57 *aruras* de terreno fuera destinada al sostén de su culto funerario.

23. En muchos casos, estas listas de ofrendas son puramente ficticias, pero se incorporan a la decoración con la intención de que al representarlas se conviertan en reales en el más allá.

24. En el caso de los soberanos, y los dioses, el ritual de la ofrenda diaria se repetía por la mañana y por la tarde ante la estatua del difunto o la divinidad, pero con mayor aparato. Por otra parte, sólo el sumo sacerdote estaba cualificado para penetrar en el sanctasanctórum y encargarse del cuidado de la estatua del dios.

25. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982, p. 151 § 130.

26. Con este nombre conocían los egipcios los templos funerarios de los faraones enterrados en el Valle de los Reyes.

5. AMULETOS, ESTELAS, SARCÓFAGOS...

1. Barguet, P.: *Le Livre des Morts des anciens Égyptiens*, 1967, p. 75.

2. «Ataúd» procede del árabe, mientras «sarcófago» procede del griego y significa «comedor de carne». Sin duda, la facilidad y rapidez con la cual los sarcófagos de piedra porosa, como la caliza, se embebían de los líquidos de la descomposición cadavérica los llevó a pensar que se «comían» los cadáveres.

3. El *per-ur* es el santuario del Alto Egipto y presenta una cubierta curva e inclinada desde la fachada hasta la parte posterior del edificio .

4. Dodson, A.: «Canopic Jars and Chests» en Redford, D. B.: *The Ancient Gods Speak*, 2002, p. 45.

5. Barguet, P.: *Le Livre des bords des anciens égyptiens*, 1967, p. 42
6. Mc Dowell, A. G.: *Village Life in Ancient Egypt*, 1999, p. 70-71.

6. TUMBAS DE RICOS Y POBRES

1. Esta afirmación es sólo una figura literaria porque, en realidad, la mayoría de las tumbas de la época faraónica fueron construidas pensando en el difunto y su esposa. Sin contar con las posibles reutilizaciones posteriores por parte de miembros de la familia.

2. Se trata del enterramiento, sin ofrendas funerarias, de una mujer de unos cuarenta años que yace en posición fetal sobre el costado izquierdo, con la mano izquierda bajo la cara y la derecha sobre ella (c. 8000 a. C.).

3. Al menos así sucede en todas las mastabas situadas al norte de Elkab; en las situadas al sur de esta localidad ocurre justo lo contrario: el nicho de ofrendas principal es el situado al norte. N. Kanawati sugiere como explicación que en esta época las mastabas estaban orientadas hacia un lugar concreto que muy bien podía ser Hieracópolis. El emplazamiento del nicho principal varía dependiendo de dónde se encontrara la tumba, al norte o al sur de la ciudad.

4. Palabra que parece derivar de la expresión árabe que significa «lleno de agujeros».

5. Podía haber varios de estos pozos, algunos situados en el interior de la tumba.

7. LAS TUMBAS DE LOS REYES

1. Cuando a finales del siglo XIX E. Amélineau y W. M. F. Petrie excavaron las tumbas de Abydos nadie dudaba de que eran reales. Cuando W. B. Emery descubrió las mastabas de Saqqara en la década de 1930 llegó a la conclusión de que en realidad eran éstas las verdaderas sepulturas de los reyes tinitas. Desde entonces ha habido un debate entre los defensores de ambas posturas, que parece haber quedado zanjado definitivamente en favor de la hipótesis original: Abydos fue la necrópolis real de las dos primeras dinastías.

2. El faraón Djer rodeó su tumba con 590 sepulturas de servidores.

3. Este nombre sólo se utiliza a partir del Reino Nuevo; en las fuentes contemporáneas este soberano aparece mencionado como Netjerkhet.

4. Son estructuras macizas, cuyos únicos huecos interiores son un pequeño pasillo de acceso y una habitación. Sólo el templo T y el templo funerario son edificios verdaderos.

5. Los egiptólogos no se ponen de acuerdo a la hora de atribuir la estructura escalonada de la pirámide de Meidum a Huni o Esnefru. Si el segundo fuera el responsable de ella, se habría construido un total de cuatro pirámides, lo cual parece realmente exagerado. Considerarla obra de Huni simplificaría este problema, pero no aclara el motivo de su transformación en pirámide verdadera a manos de Esnefru, demostrada inequívocamente por la arqueología.

6. El aspecto de torre que tiene en la actualidad la pirámide se debe a la desaparición de varios de sus escalones superiores. Lo que sus visitantes pueden ver hoy día es parte de los escalones tercero y cuarto de la estructura de siete alturas y los escalones cinco y seis completos de la estructura de ocho alturas. Por encima de ellos sólo son visibles algunos restos del séptimo escalón.

7. Se han sugerido otras reconstrucciones, como una mastaba cuadrangular (Dieter Arnold) o una colina primigenia (Rainer Stadelmann).

8. Este soberano tuvo que construir una segunda pirámide en Hawara cuando aparecieron amenazadoras grietas en la primera que construyó, dentro de un recinto rectangular, pero orientada de este a oeste, en Dashur.

8. LAS MOMIAS DE LAS PIRÁMIDES

1. Amélineau, E.: *Les nouvelles fouilles d'Abydos (1896-1897)*, 1897, p. 41.

2. Citado en Greaves, J.: *Pyramidographia*, Londres, 1646, p. 84.

3. Los objetos sacados de este complejo funerario tienen tendencia a perderse. El sarcófago de Menkaure fue embarcado en el transporte *Beatrice* camino de Inglaterra, pero se hundió frente a las costas de Cartagena en 1838. Está a la espera de ser rescatado.

4. A mediados del siglo XIX, el rey de Prusia encargó a Richard Lepsius que organizara una misión arqueológica a Egipto. Sus principales objetivos eran copiar cuantos más textos mejor y reunir una colección de valiosos y bellos objetos para los museos reales de Berlín. Además de excavar en algunos yacimientos prometedores, Lepsius realizó un trabajo sistemático de prospección, dibujando innumerables planos topográficos que todavía hoy sirven como referencia a los arqueólogos modernos. En ellos fue señalando todos los accidentes del terreno que le parecían ser ruinas o restos de la actividad de los antiguos habitantes de Egipto. En el plano que dedica a Abusir aparecen marcados dos montículos con los números XXIV y XXV, una pirámide de reina y una tumba regia.

5. El orden en que fueron excavadas las pirámides con textos es el siguiente: 1.^a, en mayo de 1880, la pirámide de Pepi I; 2.^a, en diciembre de 1880, la pirámide de Merenre; 3.^a, en febrero de 1881, la pirámide de Unas; 4.^a, en febrero-abril de 1881, la pirámide de Pepi II; 5.^a, en mayo de 1881, la pirámide de Teti.

6. Petrie, W. M. F.; Brunton, G.; Murray, M. A.: *Lahun II*, 1923, p. 13.

9. LOS DESPOJOS DE LOS CREADORES DEL IMPERIO

1. Posiblemente se tratara de la de Ramsés I (véase el capítulo 1).

2. Dada la influencia que la actividad del Servicio de Antigüedades tenía en la vida egipcia, el nombramiento de su director era muy mirado por las potencias dominantes, Gran Bretaña y Francia.

3. El poblado de Gurna (en realidad, todos los de la orilla occidental) se encuentra enclavado en una de las laderas de la necrópolis de Tebas. No son pocas las casas que utilizan como sótano o fresquera una antigua tumba. Desde el 2007 el gobierno egipcio ha comenzado a desalojar y derribar todas estas casas y asentar a sus habitantes en un poblado nuevo construido al norte, alejado de la necrópolis.

4. Además de los golpes de rigor, se habla de la piel de la planta del pie arrancada a tiras, de recipientes metálicos calientes colocados sobre la cabeza y de otras lindezas semejantes.

5. En la tumba se encontraron también los cuerpos de las reinas Tetisheri, Ahmose-Inhapi, Ahmose-Nefertari, Nodjmet y Henttawy A y de casi una veintena más de personajes de la corte.

6. Citado en Reeves, N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, 2000, p. 65.

7. Reeves, C. N.: *Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necropolis*, 1990, p. 235.

8. Reeves, C. N.: *Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necropolis*, 1990, p. 237.

9. En agosto de 1901 el *Strand* londinense había comenzado a publicar en forma de serial *El perro de los Baskerville*.

10. Con gran sorpresa, después de la resolución del asunto Carter descubrió que el barco había sido vendido ¡al Museo de El Cairo!

11. En época faraónica la tumba sufrió dos saqueos frustrados, que supusieron la desaparición de muchas joyas de pequeño tamaño, de los perfumes y de los aceites en ella almacenados, así como la pérdida de la disposición original de algunos objetos de la antecámara y del anexo.

12. El cráneo es dos desviaciones estándar demasiado grande para el cuerpo, lo cual entra en la variación morfológica normal.

13. Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, pp. 79-80.

14. Una etiqueta de la momia de Ramsés IX nos informa de que fue allí donde fueron depositadas.

15. Dado que uno de los ataúdes en los que se encontró la momia de Tutmosis I fue reutilizado con el nombre de Pinedjem I (si bien originalmente perteneció a Tutmosis I), en la primera publicación de las momias el cuerpo de este soberano aparece identificado como «Pinedjem I». Un claro ejemplo de las dificultades de la identificación.

10. LAS MOMIAS REALES DE TANIS

1. Hoy sabemos que Avaris es la actual Tell el-Daba.

2. Goyon, G.: *La découverte des trésors de Tanis*, 2004, p. 112.

3. La numeración de las tumbas sigue correlativamente el orden en el que fueron descubiertas, pues los trabajos continuaron hasta mayo de 1940, cuando finalizó la *drôle de guerre* en Europa y Francia fue derrotada por los ejércitos alemanes pocas semanas después. El equipo francés tuvo que regresar. Tras la guerra los trabajos se reanudaron dirigidos durante veinte años por Jean Yoyotte y, posteriormente, por Pierre Brissaud hasta la actualidad.

11. LA PALEOPATOLOGÍA

1. Sir M. A. Ruffer, citado en Campillo, D.: *Introducción a la paleopatología*, 2001, p. 27.

2. Heródoto, *Historias* II, 13.

3. En 1993, la Organización Mundial de la Salud calculaba que todavía el 12 por 100 de la población del país padecía esquistosomiasis. R. M. Hicks calcula que, en la década de 1980, entre el 70 y el 90 por 100 de la población rural masculina estaba infectada.

4. La anemia es visible en momias y esqueletos por la presencia de agujeros porosos en la bóveda craneal y las órbitas de los ojos (hiperostosis porosa y criba orbitalia).

5. Nunn, J.: *Ancient Egyptian Medicine*, 1996, p. 91.

6. En la momia 1770 de Manchester, perteneciente a una mujer joven, se han encontrado gusanos macho calcificados.

7. Si el gusano ataca los tejidos, el resultado puede ser daños en los tendones y anquilosamiento de las articulaciones. Atendiendo a la inflamación de la tibia apreciada en 92 momias egipcias de todas las épocas, se ha sugerido que el 15 por 100 de la población pudo haber estado infectada en algún momento por este parásito.

8. Assmann, J.: *The Mind of Egypt*, 2002, p. 360.

9. Galán, J. M.: *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, 2000, p. 85.

10. Un material del que se suele decir que las habitaciones construidas con él son frescas en verano y cálidas en invierno, pero que en realidad son justo lo contrario.

11. En este caso no se puede saber a ciencia cierta el origen de la deformidad, pudiendo tratarse de una escoliosis u otra enfermedad deformante.

12. Otros especialistas consideran que se trata sencillamente de una deformidad ósea.

13. López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, 2005, p. 47.

14. Vernus, P.: «Un décret de Thoutmosis III relatif à la santé publique (*P. Berlín* 3049, vo XVIII-XIX)», *Orientalia* 48 (1979), pp. 177.

15. Entre el 93 y el 100 por 100 de las mandíbulas estudiadas presenta atrición (desgaste extremo de las coronas dentarias).

16. Un estudio, ya con algunos años de antigüedad, calcula que los animales nos han transmitido todas estas enfermedades: perros (65), bóvidos (45), ovicápridos (46), cerdos (42), caballos (35), ratas/ratones (32), aves (26).

17. A finales del Paleolítico, la altura media de los varones en yacimientos que van desde Ucrania a los Balcanes, pasando por el norte de África, era de 1,77 metros para los hombres y de 1,66 metros para las mujeres. A finales del Neolítico la altura había disminuido entre 10 y 15 centímetros respectivamente.

18. Teniendo siempre en cuenta que, pese a sus esfuerzos, el Estado egipcio nunca fue capaz de paliar las hambrunas ocasionales que se producían en el país.

19. Estudios recientes parecen sugerir que las proporciones físicas de los egipcios eran negroides. Esto no significa que fueran negros, sino que su estructura ósea se asemeja más a la de los negros contemporáneos que a la de los blancos contemporáneos.

20. Acompañados por la ofrenda de 660 aves al mes, lo que viene a significar cerca de 8.000 al año.

21. En 1917, los prisioneros de las cárceles egipcias eran alimentados atendiendo al siguiente baremo: 1.800 calorías para subsistir, 2.200 calorías para trabajos ligeros y 3.200 calorías para los trabajos pesados.

22. Se ha encontrado que entre el 10 y el 20 por 100 de las momias presentan arterioesclerosis, lo cual indica qué parte de la población formaba el grupo social superior, con acceso habitual a grasas animales.

23. Todavía a principios del siglo xx la situación en Egipto era terrible. Los datos del Foundling Hospital de El Cairo nos informan de que de 112 nacimientos habidos allí en el año 1906, se produjeron 95 fallecimientos. En 1910 la tasa de mortalidad en Egipto era del 376 por 1.000.

24. La duración perfecta de la vida humana para los egipcios, según aparece en los textos y la literatura de la época faraónica.

25. López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, 2005, 51.

12. LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

1. En otras ocasiones, como en Çatal Hüyük, sucede justo lo contrario, que se puede estudiar un lugar de habitación, pero no se tienen restos humanos.

2. En plena campaña de salvamento auspiciada por la Unesco para evitar el desastre arqueológico que iba a suponer la presa de Asuán.

3. Nunn, J. F.: *Ancient Egyptian Medicine*, 1996, p. 181.

4. La presencia de esclavos en el Egipto faraónico se puede considerar nula, sobre todo si la idea que tenemos en mente de sociedad esclavista es la grecorromana. A pesar de que se conocen muchos casos de esclavos, se trata de elementos aislados, que nunca supusieron una aportación relevante a la economía del país.

5. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982 , p. 109 § 78.

6. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982 , p. 109 § 79.

7. Mc Dowell, A. G.: *Village Life in Ancient Egypt*, 1999, p. 34.

8. Laffont, E.: *Les livres des sagesse des pharaons*, 1998, p. 46.

9. Ostrakon Berlín 12630.

10. Taylor, J. H.: *Mummy: The Inside Story*, 2004, p. 10.

13. LAS MOMIAS DE ANIMALES

1. Aproximadamente un 20 por 100 del total.

2. Reisner, G. A.: «The dog which was honored by the king of Upper and Lower Egypt», *BMFA* 34 (1936), p. 97.

3. A lo que parece, los monos utilizados como mascota sufrían la extracción de los caninos, para evitar las posibles consecuencias de sus mordiscos.

4. Se encontraron casi todos sus huesos, en algunos casos en conexión anatómica y con la piel ennegrecida, quizá como resultado de alguna sustancia destinada a conservarlo mejor.

5. Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, pp. 133-134.

6. Heródoto y Plutarco comentan que el toro Apis era sacrificado a los veinticinco años de edad.

7. Se calcula que sólo en la necrópolis de Thot en Menfis hay cuatro millones de ibis momificados.

8. Dada su extraordinaria abundancia, con las momias de animal sucedió lo mismo que con las momias humanas (véase el capítulo 1), hasta el siglo XIX fueron utilizadas para fines «espurios». Se sabe de un cargamento de momias de gato, con un peso de 19 toneladas y formado por unos 180.000 ejemplares de ofrendas a Bastet, que fue exportado a Europa por esas fechas.

9. Es posible que las momias falsas procedieran de criaderos ajenos a la disciplina del templo y fueran el típico engañabobos destinado a los «turistas».

10. En Saqqara se da un tipo especial de embalsamiento para babuinos. Tras sufrir un tratamiento completo, en vez de ser vendados los animales eran introducidos sentados dentro de un santuario rectangular, que luego se rellenaba por completo con yeso líquido, dejando al mono dentro.

14. LAS MOMIAS EN OTRAS CULTURAS

1. Atacama es el desierto más seco del mundo.

2. El cuerpo de la mujer no ha sido encontrado todavía, pero el marido terminó ahorcándose en la cárcel.

15. LA MALDICIÓN DE LA MOMIA

1. Reeves, N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, 2000, p. 231.

2. Pir. 534 § 1278-1279 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, p. 202).

3. Simpson, W. K. (ed.): *The Literature of Ancient Egypt*, 2003, p. 463.

4. Bodin, J.: *Coloquio de los siete sabios sobre arcanos relativos a cuestiones últimas*, 1998, p. 85.

5. Blasco Ibañez, V.: *La vuelta al mundo de un novelista*, 1975, p. 766.

6. Corelli, M.: «Warned Carnarvon of peril in tomb, says Marie Corelli», *World* 24 marzo 1923, pp. 1, 4.

7. Las escaleras de acceso fueron descubiertas el 4 de noviembre de 1922 y la cámara funeraria abierta el 16 de febrero de 1923.

8. La muerte de su hijo mayor, de resultas de las heridas recibidas durante la Gran Guerra, agravadas por la gripe de 1918, le hizo buscar consuelo en el espiritismo como medio de seguir en contacto con su primogénito.

9. Citado en Reeves, N.: *The Complete Tutankhamun*, 1995, p. 63.

10. Hankey, J.: *A Passion for Egyptology*, 2001, p. 4

11. Engelbach, R.: *Air Force News*, 17 de febrero de 1945, p. 2, citado por Hankey, J.: *A Passion for Egypt*, 2001, p. 5, n. 6.

12. Vandenberg, P.: *La maldición de los faraones*, 1975, p. 28.

13. Durante su carrera fue secretario de embajada en Lisboa, Madrid, El Cairo y Roma.

14. Winlock, H. E.: «Curse of pharaoh dennied by Winlock», *New York Times*, 11 de febrero de 1934, p. 20.

15. Lee, C. C.: ... *the grand piano came by camel*, 1992, p. 140.

16. Winlock, *op. cit.*, p. 20.

17. Smith, S.: *Mostly Murder*, 1959, pp. 77-78.

18. Conocida espiritista de la época.

19. Sólo durante la primera campaña, Carter calcula que fueron 12.000 las personas que se acercaron al yacimiento a ver desde fuera cómo se desarrollaba la excavación. De haber actuado contra todas ellas, la maldición se hubiera convertido en una verdadera epidemia y habría cundido el pánico; pues todavía estaba muy presente la pandemia de gripe de 1918 y sus desastrosos resultados.

20. No recoge, por ejemplo, a Richard Adamson, sargento en funciones del ejército inglés que durante siete años estuvo encargado de la seguridad del grupo y que muchas noches dormía en la antecámara de la tumba mientras escuchaba a todo volumen discos en un fonógrafo prestado por Carter. Como él mismo dijo: «Los chirriantes sonidos de la música que salían de la tumba bastaban para asustar a cualquier ladrón». Tampoco aparecen los tres inspectores del Servicio de Antigüedades y los representantes del servicio de prensa del gobierno egipcio que asistieron a la apertura de la tumba; ni, por supuesto, las decenas de anónimos trabajadores de la orilla occidental contratados para realizar las labores manuales de la excavación.

Momias

José Miguel Parra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Jaime Fernández

© de la imagen de la portada, © The Print Collector -Heritage images- Age Fotostock

© José Miguel Parra, 2010

© Editorial Planeta S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2015

ISBN: 978-84-9892-277-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com